

HISTORIA DEL REY DON FERNANDO EL CATÓLICO:
DE LAS EMPRESAS Y LIGAS DE ITALIA.

LIBRO V.

Que el Gran Capitán envió al duque don Fernando de Aragón a Sicilia, y el duque de Nemours tomó a Matera, y cercó a Tarento, y se levantó dél. I.

Con pasar luego el rey de Francia a Lombardía, para dar favor a las cosas de su empresa del reino, como fue el que quiso el rompimiento, tuvo muy aparejada ocasión de enviar con tiempo socorro a los suyos, así de gente de armas, como de alemanes, y suizos: señaladamente después que sucedió, que estando en Génova el cardenal de Ruán, que era legado de Francia, se trató con él, que la señoría de Siena se pusiese debajo de su protección: y con ella juntamente Pandolfo de Petrucis, que era por quien se gobernaba: y se obligaron de dar paso a sus gentes por sus tierras: y ofrecieron de servirle con cuarenta mil ducados. Desta manera iban los franceses desde París a Nápoles, como por su tierra: teniendo a toda Lombardía, y Toscana: y siendo su valedor el duque de Valentinois. De la otra parte el socorro de España era más incierto, y tardío: porque allende que siempre el rey se inclinó más a la concordia, y a excusar el rompimiento, para enviar gente se requería tener presta la armada: y esto se hacía con mucha dificultad, y dilación: y con toda la prisa que con esto se dio, por la instancia que el Gran Capitán hacía, que fuese la armada, estando el rey en Zaragoza en principio del mes de septiembre, fue con parte della Manuel de Benavides. Llevó doscientos hombres de armas, y otros tantos jinetes, y trescientos infantes: y aportó a Cerdeña con esta gente: y porque allí se tuvo nueva que el rey de Francia hacía en Génova cierta armada, para pasar contra aquella isla, Manuel de Benavides entró en el puerto de Caller, con propósito de quedar en defensa de aquella ciudad: y proveer los otros lugares más importantes. Pero como allí se certificó, que todos los aparejos que franceses hacían se armaban contra la gente española, que estaba en el reino, hízose a la vela la vía de Sicilia, y desembarcó con su gente en el puerto de Mesina. Antes que esta armada llegase, luego que los capitanes franceses movieron con su gente, tuvo el Gran Capitán recelo, que el duque de Nemours, y el señor de Aubeni, iban a Tarento: y certificóse, que seguían la vía de Calabria, encaminando por el estado del príncipe de Bisiñano, que hasta entonces se mostró en palabras, y ofrecimientos servidor del Rey Católico: mas después que entendió el Gran Capitán, que el príncipe no estaría firme en la obediencia del rey, y que haría novedad, conformándose con Francia, y que siendo así, en aquella provincia no se podía excusar mucha alteración, y revuelta, por esta sospecha proveyó de remediar, y sostener lo que podía della, así con la armada, como por la vía de Sicilia: procurando de dar recaudo a lo que tenía cerca, con prevenir a lo por venir, cuanto era posible. Con esto juntamente atendía a entretener a los Coloneses: juzgando que si de las cosas de Italia quedase

parte al Rey Católico, no la podría sustentar, ni tener sin ellos, o Ursinos, que buena fuese. Mayormente que aun para con el Papa le convenía tenerlos a su mano: y dioles buena esperanza, que les serían restituidos los estados, que tenían en aquel reino, que en esta sazón los poseían los contrarios: y ellos eran los principales que servían al rey en esta necesidad. También estaba muy firme en el servicio del rey el duque de Termens, que aventuró el estado que le quedaba, y la persona: y seguían su opinión en Abruzo los condes de Populo, y Montonio, y Alonso de Sanseverino. Fue llevado en esta sazón a Tarento el duque don Fernando de Aragón: y mandó el Gran Capitán, que de allí lo llevase a Sicilia un caballero aragonés, de quien entendió, que el rey hacía confianza, que era Juan de Conchillos, con la galera de mosén Zaragoza: con orden, que luego que llegase, lo trujesen a España adonde quiera que el rey estuviese: porque pensaba, que en presencia muy mejor se conformarían en su propósito: y ofreciósele por parte del Gran Capitán, antes que partiese, que le casarían con la reina doña Juana sobrina del rey: o que se le daría parte en las provincias de Calabria, y Apulia. Mas la reina de Hungría hermana del rey don Fadrique, no quiso salir de Iscla, donde estaba, sin que primero la reina doña Isabel, mujer del rey don Fadrique partiese para Francia: la cual se vino en las galeras que eran del rey su marido. Entonces el Gran Capitán envió dos galeras para que la llevasen: y como supieron que estaban allí las del rey don Fadrique, no se atrevieron a entrar en aquel golfo: y después de partidos, la reina de Hungría se pasó a Sorrento: y fueron por ella, para llevarla a Sicilia: porque el Papa hacía gran instancia por haberla, por ciertas renunciaciones que quería della, por lo del divorcio del rey Ladislao, que fue su marido: y tanto más el Gran Capitán se daba prisa por cobrarla: y lo mismo pensaba hacer de la duquesa de Milán doña Isabel de Aragón su sobrina: que estaba en Bari, si las cosas de aquella provincia se estrechasen más: porque ambas estuviesen en Sicilia, debajo del amparo del rey: pues eran de su casa, y de la sangre real de Aragón. En este medio el duque de Nemours, que publicaba hacer su viaje para Calabria, volvió del camino que había comenzado: y siguió la vía de Tarento, y rindiósele Matera, que era un lugar muy flaco, aunque grande: y por esto el conde de Matera, y el obispo de Mazara, a quien el Gran Capitán había puesto en aquella parte, para que conservasen los pueblos, que eran de las reinas, que están en aquella comarca, se habían recogido a Castellaneta con sesenta hombres de armas, y ciento cincuenta caballos ligeros, todos italianos: y como el duque pasó con propósito de cercarlos, ellos deliberaron desamparar el lugar, y recogerse a Tarento, que está a dieciocho millas de allí: porque Castellaneta no era fuerte, ni tenían agua dentro: y los vecinos eran de afición muy franceses. A la salida, los del lugar avisaron al duque: y aguardáronlos en un paso: y allí los desbarataron: y el conde de Matera fue preso: y mataron, y prendieron algunos de su compañía: pero el obispo con la mayor parte de la gente, se salvó, y fuese a recoger a Tarento: y el duque fue en su seguimiento: y determinó de ir a cercarlo: creyendo hallar allí al duque don Fernando: y con publicar, que iban a ponerle en su libertad, pensaba causar novedad en el pueblo: pero aquello no pudo haber lugar, porque el duque era partido nueve días antes para Sicilia: y la ciudadela estaba bien proveída. Puso el duque su campo en el mismo lugar donde el Gran Capitán le tuvo: y hasta que fue asentado, de la ciudad no se hizo

resistencia alguna: pero después disparó la artillería de golpe, y salieron algunas compañías de soldados españoles, que ayudaron tan bien para levantar el real, que se alzó con vergüenza, y mucha pérdida: y se retrajo a veintidós millas, a una casa, que está sobre el río Girisalco, que era buen alojamiento para asentar el campo: y allí se detuvo, de donde podía tomar la vía de Calabria, o la de tierra de Otranto, para venirse a juntar con el señor de Aubeni a tierra de Bari: porque tenían fin de haber a Bitonto, que era lugar grande, y no fuerte: y procurar de entrar por combate a Bari: y aquellos lugares de la marina, que el Gran Capitán había mandado bastecer. En esta sazón se juntaron con el duque, Juan Jordán Ursino, y el marqués de Bitonto, y el de Monte Sarchio, que era de los Carafas: y esperaba algunas compañías de suizos, que se habían embarcado en Génova, para salir en busca de los nuestros.

De las provisiones que el Gran Capitán hizo para la conservación de Calabria. II.

Tenía el Gran Capitán las cosas de Calabria de suerte, que todos los castillos de importancia estaban bien proveídos de vituallas, y gente: y siendo el príncipe de Bisiñano fiel, cualquier ejército era bastante, para la conservación de aquella provincia. Residía en ella Juan Pineyro, que de su persona, y esfuerzo, no podía ninguno ser mejor: y para en aquella necesidad le nombró en Gran Capitán en su lugar: y tenía sesenta hombres de armas, y doscientos estradiotes griegos, muy escogida gente de caballo: y mil quinientos peones, que eran la mayor parte dellos italianos. Púsose Pineyro en Rossano, por ser lugar principal y fuerte, y el más sospechoso, y aficionado al príncipe, que era enemigo: y en otro lugar, que era también fuerte, e importante, y apasionado de aquella afición, estaba el comendador Montoni con treinta de caballo, y ciento cincuenta españoles: y había mandado el Gran Capitán pasar a Cosenza al conde de Ayelo, para que proveyese en las cosas de la justicia, y del gobierno de la provincia: entendiendo, que para la gente que los franceses habían enviado allá, con los príncipes de Salerno, y Rossano, y con los condes de Conza, y Capacho, no parecía ser necesaria mayor provisión de gente. Pero después que la mayor fuerza de los franceses, se enderezaba contra Calabria, procuraba de enviar allá tal provisión de soldados, que pudiesen bien resistir: y con toda solicitud, y cuidado atendía a remediar las necesidades presentes: señaladamente en hacer proveer de trigo aquellas costas de Calabria, que lo había bien menester: y a Tarento, y Gallipoli: y la otra marina del cabo de Otranto, y de Barleta: porque aquellas comarcas tenían mayor necesidad, por la mala cogida de aquel año: y por haber residido en ellas mucha gente de guerra. También la falta del dinero con esto era grande: y no había comodidad de aprovecharse del trigo, que se le podía enviar de Sicilia: con el cual pensaba sacar alguna suma, con que entendía, que aquella necesidad se pudiera bien remediar: y atraer más ligeramente a la obediencia del rey, los lugares cercanos, que padecían carestía: aunque conforme a su deseo, el visorey de Sicilia no le proveía tan

abundantemente, ni con tanta facilidad, como él quisiera: por no tener tan cumplida orden del rey sobre ello, como era necesario, para su descargo. Estaban bien proveídas Tarento, Gallipoli, Manfredonia, Bari, Molfeta, e Iuvenazo: que eran los lugares de más importancia en la marina: y no se confiando el Gran Capitán punto en las justificaciones, que los contrarios hacían, pues se habían deliberado a romper la guerra, juzgando que con gente de tanta cautela, y donde tanto sobraba la codicia a la verdad, y razón, más justo sería buscar el aparejo para forzarlos a sujeción por vitoria, que a su parecer proveyéndolo el rey, fácilmente se podría alcanzar, que traerlos por concordia a ningún medio de paz, pues de la pasada habían dado tales muestras, tenía las cosas en tales términos, que con cualquiera armada, o socorro que le fuese, esperaba que poría presto todo lo restante en cobro: y a diferirse, lo sosternía con gran dificultad, y peligro: porque por muchas partes se entendía, que el rey de Francia enviaba al reino sobre la gente que allá tenía, otros tres mil suizos, y cuatrocientas lanzas: y con todo esto tenía por cierta la vitoria, queriéndola el Rey Católico: y mandando prover en lo necesario. Lo que franceses habían ganado hasta entonces, de la parte de los barones, que debían estar en la obediencia del rey eran, el príncipe de Melfi, que había sido muy gratificado por el Rey Católico, el marqués de Locito, y el conde de Muro, que tenían sus estados en Basilicata, y Apulia, y en tierra de Bari, el conde de Conversano hijo del marqués de Bitonto, que era muy gran francés: y en la misma Basilicata se tenían aún por el Rey Católico el estado del conde de Potencia, el duque de Gayano, y sus hermanos, y el conde de Aliano: y en Apulia quedaba también en su servicio el estado del duque de Termens, y lo que el rey había dado al Gran Capitán en la montaña de Santagel: y el de Termens se ponía tan adelante en lo que convenía al servicio del rey, que ninguno de sus naturales era más cierto que él. Por todas las vías, y medios que fueron posibles, había procurado el Gran Capitán la paz, y concordia con los franceses, como está referido: y cuanto más la vieron desear, más se habían ellos desviado della, ofendiendo en todas las partes que pensaron hacer daño: hasta que los nuestros emprendieron la guerra, no la pudiendo excusar. Mas después que vieron que salían a la defensa tan animosamente, requirieron con gran sumisión, que hiciesen la guerra cortés: de manera, que de paz no se tenía esperanza de valerse con aquella nación, siendo vecinos, sino que la vitoria había de dar a los nuestros, para ponerles la ley que quisiesen: de tal suerte que parecían al Gran Capitán mejores de sojuzgar, que de comportar. Por esto hacía toda fuerza con el rey, que mandase romper por Fuenterrabía, y Perpiñán, y aun por Navarra, si ser pudiese: o que se asentase con el rey de Navarra alguna demostración de concordia: y se procurase, que el rey de Inglaterra, y los estados de Flandes por borgoña rompiesen: y el rey de romanos bajase a Lombardía con grueso ejército: y se estrechase con venecianos, que mostraban gran afición de ayudarle, y tener por tan propia la necesidad en que las cosas estaban en Apulia, que habían enviado por la mayor parte de su armada, para ponerla en Brindez, con fin, que si los franceses desbaratasen del todo el ejército de España, y los echasen del reino, como publicaban, que lo harían, y ellos lo temían, le socorriesen, y no lo dejasen perder en ninguna manera. Viendo los venecianos, que las cosas del Gran Capitán sucedían mejor, no se quisieron más declarar: antes como gente muy atenta a las ocasiones, a vueltas de aquellas

diferencias, querían ganar, sin tener respeto ninguno a los beneficios, que habían recibido de mano del Rey Católico: e intentaron, que el Gran Capitán les diese algo en Abruzo: y él les respondió muy tibiamente: pero de manera, que continuaron en la misma voluntad: ofreciendo él de les ayudar, para haber de lo del rey de Francia en Lombardía: y aun también para lo de aquella guerra, en la cual ellos estaban muy sobre aviso en aumentar su estado, por la costa de Apulia, o la tierra adentro en Abruzo. Por este tiempo cuando el rey de Francia daba dulces respuestas a los requerimientos que le hacían los embajadores del Rey Católico, para en lo que tocaba a la concordia, envió a Nápoles al duque de Nemours a Duarte Barlete de su cámara con mandamiento, que hiciesen los suyos la guerra tan presta, y cruda, que hombre de sus enemigos no quedase a vida. Teniendo dello noticia el Gran Capitán, como los de la marina, y las fortalezas principales estaban bien bastecidas, y con buenas guarniciones, de manera que se podían bien conservar, trabajaba que Iscla se alzase por el Rey Católico: entendiendo, que con haber aquella isla, que es de las más importantes para la ofensa, o conservación del reino, y una de las principales fuerzas dél, y casi inexpugnable, se conseguía juntamente haber al marqués del Vasto en su servicio: que importaba mucho para lo de aquella guerra: y por esta causa envió al golfo de Nápoles cinco naves muy bien armadas, que bastaban a poner la ciudad en gran necesidad, y hambre: y mandó que otras seis con cinco galeras estuviesen en las costas de Manfredonia, y Tarento: porque convenía mucho guardar aquellos golfos. Quedó para la conservación, y guarda de las costas de Calabria, y Sicilia, el capitán Lezcano, con el resto de la armada: entre tanto que llegaba la que iba de España, con la gente que llevó Manuel de Benavides: que aún no sabía el Gran Capitán que hubiese arribado a Mesina. Fue también de gran utilidad, y momento para las cosas de la mar, tener segura, y en buena defensa la isla de Lípari, que había muchos días que estaba en la obediencia del rey: y en estas cosas de la mar sirvieron los de aquella isla muy bien. Tenía el Gran Capitán tan conocidas las fuerzas del enemigo, y la calidad, y condición de la guerra, que se le había ofrecido entre manos, que como juzgaba tener muy cierta, y segura vitoria, con qualquiere parte de la gente, y provisiones, que de España publicaban, que le iban, y no dudaba, sino que resultaría algún gran efeto muy provechoso, así reputaba por inconveniente grande, y que le era muy dañoso, publicarse gran aparato de guerra: y que parte dél se dilatase: porque el enemigo proveía contra aquello muy recia, y aceleradamente: y los naturales de aquel reino se suelen desconfiar demasadamente, que las esperanzas en que les ponen, les difieran.

Del campo que hubo entre Barleta, y Viseli, de once caballeros franceses y otros once españoles. III.

Comenzóse a hacer la guerra por todas partes, no solamente con ira, y odio terrible, mas con tanta afición, y porfía, que daban a entender españoles, y franceses, que no contendían por los límites, ni por una sola provincia, ni aun por un pobre reino, pero por la posesión de un reino opulentísimo: y

por la mejor y más excelente parte de Italia. Era la competencia, no sólo entre los capitanes, y la más escogida, y estimada gente de armas, de cada parte, pero comúnmente entre todos los soldados: adelantando cada uno su persona, en honra de su nación: entendiendo que bastaban con su esfuerzo, y valor, no solamente a conservar lo propio, pero a conquistar el resto. Estaban cebados con diversas escaramuzas: y en los rencuentros, que entre ellos hubo pensaban, que tenían bien probadas las fuerzas propias, y las de sus contrarios: y con esta ufanía los franceses, como son de su condición orgullosos, señaladamente, cuando se blasona en las cosas de las armas, acordaron de requerir de batalla a los nuestros. Sucedió así, que un lunes, a diecinueve de septiembre, después de anochecido, entró en Barleta un trompeta del campo francés: y fuese a la posada de don Diego de Mendoza: y diole una carta firmada de once hombres de armas franceses, que se escogieron en todas sus compañías: y entre ellos eran seis capitanes hombres de armas muy señalados en la guerra: y le hacían saber cómo eran once gentiles hombres criados del Cristianísimo Rey de Francia, hombres de armas de sus ordenanzas, y muy deseosos de ganar honra: y de acrecentarla por la caballería: y si en su compañía, o en las otras que allí se hallaban de la gente de armas de las Católicas Majestades del rey, y reina de España, saliesen otros once caballeros hombres de armas, que quisiesen señalarse a combatir con ellos, para que se conociese la ventaja, que los franceses hacían a los españoles, el día siguiente a hora de nona, serían en el campo con sus armas, y caballos, a punto de guerra: cabo una venta, que está junto a Trana, a medio camino de Barleta, a Viseli, donde los esperaban, para que allí ejercitasen las armas, como buenos caballeros. Pusieron esta condición, que los vencidos quedasen prisioneros de los vencedores: y ofrecieron, que por su parte ellos aseguraban el campo, de suerte, que a nuestros hombres de armas, por ninguna gente francesa se hiciese mal, ni daño alguno: y que enviarían luego un caballero francés, para que estuviese en rehenes: y para la seguridad dellos, se enviase de nuestra parte otro caballero, que estuviese en Viseli: hasta que fuese determinado el campo: y que si a la hora señalada no fuesen los nuestros, ellos se volverían sin más esperar: y se ternían por respondidos, y honrados de aquel desafío. Como quiera que al Gran Capitán pareció, que el término era breve, pero a la hora se señalaron once caballeros, que fueron éstos. De la compañía del Gran Capitán, el alférez Gonzalo de Arévalo, y Gonzalo de Aller: y de la del claverero de Calatrava Oñate: y de la compañía de don Diego de Mendoza, el alférez Segura, y Moreno su hermano, y Rodrigo Piñán: y de la de don Juan Manuel Martín de Tuesta, y Diego de Vera, que era capitán de la artillería: y de la de Íñigo López de Ayala, el alférez Andrés de Olivera, y Jorge Díaz: y el onceno fue el muy esforzado caballero, y extrañamente valiente Diego García de Paredes: que desde que el Gran Capitán entró en Calabria, comenzó a servir en esta guerra: y pasó de Melazo por coronel de seiscientos soldados: y fue el que siempre se adelantó entre todos de tan animoso, y esforzado, que se conoció en el que nunca supo temer: y después por los notables hechos de su persona, fue estimado su nombre, y conocido en toda Italia, y en la mayor parte de Europa. A la hora se concertaron entre sí: aunque por la brevedad del tiempo no se pudieron tan bien ordenar, como aquéllos, que de muchos días lo estaban. Mandó luego el Gran Capitán ir a Viseli por rehén a

Esteban Gago: y el día siguiente por la mañana estuvieron en orden estos once caballeros: y estando para partir todos juntos, en presencia de Fabricio, y Próspero Colona, y del duque de Termens, y de don Diego de Mendoza, y de otros muchos señores, y capitanes, el Gran Capitán les dijo así. Que «ya sabían cómo la primera cosa que debían procurar los caballeros en el hecho de las armas, era justificar su querella, como ellos la tenían en aquella demanda, por la mucha justicia, y razón, que el rey, y la reina tenían en esta guerra: y que pues esto era así, ninguna duda debían tener de la vitoria. Por tanto, se concertasen muy bien como ellos lo sabrían hacer: y que todos juntos con mucho esfuerzo, y furia diesen en los contrarios para hacerles perder el rostro, y sojuzgarlos, y vencer, o morir, antes que volver sin la vitoria. Que en aquella jornada se aventuraban tres cosas: que por cualquiera dellas debían posponer la vida. La primera, el servicio de Sus Altezas: y la segunda, la honra de su patria, y suya: y la tercera, la salud, y honra, y reputación de todos los españoles que allá estaban: y que así les rogaba, que fuesen determinados de vencer, o morir, antes que tornar sin la gloria de la batalla». Dicho esto todos juntos respondieron, que con tal voluntad se ofrecieron a aquel peligro, y a aventurar sus personas, con la confianza que les daba su buena querella: y que así prometían de ponerlo en obra: y abrazólos a todos: y él se quedó en Barleta con todo el campo. Salieron estos caballeros solos, con sendos pajes, y cuatro trompetas al lugar señalado para la batalla: a donde llegaron una hora antes que los franceses: y entrados en la liza, los nuestros se pusieron a una parte todos juntos, y bien apretados: y los franceses de la misma suerte de la otra. No se sabe que en aquel tiempo tan pocos caballeros concurriesen con tanto furor, y denuedo, como éstos, ni que otra batalla haya sido tan trabada, y reñida, como lo fue ésta: porque arremetieron con tanta furia los unos para los otros, que del primer encuentro derribaron los nuestros cuatro franceses, y les mataron los caballos: y a la otra vuelta los franceses mataron un caballo de los nuestros, y derribaron el caballero: y cayó entre los cuatro franceses, que estaban a pie: y todos juntos cargaron sobre él, de suerte, que lo hicieron rendir: y así se apartó aquel a una parte del campo, para no hacer armas. En el mismo tiempo Diego de Vera con el estoque hirió un caballero francés, con quien se combatía: y dio con el caballo abajo muerto: y Andrés de Olivera derribó otro francés, que era el más principal, e hízolo rendir: y apartóle del campo, para no pelease más: y fue derribado por los nuestros otro caballero: y por matar, o rendir aquél cargaron todos sobre él: y los franceses también acudieron animosamente por defenderle: y así fue tan recia la pelea, y tan reñida, que los que se hallaron presentes estaban con gran admiración. En aquel trance mataron los españoles otros cinco caballos de los contrarios: y ellos dos de los nuestros, y cayeron juntos. Mas los caballeros franceses que quedaron a pie, que eran siete sin el muerto, y el rendido, tomaron las lanzas que estaban por el suelo, e hiciéronse fuertes entre los caballos muertos con sus dos hombres de armas que quedaron a caballo, que también los encerraron allí consigo, de tal suerte, que los nuestros aunque ocho dellos quedaban a caballo, y los dos quedaban a pie, les ayudaron bien, no les pudieron entrar en aquel reparo, que hicieron de los caballos: porque cuando los nuestros arremetían para embestirlos, sus caballos se espantaban tanto de los muertos, que no los podían hacer entrar por ellos: y con esto

pasaron el día todo, hasta ser la noche oscura. Entonces los franceses movieron plática, afirmando, que ellos conocían su yerro: y que excedieron en decir, que los españoles no eran tan buenos hombres de armas como los franceses: y pues ya era tarde, se contentasen de lo hecho: y saliesen todos por buenos: y los nuestros no considerando la honra que ganaban, si se apearan algunos dellos, en detenerse toda la noche como se estaban, sin otorgarles el partido que pidían, contentándose de la ventaja que les hicieron, con más gana de acabar, que con acuerdo de lo que perdían, se concertaron desta manera: que tomando los nuestros las armas, y el despojo que estaba por el campo, juntamente ellos, y los franceses saliesen por buenos: y así lo hicieron: y los franceses se fueron a Viseli, y los nuestros volvieron a Barleta. Duró la batalla desde la una hora después de medio día, hasta que fue una hora de noche: y el daño que se recibió de la una, y de la otra parte, fue: que de los franceses quedó uno muerto, y otro rendido, y nueve heridos: y de sus caballos fueron los nueve muertos, y los dos mal heridos. De los caballeros españoles fue uno rendido, y dos heridos: y tres caballos de los suyos fueron muertos, y dos heridos: y los caballeros que se rindieron, quedaron libres, el uno en cambio del otro: y el nuestro, que era un buen caballero, y se decía Gonzalo de Aller, el día siguiente con licencia del Gran Capitán, envió a desafiar al francés rendido: afirmando, que se rindió con más justa causa que él: y si otra cosa decía, de su persona a la suya se lo haría conocer en el mismo lugar, adonde él se hallaría con sus armas, y caballo. Aceptó el francés el desafío: y respondió, que su deseo era combatirle lo contrario, de lo que él decía: y que el día de San Miguel se hallase en aquel mismo lugar, adonde él se hallaría con sus armas y caballo, para matarse con él. Salió aquel día Gonzalo de Aller en amaneciendo: y estuvo esperando al contrario hasta la noche: y no pareciendo, le corrió el campo, llevándole pintado a la cola del caballo: e hizo todos sus autos a las puertas de Trana en presencia del gobernador: y de las rehenes de ambas partes, que desde en amaneciendo, estaban allí aquel día, para asegurar a los caballeros el campo. Quedó con todo esto tan mal contento el Gran Capitán del suceso de aquel desafío, que pensó en castigar a los suyos, porque tuvieron ánimo, y valor para ganar tal vitoria, y no la supieron seguir: y aunque en opinión de todos, los nuestros fueron los que ganaron, él no lo sentía así: considerando lo que pudieran ganar. Entonces comenzó Diego García de Paredes a excusar a sí, y a sus compañeros: diciendo. Que los franceses sus contrarios, eran gente muy escogida, y buenos caballeros, y otros tantos, y tales como ellos: y que no se debía estimar en poco lo hecho, pues quedaban vencedores en la recuesta: y les reconocieron, y confesaron su yerro: y que no había razón para más aguardar en el campo, ni desear otra gloria del enemigo. Mas el Gran Capitán no quiso admitir aquella excusa: afirmando, que eran más que los franceses: y que les llevaban muy conocida ventaja: pues cuando otro no fuera, decía, que se debía juzgar por muy cierta, que entre ellos peleaban dos hermanos. Otro día después de la batalla veintidós hombres de armas de los nuestros enviaron a desafiar sobre la misma querrela, a otros tantos del campo de Francia, o más, o menos cuanto ellos quisiesen: y los franceses respondieron, que ya no querían pelear con los españoles tantos por tantos, sino todos juntos, su ejército con el

nuestro: y entre los soldados de infantería, pasó lo mismo: y a ningún desafío salieron, aunque ellos dieron principio a la recuesta.

De la deliberación que hubo en el consejo del rey, si pasaría su persona a la empresa del reino. IIII.

Cuando nuestra gente estaba con mayor recelo, y temor, y las cosas parecían llegar a grande trance, y peligro, era cosa de mucha admiración, ver el denuedo, y constancia del Gran Capitán en todas las cosas que ordenaba, y disponía: y el juicio que con su prudencia hacía de lo por venir. Prometió siempre por cierta y segura la vitoria, lo que suele ser muy reprobado entre grandes capitanes, no solamente a la gente de guerra, pero al rey: el cual ora fuese con pensamiento de aventurar su persona en la empresa de aquel reino por seguir tantos príncipes sus antecesores tan excelentes, que se pusieron a gran peligro por la conquista, y conservación de Sicilia, entre los cuales quedó tan ensalzada la memoria del rey don Alfonso su tío, que fue el primero, que dejó muy fundado el derecho de la sucesión de aquel reino a la casa de Aragón, ora porque entendiase, que convenía dar todo el favor, y socorro a los suyos, estando las cosas en el peligro en que estaban, porque dudaba de la vitoria, y de los sucesos de la guerra, que suelen ser tan varios, e inciertos, hizo gran demostración en este mismo tiempo, de querer pasar a Sicilia: y proseguirla en tan justa querella, como se le había ofrecido a las manos. Como esto se publicó en esta sazón, el Gran Capitán le desviaba de aquel propósito, diciendo: cuán poca necesidad tenía de ponerse en tal jornada: pues gozando de su sosiego, tenía aquello seguro. Con este parecer se conformaban los que tenían más experiencia, y noticia de las cosas del estado, y de la guerra, con quien el rey más holgaba de comunicarlas: que fueron en aquel tiempo don Enrique Enríquez su tío, don Álvaro de Portugal, presidente del consejo real, el comendador mayor don Gutierre de Cárdenas, Garcilaso de la Vega, Antonio de Fonseca, y Hernando de Vega. Éstos le representaban los inconvenientes que se podían seguir, si con tanto peligro de su reputación, dejando a la reina muy enferma, como lo estaba, se quisiese poner en esta jornada. Mas el comendador mayor, que era muy anciano, y se había hallado en todas las cosas grandes destes príncipes, y tenía mucho crédito con ellos en todos los consejos, y deliberaciones de cosas de estado, se señaló más, en mostrar los males, y daños que se podían seguir de la ida del rey a Sicilia. Decía que era muy cierto, que en todos los negocios humanos, la reputación es parte muy principal: y que así convenía conservarla mucho en este caso: mayormente descubriéndose al rey hartos inconvenientes, porque debía sobreseer de aquella determinación: teniendo tan vecino el ejemplo en sí mismo, y en persona de Carlos rey de Francia. Porque después que aquel príncipe se apoderó del reino de Nápoles, siendo señor dél casi pacíficamente, con sólo enviar el rey su armada con su general, y con mediano ejército le tornó a cobrar Gonzalo Fernández con tanta afrenta, y vergüenza de aquel príncipe. Pues si agora para sólo defenderlo se moviese el rey,

como un capitán aventurero, estaba bien entendido, cuánta diferencia sería de la estimación de su estado, y poder, de lo pasado, a lo presente: y cuánta más honra haría ganar al rey de Francia, cuando toda la cristiandad viese, que para forzar al antecesor de su enemigo, siendo tan poderoso, y estando en persona en el reino, no fue menester, sino muy poca parte de su gente, y servidores: y que agora para defenderlo, fuese necesaria su propia persona: no estando su adversario en el reino, aunque fuese verdad, que estuviese en Italia. Que a su parecer de allí resultaría otro mayor inconveniente: que todos los potentados, y señores italianos, que se tenían por oprimidos del rey de Francia, y de su poder, y gobierno, esperaban lo que el rey haría, para que ellos se pudiesen declarar: lo que en aquel caso no osarían, si su persona se pusiese en tanto peligro: y tenían sus fuerzas por tan flacas, y débiles, que no confiarían, que se podían ayudar dél: manifestándoles tan claramente con su ida, que quien a tanta ventura se ponía, por ir a la defensa de allá, no podía por acá ofender, ni emprender, lo que todos ellos estaban esperando. Cuando esto no fuese así, y el rey tuviese entera certinidad, que aventurándose él a pasar al reino, y estando en él, se remediaría todo lo de aquellas partes, aun con esto, por sólo el peligro del pasaje entendía, que en aquella coyuntura, no se debía poner tal cosa en plática: pues estaba claro, que los franceses tenían la armada genovesa: y mucho antes aderezaban la suya: y cuando el rey estuviese en orden para embarcarse, era cierto, que su enemigo estaría tan poderoso por la mar, que no podría ser sin gran aventura de topar con los franceses: pues de la armada, que va de viaje, a la que está holgada en los puertos, y sale a resistir la contraria, o a buscar al enemigo, hay tanta ventaja, que aunque sea menos poderosa, le puede hacer daño: mayormente con carracas tan grandes, con que solían navegar en aquel tiempo los genoveses: porque el rey no podía juntar tantos navíos, ni tales: y sería mayor inconveniente pensar, que llevaba bastante armada, para ir seguro por donde pudiese, no siendo igual a la que le podía salir al encuentro, por mucho mayor número de carracas, y navíos. De lo que podían genoveses por la mar, o el príncipe, que tenía aquella señoría a su disposición, decía que estaba bien entendido, por experiencia, en lo que sucedió al rey don Alfonso su tío, y a sus hermanos: que no fue caso de ventura, sino cosa muy razonable, que sucediese así. Señaladamente, que nunca Génova estuvo tan florecida, ni tan poderosa de armada, como en este tiempo, que el rey trataba de su ida. Afirmaba, que cuando ninguna destas razones le moviese, para que dejase de poner su persona en un hecho como éste, e ir con su armada de mar, era una, que ningún príncipe prudente se debe poner en ella: pues es cierto, que en la batalla de mar, no puede hacer de su persona, lo que haría en tierra: adonde está en su mano ponerse tan adelante, cuanto conviene: y en la galera, o navío, está a disposición del que gobierna: donde el más esforzado príncipe del mundo puede quedar desestimado sin culpa suya: por ser tanta parte en las cosas de la mar la suerte, y ventura. Puesto que ningún estorbo se le pusiese en el viaje, mostraba, que llegado a Sicilia, o siendo en Calabria, estaría en lo más débil, y flaco de todo su poder: porque ni lo que tenía en el reino, ni lo que montaba Sicilia, bastaba, para que perdiendo algo de lo que consigo llevase, así de gente, como de caballos, y artillería, se pudiese suplir, ni rehacer, sin que de España se proveyese. Que lo de acá quedaba tan lejos, que entre tanto se podría ver en tanta necesidad, que se perdiese parte

de lo que le quedase: y perdiéndola, el remedio que de España fuese, sería para lo primero, y no podía servir, para lo que después sucediese: y desta manera con la tardanza de acá, se podía ir todo perdiendo. También podría acaecer, que su llegada fuese a tiempo, que ya que se juntase todo su poder, lo que sería con harta dificultad, no bastase a remediar lo que hallase perdido: y perdiéndose tierra, sería gran diferencia, que la perdiese el rey, estando presente, o capitán suyo, que lo ganó otra vez. Esforzábase de dar a entender el comendador mayor, que si se movía el rey para esta empresa, acordándose de lo que obró el rey don Alfonso su tío, era ésta muy diferente de aquella: así por la falta que acá haría su ausencia, como por tener entonces la paz, que quedaba en casa: y estaba la guerra en Italia: adonde el rey don Alfonso la iba a buscar: y agora sería dejar la guerra en su reino, e ir a seguir a otra parte: y así se entendería, por los que no lo entendiesen tan bien: mayormente que tenían mucho menos poder, los que resistieron en aquel tiempo al rey don Alfonso, que el que alcanzaba en esta sazón el rey de Francia: y los potentados de Italia estaban más unidos entonces: y tenían sus inteligencias con la casa de Aragón: y agora pendía de sólo lo que el Rey Católico hiciese, lo que ellos quisiesen emprender. Demás desto: se tenía poca seguridad, que el Papa, y los estados de Italia holgasen con su presencia: antes se entendía, que les sería muy grave, y sospechosa, por el gran poder, y valor suyo: porque el Papa estaría con temor, que acabándose la guerra, no se venía sin dar alguna orden, alomenos en la reformación de su casa: y las otras potencias temerían, no quisiese poner la mano en lo de su gobierno: y cuando el rey de Francia saliese con su porfía, y acabase de conquistar el reino, se entremetería en las cosas de la Iglesia de tal suerte, que la elección del Pontífice quedase a su disposición: con fin, que para siempre tuviese seguro el derecho de la investidura de todo el reino: y estuviese el estado de la Iglesia debajo de su mano: y tenía por menos grave, que se oyese de lejos tantas contradicciones, como se iban aparejando, de verlas el rey en su presencia. Decía, que en una cosa no se tenía duda ninguna: que para perder era mejor, que se perdiese en manos de sus capitanes, que en las suyas: y si se sustentaba su parte, era claro ser mucha más honra, y reputación, que pareciese, que sin aventurar su persona, se sostenía: porque los que estaban esperando el suceso, por mucho mayor poder tenían aquel, conque se ganase desta manera. Que pensar acometer por España poderosamente contra el enemigo en su ausencia, como si se hallase en ella su persona, era casi imposible: y no se poniendo en ejecución, se temía un inconveniente, por donde acá se perdiese algo: pues se tenía por mayor disfavor perder por acá una almena, que allá todo el reino: y mayor reputación para el rey de Francia en opinión de las gentes: y sería donde estaba cierto el remedio dejarle, e ir a buscar el daño a mucha mayor costa, y peligro. Llegaba a echar esta cuenta, que ausentándose el rey, si la guerra se hiciese por España, convenía que se hallase en las fronteras uno de dos poderes, o grande, o pequeño: el uno decía, que no sería parte para resistir aun con su presencia: y el otro nadie bastaría a gobernarlo sino el rey, según el francés estaba en grande pujanza: y ausentándose el rey tan lejos, no se hallaría quien pudiese defender la tierra, como era necesario: y que con esto se mostraba, que resultaría mucha confusión, y menos resistencia. Pues estaba muy entendido, que la mayor prenda del estado del rey, era la prosperidad en que Dios

sostenía su persona real, afirmaba, que ella, y el estado quedarían en condición, si se ausentase: por estar la reina enferma de muy peligrosa dolencia: pues dejándola en aquella disposición, no quedaba tal heredero en el reino, para volverle las espaldas, como le dejó en Portugal el rey don Alfonso, cuando se fue a Francia. Juntando todo esto con la pasión en que estaban los grandes de Castilla, señalaba, que era cierto, no estar muy contentos con la prosperidad a que el rey había llegado: pues ellos mismos conocían haber caído de aquella autoridad, y poder, en que los sustentaba la necesidad de los príncipes pasados: y que como agora estaban temerosos de lo que podían perder, si alguna novedad se ofreciese, aquello sería acá de tanto estorbo, para lo que allá sería menester, que ni a lo de allá, ni a lo de acá, se pudiese poner remedio: y manifiestamente se conocía, que lo de acá quedaría más perdido que Nápoles, aunque se perdiese. Añadió por resolución desta consulta, que quien pudo ganar tanta prosperidad, y reputación, no la aventurase tan ligeramente. Si entretanto que se ponía en orden su partida, las fuerzas del enemigo se fuesen reprimiendo, y debilitando, y se declarase en su favor la vitoria, como se esperaba en la justicia divina, y en su buena ventura, ¿con cuán poco honor se iría a entrometer en la gloria ajena: siendo ya adquirida por su Gran Capitán? Y atendiese a considerarla: pues era cierto, que esto se conseguía estando él en España: y emprendiese por acá lo que pudiese: y entrando por Francia, necesitase tanto a su adversario, que le hiciese volver el rostro a lo de su casa. Con esto era cierto, que Nápoles, y Milán se rebelarían: y entonces se mostrarían sin ningún recelo los potentados de Italia: y sería muy fácil el remedio: y hallaría muchos más valedores, que si fuese por su persona: pues los reyes de romanos, e Inglaterra, y la señoría de Venecia, y las otras potencias de Italia, si conviniese que hiciesen algo, se declararían con mayor seguridad, y firmeza, viéndole romper por acá con menos poder, que no yendo allá mucho más poderosamente: y el enemigo cobraría mayor temor: viendo que le acometía por su propio estado: y le dolería más aquello que tenía por suyo, que lo que entonces traía al tablero. Por todas estas causas, y razones entendió el rey con su gran prudencia, y con la noticia de las cosas que por él pasaron, todos estos inconvenientes que se le representaban, ser tan fundados en razón, que entonces, y después, en todo el tiempo que reinó, siguió este consejo, de no arriscar su persona en aventura, donde perdiese más, de lo que esperaba ganar: y así como en lo pasado, todas las veces que fue necesario poner su persona a todo trance, y peligro, ningún príncipe se aventuró con más ánimo que él, ni con mayor tolerancia, y sufrimiento sostuvo los trabajos, y fatigas de la guerra, de la misma manera, cuando convino proseguir por industria de sus generales los hechos de las empresas, que en Italia, y África se le ofrecieron, que fueron de gran importancia, y peligro, y disponer, y ordenar los medios oportunos, para conseguir buen fin en ellos, ninguno de sus predecesores, si yo no me engaño, así las gobernó con prudencia, y maña: ni fueron tan a su salvo guiadas, como sabemos que el Rey Católico lo encaminó. Con esto dejó a sus sucesores estos reinos tan fundados en paz, y justicia: y tan extendido el señorío dellos con descubrimientos de no conocidas, y nuevas tierras, y con el que en Italia, y África se conquistó: con cuyo valor, y gobierno, ya desde entonces la nación española, acabó de ganar cerca de las otras gentes, la estimación, y renombre que agora tiene.

Que la princesa doña Juana fue jurada por sucesora en los reinos de la Corona de Aragón. V.

El día que se señaló para celebrar las cortes, que el rey había convocado a los aragoneses, habiéndose juntado en las casas de la diputación en la sala real, propuso el rey. Que por el fallecimiento del príncipe don Miguel su nieto, pertenecía la sucesión de los reinos de la Corona de Aragón, a la princesa doña Juana archiduquesa de Austria su hija primogénita: y al príncipe archiduque, como a su marido: y que por esta causa era venido, para requerirles, que le hiciesen el juramento de fidelidad, como era costumbre. Añadió a esto, que también había mandado convocar las cortes, para que tuviesen por bien de servirle, en la defensa de los reinos, y señoríos, que estaban inseparablemente unidos en la Corona de Aragón: por la extrema necesidad que dello había: porque el rey de Francia, por la diferencia, que se movía sobre los ducados de Calabria, y Apulia, enviaba gente de armas a las fronteras de Rosellón del reino de Aragón: y por esto convenía atender solícitamente a la defensa del reino, y del principado de Cataluña: y con tal esfuerzo, y poder que bastasen a defender sus fronteras, de cualquier contrario, por muy poderoso que fuese. En lo primero no se tuvo entonces tanta duda, como al tiempo que se trató, que jurasen a la reina princesa: aunque no faltó quien lo tuvo por muy nuevo, y extraño: y en ello se señaló más don Luis de Híjar conde de Belchite: y algunos de su parcialidad: pero el rey lo había tratado antes de manera, que no se puso tanta dificultad, y contradicción. Por esto el rey proveyó, que el príncipe, y la princesa, que no eran aún llegados a esta ciudad, se diesen prisa en su venida: y entretanto se platicó en lo del servicio. Fueron el príncipe archiduque, y la princesa doña Juana recibidos en Zaragoza, con mucha alegría, y fiesta: y antes de su llegada tuvo el Rey Católico acabado con los aragoneses, que los jurasen: y así a veintisiete de octubre, estando juntos en la sala de la diputación, en su presencia se declaró en conformidad de todos los que concurrieron en aquellas cortes, que jurasen a la princesa, como a heredera, y primogénita sucesora en los reinos de la Corona de Aragón: y al príncipe, como a su legítimo marido: jurando ellos sus privilegios, y costumbres: y a los del reino de Valencia, que estaban poblados a fuero de Aragón. Luego el rey, y los príncipes pasaron a la iglesia de San Salvador: y allí ante el altar mayor, como es costumbre, la princesa, y el príncipe archiduque en manos de Juan de Lanuza justicia de Aragón hicieron el juramento que los príncipes herederos en tal caso suelen prestar: de guardar los fueros, costumbres, y privilegios. Hecha esta solenidad en presencia de don Diego López Pacheco marqués de Villena, y de otros señores, y caballeros castellanos volvieron a la diputación: y hallándose el rey presente en su solio real, juraron a la princesa, y al príncipe su marido tan solamente durando aquel matrimonio: y declararon que fuese con condición, que teniendo el rey hijo varón de legítimo matrimonio, fuese aquel juramento de ningún efeto. Así fue la primera princesa que se halla haber jurado los aragoneses, por legítima sucesora en estos reinos, en conformidad, y por cortes: porque la reina Petronila no se juró por princesa: ni se usaba en aquellos tiempos: antes fue admitida por reina: dejándole el rey don Ramiro su padre el reino debajo del

gobierno del conde de Barcelona su marido, por el beneficio grande que de aquel matrimonio se siguió, juntándose este reino con el Principado de Cataluña: y estorbándose juntamente, que gentes más extrañas, no se apoderasen de la tierra: en cuyo poder estaba ya buena parte della: y la infanta doña Constanza, hija del rey don Pedro el IV, fue jurada por algunos ricos hombres, y caballeros, y ciudades en gran disensión, y guerra, que se movió por aquella causa en la postrera unión, como está referido. Pero aunque ellos fueron jurados por príncipes herederos, se reservó el dominio, y posesión deste señorío, por los secretos juicios de Dios al príncipe don Carlos su hijo: siendo ambos sacados del gobierno: el príncipe archiduque por su muerte, al mismo tiempo que comenzaba a reinar en Castilla, y la princesa por su natural impedimento, que fue causa, que no tuviese la libre administración de tantos reinos, aunque vivió mucho tiempo. Los que juraron en un auto tan señalado como éste, y el primero que se vio en estos reinos, fueron éstos. Por el estado eclesiástico se hallaron a esta solemnidad, el arzobispo de Zaragoza, y los obispos de Huesca, y Tarazona: los abades de Veruela, Santa Fe y Piedra, el comendador mayor de Montalbán, fray Juan de Gotor, por don Diomedes de Vilaragut castellán de Amposta, y otros con poder de los cabildos, y monesterios, que concurrieron a cortes. Juraron por el estado de los ricos hombres, don Luis señor de Híjar conde de Belchite, don Miguel Jiménez de Urrea conde de Aranda, don Felipe Galcerán de Castro, don Blasco de Alagón, don Jaime Martínez de Luna, don Jimeno de Urrea vizconde de Biota, don Francisco Hernández de Luna, don Juan de Palafox, y de Rebolledo señor de Ariza, don Gaspar de Espés conde de Sclafana, don Francés de So, y de Castro vizconde de Ebol, don Alonso Felipe de Aragón, y de Gurrea, hijo del conde de Ribagorza, don Juan de Alagón el mayor, don Juan de Híjar, don Luis de Alagón, don Juan de Moncada, don Felipe de Eril, don Artal de Alagón, don Juan de Torrellas, don Antonio de Alagón, y de Arborea, don Lope de Rebolledo, don Enrique de Palafox, don Juan Felipe de Alagón, don Juan Gilbert, don Pedro de Castro, don Pedro Manuel de Urrea, hermano del conde de Aranda, don Juan de Alagón el menor, don Hernando Díez, don Sancho de la Caballería, y Martín Doz procurador del conde de Ribagorza. Los que juraron por el estado de los caballeros, e infanzones fueron, don Miguel de Gurrea, don Felipe de Urriés, Francisco Hernández de Heredia, Juan Jiménez Cerdán, Ferrer de Lanuza, Gabriel Sánchez tesorero general, Gonzalo de Paternoy, Domingo Agustín, Felipe de la Caballería, Martín Cabrero, Francisco de Funes, y de Villalpando, Ramón Cerdán, Juan Miguel de Lanuza, Francés de la Caballería, Francés de Alagón, Juan Granada, Francisco Palomar, Gaspar de Ariño, Juan Obón de Ariño, Luis Sánchez, Carlos de Pomar, Juan Íñigo, Jaime Juan, Antonio Ferriol, Martín de Gurrea, Juan Hernández de Heredia, hijo del gobernador de Aragón, Sancho Pérez de Pomar, Juan Jiménez Cerdán, Juan López de Gurrea, Sancho de Francia, Juan de Castro, Jorge de los Benedetes, Blasco de Azlor, Lorenzo Hernández de Heredia, Pelegrín Coscón, Pedro de Ayerbe, Gonzalo de Sayas, Juan de Heredia, Ferrer de Lanuza, Vicentio de Bordalba, Manuel de Ariño, Juan de Pinós, Jaime Cerdán, Juan de Latrás, Alonso Coscón, Juan de Vera, Miguel de Erasso, Juan Ram, y Hernando Ram, Francisco de Cuevas, Guillén Claver, Juan de Heredia, Juan Luis de Poma, Sancho de Oruño, Jaime Omedes, Felipe Jiménez de la

Caballería, Miguel de Iassa, Melchor de Gotor, Lucas de Aínsa, Miguel de Ferrera, Juan de Bardají, Español de Castro, Hernando de Bardají, y Gaspar de Bardají, Pedro Agustín, Pedro de Reus, Juan de Gurrea, Juan Coscón, Juan de Albión, Luis Sánchez, Jimén Pérez de Pomar, Beltrán de Cancer, Juan Español, y Gil Español, Jaime Carnoy, Juan Ferriol, Miguel Doz, Antonio de Mur, y Juan de Mur, Juan Muñoz, Alonso de Valdés, Juan Zapata, Juan de Aldovera, Alonso Muñoz, Luis de la Sierra, Martín de Ampiedes, Pedro de Escarat, Miguel Pintano de Ágredda, Lope de Mesa, y Martín de Pamplona. Por la ciudad de Zaragoza asistieron a hacer juramento Martín Torrellas jurado segundo: y cinco ciudadanos por síndicos: que eran Ramón Cerdán, Bernardino del Espital, Juan de Paternoy, Gaspar Manente, y Bartolomé de Albión. Aquel mismo día, partió el rey a gran prisa por la posta para Castilla, porque estaba la reina en Madrid enferma, de una muy grave dolencia: y porque en aquellas cortes se trataba lo del servicio, que el rey pedía, para socorro de la guerra, acordó de dejar en su lugar a la princesa, y al príncipe: con cuya asistencia se concluyese: y fueron habilitados por las cortes, para que cualquier dellos pudiese asistir a ellas: y el príncipe archiduque se detuvo pocos días, y luego se partió para Madrid: y quedó en Zaragoza la princesa: y también se partió luego tras el príncipe su marido: y porque en aquella sazón se hallaba en estos reinos, la reina de Nápoles hermana del rey, antes que la princesa partiese, fue admitida por los aragoneses por aquella vez, para proseguir las cortes: teniendo consideración, que en tiempo del rey su padre, fue habilitada en las que se celebraron en Zaragoza el año de 1474.

De la guerra que se hizo en la baja Calabria, por la rebelión de los príncipes de Salerno, y Bisiñano, y de otros barones. VI.

Cuando supieron los franceses que Manuel de Benavides con la armada que llevaba, había pasado a Calabria, y que de Sicilia se enviaba mucha gente, y de cada día se acercaban, acordaron que fuese el señor de Aubeni allá: y partió con trescientos caballos, y mil quinientos infantes. Sucedió a los principios bien a los nuestros, que estaban en aquella provincia: y se sostenían con pujanza en ella: y en diversos rencuentros rompieron a los principales capitanes que por ella andaban: e hicieron alzar banderas por España en muchos lugares, que las alzaron por Francia. Precedió a esto, que como los príncipes de Salerno, y Rossano, y el conde de Capacho, y otros muchos barones, que estaban en Calabria, entendieron el rompimiento, que se siguió entre España, y Francia, y que de ambas partes se hacían grandes aparejos de guerra, hicieron rebelar toda la mayor parte de la provincia: y el príncipe de Bisiñano alzó banderas por Francia, a ocho del mes de septiembre: y dende a cinco días las alzaron el conde de Melito su hermano, y el conde de Arena, y Alonso Caraciolo señor de Praisano, y otros barones: y comenzó a hacer la guerra el príncipe de Bisiñano por un cabo, y el conde de Melito por otro: y fuéronse acercando todos estos barones hacia la baja Calabria: y por trato que con el de Melito tuvo un Perrochelo Rufo, que era de Terranova, que se le rendiría aquella ciudad, fue sobre

ella, y la tomaron: y combatieron el castillo: y aunque era una casa llana, defendióse muy bien: y tuvieron puesto cerco sobre él más de un mes. Luego que el visorey de Sicilia supo que Calabria se rebelaba, vínose de Palermo a Mesina, para dar socorro en las cosas que se ofreciesen: y recogió toda la gente extranjera que pudo: porque la de la isla para la guerra de Calabria tenía por muy inútil. Estando con este cuidado, llegó don Hugo de Cardona, que con orden del Gran Capitán, y del embajador Francisco de Rojas, iba con doscientos cuarenta peones: y el visorey tenía recogidos otros tantos: y hasta ciento de caballo de Sicilia con el conde de Condiano, y el barón de San Basilio. Era don Hugo muy principal, y valiente caballero: y grandemente ejercitado en la guerra, en las empresas que el duque de Valentinois tuvo en Romaña: y fue capitán de su guarda, y de cien lanzas: y don Juan de Cardona su hermano de otras tantas: y conociendo el Gran Capitán la calidad, y el valor destes dos caballeros, y que eran naturales, y vasallos del rey, y hermanos de don Pedro de Cardona conde de Golisano, y cuánto convenía a su servicio, que tales personas fuesen empleadas en principales cargos en aquella guerra, les prometió que se les darían compañías de cada cien hombres de armas: y fueron a servir al rey. Demanera, que el deseo de servir, y satisfacer a la obligación que tenían al rey, como sus vasallos, los llevó a esta guerra, y no otra necesidad: porque cada uno dellos tenía muy principal cargo: y partido con promesa de estado: y en las cosas de Italia tuvieron tanta parte, y crédito, como otro cualquier caballero de los principales della. Por medio destes dos hermanos, y por su gran valor se encaminaron las cosas de Iscla, de suerte que aquella isla, se redujo a la obediencia del rey: aunque el ánimo del marqués del Vasto fue siempre muy devoto, e inclinado a su servicio: y dejando la isla en tal apuntamiento, se pasaron con una galera que sacaron de los franceses a Mesina. Allí pusieron en orden su gente: y con la de Sicilia al tercero día, que fue a seis de octubre, por orden del visorey Juan de Lanuza, pasaron a Calabria, vista la necesidad que en ella se ofrecía. De allí a dos días arribó a Mesina Garci Álvarez de Osorio: que por orden del mismo Francisco de Rojas llevaba otro tanto número de gente como don Hugo: y recibida la paga, se fue a juntar con la de don Hugo, a Semenara: y Nuño de Ocampo por otra parte con alguna gente de pie, y Hernando de Alarcón, que estaba en Giraci, Gonzalo de Aponte, Pedro Lázaro, y Juan Lorenzo se fueron acercando a Terranova: y todos con un cuerpo de exercito llegaron a socorrer el castillo. Sabiendo el conde de Melito, que estaba con sus estancias en el cerco, que don Hugo iba por socorrer el castillo, le salió al camino con hasta setenta hombres de armas, y doscientos setenta caballos ligeros: y trabóse entre ellos una muy recia pelea: y fue desbaratado el conde: y murieron algunos hombres de armas de los que tenía: y él se recogió a Melito: y de los nuestros no murió sino Juan Lorenzo: y así se descercó Terranova. Luego los príncipes de Bisiñano, y Salerno, que estaban en Cosenza, y la tenían cercada, hubieron de bajar a la llana de Terranova, con parte de la gente que allí tenían: y fue causa que el conde de Ayelo, y el comendador Solís no sólo pudieron socorrer el castillo de Cosenza, mas rompieron la gente que allá quedaba. Fue este rencuentro un martes a once de octubre: y cuatro días después llegó Manuel de Benavides a Mesina con quince naves: en que llevaba doscientos hombres de armas, y otros tantos jinetes, y trescientos peones, como se ha referido: e iban con él por capitanes Gonzalo de Ávalos

teniente de la compañía de Bernal Francés, Antonio de Leyva, y Alvarado: y pasaron con esta gente a Ríjoles: y juntáronse con don Hugo en San Jorge: a donde pasó por defender aquella fuerza, y socorrerla: dejando la defensa de Terranova, que se tenía por más peligrosa, y difícil: siendo el lugar deshabitado: y por conservar los lugares, que dicen de la Retromarina: y de allí se fueron apoderando de los más principales de la baja Calabria. Los príncipes se retrujeron a Melito, desamparando a Terranova, y los otros lugares que se tenían por ellos: en los cuales se repartió su gente. Hecho esto, se conformaron estos capitanes de pasar a Consencia: y dejar a los enemigos atrás: por defender que no les pudiese ir socorro: y esperando que pasasen ciertos caballos de Mesina, y la gente de pie que era necesaria, se acercaron a lo de Cosenza setecientos suizos, y setenta, entre hombres de armas, y caballos ligeros, con gente de aquella comarca: y con toda ella el conde de Melito se vino a alojar a la Motta de Calemera, que está a tres millas de Rossano: donde estaba la mayor parte de nuestro campo. Sabiendo los capitanes la venida del conde a este lugar, y que era flaco, y abierto, acordaron de amanecer sobre él: y Manuel de Benavides con toda la gente de caballo quedó en la guarda del campo: y don Hugo con la infantería combatió el lugar: y le entraron, y mataron al capitán de la infantería, que se decía Espíritu: y prendióse otro capitán de hombres de armas llamado Bencurt: y fueron entre muertos, y presos ciento cincuenta: y algunos dellos se salieron huyendo: y otros con el conde de Melito se entraron en el castillo: y de los nuestros en el combate solamente murió el capitán Vargas, y algunos peones: y porque se tuvo nueva, que el señor de Aubeni con todo su poder iba en socorro del conde, los nuestros se volvieron a Rossano. Desta suerte por la ida de don Hugo, y de don Juan de Cardona, y después por la llegada de Manuel de Benavides, se conservaron todas las fuerzas importantes de aquella provincia: y se defendió el castillo de Cosenza, Monforte, Ayelo, Tropea, y la Amantia, que está en la marina de poniente. En la llana que llaman de Nicastro, se defendieron de aquella rebelión, y guerra que movieron los príncipes, y los otros barones que los seguían, Monteleón, y Nicastro: y en la que llaman Retromarina, Cotrón, y los castillos, Mesuraca, la ciudad de Catanzaro, Badulato, La Motta, la Rochela, Castelvetro, Gruteria, Giraci, Condeiani: y en lo alto de la sierra San Jorge, y la Motta de San Juan, Santa Ágata, Ríjoles, el Scyllo, Fiumar de Muro, Santa Cristina, y Calandea. En algunas memorias de cosas acaecidas en este año se refiere, haber sido preso por los turcos don Antonio de Centellas marqués de Cotrón, con don Enrique su hijo: que era de edad de veinte años: y que fueron llevados a Constantinopla: y murió don Enrique en la prisión: y al marqués cortaron la cabeza, sin contar otra particularidad del hecho.

De la guerra que se hacía en Apulia entre españoles, y franceses, por conservar la doana de los ganados. VII.

Antes desto, el duque de Nemours se fue a poner en Potencia: y llevó consigo la artillería por socorrer desde allí, si tal necesidad recreciese, a las cosas de Calabria, y a lo de Nápoles: donde

estaban tan desfavorecidos, que aquella ciudad se diera a los nuestros, con sola una nave de trigo que asomara en aquel puerto: tanta era la necesidad que padecían, y la indignación que tenían contra franceses. Porque aunque los nuestros estaban quedos, y con harto aprieto, claramente parecía, que las cosas de los contrarios iban de caída: porque de los franceses que estaban en Capitinata, y Apulia, poco a poco se iban a Calabria, y otros a lo de Nápoles: y los que quedaban no atendían sino a guardar la doana: y sosteníanla con gran dificultad, y con mucha fatiga, y peligro. Sucedió, que Teodoro Bocalo griego, capitán de estradiotes, que estaba en Barleta, hombre valiente, y muy esforzado, y de quien el Gran Capitán tuvo satisfacción en esta guerra, fue a correr la Ceriñola, hasta donde los enemigos hicieron extender la doana de los ganados: que era la cosa más cara que ellos tenían: y que más trabajaban de guardar: y de allí arrancó cinco mil cabezas de ganado: y vinieron los franceses en su seguimiento: y le quitaron la presa: y recibieran muy grande daño, si no por causa, que teniéndose aviso desto en Barleta, salió Francisco Sánchez con su compañía de gente de caballo a socorrerle: y recogió a los estradiotes. Era así, que los de Abruzzo no querían pasar la doana a Apulia, sin seguridad de Gran Capitán: y fueron a él sus síndicos a pedirla: y ofrecían de pagar la mitad que pertenecía al rey: y para esto pidieron licencia al duque de Nemours, y él los recibió tan mal, que a unos prendió, y desterró a otros: y aseguró la provincia, para que la doana pasase: ofreciendo que él la defendería, y les pagaría los daños que los españoles les hiciesen. Puso tanta diligencia en ello, que toda la hizo pasar hasta treinta, y cuarenta millas de Barleta: y para defenderla engrosó las guarniciones de la Ceriñola, Canosa, y Monorbino, que son los lugares que estaban entre la doana, y Barleta: mas por esto no hizo el Gran Capitán demostración ninguna, hasta que llegase la doana a término, que la pudiese alcanzar: y entonces envió a decir a los síndicos, y oficiales della, que pues no acudían como lo debían al rey de España, serían bien castigados: y ellos mostraban que más por sujeción, que de su voluntad seguían lo que les mandaba el duque de Nemours. Como de aquello no se satisfizo, envió a mandar a los de Termini, Manfredonia, y Santángel, que robasen della con el daño que pudiesen de abruceses: y así lo hicieron: y por la misma causa se envió Teodoro Bocalo desde Barleta a recoger del ganado lo que pudiese, y traerle: y para armar celada a la gente de caballo, que estaba en la Ceriñola: de que se siguió lo que se ha referido. Después que el señor de Aubeni fue a Calabria en socorro de los príncipes rebeldes, el duque de Nemours con todo el resto de su gente de armas, e infantería se puso en guarniciones en Monorbino, Canosa, y la Ceriñola: y en Foggia, Rubo, Terlici, Quarata, y Viseli, que está en el contorno de Barleta, y Andria, a doce, y a dieciocho, y veinte millas, de donde pensó guardar la doana. Entonces dio el Gran Capitán licencia a Francisco Sánchez que saliese a otra a celada: y envió con él al comendador Mendoza, y a Pedro de Paz, y al teniente del claverero, con ciento cincuenta hombres de armas, y trescientos jinetes, y seiscientos peones: para que armasen celada a los franceses, que estaban en Canosa, que eran las compañías del duque de Valentinois, y de Juan Jordán Ursino, hasta ciento y cincuenta lanzas gruesas: y determinaron de dar de sobresalto sobre Canosa, y la Ceriñola: y se puso en celada Francisco Sánchez: y envió a Teodoro con ciento veinte de caballo a la ligera, para que arracasen el ganado de la doana, que lo más cerca

estaba veinte millas. Al tiempo que Francisco Sánchez salió de Barleta a dos horas después de media noche con los hombres de armas, y con la mitad de los jinetes, cuyo capitán era el comendador Mendoza, y llegaron a la celada, a la hora que debían, que fue en amaneciendo, los caballos ligeros, y la otra parte de jinetes habían ya pasado la noche antes a robar de la doana: y trujeron diez mil ovejas, y volvieron por donde los de Canosa los sintiesen. En aquel rebato salieron tras ellos de los franceses doscientos de caballo, hasta llegar a dar en la celada, a donde Francisco Sánchez tuvo aviso de un estradiote, que pasó con cierto ganado, que Teodoro venía con gran prisa cuatro millas atrás: y que seguían tras ellos los franceses: y en aquel punto tuvo Francisco Sánchez armada, y bien en orden su gente: y estando para arremeter llegó Teodoro, y los caballeros franceses tras él: y pasaron de la celada ochenta hombres de armas, y cien caballos ligeros de Canosa: y salieron tras ellos el comendador Mendoza con los jinetes, y Francisco Sánchez con los hombres de armas, y quinientos peones juntos con su batalla ordenada. Cuando los franceses reconocieron los jinetes aguardáronlos: pero en descubriendo los hombres de armas volvieron huyendo: y siguieron los nuestros el alcance ocho millas: y fue tan grande el destrozo, que solos se salvaron dellos trece, y todos los otros fueron muertos, y presos. Mas como el alcance se hizo camino de la Ceriñola, y cien hombres de armas, y trescientos caballos ligeros de los franceses que estaban en aquel lugar habían salido al rebato, un escuadrón dellos de ochenta hombres de armas fue a dar entre los peones: y la gente de armas que quedó con Francisco Sánchez: y acometieron a la parte donde iban los prisioneros, y recogieron más de treinta que se iban dadas sus fees: y fueron después contra los que iban en el alcance, que estaban de manera, que veinte hombres de armas juntos los desbarataran. En esta sazón, como Francisco Sánchez vio ir los nuestros tan desordenados, y que acudía gente de refresco a los franceses, comenzó de recoger algunos de caballo: y de los caballos que se tomaron se hizo un escuadrón, que parecía batalla, en que hubo muy pocos hombres de armas: y como siguiesen a los nuestros los franceses con un escuadrón de hombres de armas, Francisco Sánchez movió contra ellos, e hízolos volver huyendo por una ladera. Quedaron prisioneros de los nuestros, que se adelantaron en el alcance, por tener mejores caballos, hasta treinta y tres: y entre ellos fueron Diego de Vera, Luis Alonso de Silva, mosén Turel, el capitán Escalada, y Teodoro Bocalo, capitán de estradiotes, y de los mejores hombres de armas que el Gran Capitán tenía. Ello sucedió de manera, que si el escuadrón de los hombres de armas anduviera, como se concertó entre ellos, lo desbaratado se ganaba, y los enemigos se rompían con harto daño: y con todo este desmán los nuestros mataron, y prendieron hasta cincuenta de caballo: y trujeron otros cincuenta prisioneros, y muchos caballos, y armas, allende de la presa, que fue más de cinco mil cabezas de ganado: y deste hecho se tuvieron el duque de Nemours, y los capitanes franceses, no sólo por ofendidos, pero por muy injuriados.

Del rencuentro que tuvieron Luis de Herrera, y Pedro Navarro, que estaban en Tarento, con Fabricio de Gesvaldo: y que el Gran Capitán salió a dar la batalla al duque de Nemours a la puente del Ofanto. VIII.

En el mismo tiempo fue a correr a Tarento Fabricio de Gesvaldo hijo del conde de Conza, yerno del príncipe de Melfi, con toda la gente de las guarniciones que quedaban contra aquella ciudad: y saliendo a escaramuzar con él, mataron los nuestros al señor de Landa, que era de los principales capitanes que el rey de Francia allí tenía: y murieron otros hombres de armas con él. Volvieron deste rencuentro Luis de Herrera con sesenta jinetes, y Pedro Navarro con ciento cincuenta peones, se fueron a poner en un camino, a donde los contrarios se apartaban, cada escuadrón en su alojamiento, por aguardar a los que estaban alojados en Pulzano: y dieron sobre ellos: que eran los que llevaba el hijo del conde de Conza: y en número hasta treinta y tres hombres de armas, y cincuenta arqueros, y diez estradiotes: y fueron los más presos, y todos los otros muertos: que solamente escaparon tres: y entre los presos quedaron en poder de los nuestros, el hijo del conde de Conza, y Julio de Capua, que era un barón principal del reino. Hacían continuamente los jinetes, y estradiotes grandes presas en los contrarios: señaladamente en lo de la doana: y por huir los daños que recibían, pareció al duque de Nemours que derribando una puente, que estaba a cuatro millas de Barleta en el Ofanto, creciendo aquel río, los españoles no podrían pasar a robar la doana, ni hacer tanto daño por aquella comarca: y juntó toda su gente, que eran res mil suizos, y quinientos cincuenta hombres de armas, y mil caballos ligeros: y sacó de su artillería tres cañones, y cuatro falconetes: y un viernes a treinta de diciembre, amaneció en la puente, y derribó con la artillería el mayor arco della: y acabó de derrocar una torre, que estaba a la entrada, que quedó de la guerra pasada medio derribada. Cuando el Gran Capitán supo su venida, a la hora envió por la gente de Andria, que eran ciento cincuenta de caballo, y mil seiscientos peones: y entretanto toda la gente de Barleta se puso en orden con la artillería, para salir a dar la batalla: y los de Andria, aunque tardaron algo, llegaron a tiempo que salieron bien cerca juntos, a donde los descubrieron los contrarios: y como reconocieron nuestras batallas, al mismo punto volvieron con sus escuadrones la vía que llevaron: y de buen paso sin parar, se alejaron tanto, que bien ordenados, y con los carros de artillería no los pudieron alcanzar. Entonces envió el Gran Capitán con un trompeta a decir al duque, que ya él iba, que le esperase: y él respondió, que era tarde, que cuando Gonzalo Fernández estuviese tan cerca de Canosa, como él había llegado de Barleta, le prometía de salir a darle la batalla. Tuvo el Gran Capitán deliberado con los que tenía en su consejo, de dar la batalla aquel día: porque en la gente de pie eran iguales a los contrarios: y en la de armas no les sobraban mucho: y aunque en los jinetes no les llevaban más de la mitad de ventaja, por lo que sin ninguna duda se conocía que eran mejores los nuestros que no ellos, en todo habían aventurado el negocio. Mas un día antes que el Gran Capitán hizo esta salida, se erró un buen lance, pasando el de la Paliza a cuatro millas de Barleta, con doscientos hombres de armas, y trescientos arqueros, que iban a juntarse con el de Nemours, para efeto de lo de aquella puente: y siendo dello avisado el Gran Capitán aquella noche, dos horas antes del día, como el de la Paliza llegó

allí, no soltó la gente, creyendo, que venían todos los franceses juntos, hasta descubrir el campo: por ser el tiempo, y el sitio tal, que se podían armar diversos engaños: mas como el de la Paliza llegó aquel lugar, y no halló allí al duque, como más pudo tiró su camino. Sucedió, que yéndole a la traza, llegaron Fabricio Colona, y fray Leonardo de Prato, personas que tenían mucha noticia de las cosas de la guerra, a quien el Gran Capitán envió delante para reconocer la tierra, y le certificaron, que todo el campo de los franceses iba muy cerca: y él hasta mejor reconocerlo reparó un poco: y entretanto ellos se alargaron de manera que no los pudieron alcanzar: y fue de grande provecho a los franceses el antojo de Fabricio. Todavía los contrarios iban de tal suerte engrosando su gente, que entendiendo el rey, y la reina, que el Gran Capitán no podía acudir a lo de Calabria, ni defender lo de Capitanata, y Apulia, y que para las cosas de aquellas provincias convenía, que tuviese cargo de la gente, persona que fuese muy principal, con igual cargo que el Gran Capitán tenía, acordaron de enviar en socorro de aquellas provincias, a Luis Puertocarrero señor de Palma: que fue uno de los que muy mucho se señalaron en la guerra, y conquista del reino de Granada: y mandaron juntar setecientas lanzas, las trescientas de hombres de armas, y cuatrocientos jinetes, y tres mil peones, los dos mil gallegos y asturianos, y los mil catalanes, con buen número de naos muy en orden: y principalmente tuvieron fin de hacer elección de la persona deste caballero, porque según el deudo, y amistad que había entre él, y el Gran Capitán, estarían en la conformidad que era razón. Estuvo la armada en que Puertocarrero había de pasar, en el puerto de Cartagena en principio del mes de diciembre: y no aguardaba sino la armada que venía de Galicia: y aun el rey no tenía nueva a dónde hubiese desembarcado Manuel de Benavides, con la que salió los días pasados de aquel puerto: ni se sabía en qué estado estuviesen las cosas de Calabria, y Apulia: y por esto el rey por dar mayor favor a su partido, que al parecer andaba muy peligroso, demás deste socorro de gente, procuraba que venecianos se confederasen con él: y para ello les ofrecía valerles en lo de Milán, o en el Abruzzo: y para esto se tornó a enviar Lorenzo Suárez de Figueroa a Venecia: para que lo tratase con aquella señoría: y se procurase de concertar a Ursinos, y Coloneses para su servicio.

De la rota que dieron los franceses a Manuel de Benavides, y a don Hugo de Cardona en la baja Calabria. IX.

Con la pasada de Manuel de Benavides a Calabria, no sólo se conservó lo de aquella provincia, que importaba tanto, pero aun se divirtió gran parte del poder que cargaba sobre lo de Apulia: y por esta causa pasaron a Calabria los príncipes de Bisiñano, y Salerno, el señor de Aubeni, el señor de Agrenni, y las compañías de Imbrecurt lugarteniente del marqués de Mantua, Carlo Ursino, Troyano Papacoda, el conde de Melito, y el príncipe de Rossano: que eran cuatrocientas setenta lanzas, y más de mil soldados: sin la gente que se juntaba de aquella comarca. Por esta causa, algunos días antes que el señor de Aubeni fuese a Calabria, quisiera Manuel de Benavides, que se

pusieran en parte, que no pudiesen recibir algún daño, ni se honrasen dellos los franceses: y porque don Hugo de Cardona, y los otros capitanes que con él estaban, no tenían por cierta su ida, acordaron que estuviesen en Rossano: y se detuvieron allí hasta que entendieron por cierto, que era llegado a treinta millas: y deliberaron entonces, que fuesen a Terranova. Mas don Hugo de Cardona fue de contrario parecer: entendiendo, que si allí se pusiesen, padecerían grande falta de bastimentos: porque fue aquel lugar tan saqueado por ellos, y por los contrarios, que en tres días se había perdido, y en otros tantos ganado: y su voto era, que dejando proveídos los lugares de San Jorge, y Oppido, se pasasen a la Retromarina, que tiene una muy brava sierra: porque a los enemigos sería forzado divertirse hacia aquella parte por conservar a Esquilache: y otros lugares que les eran importantes: y si quedaban en la llana de Terranova los perdían: y todavía se determinó que fuesen allá: porque los que siguieron este consejo, principalmente Alvarado, aseguraban, que podrían bastecerse para tres meses de aquella llana de Terranova: y cuando llegaron allá, ya el señor de Aubeni, y los príncipes se habían juntado en Polistena, que dista a seis millas de Terranova. Pasaron luego adelante, para ponerse junto con ellos en los casares de aquella villa: y como vieron la poca provisión que había para poder esperar, y que de allí no tenían sino dos caminos, el uno para Ríjoles, y el otro por la marina, y que cualquiera dellos era muy trabajoso por la montaña, porque en Ríjoles no tenían ninguna necesidad dellos los que estaban en su defensa, y en los lugares de aquella costa la tenían tan grande, que fueran ya rebelados, si no por causa de haber ido allá, acordaron de irse a Giraci, siguiendo el parecer de don Hugo, y del conde de Condiano, que aconsejaron que se pasasen a la Retromarina. Apenas salieron de Terranova, cuando del campo de los franceses fue con los nuestros: y comenzándolos a aprestar Gonzalo de Ávalos, que iba en la rezaga, revolvió sobre ellos tan bien, que fueron derribados algunos hombres de armas: y de allí a dos millas acercándoseles los franceses, adelantóse una bandera dellos, con un escuadrón de hombres de armas, y de caballos ligeros, con la cual iba el señor de Grenni: y fueron derechamente para atajar el hilo de nuestra gente: porque el camino era tal, que iban todos sin ninguna orden ahilados. Por esto pasó adelante Manuel de Benavides: y tomó la compañía de Antonio de Leyva: y porque la halló con poca gente, volvió a juntarla con la suya, y entresacando dellas, y señalando ciertos hombres de armas, y jinetes, y entre ellos a Valencia de Benavides su hermano, los puso delante de sus banderas, y rompieron con los de la bandera del señor de Grenni: y de aquel encuentro fue muerto, y otros cuatro caballeros: y quedaron presos más de diez dellos: y a los otros los llevaron huyendo, hasta meterlos por otras banderas. Por la parte donde los iban siguiendo, eran tales los pasos, y Manuel de Benavides se hubo tan valerosamente, que tenía debajo de sí más de quince caballeros: y sólo él prendió los tres dellos: y si la compañía de Alvarado no pasara adelante, aquel día fuera el daño de los franceses muy grande: y caminando los nuestros más de dos millas, no tornaron a dar en ellos. Iba ya toda la gente del señor de Aubeni junta: y llevando su fardaje delante, el camino era tan áspero, que al subir de la sierra, nuestros peones pasaron adelante: y comenzando a huir, viendo Manuel de Benavides el peligro que allí tenían presente, apeóse en la sierra para recogerlos: y nunca pudo juntarlos consigo: ni don Hugo

que lo procuró con gran esfuerzo, señalándose entre todos de muy animoso, y valiente, los pudo detener: y viendo que de los peones ninguno paraba, los franceses al subir de la sierra los apretaron de tal manera en las angosturas della, que como los caballos que iban delante, no podían volver atrás por la aspereza de la sierra, y por haber tanta nieve, que no podían salir del camino, prendieron hasta cincuenta hombres de armas, y jinetes, los más de la compañía de Antonio de Leyva: el cual con los suyos aquel día peleó como muy buen caballero, y animoso capitán. Entre aquellos caballeros que prendieron, fue uno Gonzalo de Ávalos, que siempre iba en la reza: y se señaló de muy valiente: y perdieron la mayor parte del fardaje, y muchos caballos: por no poder pasar a caballo unos delante de otros, ni socorrerse. De nuestra parte no murió hombre de cuenta, sino don Antonio de Sena sardo, capitán de infantería, que lo mataron los franceses después de preso: porque le hallaron que traía vestidas unas armas que eran de un capitán francés, que pocos días antes fue muerto por el barón de la Ficara, llevándole preso dos escuderos. Fue esta jornada el lunes de Pascua de Navidad: y no se recibió tanto disfavor, y daño en este rencuentro, que no se sostuviesen los lugares de aquella marina, y se fortalecieron con gente española: y en Condeyani se puso el conde que era señor del mismo lugar: y en la Rochela, que es muy fuerte, y está junto a la mar, y en Castelvetro se pusieron don Hugo, y Antonio de Leyva, con algunas compañías de hombres de armas: y Vicencio Carafa conde de la Gruteria tenía muy fortalecido el castillo de la Gruteria: y la Rochela, y Castelvetro, que eran suyos, y de mucha importancia: y él muy aficionado a la parte de España: y en Condeyani estaba con el conde don Juan de Cardona. Tenían así mismo bien proveído el lugar, y fortaleza de San Jorge, que está en lo alto de la sierra, donde estaba gente española de guarnición, por ser la entrada de toda aquella tierra. Manuel Benavides, con el resto de su gente se fue a poner en Giraci: y como el señor de Aubeni vio que se repartía la gente española por estas fuerzas, y que recibió algún daño en aquel rencuentro, y se consumió toda la compañía del señor de Grenni, porque no hubo ninguno della, que no fuese, o muerto, o preso, o herido, dejó a los príncipes en el llano de Terranova: creyendo que podrían tomar a Santa Cristina, y la Bañara, y a Fiumar de Muro, que se tenían por los nuestros: y él acordó de ir sobre la Gruteria: y el lugar se le entregó, aunque la fortaleza estaba bien defendida de los españoles: y de allí se pasó a la Motta Bubalina, y a Brancaleón con toda su gente: que son dos lugares que están en el camino de Ríjoles. Pero los príncipes no pudieron hacer efecto ninguno: porque Fiumar de Muro se proveyó de gente, que envió el visorey de Sicilia, y volvieron la vía de Gruteria, por el mismo camino que llevó el señor de Aubeni para juntarse con él. Llegó entonces Alonso de Sanseverino con sesenta hombres de armas italianos: con los cuales pocos días antes se pasó del campo del Gran Capitán a los enemigos. Fue tan grande la reputación que el señor de Aubeni ganó en esta rota que recibieron los nuestros, que casi toda la provincia se tenía por él: y los lugares que estaban en poder de españoles, se sustentaban con gran peligro: y cada día se esperaba que los franceses irían a Ríjoles: donde no estaba bien quisto el gobernador: y la mayor señal de fidelidad que en los de aquel lugar se conocía era, que le desamparaban, y se recogían a otros castillos: y por esta causa el visorey Juan de Lanuza mandó ir allá, de los que estaban en la armada de

mar, trescientos hombres con Flores de Marquina, y a Lope de Arbolancha con todos los españoles que estaban en Mesina, para que estuviesen en su defensa. Estaba en Fiumar de Muro, que era el paso por esta parte de Semenara, donde quedaban los príncipes de Bisiñano, y Salerno, por donde habían de ir a juntarse con el señor de Aubeni, don Antonio Allata, que era marido de doña Leonor de Luna condesa de Calatabelota, con hasta doscientos españoles, que se juntaron allí, de los que venían del campo, que habían llegado a la Bañara, y al Scyllo: y el conde de Calatabelota, y los barones de la Ferla, y Ficara, y algunos caballeros sicilianos por orden del visorey, se hacían allí fuertes: para tener el paso a los príncipes: y fue causa que no pudiesen pasar a tomar aquel lugar: desde donde estuviera en grande aventura de perderse Ríjoles: y como vieron cerrado aquel paso, y que estaban los nuestros apoderados dél, fueron por el otro camino a juntarse con el de Aubeni. Pero estas provisiones no bastaban para que se sostuviesen las fronteras sin gran peligro: y no llegase el temor a los mesineses: recelando que fuese presto armada de los enemigos. Habíase ya enviado a Sicilia, y de allí a España por orden del Gran Capitán, el duque don Fernando: y arribaron con él al puerto de Alicante tres naves la víspera de Todos los Santos: y de allí fue llevado por el mes de diciembre a Madrid: donde el rey estaba: y aunque iba como prisionero, le fue hecho recibimiento como a hijo de rey.

De la ida del príncipe archiduque a Flandes: y de la concordia que movió en Francia con el rey Luis. X.

Entretanto que la guerra se iba encendiendo en el reino, y se comenzó por parte del rey de Francia a mover plática de nueva paz, y concordia, señaló por medios della, que se volviese todo el reino de Nápoles al rey don Fadrique: y se pusiesen en libertad los prisioneros de ambas partes. Propuso, que antes que se entregase el reino, se restituyese a cada parte su porción: para que ellos la diesen al rey don Fadrique: o que se renunciase todo el reino al infante don Carlos, y a Claudia su hija: y volviesen a la primera amistad, y confederación, conforme a la concordia que hicieron. Cuanto a lo que se proponía, que se volviese aquel reino al rey don Fadrique, decía el Rey Católico, que sería dello muy contento: puesto que para efetuarse, se hallaba por grande inconveniente, que después de lo pasado en aquel reino entre españoles, y franceses, declarándose los del reino por él, los entregase en poder de sus enemigos: y que tal restitución como aquélla, parecería muy vergonzosa, y deshonesto. Mayormente, que no se podía dar seguridad que fuese bastante, para que los franceses no hiciesen daño a los de aquel reino. Con todas estas dificultades ofrecía, que si el rey de Francia se allegase a la razón, para que se hiciese igualmente la restitución, sería contento que se nombrasen personas, para que entendiesen en ella: y se hiciese de suerte, que el rey don Fadrique recibiese de cada una de las partes, lo que a su porción tocaba: hasta que todo fuese restituido: dando para ello las seguridades que conviniesen: y que los prisioneros fuesen libres sin ningún rescate. Para en caso que se renunciase el reino en el infante don Carlos su nieto, y en Claudia, le parecía, que fuesen sus

lugartenientes el rey don Fadrique, y el duque de Calabria su hijo: y si fuesen sospechosos al rey de Francia, nombrase otros que le pareciese, que lo podían ser: porque siendo tales, se conformasen en personas no sospechosas a las partes. Pareció ser estas pláticas más para entretener, y diferir en el tiempo, esperando el suceso de las cosas del reino, que para concertarse: y visto que de la concordia quedaba poca esperanza, tratábase de asentar alguna tregua: y porque los comisarios de ambas partes pudiesen seguramente entender en ello, tenía el rey por bien, que los que él nombrase, se juntasen en Narbona con los del rey de Francia: con tanto, que lo que allí acordasen los suyos, los embajadores del rey de Francia lo viniesen a concluir en Salsas: y lo que allí se concluyese se otorgase por ellos: y lo que los franceses asentasen en Narbona, también se tuviese por concedido. En este mismo tiempo estaba ya determinado el príncipe archiduque de partir para Flandes: y dijo al rey, y a la reina, que viendo él la guerra que había entre ellos, y el rey de Francia, deseaba hacer en ello en ayuda suya, lo que hijo suyo, y príncipe de aquellos reinos debía, y era obligado de hacer: y que estando en Castilla, no lo podría ejecutar, por estar en peligro sus estados: no hallándose él en ellos, por haberlos dejado desproveídos de guerra cuando a España vino: y estando ausente no podría por ellos romper la guerra en Francia. Por esto les suplicaba le diesen licencia, para que él pudiese ir a Flandes por Francia: por ser tan peligroso el navegar en aquel tiempo de invierno: y decía, que el rey de Francia le envió a mover que él se pusiese entre ellos para procurar la paz: y le daba seguridad, y rehenes para su pasaje: y podría tomar este color, para pasar seguro por Francia: y pasando a sus estados, haría maravillas en su ayuda. Aunque al rey, y a la reina parecía muy bien su ida a Flandes para aquel efeto, pero no quisieran que fuera por Francia, sino por la mar: así por ser mejor, como por asegurar su persona: porque entendiendo el rey de Francia, que le contradecían sus suegros, su ida iría más seguro. Considerando, que juntándose el rey de romanos su padre, y él para el rompimiento con Francia, sería para el rey muy gran ayuda, visto que no podían estorbar su camino por Francia, por ningún modo, ni medio, permitieron su ida por Francia: para que el efeto de la ayuda del rey de romanos, y suya, se pudiese seguir más presto: y esto se trató en mucho secreto: y en lo público, para con los del príncipe, y para con todos mostraban que aunque permitían su ida por Francia, no le daban licencia, ni consentimiento suyo para ella: porque de pasada pudiesen decir al rey de Francia, que como iba sin consentimiento suyo, no le dieron poder ni facultad ninguna para entender en la paz: pero pasado a sus estados, desde allá entendería en ello: porque no quitase de esperanza al rey Luis que procuraría la paz, porque no le detuviesen en Francia: y más presto, y sin ningún inconveniente pudiese llegar a Flandes, para ayudar desde sus estados, y romper la guerra con Francia. Suplicósele por los perlados, grandes, y caballeros, y procuradores de cortes, en nombre de aquellos reinos, que antes de su partida quisiese bien considerar los grandes inconvenientes, y daños que della se podían seguir. Primeramente el peligro de su persona: pues ninguna seguridad, ni rehén, de las que el rey de Francia le daba, se debía tener por suficiente: y era tanta la diferencia de su persona, y estado. Decían, que debía advertir, que pasando por Francia a tal tiempo, ponía al rey, y a la reina sus padres, a juicio de todo el mundo: porque si entendían que iba con su consentimiento, y

consejo, parecería gran crueldad de padres enviar a su hijo a poder de su enemigo: y si iba en su desgracia, y contra su voluntad, a ellos se cargaría gran culpa en dar lugar a ello: y el amor con que le llamaron a la sucesión de aquellos reinos, y la afición que a su persona tenían, no merecía que los pusiese en tanta obligación. Que parecería gran amor el que tenía a estos reinos de España: pues en tiempo que estaban en guerra con el rey de Francia, mostraba tanta confianza dél, y los dejaba: y demás de ponerse a los peligros, que de tal jornada podían suceder, se tenía por cosa grave, confiar su persona, y dignidad de príncipe de España ya jurado, a las descortesías que el rey de Francia quisiese hacerle: como lo hizo a la venida: y que aquello se sentiría por todos sus súbditos por grande mengua. Si considerase bien la obligación, que todos los grandes príncipes tienen a su estimación, y honor, entendería, cuán extraña, y nueva cosa parecería, y nunca oída jamás, que al tiempo que los padres eran guerreados, el hijo se fuese a poner en manos, y por las puertas del enemigo: y cuando los reinos, y súbditos eran ofendidos, su príncipe se pusiese en poder del ofensor. Por esto le requerían, que fuese servido de sobreseer en aquella su ida por Francia: hasta que más sin daño, y con menos peligro, e inconvenientes, y aventura de honra, y estado, lo pudiese poner por obra, con consejo, y consentimiento de sus padres, como era razón: y que debía mirar, que ésta era la primera suplicación que le hacían todos aquellos reinos, y sobre la mayor cosa que tocaba a él, y a ellos. Pero ningunas amonestaciones públicas, ni particulares, ni estos consejos le pudieron apartar de su determinación. Usóse en esto, con la gana que el príncipe tenía de ir por Francia, de tal orden para advertir a los príncipes que eran confederados con el rey, en darles a entender, señaladamente al Papa, y a la señoría de Venecia, que los que estaban en la privanza, y consejo del príncipe, eran muy franceses: y que puesto que el rey, y la reina creyeron, que muerto el arzobispo de Besançon, tuvieran más mano en el príncipe, le tenían más sojuzgado el señor de Veré, y los que agora le servían: y éstos acabaron con él, que se fuese a Flandes por Francia: y nunca le pudieron estorbar su ida: y tenían tanto con él, que eran parte que el rey de romanos, y el rey, y la reina no tuviesen en él cosa alguna: y eran tan franceses, que siempre habían trabajado de apartarle de su obediencia: y tenerle a la disposición del rey de Francia: y que nunca el rey le pudo desviar de aquel propósito: aunque le dijo, que se acordase de la manera como le trató el rey de Francia, cuando vino a España por su reino: y que no quisiese ir a recibir más deshonra: y no diese lugar, siendo el mayor príncipe del mundo, que el rey de Francia le tratase como a uno de sus súbditos: despreciando en tanta manera la grandeza de estado, y dignidad, que Dios le había dado: y no mirando cuyo hijo, y yerno era: pues debía considerar, que el rey de Francia nunca querría que fuese pacífico señor de lo que tenía, y esperaba heredar: y mirase, que ponía al rey, y a la reina en gran juicio, y afrenta con todo el mundo, en esta su ida: porque si pensasen que iba con su consentimiento, gran desamor parecía de padres, enviar al hijo a su enemigo, y si iba sin él, no podía ser sin gran cargo suyo, que tal cosa sufriesen: y detuviese su partida tres meses: porque en este medio tuviese la licencia del rey de romanos su padre. Finalmente publicó el rey, que se iba sin su licencia, y de la reina, y contra su voluntad: quedando la princesa muy preñada. Iban los privados del príncipe con mucha queja, publicando, que en Castilla no se les

había dado nada: y el rey, y la reina se justificaban con el rey de romanos su padre, que por ellos, y por todos aquellos reinos, fue recibido el príncipe su hijo con mucho amor: y con tanto recibimiento, y honra, y demostración de placer, y alegría, como se pudo hacer: y le dieron a él, y a la princesa todo el patrimonio que se dio al príncipe don Juan su hijo: que fue mayor, y mejor que nunca se dio a otro príncipe de Castilla: aunque después de haberle dado las provisiones de la merced, por achaque de la enfermedad que sobrevino a la reina, que fue muy grave, se sobreseyó en el dar de la posesión: y después, aunque estaba comenzada a dar, como sucedió lo de la ida del príncipe a Francia, se cesó de dar la posesión: de manera, que lo que se hizo en Castilla por él, decían, que fue lo más, y mejor que nunca se hizo con príncipe de Castilla: y lo que quedó por hacer, fue a su culpa: y dio él a ello la causa. Partió de Madrid el príncipe un lunes, a diecinueve de diciembre del año pasado de 1502 para Aragón: porque deliberó de ir por Rosellón: y entrar por Languedoc: e iba tan aprisa, que se detuvo muy poco en Zaragoza. Aunque el rey había mandado, que en este reino, y en el principado de Cataluña se le hiciese el recibimiento, que se acostumbra a los príncipes sucesores, y le recibiesen con palio, y en su pasada se hiciese toda la demostración de placer, y alegría, que en semejantes entradas se suelen hacer, con todos estos cumplimientos era el rey tan advertido en todo lo que tocaba a su estado, que por ir con el príncipe algunos, que en la afición, y voluntad eran muy franceses, y le informaron, que llevaban pensamiento de comprar los caballos que pudiesen, así por la necesidad que en Francia tenían dellos, como por dejar desproveída la frontera de Rosellón, mandó a don Sancho de Castilla, su capitán general en aquellos condados, que con toda la gente de caballo de las guardas que estaba en ellos, y en el Ampurdán, y con los de la tierra, proveyesen don Sancho, y el gobernador de Rosellón con grandes penas, de manera, que no pudiesen vender ningún caballo: y proveyóse, que al tiempo que pasase el príncipe, y los suyos, los veedores, y otras personas de confianza, tuviesen dello especial cuidado: y no se diese lugar para más que dos caballos para la persona del príncipe. Pasaba aún el cuidado más adelante: porque se dio orden a don Sancho, que no se descuidase en tener a buen recaudo aquellas fortalezas: y que las vieses, que estaban bien proveídas de gente, y artillería: y si el príncipe quisiese entrar a ver las de Perpiñán, y Salsas, el día que hubiese de entrar a verlas, se ordenase, que en el retrainiento del aposento del alcaide, estuviese buen número de escuderos armados, y toda la artillería asentada, y la gente de la guarda della armada: y puesta en las estancias, como si tuvieran a vista los enemigos: porque si acaso entrasen con el príncipe los que decían, que eran de voluntad franceses, no pudiesen hacer ruindad: y los días que el príncipe se detuviese en Perpiñán, se pusiese en las noches buen recaudo, para que no pudiesen pasar a Francia ningún caballo, de la gente de las guardas: ni el día que el príncipe partiese de Perpiñán. En esto hubo tan gran provisión, porque el rey sabía, que el rey de Francia con todo el secreto, y disimulación que podía, mandaba hacer grandes aparejos para emprender alguna cosa en los condados de Rosellón, y Cerdeña: con publicar, que todo se disponía para la guerra de Nápoles. Llegado el príncipe a Perpiñán, detúvose allí algunos días: hasta que a veintisiete de febrero tuvo aviso, que las rehenes que el rey de Francia le daba para la seguridad de su pasaje por su reino, habían llegado a Flandes, y así

deliberó partirse otro día: y prosiguió su camino la vía de Lyon: adonde llegó a veintidós días del mes de marzo: y fue allí recibido del cardenal de Ruán con gran fiesta. Como al tiempo de su partida de Madrid, suplicó al rey, que le diese comisión para tratar de la paz con el rey de Francia, y el rey lo rehusó de hacer, y se partió sin ella, y cuando estuvo cerca de la salida de sus reinos, se publicó por el rey, que viendo que no hubo remedio para detenerle, porque de parte del rey de Francia se certificó la voluntad que tenía a la paz, y concordia, doliéndose el rey de los daños que se siguieron, y de los que se esperaban seguir de la guerra, deseando que en toda la cristiandad hubiese buena paz, y las armas, y fuerzas de los príncipes se empleasen contra los infieles, y porque conformándose en sus diferencias, se pudiese juntamente concluir la concordia entre el rey de romanos, y el rey de Francia, tuvo por bien de dar al príncipe cierta comisión con algunas condiciones, y muy limitada: para que comenzase a entender en lo de la concordia. Afirmábase que fue desta suerte: que como antes que el príncipe partiese de Madrid, hizo muy gran instancia, que el rey le dijese clara, y determinadamente su voluntad sobre las cosas de la paz, diciendo, que era bien que la supiese él, para en caso que pasando por Francia, si viese que el rey Luis se quería poner en la razón, él pudiese tratar en ella, que entonces el rey le declaró a él, y a los de su consejo, su voluntad, e intención: y se lo dieron por escrito por una instrucción, que la trasladó el graphier del príncipe: y se la llevó consigo él mismo. Entonces prometió diversas veces, que si el rey le diese poder para asentar la paz, él no traspasaría un cabello de su voluntad: y al tiempo de salir de Rosellón, como no se pudo impedir su camino, envióle el rey con fray Bernardo Boyl abad de San Miguel de Cuxa el poder con una instrucción: porque temía que de enviar poder a su yerno, para entender en lo de las paces, resultarían grandes inconvenientes: pues de sólo publicarse en Italia, sería causa de perder sus amigos, y confederados: y haría mucho daño a todos sus negocios: porque en darlo se mostraba, que consentía en la ida del príncipe por Francia: lo que se procuró mucho de estorbar: pero confiando como en hijo, envióse con este religioso el poder bastante. Mandó que aquel abad lo tuviese en mucho secreto: y se le diese, cuando conviniese, y fuese necesario, para asentar la concordia de las paces: porque de saberse antes, que llevaba poder, no se siguiesen los inconvenientes que se temían: y por esta causa advirtió el rey, que primero se entendiese si se hallaba tal disposición en el rey de Francia, para que se pudiese tomar buen asiento: y hallándose, se mostrase el poder: y no se hallando, estuviese secreto: de lo cual mandó que recibiese juramento el abad del príncipe: y no lo comunicase con persona alguna de su consejo. Esto lo encaminó el rey de manera, que al mismo tiempo, que el príncipe hacía su camino para Francia, los embajadores, que tenían los príncipes sus confederados deshiciesen la publicación, y fama, que echaban los franceses en su favor: dando por cierta, y asentada la concordia: y pusiesen más ánimo, y esfuerzo a sus aliados: y a sus capitanes, y gentes, dentro del reino, y fuera dél: y estrechasen más en asentar sus confederaciones, y ligas: y porque Gonzalo Fernández no reparase con saber, que el príncipe iba por Francia, se le dio a entender, que de su ida se esperaban grandes misterios, de parte del príncipe, y del rey de romanos su padre en su favor: y en el mismo tiempo se daba más prisa a la expedición de Luis Puertocarrero: con poderosa armada, que se enviaba a Sicilia: publicando: que de

más de cuatrocientas lanzas, y peones, y armada, que se enviaron el mes de octubre pasado al reino, se enviaba agora Puertocarrero, tan principal, y señalado caballero, y de los muy valerosos, y excelentes, si lo hubo en su tiempo, con seiscientas lanzas: y con dos mil gallegos, y asturianos: para que juntos con el Gran Capitán estrechasen el negocio. Iban informados el príncipe, y el abad Buyl de algunos medios, que parecieron al rey justos, y razonables: y muy iguales, para alcanzar la paz verdadera, como siempre mostró que la deseaba: para que con ellos, y conforme a la instrucción que llevaba, lo moviese, y tratase el príncipe, y no de otra manera. Dioles tal orden, que si algunos partidos, o medios se moviesen, fuera de los que se contenían en aquella instrucción, se consultase con él, para que primero se entendiese su voluntad cerca dellos: y por esta causa fue principalmente enviado aquel religioso: y para que sin su intervención, y consejo ninguna cosa hiciese el príncipe, ni se concluyese, que concerniese a la paz: porque se tuvo muy cierta sospecha, y parecía muy verdadero, y claro indicio de algunas personas, que estaban cerca del príncipe, y en su consejo, que no amaban el servicio del rey: y así le fue mandado, que no diese el poder que llevaba, sino en caso que el rey de Francia entregase primero en sus manos los artículos de la paz, firmados, y jurados, conforma a la instrucción: y no de otra suerte. Cuanto más el príncipe se iba llegando a Francia, tanto más la señoría de Venecia se declaraba quererse conservar con el Rey Católico: y con el rey de Francia: y eran tan continuas las nuevas, que allá llegaban de la paz, que no había quien lo pudiese quitar de la imaginación de todos: y así el tiempo no sufría hablarse en liga entre el rey, y aquella señoría, hasta que el príncipe hubiese pasado de Francia. Cualquier medio parecía que sería más conviniente al rey de España en aquella sazón, que la guerra con Francia: teniendo consideración al tiempo que había que la tenían con Francia en el reino: y la voluntad, con que toda Italia sostenía, y recogía a los franceses: y que no se había osado mostrar hombre por parte del rey. Sucedió que llegado el príncipe a Lyon, comenzando a entender con el legado en la paz, se movieron algunos medios, que no se conformaban con la instrucción que llevaba: antes eran nuevos, y muy diversos, y perjudiciales: y que nunca se platicaron: y dijo el abad al príncipe, y a los de su consejo, que debía luego consultar con el rey su padre aquella contradicción por extenso: antes de asentar cosa della: porque por muy general que fuese el poder, la calidad del negocio requería, que no se pudiese asentar, sin primero consultarlo, aunque no le fuera mandado. El príncipe entendiolo así, y que las cosas que se platicaban eran nuevas, de que el rey ninguna noticia tenía, y que también eran contra la instrucción, quiso consultarlas: y pidió al rey de Francia tiempo de diez días: porque en aquel medio ternía respuesta, y se podría asentar la paz con voluntad de ambas partes: y el rey de Francia nunca dio lugar a ello: y no quisieron permitir, que el abad lo consultase: ni se le dio lugar para que pudiese despachar un correo.

Del trato que tuvo el duque de Valentinois para destruir la casa Ursina: y que se iba apoderando de Toscana. XI.

Entre tanto que el rey de Francia procuraba de asentar la paz a su modo, teniendo en su casa al príncipe archiduque, y la guerra más se encendía en el reino, el duque de Valentinois llevaba a fuego, y a sangre todo lo de la Romaña. Diósele en el primer día de enero del año de 1503, Senegalia, que era una ciudad del hijo del prefeto, hermano del cardenal de San Pedro: cuyas tierras con todo el estado fueron luego ocupadas por él: y el mismo día después que el Papa oyó misa en su capilla, la cual dijo el cardenal Ursino, tuvo aviso del duque de lo hecho, para que él mandase poner en ejecución lo que entre ellos estaba acordado. Ésta fue una plática muy secreta, que el Papa tenía con el duque su hijo, para que asegurándose por ellos los Ursinos, y Vitelozo, los prendiese: y a la hora que los tuviese el duque en su poder, diese aviso al Papa, para que él mandase prender al cardenal Ursino, y así se hizo. Ordenóse de suerte que después que se dio Senegalia al duque, fueron a él Francisco Ursino duque de Gravina, y Pablo Ursino, Vitelozo, y Oliveroto de Fermo, que era gran caudillo, y agavillador de la gente popular de aquella tierra: porque el duque los aseguró con grandes juramentos: y ofreció su amistad: y todos cuatro fueron presos en un día. Hízose antes desto con mucho artificio una gran confederación, y liga, entre el duque don César de Borja, y Francia: como duque de Romaña, y de Valencia en su nombre, y de don Juan de Borja su hijo, a quien se dio título de duque de Camarino, y de Nepe, y de don Jofre de Borja príncipe de Esquilache su hermano, y de don Rodrigo de Aragón duque de Sarmoneta, y de Viseli, que fue hijo de don Alonso de Aragón duque de Viseli, y de Lucrecia de Borja, con el cardenal Ursino, y con el duque de Gravina, y con Julio, y Pablo Ursino, y Juan de Bentivolla de Bolonia, Pandolfo Petrucio de Siena, Vitelozo, y con Juan Pablo, y Gentil, y sus hermanos Ballones, y con Oliveroto de Fermo. En esta confederación se obligaban todos éstos de interponer todas sus fuerzas, y poder en la cobranza de los ducados, y estados de Urbino, y Camarino: considerando, que por las diferencias, y disensiones que tuvieron con el duque de Romaña, se siguió la rebelión, y ocupación dellos. Por esto prometía el duque de tener los mismos capitanes de la casa Ursina, y de los Vitelios, como los tenía antes: y que el Papa confirmaría este asiento: y no apremiaría al cardenal Ursino, para que fuese a Roma, sino cuando él holgase dello: y que todas las diferencias que había entre el Papa, y Juan de Bentivolla se remitiesen a la determinación del cardenal Ursino, y suya, y de Pandolfo de Petrucis. Ellos prometían, y se obligaban de poner cada uno en poder del duque de Romaña, uno de sus hijos legítimos, si los tuviesen, o uno de sus cercanos parientes: a voluntad del duque: para que estuviesen en el lugar, y por el tiempo que él ordenase. Declarábase en esta liga, que cualquier dellos que no la guardase, se entendiese ser declarado enemigo de todos ellos: y juntamente concurriesen a la destrucción de los estados, de los que no lo guardasen: y el Papa había de mandar restituir todos los bienes, y beneficios eclesiásticos, y temporales que se hubiesen ocupado a los desta confederación: y absolverles de las censuras, y penas en que hubiesen incurrido: de suerte, que volviesen a su primer estado: como si no

hubieran caído en desobediencia, y contumacia. Con color desta confederación, se procuró de perder en un día, y destruir de raíz toda aquella casa Ursina, que era de las más antiguas e ilustres de toda Italia. Cuando llegó al Papa este aviso, era muy noche: y porque el cardenal Ursino estaba en su casa, y tenían los Ursinos mucha gente, porque no se moviese algún alboroto, se sobreseyó su prisión hasta el día siguiente por la mañana: que le envió a llamar: y viniendo a palacio con el arzobispo de Florencia, y con dos obispos sus parientes, el Papa, que mandó proveer de gente, envió a decir al cardenal, que tuviese paciencia: y fue puesto en una torre: y con él el arzobispo, y un Jaime de Santa Cruz: y los dos obispos se pusieron en otra prisión. En la misma hora envió el Papa al gobernador con gente armada la que convenía, y fueron a la casa del cardenal: y pusieron a buen recaudo todo lo que se halló en ella: de suerte que el Papa tomó a su mano las personas con la hacienda: e hizo que el cardenal diese cartas y contraseños: y con ellos se le entregaron los castillos. Luego mandó el duque cortar las cabezas a Vitelozo, y a Oliveroto: y partió a Civita Casteli, que se tenía por Vitelozo: de donde había sacado al duque de Urbino viejo, que era la persona, que más procuraban de haber a su mano el Papa, y su hijo. Fue este caso, que el duque emprendió tan a su sazón, que se atajaron del todo, y cesaron los tratos, y pláticas que el embajador Francisco de Rojas traía con el mismo cardenal, y con los Ursinos: para que con su gente fuesen a servir al rey en la guerra del reino: y pareció bien merecido, que pues ellos comenzaron lo que se intentó contra el duque, y lo llevaban bien adelante, dejasen de acabarlo: y de hacer lo mismo del duque: y quitarle cuanto tenía: y asegurar el estado de la ciudad de Roma: teniendo disposición para salir con todo. En este tiempo el rey de Francia declaró por rebelde al marqués del Vasto, y a sus sobrinos: con el cual, y con la reina de Hungría se tuvo muy secreta inteligencia, como dicho es, para que entregasen al rey a Iscla, por ser de tanta importancia, para la empresa del reino: y envió el marqués a dar aviso al Gran Capitán, y al visorey de Sicilia, que le enviasen a Iscla la armada de España, con provisión de gente, y vituallas. Por otra parte por medio del obispo de Veintemilla se tomó asiento, y conclusión con más de cuarenta personas, de las más principales de Génova, de ambas parcialidades: para que echasen della a franceses. Éstos habían prometido, y jurado, que dándoles cuatrocientos soldados, harían rebelar la ciudad: y la pornían con el Castellet, debajo de la obediencia del rey: y concertaron, que las galeras que con esta gente fuese, llegase a una isleta despoblada, que llaman Albenga, que está a sesenta millas de Génova, a la costa de poniente: y a dos millas de tierra firme: en la cual había un monesterio antiguo, y yermo: y tiene buen puerto, y seguro, para galeras, y carabelas: y dióse tal orden, que esta armada siguiese a Fregosino de Campo Fregoso, hermano del obispo: para que se pusiese en ejecución por todo el mes de enero: pero por la necesidad grande en que estaban las cosas del reino, y porque convino acudir la armada a proveer las costas de Calabria, y Apulia, lo deste concierto fue de ningún efeto. Después que el duque de Valentinois tuvo en su poder a Senegalia, cobró a Perugia, y a Civita Casteli, y pusieron a saco por los suyos: y deste suceso el Papa comenzó a mostrar gran elación, y soberbia, triunfando de sus enemigos: porque le pareció, que aseguraba la mayor parte de su estado, en cobrar a Perugia. Según la gente que él, y el duque tenían, y la turbación en que estaban las cosas de Italia, pensaba emprender,

no solamente de cobrar a Bolonia, que era de la Iglesia, mas a Siena, Luca, y Pisa: lo que parecía cosa fácil: si en algo dello no refrenaba el temor del rey de Francia, que tenía estas ciudades debajo de su protección. En el mismo tiempo que sucedió lo de Perugia, Pandolfo que tenía el gobierno de Siena, hizo cortar la cabeza a algunas personas, que traían trato con el duque de Valentinois, para entregarle aquella ciudad. Juntamente con esto mandaba cada día el Papa prender a todos los que pensaba que le eran contrarios en sus empresas, o maquinaban algo contra él: y entre ellos fue un auditor de la cámara obispo de Sesena, gran letrado: que fue siempre muy aficionado al bando de los Coloneses: y fuele impuesto haber cometido un delito muy grave, cuando el rey Carlos estaba en Roma, que era haber ordenado diversos artículos para la deposición, y privación del Papa: y le fueron ocupados todos sus bienes. Algunos días antes desto, micer Malferit estando en Ancona, dando orden, como algunas compañías de alemanes pasasen al reino, desde allí se puso en plática con los capitanes Ursinos, que prendió el duque, enviándoles diversas personas, con algunos tratos, y medios, para hacer amistad, y confederación de Ursinos, y Coloneses con el Papa: y como la noche antes que fuese preso el cardenal Ursino, hubiese hablado con él muchas horas, concibió el Papa gran sospecha, que su venida por Ancona, y por Roma, fuese para poner algunas cosas en ejecución contra el duque. Siempre estaba con grande temor, que el rey se pusiese a estorbarle todos sus fines: y era así, que estando el rey en Granada, el común de Pisa, temiendo no acabasen de sojuzgarlos sus enemigos los florentinos, para que perpetuamente perdiesen aquel nombre de libertad, que les ponían delante, los que deseaban sacarlos de aquella servidumbre, enviaron al rey con grande secreto a decirle, que ninguna cosa codiciaban más, que serle súbditos, y de su corona real, vasallos, o en protección, como él los quisiese recibir: y que no querían, sino que les diese por capitán, que estuviese con ellos en nombre del rey, don Antonio Allata conde de Calatabelota, que tenía naturaleza en aquella ciudad, y le amaban como a ciudadano della, y muy aficionado a la señoría: y que en caso que ellos tuviesen necesidad de alguna gente, se la mandase dar, pagando ellos el sueldo. Mas como entonces el rey estaba entendiendo en la pacificación del reino de Granada, y mostraba mucha afición de emplearse en la conquista de los moros de allende, y se hacían muchos aparatos para ella, no le pareció que era bien divertirse a otra cosa: aunque después las cosas del reino sucedieron de manera, que le era forzado asentar el pie en Italia, y ganar valedores, y amigos: y entendiendo, que satisfacía mucho a su estado, que aquella ciudad, y común de Pisa estuviese a su disposición, y obediencia, escribió al visorey de Sicilia, al mismo tiempo que el príncipe archiduque venía a Zaragoza con la princesa, que mandase en su nombre al conde de Calatabelota, que secretamente volviese con los pisanos a la misma plática: y procurase, que aquella ciudad se pusiese debajo de su obediencia: ofreciéndoles, que serían favorecidos dél, y del reino de Sicilia, en todo lo que conviniese a la conservación de su estado.

De la guerra, que se hacía por el Gran Capitán a los franceses, que estaban en Apulia: y del campo que hubo de trece caballeros italianos, y otros tantos franceses entre Andria, y Quarata. XII.

Estuvo el Gran Capitán todo el tiempo que se detuvo en Barleta, ordenando cómo pudiese salir al campo contra los enemigos: y allende que era de grande ingenio, y tenía tanto uso en las cosas de la guerra, moderábalo todo con suma constancia de ánimo: porque fue muy recatado en los consejos, y en acometerlos, no nada temerario. Pero como no fuese igual en el número de la gente, para salir con todo su ejército a dar la batalla, y estuviese esperando los alemanes, no quería que los suyos entretanto que llegaban, mostrasen punto de cobardía: y continuamente los mandaba salir a correr la comarca: y que se ejercitasen en diversas presas, y celadas, y en otras escaramuzas. Un domingo en la noche, que fue a quince de enero salió de Barleta: y envió delante al comendador Mendoza con trescientos jinetes, para que corriesen hasta Labelo, que está a veinticinco millas de aquel lugar: adonde alcanzaba gran parte de la doana: y él con toda la gente se puso entre Monorbino, donde estaba el duque de Nemours, y entre Canosa, y la Ceriñola, que eran los lugares en que estaba aposentada toda la gente de armas francesa, para dar en lo de cualquier parte, que saliesen a quitar la presa, por estar a cuatro millas de Monorbino, y a seis de la Ceriñola, y a una de Canosa. Los corredores arrancaron más de cuarenta mil ovejas: y salieron con ellas por el camino que tenían ordenado: y a tres horas de día cien hombres de armas, y doscientos arqueros de la Ceriñola salieron a juntarse con los de Canosa: donde residía otra tanta gente de caballo, y algunas compañías de infantería: y viéronlos venir los nuestros: y porque no les podían salir al encuentro sino lejos, y tomándolos apartados, se volvían a la Ceriñola, y si más cerca, se entraban en Canosa, el Gran Capitán, y algunos con él eran de acuerdo, que los dejasen juntar con los de Canosa, porque todos saldrían tras la presa, y los atajarían, sin que pudiese salvarse ninguno: y otros eran de parecer, que se debía dar en aquéllos. Hallándose en esta duda, Nuño de Mata, que estaba conciertos jinetes en atalaya, se desmandó a salir: y fue forzado, que todos le siguieron: y los franceses se recogieron en Canosa: porque dado que los nuestros tomaron el camino para atajarles el paso, y tomarles las puertas, como tenían menos que correr, se salvaron: aunque al entrar fueron muertos algunos, y prendieron treinta, entre hombres de armas, y arqueros. Aquel día, por el desorden de los jinetes, no quedaron los nuestros iguales en el número con los enemigos: y volvióse el Gran Capitán a Barleta, sin que el duque de Nemours osase salir: y de la presa, los soldados se aprovecharon de manera, que no hablaron en paga por algunos días: y por los franceses que allí fueron presos, después de venidos a Barleta, se libraron los prisioneros que tomaron, en la jornada de Francisco Sánchez, y del comendador Mendoza, que estaban presos en la Ceriñola. Después desto el jueves siguiente, víspera de San Esteban, fue avisado el Gran Capitán, que el señor de la Paliza, que estaba en Rubo, con doscientos hombres de armas, y trescientos arqueros, había de salir a correr lo de Barleta: y también para atajar ciertos peones españoles, que aquel día iban de Andria a Trana, por el rescate de unos prisioneros: y aquella noche hizo salir a don Diego de Mendoza, con doscientos hombres de armas, y

trescientos jinetes, y quinientos peones a ponerse en un lugar, por donde era forzado, que pasasen los franceses: y otro día el Gran Capitán salió con ciento cincuenta jinetes, y estradiotes por otra parte, por donde podían pasar los franceses. Pero sucedió de manera, que saliendo el de la Paliza con su gente, cayó el caballo con él: y fue un teniente suyo, que se llamaba Mota, con setenta lanzas, entre hombres de armas, y arqueros, y éstos fueron a dar en medio de la celada de tal suerte, que no se escaparon sino dos: porque todos los otros fueron muertos, y presos a las puertas de Trana. Entre los prisioneros, que se hubieron destos rencuentros era Mota el más principal: y estando en casa de don Diego de Mendoza, como comúnmente los franceses tuviesen en poco a los italianos, y los tratasen mal de palabra con mucho orgullo, y demasiada soberbia, con aquella costumbre, estando en razones con Íñigo López de Ayala, comenzó a decir mal dellos muy sueltamente: afirmando, que en hecho de armas, no era de hacer caso de la nación italiana. A esto le respondió Íñigo López, que entre los italianos, como en todas las otras naciones, se hallaban de malos, y buenos: y que en aquel ejército del rey de España residían, así buenos italianos, y tan valerosos, como franceses entre la gente del rey de Francia: y porfiando Mota, en que era muy triste, y cobarde gente, y que no igualaba a la francesa, dijo, que si diez italianos quisiesen combatir con otros tantos franceses, él sería uno dellos: mas que italianos, no eran par de otros hombres. Como aquella pláticas llegase a grande contención, y porfía, y se divulgase entre la gente de guerra, muchos de los italianos, que estaban en Barleta en servicio del Rey Católico, tuvieron recurso al Gran Capitán, para pedirle, que les diese lugar que volviesen por su honor: pues se trataba de la estimación de toda su nación: y visto por él, que la querrela de franceses era contra la nación italiana, y que los que estaban en el ejército de Francia se podrían agraviar dellos, tanto como los que servían al Rey Católico, no les encareció la licencia: antes se la dio con todo el favor, y alegría, que se pudiera dar en un hecho, en que se tuviera por cierta la vitoria: tratándose del honor, y reputación de toda Italia: mostrando que no tenía en menos la estimación, y crédito de la gente italiana, que de la misma española. Con esta licencia enviaron a decir a Mota, que si él quería perseverar en su porfía, entendería que se hallaban allí italianos, que eran así buenos, como franceses: y Mota les respondió, que él escogería once compañeros, que harían conocer a otros tantos italianos, que no eran para se igualar con franceses. Entonces Íñigo López se encargó de escoger los doce italianos: y tomáronse las palabras él, y Mota, que aquello vendría a efeto: y Próspero Colona, y el duque de Termes, favoreciendo la parte de su nación, escribieron a Mota, en nombre de Héctor Ferramosca de Capua, que era un caballero napolitano principal, que estuvo en servicio del Rey Católico, desde que se rompió la guerra, que Héctor, y otros once compañeros suyos, defenderían aquella querrela: y el Mota entonces quiso hacer requeridores a los italianos, y no mantener la querrela primera: y desta manera pasaron algunos días en diversas demandas, y respuestas. A la postre determinaron los franceses, que se añidiese otro de cada parte, y fuesen trece: y que el caballero vencido, pagase cien ducados, y perdiese el caballo, y las armas: y los italianos fueron desto contentos: porque el Gran Capitán siempre los animó, para que la batalla viniese a efeto: y señalaron el campo, que fuese entre Andria, y Quarata: y el día a trece de febrero: y pidiéronse rehenes de

ambas partes, para asegurar el campo. Fueron elegidos los italianos por Próspero Colona, y por el duque de Termes: y entre ellos hubo dos sicilianos: que pusieron Íñigo López, y Francisco Sánchez, que se escogieron de sus compañías, que estaban en Barleta: y los más principales fueron Héctor Ferramosca, y Ludovico de Abenabol de Thiano, sobrino de Bernardino de Abenabol, que sirvió al rey en la guerra de Perpiñán, barón de San Lorenzo en Calabria, y un caballero siciliano, llamado Francisco Salamón. Mandó el Gran Capitán, que escogiesen en todas las compañías los caballos, y armas que más les agradasen: e hiciéronse por él tantas honras, y favores a los italianos, que no pudiera ser más, si contendieran por el derecho del reino: y porque supo, que el duque de Nemours no quiso asegurar el campo, y el día antes del plazo mandó juntar en Canosa toda su gente, porque los franceses estaban arrepentidos de haber hecho tal desafío, en ofensa de todos los italianos, por estorbar el hecho de armas, y que tan desordenada recuesta no hubiese efeto, y el duque de Nemours, y el de la Paliza les enviaron a notificar, que ellos no querían asegurar el campo, el Gran Capitán les respondió, que por esta causa, no dejarían de salir sus caballeros: y que él aseguraría el campo a todos. Mas porque a los caballeros italianos no les recreciese daño, o afrenta, salió de Barleta en amaneciendo, con toda la gente de caballo, y de pie: y fue a asentar su campo a cinco millas de Barleta entre Andria, y el lugar donde había de ser la batalla: y mandó poner mucho recaudo, para que de los nuestros no fuesen más de lo que estaba ordenado: que eran trece, que les llevasen las lanzas, y otros trece con los caballos, y cuatro jueces de cada parte. Como los franceses entendieron la respuesta del Gran Capitán, enviaron a decirle, que también aseguraban ellos el campo por su parte. Los jueces señalaron el campo: y como era día de gran viento, y de la parte que los italianos iban, les ayudaba a llevar las lanzas en el ristre, y a los contrarios se las rebatía, los jueces contrarios franceses propusieron, que les partiesen el viento, pues era más perjudicial que el sol: y los que estaban por la parte de los italianos respondieron, que moviesen en la forma que iban: pues el viento se podía mudar en su ayuda, como entonces parecía ser favorable a los italianos: y así se concertaron que pasasen: lo cual para el encuentro de las lanzas, se tuvo por más ventajoso. Todos se pusieron los almetes, y las lanzas en los ristres antes de salir: y detuviéronse algún tanto: y cuando movieron fue paso a paso. Hiciéronse los franceses dos partes: los unos acometiendo por el rostro, y los otros por los lados: y los italianos que lo entendieron, hicieron lo mismo: de suerte, que poco más que al trote se encontraron: y así los unos, y los otros rompieron: puesto que a los más de los franceses se les cayeron las lanzas. En el encuentro no hubo caballo muerto, ni fue ningún caballero derribado: y luego comenzaron la pelea, unos con hachetas, y otros con estoques, cada uno como mejor se hallaba: y pelearon los franceses con gran esfuerzo: mas los italianos lo hacían tan valientemente, y con tanto ánimo, y con cierto, que en espacio de una hora, los franceses fueron todos echados del campo, y rendidos: y quedó uno dellos muerto, y otro muy mal herido, sin ser los italianos heridos sino uno, y de muy pequeña lisión. Con esta vitoria de una tan justa, y honrada querella, y que tocaba tanto al honor de su nación, entraron aquella noche en Barleta los caballeros italianos, con los doce prisioneros franceses delante, con gran gloria del vencimiento: del cual redundaba honra, y

estimación a toda Italia: y cenaron con el Gran Capitán. Esto se estimó en mucho, no sólo por el mismo hecho, pero por la contienda que entre franceses, e italianos se sembraba: de que se siguió, que en todas las guarniciones francesas, resultó mayor enemistad, y odio entre muchos dellos, que con los españoles: de que sucedieron por esta causa muertes, e injurias de una parte a otra.

Que Luis de Herrera, y Pedro Navarro, que estaban en Tarento, se apoderaron de Castellanete, y de otros lugares de aquella comarca. XIII.

Arriba se ha hecho mención, que Alonso de Sanseverino se pasó al campo de los franceses: y ello sucedió así, que al principio de la entrada del Gran Capitán en Calabria, este caballero sirvió tan bien en la guerra, que por muchos respetos le pareció ser necesario prometerle, y darle cien hombres de armas de conduta: porque con aquello él se satisfacía, y se ganaban otros de su opinión. Desde entonces el Gran Capitán confió dél, como del más leal súbdito, que el rey tenía: y él obraba, porque se debiese hacer así: hasta que fue más necesario su servicio: porque viendo, que los franceses hollaban el campo más que los nuestros, y que los sobaban en gente, y que el príncipe de Bisiñano se había rebelado, desde entonces comenzó aquel caballero a tener mucha inteligencia con el duque de Nemours, según después entendió el Gran Capitán: y pareció por letras que se hallaron en un cofre suyo, en que daba aviso de todas las cosas de nuestro campo, y él podía saber. Su intención fue vender a Barleta a los enemigos: o viéndolos en el campo, pasarse con su escuadrón, en tiempo que más pudiera dañar: y como quiera que de los mismos italianos algunos hablaban en esto, y tuvo el Gran Capitán sospecha dél, siempre andaba acompañado Alonso de Sanseverino, como no pudiese dañar: y viéndose desconfiado de poder salir con lo que pensaba emprender, una noche pidió licencia, para enviar algunos de su compañía a traer ciertos bastimentos: y con esta ocasión se fue con setenta de caballo a la Ceriñola. Con el escándalo que resultó desta ida de Alonso de Sanseverino en Barleta, el Gran Capitán juntó otro día toda la gente que quedaba de aquella compañía: para entender la voluntad de los que quisiesen servir, o irse: y ofrecióles de les dar seguridad para ello: porque en el servicio del rey, nunca se tuvo nadie por fuerza: y todos se ofrecieron de vivir, o morir con él: con condición, que les diese capitán italiano, y de autoridad: y tomándoles el juramento, que de los soldados, y gente de guerra se acostumbra recibir, porque era en tiempo, que convenía encomendarlos a quien obedeciesen, y supiese mandar, y les hiciese obrar bien, encargó aquella compañía de gente de armas a Próspero Colona: considerando, que no se hallaría persona más principal, ni que más conviniese al servicio del rey. Desto se tuvo aquella gente tan contenta, que ellos, y los otros italianos, que estaban en Barleta, servían con tanta voluntad, que ni por necesidad de las pagas, ni por el trabajo de la guerra ponían alguna excusa: y daban grande ejemplo de tolerancia a los mismos españoles. Estaba en Tarento Luis de Herrera, por teniente del Gran Capitán: y con la gente de caballo que allí tenía, y Pedro Navarro, con la de pie, tuvieron concierto con los villanos de Castellaneta, que dista a

dieciocho millas de Tarento: y entraron el lugar: y prendieron, y mataron cincuenta hombres de armas, y cien arqueros, que estaban allí en guarnición contra Tarento: y fue muerto entre ellos el capitán Sanbonet: y tomaron trescientos caballos. Luego se rindieron Mazafra, y La Terza: se tuvo trato por aquellos capitanes, con los villanos de las Grutallas, para que se rindiesen, y entregasen los franceses que estuviesen dentro: y después deste suceso, alzaron las banderas de España, el barón de Mazarino, y Mezaña, Martina, y la Motula, y otros muchos lugares: y toda aquella provincia de tierra de Otranto estaba levantada, y puesta en armas, para hacer lo mismo, el día que el Gran Capitán saliese en campo. Siendo avisado desto el duque de Nemours en Canosa, a donde se había pasado, partió con novecientos peones, y sesenta hombres de armas, y doscientos cincuenta arqueros, y con dos piezas de artillería contra Castellaneta: y teniendo noticia desto el Gran Capitán, dio aviso a los de Tarento, para que estuviesen en orden para defenderla: y como quiera, que del apartarse el duque, esperaba que resultaría algún buen efecto, habiendo poca diferencia en el número de la gente, pero en Barleta estaban en muy grandes inconvenientes, y peligros: y por la hambre, y necesidad que padecían de vituallas: porque desde el principio de febrero faltaba trigo, y cebada: y con toda diligencia se pudo hallar para quince días: aunque llegó en aquella sazón una carabela de Venecia con trigo a Tarento: y se tomó por los nuestros: y repartiéndose con gran escaseza, apenas tenían provisión para todo febrero. Estuvo determinado entonces, faltándoles el bastimento, salir de Barleta: de lo cual se había de seguir, que forzosamente vinieran a la batalla con los franceses, con gran desventaja suya: porque cuando ésta se va a buscar, tómate como se puede: y pocas veces como conviene: mas tenía por mejor ponerlo al juicio de la batalla, que perder aquel lugar, con lo que se perdiera con él, con tanto daño: pero con solo aquel socorro que tuvieron, deliberó diferir aquel acuerdo, por la cierta esperanza que el rey le daba, de la presta ida de Puertocarrero, y de los alemanes, que se le enviaban por medio de don Juan Manuel, y de Lorenzo Suárez: puesto que con el apartarse el duque de Nemours con su gente, esperaba, que sin otro socorro se remediarían las cosas: y ganarían mucha tierra a los contrarios.

Que el Gran Capitán salió a combatir a Rubo, y se ganó por combate: y fue preso el señor de la Paliza. XIII.

Muchos días antes tenía deliberado el Gran Capitán de ir sobre Rubo, que está a dieciocho millas de Barleta: y era lugar de seiscientos vecinos: a donde estaba en guarnición contra los nuestros el señor de la Paliza, que era visorey de Abruzo, con cincuenta lanzas, y cien arqueros de su compañía, y Amadeo de Saboya señor de Corno, lugarteniente del duque de Saboya con la suya: que era de cien lanzas, y de doscientos arqueros, y sesenta peones gascones de la mejor gente que allí tenían. Mas por los impedimentos, y necesidad grande que padecían, se difirió tanto, que el de la Paliza tenía aviso dello: y no solamente tuvo lugar de hacer algunos reparos, y baluartes, pero aún se

proveyó de artillería: e hizo toda la provisión que le pareció necesaria, para defenderse. En este medio el duque de Nemours partió contra Castellaneta: y dejó en Canosa toda la gente con el señor de Chandeá, y con el príncipe de Melfi, y otros capitanes: porque los nuestros no pudiesen ofender de Barleta los lugares que se tenían por ellos: y por dejar mejor proveído a Rubo, allende de la gente de armas que allí estaba, envió ciento cincuenta soldados. Como fue certificado el Gran Capitán de la ida del duque, a la hora deliberó de ir sobre Rubo: por hacer todo el daño que pudiese en aquella gente de armas, que estaba dentro: y dar mayor favor a las cosas de aquella provincia: y divertir al duque del propósito que llevaba: y dejó en buena orden la provisión necesaria: para la defensa de Castellaneta. Entonces, aunque entendió que el de la Paliza estaba ya con recelo de su ida, y se puso en buena defensa, y con palabras bravas decía, que los esperaba con gran ánimo, y que no serían para ir a verse con él, no obstante desto dejando a Barleta, y Andria con la gente que convenía, para guardarlas, partió en anocheciendo un miércoles a veintidós de febrero con cuatro cañones, y siete falconetes, y con cuatrocientos hombres de armas, y seiscientos caballos ligeros, y con tres mil infantes: y amanecieron sobre Rubo: dejando a las espaldas a Quarata, Viseli, y el castillo de Monte, que se tenían por los contrarios. Asentóse la artillería, sin que saliesen a escaramuzar a una hora del día: y a los primeros golpes de la batería, siendo rompida una pequeña parte del muro, hallándose el Gran Capitán reconociendo el sitio, en torno de la ciudad, proveyendo en poner las guardas, y otras cosas necesarias al combate, los soldados que tenían sobrado deseo de acometer a escala vista, sin esperar orden suya, ni que se continuase la batería, arremetieron por aquella parte, que se había batido, para dar el combate: y pelearon con los franceses, que salieron a la defensa con gran esfuerzo: mas como no hubiese aún tal aparejo, que pudiesen mucho obrar los nuestros, el Gran Capitán acudió a socorrerlos: y con harto trabajo los retrajo a fuera, sin daño ninguno. Diose gran furia en la batería, y duró cuatro horas: en que se derribó una torre gruesa, y cuatro pasos de la muralla: y a este tiempo la gente de la primera batería se ordenaba, porque en cayendo lo que de aquel paso quedaba, se arremetiese. Sucedió de suerte, que como el Gran Capitán enviase un soldado para que reconociese por lo batido, en qué altura quedaba el suelo, que estaba dentro, y los peones viesan subir aquél, creyendo que se acometía, se desmandaron, y se comenzó la batalla, defendiendo el lugar los franceses valerosamente: porque eran muchos para lo poco que se había batido: y tenían consigo más de ochocientos hombres de la tierra, que por defender sus casas con ayuda de los franceses, hacían más de lo posible. Fue muy terrible el combate, y muy sangriento: y duró más de dos horas: y a la postre los nuestros con grande ánimo, y gallardía, cuanto de gente tan valiente, y ejercitada se podía esperar, como vieron que iban de vencida los enemigos, entraron el lugar: y fue herido en la entrada don Diego de Mendoza en la cabeza de una piedra, que le sacó de sentido: pero todo el daño paró en el almete: y de los franceses fueron muertos hasta doscientos: y quedaron quemados, y heridos muchos: y el de la Paliza salió también muy mal herido en la cabeza: y toda la otra gente de guerra fueron presos, sin salvarse ninguno: y el lugar se puso a saco: y hallaron seiscientos caballos, y muchas armas, de que tenían mucha necesidad. Retrújose en el castillo el teniente del duque de

Saboya, con treinta hombres de armas: pensando defenderse, hasta que llegase el socorro: pero luego que se comenzó a asentar la artillería contra el castillo, y le llevaron delante al de la Paliza, para que se diese, se rindió a merced: y allende del de la Paliza y del lugarteniente del duque de Saboya, fueron presos el señor de Franges, y el señor de Torsi, y Camilo Caraciolo señor de Quarata, Alejandro Piñatelo señor de Biteto, Mincelo Arcamone señor de Vineta, y otros muchos caballeros italianos, y franceses. Acabóse todo esto dos horas antes que anocheciese: y sólo en aquel espacio reposó la gente: y en anocheciendo volvieron con la presa, y artillería mucha prisa: porque supo el Gran Capitán, que en el lugar morían de pestilencia: y también se apresuró, porque la gente se ocupó tanto en robar, y se deshizo de armas en el combate, demanera, que no quedaban para esperar batalla, a gente que viniese de fresco. Hubo con esto otra razón de mucha premia: que buena parte de la infantería, por salvar lo que robaron, se fueron luego a Andria: y toda la fuerza de los franceses quedaba entre ellos, y Barleta: y con increíble apresuramiento se volvió con toda su gente en salvo: y envió la gente baja que fue presa en Rubo, a Sicilia: para que se reforneciesen las galeras de remeros: y deliberó retener los principales, hasta que se rematase la empresa: porque era la mejor gente que el rey de Francia tenía en el reino: y de mucha utilidad para aquella guerra. Era el de la Paliza persona muy principal, y hartó acepta al rey de Francia: e importaba mucho, que con él se pudiera hacer buena negociación: y la ley, y costumbre de Italia era, que los capitanes prisioneros, y todas aquellas personas que podían aprovechar a vencer la empresa, eran de los reyes, o de sus capitanes generales. Acaeció, que combatiéndose Rubo, y estando en el peso de la batalla, como fueron a decir al Gran Capitán las guardas que tenía, que por otra puerta le salían algunos franceses, y por no apartarse en aquel punto, que los nuestros podían recibir alguna rebatida, porque los franceses se rehacían, y los españoles por robar se desparramaban, como no convino alejarse de aquel lugar, envió el Gran Capitán hacia aquella parte, algunos de caballo: y entonces Bárcena, que era de la compañía de don Diego de Mendoza, prendió al de la Paliza: y tras aquél llegó Nuño de Mata. Después cuando el lugar, y el castillo fueron entrados, y rendidos, el Gran Capitán acudió aquella parte, por recoger los prisioneros: y porque el de la Paliza venía muy mal tratado, dióle a Francisco Sánchez despensero mayor del rey: para que lo llevase a curar a la tienda del general: y él lo llevó a la suya: y llevándole delante a Barleta, con los otros prisioneros, hízolo recoger el despensero mayor en su tienda: pretendiendo que le pertenecía por prisionero de Nuño de Mata: y don Deigo de Mendoza se agravió dello, diciendo, ser prisionero de Bárcena, que era de su compañía: puesto que a ninguno dellos dio su fe de prisionero: y porque no resultase algún inconveniente, mandó el Gran Capitán llevarlo a su tienda.

Que Lezcano desarmó las galeras que traía Peri Joan capitán del rey de Francia: y de la necesidad que pasaron los nuestros en Barleta. XV.

Cuando el duque de Nemours se acercó a Castellaneta, llevaba cien hombres de armas, y trescientos caballos ligeros: y sin su infantería, se recogieron de la tierra tres mil peones: y una noche antes que llegase, se puso dentro Pedro Navarro con trescientos soldados de su compañía. Sabida la nueva deste socorro por el duque de Nemours, siendo a seis millas de Castellaneta, se volvió atrás doce millas: a donde le tomó la nueva, que el Gran Capitán estaba sobre Rubo: y de allí se volvió a Bitonto, para juntarse con el príncipe de Melfi, y con la gente que dejaba en Canosa. Fue tal el suceso, que ni pudo dañar a los de Castellaneta, ni aprovechó su vuelta: y dejó la jornada con poca reputación: de que resultó que el Gran Capitán esperaba, que toda la tierra de Otranto se reduciría a la obediencia del rey: así por la obra que los de Tarento hacían en aquella comarca, como porque tuvo ordenado antes desto, que Lezcano con quinientos hombres que llevaba en la armada, descendiese a los lugares de aquella marina: por tener aviso de los más barones de aquella provincia, que asegurándolos, se reducirían: y determinó de dar a todos seguro sino al conde de Alexano, y a un hermano suyo, que eran de la casa de Baucio, y fueron de los mayores rebeldes que el rey tuvo, y con menos causa. Servía desde el principio al rey de Francia en esta guerra un capitán de galeras francés, muy usado en aquel ejercicio, llamado Peri Joan: y era venido de Rodas con cuatro galeras, y dos fustas, para hacer todo el daño que pudiese en los lugares que estaban en las costas de Calabria, y Apulia, en la obediencia del rey: y para impedir el paso de las naves que venían cargadas con vituallas de Sicilia. Éste salió del puerto de Brindez, con determinación de pasar al Faro, para juntarse con cinco galeras, que estaban en Nápoles, que fueron del rey don Fadrique: pero no se atrevió: porque supo que estaba el capitán Vilamarín en Mesina con cuatro galeras, las tres suyas, y una de Copula: y detúvose por las marinas de Apulia: y nuestras galeras, que estaban en aquella costa, salieron contra él con orden de seguirle: y alargáronlos de aquellas marinas: y fuéronse al golfo de Tarento: a donde tomaron una carabela con algún trigo, con hombres de la tierra, y otra nao vizcaína con ropa del despensero mayor, y con algunos pasajeros españoles. Cuando supo el Gran Capitán, que aquellas galeras salieron del puerto de Brindez, recelando que no tomasen alguna de las naves que esperaba con provisión de Sicilia, visto que impedían el paso del trigo, y con aquello le ponían en mayor estrecho, y que si engrosaba de navíos aquel cosario, que tenía ya once velas, pudiera hacer mucho daño, mandó poner más gente en las galeras, y armar dos navíos, y dos carabelas: y salió con ellas Lezcano en busca de los franceses. Eran estas cuatro galeras las dos de Galeazo y Bautista Justiniano, que eran dos hermanos genoveses, que vulgarmente los llamaban los Gobos, que fueron siempre muy fieles, y asaz útiles en esta guerra: y en otras que después se ofrecieron: y las otras dos del capitán Vilamarín: y llevaban quinientos hombres muy escogida gente. Arribó Lezcano con esta armada, a dieciséis de febrero delante del puerto de Otranto: a donde tuvo nueva, que se recogió Peri Joan con sus galeras: porque el proveedor veneciano que allí residía, le defendía por la utilidad, que se

seguía, en vender el trigo que robaba. Queriendo Lezcano embestir las galeras francesas, el proveedor lo quiso impedir, diciendo, que le tenía asegurado en aquel puerto: y Lezcano le requirió, que se le entregase, o le echase de allí: y porfiando de embestirlos, determinó primero cobrar la nao, y la carabela, y otros navíos que estaban más alejados de la tierra, y tomáronlos con todo lo que tenían dentro. Antes desto, reconociendo Peri Joan, que estaba en tanto peligro, de noche se salió a tierra: y dio escala franca a todos los galeotes que él hizo desherrar, y soltó a los de buenaboya, y huyósele toda la gente: y mandó echar la artillería en la mar: y sacó toda la ropa que pudo: y con harta de la que no tuvo lugar de sacar echó a fondo las cuatro galeras: y otras cuatro fustas que tenía: y desta suerte los franceses perdieron aquella armada que les daba gran socorro en sus cosas: y a los nuestros fue de gran alivio: porque allende que les quedó la navegación libre, el Gran Capitán se aprovechó mucho de aquella gente, que iba con Lezcano. Tenía ya en esta sazón el Gran Capitán por tan cierta la vitoria, conociendo el esfuerzo, y valor de los suyos, que esperaba, que si se igualase con los franceses, y los fuese socorro, tenía ganada la empresa: y que no penaría mucho en la guerra como hasta allí se padecía: y tenía grande atención a conservar la gente, y aquel estado: y juntamente con ello a deshacer los enemigos. Porque desde que se comenzó la guerra, perdieron los contrarios más de mil seiscientos hombres de armas, y arqueros: y de los nuestros, en el mayor número que faltaba, no llegaron a cuarenta: y de las fuerzas que eran de importancia, no se perdió ninguna: ni los franceses ganaron hasta entonces cosa, que en tres días de igualdad no la perdiesen: y juntamente con esto, conservaban en la obediencia del rey ochocientas millas de marina: lo que no se pudiera sustentar, si el Gran Capitán creyera a algunos, que por sus pasiones posponían el servicio del rey: echando toda la culpa de los daños, y fatiga de aquella guerra al general, como suele acontecer muchas veces. Éstos los más comúnmente, o se movían por envidia, o por malicia: y en la dificultad grande que en aquella guerra se tuvo, le increpaban y daban toda la culpa: pero él con suma prudencia, entendiendo que debía más al servicio del rey, y al bien de aquella empresa, que a sí mismo, no corría tras los ímpetus, y apetitos acelerados de muchos: aunque les permitió algunas solturas, por no les disminuir punto del ánimo: y no quiso dar lugar, que se pudiese seguir daño en su honra, y estimación: entendiendo, que se podía muy mal reparar, y tarde. Después de la jornada de Rubo, los franceses se juntaron en Canosa, y Monorbino, que están a seis millas el un lugar del otro, y a doce de Barleta: teniéndose por perdidos si se desviasen: pero el peligro que los nuestros tenían, no era de los enemigos, sino de sola hambre: porque estaban en tan extrema necesidad, que llegaron a tiempo, que por un día no pudieron tener para los de Andria, y Barleta, sino tres carros de pan: y con aquella provisión se determinó el Gran Capitán de partir otro día para Gravina: que es lugar grande a treinta millas de Barleta, con propósito de combatirla: porque si la tomaban, hallaban en ella bastimentos: entendiendo que no se podía excusar de venir a batalla con los franceses: donde más se ganara, o todo se perdiera teniendo aquélla por mejor muerte, que la que esperaban, pereciendo de hambre.

De lo que se proveyó por el Gran Capitán para poderse valer de la gente que tenía en Calabria. XVI.

Estando en tan extrema necesidad como ésta, llegó aquel mismo día, que fue a veinticinco de febrero, una nave de Sicilia, que envió el visorey con siete mil tumbanos de harina: y con aquel socorro se sosegó la gente, y entendió luego el Gran Capitán en dar otra mano a los enemigos, que no les doliese menos: y propuso de salir en campo sobre cualquier lugar, donde el duque de Nemours estoviese: o venir la vía de Nápoles, y seguir el camino que el tiempo le aconsejase. Fue el principal intento de arriscar el negocio de manera, que sin Puertocarrero, y sin los alemanes, de los cuales tenía aviso Lorenzo Suárez, que se embarcaban en Trieste hasta dos mil quinientos, se diese la batalla: y tuvo cierta esperanza que alcanzaría vitoria de los enemigos: y si por mala suerte, en lo que traía en su fantasía de acometer, se errase, pensaba con cualquier parte de gente que le fuese en socorro, asegurar el resto: y advertía, y requería al rey, que por duda del suceso no escuchase, ni recibiese partido, sino como vencedor. Antes que Manuel Benavides llegase con la armada de Sicilia, mandó a Nuño de Ocampo, que estaba por alcaide en Ríjoles, que enderezase la gente que allí aportase, por donde él estoviese: pareciéndole, que para sustentar lo fuerte de Calabria, bastaba la gente que residía en ella con los capitanes, y alcaldes que tenían las fuerzas, que eran de mucho recaudo: porque lo llano, siendo el príncipe de Bisiñano, y sus parientes rebeldes, no se podía sojuzgar, sino con lo que bastase a destruirlos: y atendido que en aquella sazón no se podían ofender, parecióle que era mejor juntarse todos, y vencer la mayor fuerza, y poder de sus contrarios: pues vencido aquello, se vencía en todo. Por este respeto deliberó de mandar, que se viniese a juntar con él la gente que llevaba de España Manuel de Benavides: creyendo que don Hugo de Cardona, que estaba en Calabria con mil quinientos peones de los que llevó, y el embajador Rojas le envió en dos veces, y con seiscientos de caballo que él hizo, y pasaron de Sicilia, con la parte de la provincia, que estaba en la obediencia del rey, bastaban a conservar lo útil della: pues no tenían los contrarios artillería, ni gente que fuese bastante a forzarlos. Por esta causa principalmente había el Gran Capitán llevado al servicio del rey, a don Hugo, estando en la Atela: cuando sintió que las cosas habían de llegar al rompimiento en que estaban: con propósito que don Hugo con la gente que le enviaría el embajador Rojas, y la que él, y don Juan de Cardona su hermano pudiesen juntar, se recogiesen a Calabria: y así lo hicieron a tal tiempo, que ellos con la gente que proveyó el Gran Capitán se les enviase de Sicilia, si fuera tan útil como la nuestra, bastaban para conservar lo que se sostuvo en aquella provincia contra los franceses: sin que la otra gente se ocupase en ello. Mas pareció lo contrario al visorey de Sicilia: porque confiaba poco de la gente de tierra: e hizo gran instancia para que desembarcasen los españoles en Ríjoles: y de tal manera se embarazó aquella gente, que era necesario otro ejército para sacarla de Calabria. Por esto el Gran Capitán escribió a Puertocarrero, antes que llegase a Sicilia, que fuese a desembarcar con su gente en Apulia: esperando que con su llegada tenía la vitoria segura: porque si por Calabria se ponía, sería gran ventura salir tan presto

della: y entonces era más difícil: mayormente, que toda la tierra de Otranto estaba demanera, con la vuelta del duque de Nemours, sin poder dañar a Castellaneta, y con verle tan ocupado en la frontera del Gran Capitán, que cada hora se esperaba, que la gente de Tarento, y los quinientos soldados que llevaba Lezcano, que habían ya salido de las galeras, reducirían toda aquella provincia a la obediencia del rey. Entendía así mismo, que si Puertocarrero con su armada fuese a desembarcar en Tarento, allí mejor que en otra parte se podría rehacer de lo que para la tierra fuese necesario a la gente que saliese de la mar: y a la hora con su llegada toda la tierra de Otranto, y de Bari, y de Basilicata se reducirían al servicio del rey: porque en aquellas provincias había muchos, que no se osaban declarar por no perderse: y el Gran Capitán holgaba que se conservasen: porque antes serían deshechos, que él los pudiese valer. Conseguíase otro efeto, que con desembarcar allí Puertocarrero, dividía a Calabria de los franceses, que no les podía ir socorro: y con poca pena se podrían juntar él, y el Gran Capitán en dos días: que no se lo podían estorbar, aunque fueran muchos más los contrarios: y siendo juntos ninguna resistencia hallaban: y tenían el camino para Nápoles más llano, y más corto, y por lugares mayores, y más abiertos, y de más vituallas, que por otro camino: y los libraban de mucho peligro en que estaban: que se mostraban ya por los nuestros: como Benevento, Apiche, Montefoscolo: y toda tierra de Labor: que los esperaba, y llamaba. Con esto dejaban a Apulia reducida: y la doana de los ganados en su poder, que era todo Abruzzo: y daban la entrada más llana a los condes de Populo, y Montorio, para aquella provincia: por donde no sólo se ganaba aquello, mas se cobraba el ducado de Sora, y el condado de Olivito, y Capua, y todo lo desta parte de Nápoles, a donde no podrían pasar por otra parte tan presto. También se aseguraba el Águila, con la cual en las cosas de Romaña ponían al Papa la ley que quisiesen: y constreñían a venecianos, y raguceses, y a Esclavonia: que no podían vivir sino en servicio del rey, teniendo aquellos lugares de la marina. Parecía también al Gran Capitán, que si en Calabria entraba Puertocarrero, le sucedería lo mismo que a Manuel de Benavides: porque se ofrecerían cosas, que le ocuparían más de lo que pensaban, los que no entendían como él, la disposición de la tierra: y que bastaría, que desde Mesina, o Palermo se enviasen de la gente que venía con Puertocarrero, mil soldados a desembarcar a la Amantia: donde estaba el comendador Gómez de Solís: pues él los encaminaría como hiciesen grande efeto, y se pusiesen en Cosenza: porque de allí ternían los casales, y a Montalto, y a los condados de Renda, y de Ayelo: y atajaban a toda Calabria de suerte que el de Aubeni, y los príncipes no podían volver atrás: ni se podrían sufrir donde estaban, por la necesidad que padecían en la baja Calabria. Si volvían por la vía de Cosenza eran perdidos: y no les quedaba otra salida sino la del Principado de Esquilache: y por la vía de Cotrón al condado de Cariati, y Rossano, que era camino en que podían recibir grande daño, y perdían todo lo que habían ganado: y si los seguían Manuel de Benavides, y don Hugo, no se podían salvar: y si se escapaban, era casi fuera de toda la provincia: y cobraban los nuestros todo el Val de Crato, y la tierra llana del estado del príncipe de Bisiñano, que era lo que a los contrarios podía sostener. No trayendo Puertocarrero la gente que era necesaria para enviar parte della a la Amantia, como no la traía, porque no vinieron en la armada mil catalanes, que se mandaron hacer, advirtió que Benavides, y don Hugo

trabajasen de conservarse, hasta que Puertocarrero tomase tierra en Tarento: porque al segundo día serían juntos a donde todo quedaba vencido. En el mismo tiempo fueron al Gran Capitán mensajeros de siete lugares del Abruzzo, que más importaban en aquella provincia a pedir que les enviase gente: ofreciendo que alzarían las banderas de España: y determinó de enviar allá, a los condes de Populo, y Montorio: y en aquella sazón los de Capua, Aversa, y Benevento enviaron también a ofrecerle de seguir, y valer en aquella guerra, en lo que se les diese orden por el Gran Capitán. Estaba Vilamarín con sus galeras en el puerto de Mesina, después que socorrió, y forneció de gente a Ríjoles, la Rochela, y Cotrón: que por la rota que dio el señor de Aubeni a Manuel de Benavides, estaban a muy gran peligro de perderse: y después que hizo la provisión que pudo con bastecer a Barleta, Tarento, y Gallipoli, que fue gran parte para sostenerse aquellos lugares, desde el principio del mes de febrero estuvo esperando la orden que se la había de dar para pasar a Iscla, donde el marqués del Vasto aguardaba la armada del rey, para declararse en su servicio, y alzar las banderas de España: y estaba en la misma opinión con él la reina de Hungría, que se había recogido en aquella isla.

Que el Gran Capitán mandó que se juntasen con él los capitanes, y gente que tenía en Tarento. XVII.

Cuando se tomó Rubo, según se supo por un clérigo de Gravina, que era muy gran familiar del Gran Capitán, algunos lugares de aquella comarca, querían alzar las banderas por el Rey Católico: y entendiendo que nuestro campo era vuelto a Barleta, sobreseyeron de aquel propósito: y otro día la gente francesa que estaba en Terlici, se partió la vía de Gravina, para juntarse con el duque de Nemours, por no tenerse allí por seguros. Entonces el duque con los suizos, y con alguna gente de caballo llegó a Canosa: y tenía repartida su gente en Canosa, Ceriñola, Monorbino, y Labelo: y era fama que enviaba por el señor de Aubeni, que estaba en Calabria: a lo cual el Gran Capitán no dio crédito, porque era perder aquella provincia. Mas como las cosas de Apulia, por la parte de los franceses, estaban muy caídas, y de reputadas, porque su general no era tenido por muy diestro, era cierto, que perdido aquello, perdían lo restante: y no estaban los contrarios fuera de sospecha, que fuese así: y antes desto dio orden el Gran Capitán, que se juntase a la parte de Castellaneta la gente que estaba en Tarento: dejándola que bastase para la guarda de la ciudad, y castillo: y que Lezcano con los soldados que llevó en las galeras, y barcas, y el obispo de Mazara con la gente que estaba en Gallipoli, se fuese acercando hacia aquella frontera: y Lezcano con quinientos soldados, y el obispo con ciento cincuenta caballos ligeros, y doscientos peones de Gallipoli se juntaron: y tomaron la vía de Castellaneta: y con los que Luis de Herrera tenía en Tarento, eran sesenta hombres de armas, trescientos caballos ligeros, y mil doscientos peones españoles. Como quiera que el Gran Capitán tenía mandado que atendiesen estos capitanes a cobrar las tierras de aquella provincia, más por lo que se publicó de la venida del de Aubeni, por poder salir al campo, y dar algún otro golpe a los

franceses, dio orden, que se viniesen a juntar con él: y estaban las cosas en tales términos, que se tenía por cierto, que si en aquella sazón, que era el principio de marzo, llegase el socorro que de España iba con Puertocarrero, muy en breve se verían los nuestros en Nápoles: y daban fin a la guerra. También en este mismo tiempo, el Gran Capitán envió a Carlos de Sangro a Manfredonia, para que juntamente con el gobernador de aquella ciudad, y con alguna infantería que allí residía, entendiese en hacer rebelar los lugares que estaban dudosos: y todo lo más que pudiese de aquella montaña. En este medio, Gonzalo de Sanvicente, y Octaviano Colona, a quien el Gran Capitán dio cargo, que se hiciesen las compañías de los alemanes, y los llevasen al reino, dieron gran prisa en que aquella gente pasase: y juntáronse en Trieste dos mil infantes, y doscientos de caballo: y por contraste de tiempo, después de haberse hecho a la vela, los hizo volver el temporal, a un lugar de Esclavonia, donde se detuvieron más tiempo del que convenía, para lo que el Gran Capitán tenía deliberado.

Que el príncipe archiduque procuraba, que el rey de romanos su padre asistiese a la paz, que quería traer entre el Rey Católico, y el rey de Francia. XVIII.

El rey de Francia entretanto que el príncipe archiduque estaba en su reino, allende procurar la concordia por su medio, trataba de poner en su casa al señor de Rabastán, y al señor de Liñi, so color que eran naturales suyos: para tener cabo él en su gobierno más personas aficionadas a su servicio: aunque también se decía, que lo procuraba, por no haber mucha gana de tenerlos cerca de sí: y según los que gobernaban la persona del príncipe le aficionaban, e inducían bien diferentemente de lo que la razón requería, se tuvo harta duda cuáles conviniesen menos. Los que tenían el gobierno de Flandes, y los que con él iban, todos procuraban que estuviese desavenido de su padre: y aunque en esto eran conformes, en lo demás tenían sus emulaciones, y envidias: de lo cual estaba el rey de romanos gravemente sentido: y decía que en esta ida prometió su hijo al rey Luis nueva obediencia: y que escribió a Francia, que no demandó rehenes para pasar por ella a Flandes, sino por contentar al rey, y reina sus suegros: y certificaban a su padre, que procuraban algunos con él, que se detuviese en Borgoña, y no fuese a Flandes: porque no se viese con él que estaba en Amberes. Mas como el príncipe archiduque por su condición fuese enemigo de todo género de negocios, y solamente se aficionase a los pasatiempos, que son propios vicios de aquella edad, en tanto grado, que parecía estimar en poco la sucesión de tan grandes reinos, en comparación de gozar de la posesión de sus estados, no se podía atinar cómo se negociase con él: porque amenazándole con aquello, no mostraba temer, lo que aventuraba a perder. Todavía el rey de romanos daba esperanza que deseaba la liga del Papa, y Venecia contra el rey de Francia: y él ofrecía su ayuda, cuanto mayor sentimiento, y pena tenía de la ida de su hijo a Francia: y concibió gran enojo de los que le aconsejaban: aunque muchos lo imputaban, porque no fue bien servido en Flandes, de los que gobernaban aquellos estados por su hijo en su ausencia: y queríase salir de aquella tierra con descontentamiento. Tenían en el mismo

tiempo los suizos un lugar del ducado de Milán, que se dice Vilanlon: y hubieron con franceses un rencuentro, y murieron muchos de ambas partes: y si el rey de romanos tuviera mejor acuerdo, en tener más contentos a los suizos, y darles algún favor, fuera la guerra por aquella parte bien encendida entre Francia, y suizos, de suerte, que resultara algún estorbo para el rey de Francia, en las cosas del reino: pero unas veces faltaba el consejo al rey de romanos, y las más el dinero. Cuando el príncipe entró por Francia, y comenzó a tratar de la paz, envió al conde de Fustemberg al rey su padre, para que procurase con él, que quisiese venir a Borgoña: diciendo, que él llevaba poder del rey su suegro, para hacer la paz con el rey de Francia como a él pareciese: y que quería por el honor, y provecho suyo, que él fuese el que lo concertase, y se viese con el rey de Francia: y que en aquellas vistas se concluiría la paz: de otra manera le certificaba, que él la haría entre el rey su suegro, y el rey de Francia, y quedaría él defuera, y el francés le haría guerra poderosamente a su salvo: afirmando que no pasaría de Francia, sin que se concluyese: entrando él, o quedando excluido della. Entonces don Juan Manuel, que sabía la voluntad del rey, desvió al rey de romanos, cuanto pudo, de aquel propósito: y por esta causa se excusó de venir a Borgoña: y rehusó las vistas: aunque le prometieron los que trataban esta negociación, que el príncipe le haría dar a Gueldres, si se quisiese hallar en aquel asiento, y concordia: pero el Rey Católico con suma prudencia previno a esto: y lo disponía todo de tal suerte que los enemigos se arrepentían de la guerra, y los amigos se convidaban para ayudarle en ella. Mas como estaban las cosas en tanta duda, y contrapeso, a muchos de los del consejo del Rey Católico parecía, que cualquier otra vía era más conviniente, que la guerra con Francia: considerando cuánto tiempo duraba: y la voluntad con que toda Italia sostenía a los franceses: no se osando declarar, ni mostrar ninguno por la parte de España: pues para sostener guerra tan lejos, era de tanta dificultad: y por esta razón, procuraba el rey de hacer nueva liga: y que entrasen en ella venecianos, que en aquella sazón estaban muy indignados contra el Papa: pero por no mostrarse principales autores de disensión, sin notorio provecho, disimulaban bien su pasión.

De algunos rencuentros que hubieron los nuestros con los franceses: y que el duque de Nemours mandó que se juntasen con él, el señor de Aubeni, y los príncipes de Salerno, y Bisiñano, para resistir al Gran Capitán. XIX.

Ya se ha referido que el Gran Capitán envió a Manfredonia a Carlos de Sangro, para que con el gobernador que allí residía, diese favor a algunos pueblos, que deseaban salir de la sujeción de Francia: y teniendo aviso que los de S. Juan Redondo, que está en la montaña de Sant Ángel, que eran muy mal tratados, recogían a los nuestros, para que echasen de allí los franceses, que estaban en guarnición, un día que fue a seis de marzo por la mañana, Miguel Martínez de Arriarán, que estaba con una compañía de soldados en Manfredonia fue con trescientos peones, y salteólos tan de improviso, que entraron el lugar con poca premia: y mataron doscientos soldados franceses, y al capitán que allí residía: y prendieron otros muchos. Pocos días después, salieron Pedro Navarro, y

Luis de Herrera por orden del Gran Capitán de Tarento, como dicho es, para juntarse con Lezcano, y con el obispo de Mazara, y muy cerca de las Grutallas se encontraron con una batalla de franceses, que los estaban esperando en el camino: y pelearon con ellos tan animosa y valientemente, que los desbarataron, y mataron doscientos, y prendieron otros cincuenta. Tras este destrozo se siguió otro, que hizo el capitán Oliva, pasándose con su gente a un lugar: y en el camino se topó con cierta compañía de Franceses, y los desbarató, y mató treinta dellos. También por el mismo tiempo, juntando el duque de Nemours toda su gente en Canosa, para hacerse allí fuerte, salieron algunos de caballo a correr el término de Barleta, y tomaron algunas vacas, y salió al rebato: y ante las puertas de Canosa los alcanzaron algunos jinetes, y les tomaron la presa: y prendieron algunos que la llevaban, y de los que salieron de Canosa. Otro día, que fue a trece de marzo, cupo a don Diego de Mendoza la guarda de nuevos herbajes, que iban muy cerca de Viseli: de donde salieron cincuenta de caballo, y setenta peones a dar en los sacomanos: y fueron tan bien socorridos de don Diego, que los de caballo se encerraron en la villa: y los peones porque quedaron atajados, se recogieron a una torre tan cerca, que la artillería los defendía de Viseli: mas la torre se combatió tan bien, que la entraron por fuerza, y todos fueron muertos. Fue en el mismo tiempo muy señalado el esfuerzo, e industria de Bernardino de Valmaseda: que con una compañía de soldados que tenía en su alojamiento, en diversas salidas que hizo, mató y prendió más de doscientos cuarenta franceses: y acaecióle un día: que hallándose en un paso con solos treinta y tres de los suyos, desbarató más de trescientos franceses: y mató cuarenta: y llevó prisioneros más de otros tantos. Con todos estos sucesos, no se habían aún igualado con buena parte los españoles con los contrarios, para que pudiesen salir en campo a batalla aplazada: así por no estar juntos, como por la ventaja que les hacían los suizos: y no esperaba el Gran Capitán, sino que cualquier parte de la gente que estaba en Tarento, o los alemanes llegasen, para salir a ponerse a la mayor fuerza de los enemigos: que era la que el duque de Nemours tenía junta en aquella frontera. Sucedió en el mayor hervor de la guerra, que el Papa, o por tenerse por ofendido del rey de Francia, o por se asegurar del Rey Católico si quedase vencedor, ofreció en este tiempo, que teniendo buena seguridad de España, se ligaría con venecianos, para echar los franceses de Italia: porque su gobierno, y lozanía eran extrañamente aborrecidos. Su fin era, que se diese a Colonese recompensa de sus estados: y la mitad dellos ofrecía él de pagar de lo que el Rey Católico le dio en Apulia: y pretendía que las tierras que tenían en lo de la Iglesia, quedasen para él: y prometía que quedarían perpetuamente en ella, con los estados de los Ursinos, que tenía ya César en su poder, sin quedar sino muy pequeña parte, que estaba para rendirse. Con este color prometió en consistorio, y decíalo a todos públicamente, que quería darlo todo a la Iglesia: y recompensar a los suyos en algunos estados de la Marca, o en otras partes de Romaña: y procuraba de persuadirlo, como era extrañamente sagaz, en disimular los medios: y estaba tan puesto en perseguir aquellos bandos, que habiéndose recogido en este tiempo el cardenal Colona a Sicilia, donde padecía grande necesidad, no permitía que le mantuviesen de sus rentas, que le había mandado ocupar: y el rey secretamente le hacía dar más de lo necesario, para su persona, y familia: lo que fue harta ocasión de preñar a los de aquel linaje: de que

resultó grande utilidad a sus cosas. En lo que franceses, y españoles estaban mediado el mes de marzo era, que el duque de Nemours, que se hallaba en Canosa, con gran prisa se reparaba de cavas, y baluartes: y procuraba de haber vituallas de la Ceriñola, Gravina, Matera, y Montepeloso, para la gente que tenía alojada en Venosa: porque de los otros lugares más gruesos no le querían dar bastimentos: y apenas le obedecían: y de aquéllos que eran bien importantes, y principales, tenía el Gran Capitán aviso, que luego se alzarían por él: y se reducirían a la obediencia, y servicio del rey. En esto se declaró el duque de Nemours de llamar al señor de Aubeni, y a los príncipes de Salerno, y Bisiñano, para que se juntasen todos en un cuerpo, con la gente que tenían en el reino: con deliberación de sostener a Canosa, o esperar allí al Gran Capitán, y dar la batalla: porque si se retraían, por no tener otra plaza que los pudiese sufrir, ni en que se confiasen, sino en Nápoles, por causa de los castillos, tenía gran temor, que los pueblos se levantasen contra ellos: y por todas partes los persiguiesen, y se perdiesen: y determinaban de morir antes en el campo, que no a manos de los villanos, no teniendo esperanza mejor. Mas los príncipes diferían su venida: porque el de Bisiñano mostraba no querer apartarse, sino defender su estado: y el de Salerno, aunque ofrecía de seguir al de Nemours, era con condición, que le enviase primero dinero, para pagar la gente: y el marqués de Bitonto con toda su casa, que tenía en tierra de Otranto, deliberó de pasar al Abruzo: y todos desamparaban lo llano: y comenzaban a juntarse: desconfiando cada uno de sus fuerzas. También el Gran Capitán comenzaba de allegar su gente, que estaba repartida, por conservar los lugares en su opinión: y aguardaba a Luis de Herrera, y a Pedro Navarro, que salieron de Tarento: y se juntaron con Lezcano: el cual después que echó a fondo las galeras francesas, y destrozó la armada de los contrarios, por mandado del Gran Capitán salió a tierra de Otranto, para juntarse con el obispo de Mazara, que estaba en Gallipoli: y con Pedro Navarro, y Luis de Herrera. Llevaban ya estos capitanes mil doscientos españoles, y sesenta hombres de armas, y trescientos caballos ligeros: y fueron sobre Ostune, donde estaba Luis de Arsi con trescientos caballos, y otros tantos peones: mas no los osó esperar en aquel lugar: y como los vecinos, por ser grande, no se quisieron rendir, fue combatido, y entrado por fuerza de armas: y con aquello se rindieron otros lugares de aquella provincia: y Luis de Arsi con su gente se puso en Oyra. Estaba en San Pedro en Glatina otro capitán francés con cuarenta hombres de armas, y trescientos peones: y con esta gente se sostenía Lecce, y el conde de Alexano, y su hermano Bernardo de Baucio, que eran los más aficionados a Francia, de cuantos barones anjovinos había en el reino, y los principales en aquella rebelión. Pero Lecce se puso en plática de reducirse: y lo estorbó entrándose en el lugar el conde de Alexano, que era todo el embarazo, e impedimento de aquella provincia. Por esto, la gente que llevaba el Gran Capitán, y la que esperaba para salir en campo sobre Canosa, no pudo venir a él por sostener lo que se había ganado: lo cual era cierto, que en dejándose, a la hora los que quedasen lo habían de cobrar: y les dio orden, que estuviesen en sus provincias: y trabajasen de tener cercado a Luis de Arsi en Oyra: y parecía poderse hacer sin peligro: pues el duque de Nemours no le podía enviar socorro.

Que el Gran Capitán se puso en orden para salir de Barleta, y dar la batalla al duque de Nemours. XX.

Tenía en este tiempo el Gran Capitán mucho cuidado de las cosas de Calabria: porque muy tarde le llegaban nuevas de la gente, que residía en aquella provincia: aunque insistía siempre en su opinión, que para lo que se pudo conservar en la obediencia del rey, y se sostenía entonces, bastaba don Hugo de Cardona con quinientos soldados, que le envió de más de los que él tenía. Por esta causa quisiera, como se ha referido, que Manuel de Benavides con las compañías que llevó de España, se fuera a desembarcar a Tarento: porque con su llegada era muy cierto, que las tierras de Bari, y Otranto se redujeran luego a la obediencia del rey: y desde allí en una noche, y un día se podía juntar con él: y en otras dos jornadas tenía entendido, que hiciera desamparar a los enemigos las estancias en que se detenían: o los tuviera en su poder, como acaeció al de la Paliza en Rubo. Con esto estaba muy confiado, que en hacer retraer a los enemigos un paso para atrás, según la condición de la gente del reino, y el odio, y enemistad que los pueblos tenían a los franceses, se ganaba la empresa: y tenía por averiguado, que no pudiera andar tanto, cuanto se le rindiera: y así juzgaba, que aquella gente que llevó Manuel de Benavides, era bastante, juntándose con él, sin hacer mayor ademán, para conseguir la vitoria: e imputaba a error de los que por no tener tanta noticia de las cosas, que en aquella guerra concurría, o por otros respetos, porfiaron, que desembarcasen en aquella parte, donde no hizo tanto efeto, y consumieron la gente: y se pusieron de manera, que era necesaria otra armada, para sacarlos de allí: allende que se había destruido mucha parte de aquella provincia. Mandóles dar aviso el Gran Capitán, que trabajasen de no dejar derramar la gente: y que se conservasen en lo que estaban: pues con la llegada de Puertocarrero, y con su salida, que sería muy en breve, aquello se remediaría: y proveyó, que Gonzalo de Aponte anduviese poniendo en orden los castillos, de aquella provincia, basteciéndolos de todo lo necesario. Después con el próspero suceso, y vitoria que hubo de los que estaban en Apulia contra él, iba siempre ganando de los contrarios: y con lo que habían perdido, y disminuídose de sus guarniciones, en tales rencuentros como los pasados, señaladamente después de la de Rubo, eran ya iguales en la gente de armas: y fueran superiores los nuestros en la infantería, si no conviniera dejar guarniciones en algunos pueblos. Pero no embargante esto, hubiera salido en campo, si no por el tiempo, que era muy tempestuoso, y de grandes aguas: y no tenía bastimentos, ni llegó la provisión de Sicilia, hasta en fin de febrero. Fue tanta la necesidad y falta que hubo, que llegó a tiempo que en Barleta, ni en Andria no se hallaban sino dos cargas de bizcocho, y veintidós de trigo: y en Iuvenazzo, Bari, Molfeta, Manfredonia, Santángel, Veste, y Termes no tenían grano: y los síndicos destos lugares vinieron al Gran Capitán a Barleta, que les diese remedio, o licencia para concertarse con los franceses. Estaba ya determinado, por no darles ocasión que se rebelasen, ir otro día a combatir la Ceriñola, por llegar con los franceses al último trance, con harta desventaja suya: con ser sobre la jornada de Rubo: y con entender, que aunque quedase vencedor, convenía para antes de comer, combatir: y si se perdía el lance, no quedaba lugar

ninguno que le recibiese: y así llegó a tanto estrecho el negocio, que no restaba otro remedio sino la vitoria, o la muerte: teniéndola por mejor que desamparar aquella parte de la provincia, que con tanta fatiga le había sufrido, y sostenido. Estando deliberando en esta determinación, amaneció otro día en aquella marina una nave que iba de Venecia cargada de trigo a Trana: con que se mantuvo la gente cinco días: y dende a otros tres arribaron dos naves de Sicilia: y tras ellas otras tres, con seis mil salmas de trigo: y con esto se mudó el propósito de la salida así acelerada: y se proveyeron los lugares que estaban por él. Tras esto tuvo aviso que los alemanes eran embarcados: y dio orden para que fuesen aposentados por los lugares más comarcanos, y se les diese en llegando una paga: y determinó salir luego sobre Canosa, donde estaba el de Nemours: teniendo por muy cierto, que si allí le esperase, en tres días acabaría la guerra: porque de necesidad, o le convenía salir a dar la batalla, teniendo ventaja los nuestros, o si se detenían, los tomaba a discreción: porque no tenían vituallas, y comenzaban a padecer la misma necesidad que los nuestros. Teníales nuestra gente tomado el paso, y los caminos, que no les podía ir bastimento ninguno: y llegaba ya a faltarles el agua, y leña: en tanto que por la extrema necesidad que padecían, platicaron los del consejo del duque de Nemours de recogerse a Melfi y Venosa: que son lugares muy fuertes, y distan a catorce millas el uno del otro: pero dudaban de hacerlo, porque no se hallaba en ellos tanta provisión, que pudiese sufrirlos: y en Venosa se encendió gran pestilencia. Siendo el Gran Capitán señor del campo, con la voluntad de los pueblos, estaba muy cierto que era suya la vitoria: y que solamente dependía de la llegada de los alemanes, que cada día estaban esperando: y en caso que se difiriese, buscaba otra forma de poder salir de Barleta, pudiendo recoger el dinero de la doana, que se cobraba: la cual se difirió de pagar a los franceses: y por esta causa por recogerla con alemanes, o sin ellos, por todo el mes de marzo, o en la primera semana de abril, pensaba ser en el campo, para estrecharse, cuanto fuese posible, con los contrarios.

De las inteligencias que el Gran Capitán tenía con los de Abruzo, y con diversos barones del reino: y que el marqués del Vasto se puso en la obediencia del rey con la isla de Iscla. XXI.

Fue acordado por el Gran Capitán en este tiempo, con la mayor parte de Abruzo, que en saliendo en campo alzaría las banderas de España: y partieron para allá los condes de Populo, y Montorio con otros muchos abruceses, que estuvieron en Barleta sobre este concierto: y tenía por cierta la ciudad de la Águila con lo demás, y mejor de aquella provincia: excepto el marqués de Bitonto, que era muy anjovino: y algunos lugares de los barones, que estaban con los franceses. Con Capua, Aversa, Castelamar, y Salerno, y con toda la costa de Malfa, y Sorrento, y la Cava tenía sus inteligencias: y diósele seguridad, que en sabiendo que salía con su gente en campo, se levantarían por él: y se ponían en la obediencia del rey, y alzarían sus banderas. Tenía el mismo concierto, y trato con Benevento, y Montefoscolo, y con la parte que seguía la voz del rey de España se apoderó dentro

destos lugares, que no le podían faltar. También el conde de Muro envió a él para concertarse, y avenirse en el servicio del rey: aunque fue el primero que se rebeló en Basilicata por los franceses, el Gran Capitán le recogió por animar a otros a lo mismo: y porque tenía dos lugares bien importantes en aquella provincia. Antes desto envió el príncipe de Salerno un gentilhombre de su casa con poder a Francia, para concluir su casamiento por orden del rey Luis con hija del señor de Montpensier: y como supo la vitoria de Rubo, y que las cosas de aquella guerra se iban igualando, con prisa envió tras aquél suyo, porque no se efetuase el casamiento: y por medio de un secretario, que había sido preso, con color de pagar el rescate, le envió al Gran Capitán: y comenzó a tratar, que le diese una de sus hijas en casamiento: y le recibiese al servicio del rey: y él le respondió, que mostrándose presto en la obediencia, y servicio del rey, le suplicaría le recibiese en su buena gracia: y le diese de su mano mujer, que más le satisfaría: porque su hija era de poca edad: y esto le envió a decir, aunque entendía, que el príncipe no sería de su grado muy constante, ni fiel en la amistad: y también porque en perdonarle el rey, perdía gran ocasión de remunerar a los servidores: de que convenía poblar el reino de nuevo. Por otra parte el príncipe de Melfi comenzaba así mismo a mover alguna plática de reducirse: mas era tan temeroso, y vario, que no lo osaba obrar: y creíase dél, que siendo nuestra gente fuera, haría lo que tenía de costumbre. Mas el príncipe de Bisiñano, y un hermano suyo, y Alonso de Sanseverino su primo, y el marqués de Bitonto, fueron los que más adelante se pusieron en favorecer la nación francesa, rebelándose contra el rey: y trataba el de Bitonto de hacerse gentilhombre de la señoría de Venecia: e inducía a los de Lecce, y Oyra, y a los que estaban en el lugar de San Pedro en Glatina, que se ofreciesen a ser de la señoría: y tratábalo por medio del arzobispo de Brindez, que era gran francés, con los gobernadores que estaban en Brindez y Monopoli: pero no los quisieron aceptar: y consultaron sobre ello con la señoría. Entre los barones del reino, el que más merced recibió del rey, era el marqués de Lochito: porque siguió al rey don Fadrique hasta en fin de la guerra: y los franceses le tenían ocupado su estado, que estaba en Capitinata, y se le restituyó por el Gran Capitán: y fue de los primeros que se rebelaron, y el mayor enemigo de la nación española. Por el contrario fue don Íñigo de Ávalos marqués del Vasto: que era muy persuadido por el Gran Capitán al servicio del rey, y en afición era muy inclinado a mostrarse español, y muy enemigo de la gente francesa: y allende que deseaba servir al rey, de su condición no podía conformarse con aquella nación. Concertóse con el rey concediéndosele la gobernación en tiempo de paz, y guerra en Iscla, con la tenencia de la fortaleza, que le fue otorgada por el rey don Fadrique, por toda su vida, con todas las rentas de la isla, y con los castillos, y con las minas de los alumbres, quedando la artillería por suya, porque se obligó a pagarla al rey don Fadrique. Fuele confirmado todo lo que solían tener él, y don Alonso su hermano marqués de Pescara: y doña Cosntanza de Ávalos, y de Aquino su hermana condesa de la Cerra: que fue después duquesa de Francavila: y otorgósele nueva concesión de la isla de Prochyta, como la tenía Miguel de Cosa: y ofrecióle conduta de cien lanzas, y doscientos caballos ligeros. Allende desto pedía a Pescara, y Caramanico en Abruzo, para don Hernando de Ávalos marqués de Pescara su sobrino, como cosa

que le pertenecían: y fuele concedida confirmación de sola Pescara: porque Caramanico era de la reina: puesto que el rey don Fernando el Primero la había ocupado de su mano: y todo el estado fue confirmado por el rey don Alfonso el Primero a don Bernardo Gaspar de Aquino marqués de Pescara, que murió sin dejar hijos varones, y heredó su hija Antonela de Aquino, que llamaron condesa de Montedorisi, que fue mujer de don Íñigo de Ávalos gran camarlengo del reino, hijo del condestable don Ruy López de Ávalos, que fue madre deste marqués del Vasto. Concediósele de más desto, la confirmación del oficio de gran camarlengo del reino para el marqués de Pescara su sobrino: y ofrecióse a don Juan de Ávalos de Aquino también su sobrino estado de dos mil ducados de renta. Declaróse, que en caso que hubiese concordia con el rey de Francia, quedando el reino dividido entre los reyes, se les diese a él, y al marqués de Pescara, y a la condesa de la Cerra otro tanto estado en la parte del Rey Católico, como dejarían en la otra parte: y que Iscla no quedase sujeta al rey de Francia, y en su parte: sino que la tuviese él con las banderas de España: y se le diese el oficio de gran senescal: y concertóse, que si el rey perdiese la empresa de aquel reino, le mantuviese en Iscla a su costa con la gente que fuese necesaria, para defender a Iscla, y tenerla por España: y en este caso se les diese en estado a él, y al marqués de Pescara, y a la condesa otro tanto en estos reinos, como allá dejasen: y se les remitiesen graciosamente todas las presas que hicieron él, y los suyos por la mar en su tiempo, y de don Martín conde de Montedorisi su hermano, en esta guerra, y en la pasada del rey Carlos. En este medio vinieron a Bari alguna gente de caballo, y ciertas compañías de franceses: y los españoles que allí estaban, salieron al rebato, y mataron algunos hombres de armas, y cuarenta estradiotes: y de los peones escaparon pocos: y trescientos soldados, que envió Rojas de los postreros de Roma con el comendador Aguilera, fueron a desembarcar a Cotrón: porque todo lo más de aquel marquesado se había rebelado con la afición que tenían a Juan Bautista de Marzano, que se llamaba príncipe de Rossano: y Juan Pineyro con ellos, y con la gente que él tenía salió a combatir a Belcastro: que era un lugar bien poblado: y aunque fue requerido, no se quiso rendir, y tomólo por fuerza: y con esto se redujeron muchos lugares en aquella parte de Calabria. Casi en el mismo tiempo el comendador Gómez de Solís socorrió el castillo de Cosenza: y entró por fuerza la ciudad; de donde echó al conde de Melito, y a Troyano Papacoda con cuatro tanta gente que tenían de soldados, y villanos. Entendió en esta sazón el Gran Capitán, que el señor de Aubeni aparejaba para venirse a ajuntar con el duque de Nemours con gran prisa: y por esto él daba orden que la gente que estaba en Calabria se viniese tras él, como mejor pudiese: y estaba con gran admiración, según había días que se sabía de la partida de Puertocarrero del puerto de Cartagena, que no fuese llegado: aunque sin él estaba muy confiado, teniendo por cierta, y segura la vitoria: mayormente si los alemanes llegasen, de los cuales sabía que había diez días que estaban para partir de Trieste: y no eran aún arribados, sino doscientos cincuenta, que fueron en dos navíos a Manfredonia: y esperaba cada hora el resto: y ponía en orden su gente, para salir al punto que llegase: especialmente después que en Barleta comenzaron a morir algunos de la pestilencia de los de Rubo: puesto que era mucho mayor mortandad la que se encendió de los franceses en Canosa.

De la duda que se tuvo, sobre el rescate de los capitanes franceses, que se prendieron en Rubo. XXII.

Al principio desta guerra los franceses comenzaron a encarnizarse en matar algunos españoles que pudieron haber a las manos: y ellos también siguiendo por aquel tino, no tomaban hombre de los franceses a vida: y después como iban cayendo muchos más que de los nuestros, requirieron con guerra cortés: e hicieron grande instancia sobre ello el duque de Nemours, y el señor de Aubeni: y a su pedimiento, y porfía se concertó, que los prisioneros de ambas partes de caballo, y de pie, saliesen por el cuartel del sueldo que ganaban: perdiendo las armas, y caballos. Esta orden se guardó haciéndose buen tratamiento de una parte a otra: hasta que el señor de Alegre prendió catorce hombres de armas de los nuestros, que iban a entrar en Capitinata: y mandólos echar en una mazmorra, donde los tuvo tres meses presos, con malísimo tratamiento: y del rescate les hizo llevar mayor suma de lo que estaba ordenado por aquella concordia. Después sucedió, que el comendador Mendoza, y el despensero mayor, y Pedro de Paz tomaron cien prisioneros franceses: y aquel día ellos prendieron de los nuestros treinta y tres, que eran de los mejores hombres de armas, que había en el campo: y entre ellos fueron, como dicho es, Teodoro Bocalo capitán de cien estradiotes, y Diego de Vera, que tenía cargo de la artillería, y Escalada, que era capitán de doscientos infantes: y todos los de ambas partes fueron puestos en libertad, por la vía ordinaria: sino estos tres, que retuvieron, diciendo ser capitanes: y que no habían de salir, hasta que fuese fenecida la guerra: o que se hiciese nuevo asiento, que todos los capitanes que se prendiesen en semejantes escaramuzas, y rencuentros, saliesen también por el cuartel del sueldo que ganaban. Esto se platicó con el señor de Formento lugarteniente del duque de Nemours: por estar el general entonces absente de aquella frontera: y vino el Gran Capitán en ello, por ser aquellos capitanes personas, de quien tenía grande necesidad: y en la misma sazón que esto se trataba, prendieron los franceses dos peones, y a un mosén Millás de Perpiñán, que envió el Gran Capitán a tentar un trato, que se ofreció en un castillo: y no quisieron soltarlos, sino por tres hombres de armas franceses: en que rompieron aquel asiento: y el Gran Capitán vino en ello, por haber aquellos tres que él deseaba rescatar. Después que sucedió lo de Rubo, tornaron los franceses a la plática, que saliesen así capitanes, como otros soldados en su condición por su cuartel: pero el Gran Capitán no quiso concederlo, siendo tantos y tales hombres de guerra los que se prendieron en aquella jornada, que sin duda era la mejor parte de gente, que tenía el rey de Francia en aquel reino: y según estaban las cosas, les era gran socorro cobrarlos: y ya les tenían en Canosa arneses, y caballos, para todos ellos. Allende desto muchos capitanes, y caballeros se juntaron para requerir al Gran Capitán, que no diese lugar, que fuesen sueltos por el rescate ordinario, sino por lo que cada cual quisiese llevar de su prisionero, o le pudiese dar: porque era ley de guerra en Italia, donde se solía guardar esta orden de pagar el cuartel, que en batalla campal, cuando se toma estandarte, y en villa, o fortaleza, que se entra por fuerza de armas, y combate, adonde hay batalla, no se guarda aquella razón de rescate, aunque se hubiese concertado. Quiso el Gran

Capitán saber esto de caballeros antiguos, y sabios en aquellas cosas, y hechos de guerra italianos, y españoles: y todos se conformaron, que no se había de tener con los de Rubo aquella consideración: y que no debían salir por aquella orden, por ser combatidos, y vencidos, como lo fueron: y esto afirmaban, que se guardó por los capitanes en la guerra pasada de Perpiñán, entre españoles, y franceses: adonde fueron los que tomaron en Salsas, rescatados por mayores sumas de lo que llevaban de sueldo. Todavía, aunque ninguno pudiera ser mejor juez en aquella diferencia, que el Gran Capitán, él la quiso dejar a determinación de personas que lo juzgasen por ambas partes: y porque tenía determinado salir de Barleta, mandó enviar los prisioneros a Sicilia. Los proveedores que venecianos tenían, en las tierras que estaban debajo de su sujeción en aquel reino, se gobernaban bien en lo que tocaba a la guerra, sino el que estaba en Trana: que en todo cuanto podía ayudaba a los franceses muy atrevidamente: y por dar color a su afición, fundaba tener queja del Gran Capitán: y no podía tanto satisfacerle, que le tuviese contento. Esto sostenía algunos lugares con sus vituallas, que se hubieran rendido por la guerra, y hambre que padecían: y acaecía tomar algunos soldados españoles, y entregarlos a los contrarios: y defendía a los que allí se recogían: y escondía los prisioneros, que de Barleta se les huían: pero el Gran Capitán disimulaba con él, como mejor podía, por no ofender en aquella sazón a la señoría: entendiendo, que es de mayores mañas, y calumnias, que de socorro: puesto que tenía muy bien entendido, que sin ver rota la guerra por España, o lo del reino tan ventajoso, que no pudiese haber recaída en el suceso de la victoria, venecianos no se mostrarían en su favor. Pero con todo esto, favorecía, y regalaba a los proveedores, cuanto podía entretenerlos por conservarlos: como quiera que aquello lo habían de guiar por el interés general, y propio de su república. Por estos mismos días la gente del Gran Capitán tomó un correo con letras del rey de Francia, para el duque de Nemours: en que se quejaba mucho dél, y de los otros capitanes, que tenía en el reino: porque le habían engañado: certificándole, que en un mes le darían desembarazada toda la tierra, y libre, con la gente que allá tenía: y que eran pasados siete, y no tomaron cosa que importase: habiendo perdido tanta gente, y púestose en extrema necesidad. Decía que convenía, que luego se juntasen todos, y fuesen sobre Barleta, y con furia le acometiesen, sin dejar español a vida: afirmando, que si no lo hiciese así, muy aína enviaría tales caballeros, y personas, que lo sabrían bien poner en ejecución: y a ellos dejaría residir con sus mismas mujeres en sus regalos, y pasatiempos: y no perdiesen en aquello tiempo: y fuese hecho antes que el príncipe archiduque llegase, que iba a contratar con él, sobre el hecho de la concordia. Era esto en tiempo, que procuraba por diversas vías el Gran Capitán, de concertar a Ursinos con Coloneses, para dar mejor conclusión en aquella guerra: y a cabo que Coloneses se estrechasen en la plática que tenían con Juan Jordán de Ursino: que mostraba tener deseo de concertarse: y llegados a la final resolución de sus diferencias, Juan Jordán respondió, que se concertaría con Coloneses, para hacer guerra contra el Papa, y contra los de su bando: porque en lo del reino, no podía sino seguir al rey de Francia: y que ellos siguiesen a la casa de Aragón. Con esto quedaron todavía diversos en las mismas diferencias: y Coloneses estaban en toda determinación de seguir el servicio del rey: y tenían mucha esperanza de

cobrar los estados que les habían ocupado: excepto tres fortalezas, que estaban a gran recaudo. Tenían en el puerto de Nápoles los franceses algunas carracas, y naves muy mal proveídas, de que no se podían bien aprovechar: y las cinco galeras, que fueron del rey don Fadrique, se redujeron a cuatro, por tenerlas bien armadas: y en esta primavera tomaron de los lugares, que pensaban tenían afición al Rey Católico, hasta en número de trescientos hombres para armarlas: y dio pestilencia en ellas: y estuvieron en Baya, apartadas y vacías, que no se pudieron aprovechar dellas: y el Gran Capitán tenía con algunos capitanes trato, que se pasarían a él con las tres.

Del servicio que se hizo al rey por las cortes del reino de Aragón, por la empresa de las provincias de Calabria, y Apulia: y de la concordia que el príncipe archiduque asentó en Francia, con el rey Luis, contra la orden que tenía del rey. XXIII.

El rey, que entendió la poca esperanza que se tenía de asentar por vía de concordia las cosas del reino, y cuán dificultosos eran los medios della, aunque lo procurase por su parte el príncipe archiduque, partió de Madrid para Zaragoza, por dar orden en la conclusión de las cortes: y en principio de abril, estando presente, los aragoneses le ofrecieron de servir en esta guerra con quinientos de caballo: los doscientos hombres de armas, y trescientos jinetes por tres años: considerando con cuántos gastos, y peligros, y con cuánto derramamiento de sangre se conquistaron por el rey don Alfonso su tío el reino, y los ducados de Calabria, y Apulia, que por nueva concordia pertenecían al rey: y atendida la injusticia, y sin razón, que el rey de Francia tenía para hacer la guerra. Ordenaron, que los capitanes, y gente, fuesen naturales del reino, y dio poder la corte al rey, para que pudiese nombrar los capitanes: declarando, que si pareciese que convenía que pasasen a Sicilia, o al reino, no fuesen debajo de otro capitán, sino en la conducta de una, o dos personas deste reino. Fueron nombrados por capitanes desta gente don Alonso de Aragón, arzobispo de Zaragoza, hijo del rey, y en su lugar don Francés de So, y de Castro vizconde de Ebol, don Juan de Aragón conde de Ribagorza, lugarteniente general del principado de Cataluña, Juan Hernández de Heredia gobernador de Aragón, y en su nombre Juan Hernández de Heredia su hijo, don Luis de Híjar conde de Belchite, don Miguel Jimánez de Urrea conde de Aranda, don Felipe de Castro, y en su lugar don Pedro de Castro su hijo, don Blasco de Alagón, don Jaime de Luna, y don Francisco de Luna. Fue ésta gente muy lucida, y bien armada: e iban los hombres de armas con sus pajes, y con caballos encubertados, y todas armas blancas: y los jinetes, según era costumbre, con corazas, capacetes, armaduras de brazos,, quijotes, y faldares: y acordóse, que esta gente fuese a Rosellón: porque el rey determinó de juntar su poder por esta parte, para hacer divertir las fuerzas de su enemigo: y por defender a Rosellón. Porque el mariscal de Bretaña capitán general de Francia, y el señor de Dunois, y el gran escudier venían con los pensionarios del rey, que eran trescientas lanzas, y esperaban muchas compañías de suizos, y por la parte de Carcasona se iba juntando gran número de gente, por esta

causa el rey mandó, que la de Aragón se acercase a Figueras: y que se proveyese de gente de pie del principado, para en caso que Clairá, Baxás, y Millás, se hubiesen de sostener: y don Sancho de Castilla, capitán general de Rosellón proveyó, que Garci Alonso de Ulloa, y Gil de Varacaldo se aposentasen con su gente en la ciudadela de Perpiñán. Siendo llegado el rey a Poblet, recibió una letra escrita en Lyon en Francia, por el abad fray Buyl, en que le avisaba de la premia, que al príncipe se hacía, para que asentase la concordia contra la orden que se le había dado: y de allí proveyó, que el mismo religioso tornase a requerir al príncipe, que no la asentase, sino conforme a la instrucción que llevaba: certificando, que en ninguna manera pasaría por ella: y que lo mismo dijese de su parte al rey de Francia, y al legado. Mas cuando este despacho llegó, los franceses se dieron tan buena maña, que la paz era concluida, sin que se hiciese en ninguna cosa lo que el abad pedía: estrechando tanto al príncipe sobre ello, que no se pudo buenamente excusar, por estar en poder del rey de Francia: y haber corrompido, según se creía, los franceses, con dinero a los de su consejo. Por esto no se curaron mucho de las instrucciones que el rey había enviado: y al abad le pusieron en tales temores, que le convino entregar el poder: siendo el hecho de tal calidad, que aunque fuera conforme a la instrucción que se les dio, y a cosas platicadas entre ellos, convenía que el rey las supiera primero, para que las firmara, y jurara: o alomenos, para que diera su consentimiento en ellas, antes de publicarse. La suma desta concordia, que se asentó por medio del príncipe archiduque fue, que se eligiese uno de dos medios: o que se renunciase todo el reino de Nápoles en el infante don Carlos, y en Claudia hija del rey de Francia, que había de ser su mujer, y eran ambos muy niños, y que la parte que era del Rey Católico se pusiese en tercería del príncipe, y de los que él nombrase: y la otra quedase en poder de franceses por Claudia: o el Rey Católico tuviese su parte, y el rey de Francia la suya: y Capitinata se pusiese en tercería. Esto entendía el rey ser de ningún efeto: porque por lo primero se le quitaba desde luego enteramente así el derecho, como la posesión de aquel reino, para siempre: pues salían dél todos los españoles: y la parte del rey de Francia quedaba en él mismo: y quedando la otra en poder de flamencos, estaba tan a su disposición como la suya: y por el segundo medio los dejaban en la misma guerra, y contienda. Sucedió de tal manera lo deste asiento, que entendiendo los franceses, que el rey no pasaría por él, nunca consintió el rey de Francia, que fuese el rey sabidor de lo asentado, hasta que fue pregonada la concordia en su reino, y la enviaron a Roma, y al reino de Nápoles. Pero el príncipe archiduque creía, que aunque no se consultó con el rey, se hizo lo que en la misma comisión se le permitía: y que la paz estaba bien a su suegro: y con ella envió a España a su secretario: y el rey se tuvo por más agraviado de la forma que se tuvo con él: y respondió, que aquella concordia requería algunas enmiendas. Con esto se entretuvo algunos días aquel secretario: hasta que se dio aviso al Gran Capitán de lo que debía hacer: y a los reyes de romanos, e Inglaterra, para que en caso que fuesen requeridos, no hiciesen cosa alguna, sin que primero fuesen sabidores de lo que debía resolver en lo de aquella concordia.

Que Luis Puertocarrero señor de Palma llegó con su armada a Sicilia, y pasó a Ríjoles, y de su muerte. XXIII.

La armada que el rey mandó juntar, para que con ella fuese Luis Puertocarrero señor de Palma, a dar socorro a las cosas del reino, se puso en orden: porque estaba entendido, que el Gran Capitán se hallaba tan lejos de Calabria, que con la gente que tenía, no era poderoso para resistir a los contrarios, y defender juntamente aquellas provincias. Fueron por capitanes de la gente de armas, que llevaba Luis Puertocarrero, que era el general, don Hernando de Andrada, don García de Ayala, Alonso Niño teniente de la compañía del adelantado de Granada: y de los jinetes Alonso de Carvajal, y Luis Méndez de Figueredo alcaide de Morón, y Hernando de Quesada. Eran capitanes de los gallegos Morán, Villacorta, Vuamonde, Alonso de Ribera, Lope Carrizo, Juan Sarrantes, Hernando, y Gonzálo Díaz, Diego de Ocampo, Lope Muñiz, Alonso Picta, y Juan Pardo: y los asturianos iban debajo de otras dos compañías. Esta armada salió del puerto de Cartagena: y entrando en el golfo de León tuvo tormenta: y siguió con grande contraste de tiempo la vía de Cerdeña: y antes de llegar a Caller, hizo escala en el cabo de Pollar, por falta de agua: de donde por el temporal fue forzado que entrase en el puerto. Allí murió don García de Ayala, y alguna gente de la fatiga del mar: y saliendo del puerto, navegaron la vía de Sicilia: y en paraje de la costa de Palermo, revolió el tiempo tan contrario, que tuvieron tal tormenta, que la armada corrió grande peligro, y perdieron muchos caballos: y otro día, que fue a cinco de marzo, entró en el puerto de Mesina toda ella junta: veinte días después que salieron del puerto de Cartagena. Hubo diversos pareceres, adonde iría a desembarcar la gente: y en esto estuvieron muy dudosos, y diferentes. Parecía a algunos de los capitanes, que sería bien, que la gente saliese a Calabria por la Amantia, por estar hacia aquella parte de Cosenza, y de los príncipes de Bisiñano, y Salerno: porque el señor de Aubeni quedaría apartado dellos, y como atajado: y hablóse en desembarcar en la Tropea, por no tomar la provincia de Calabria, desde los últimos fines della, entrando por Ríjoles: y por seguir la delantera de los enemigos: y a este consejo se reducían los más pareceres: puesto que procuró desviarlos dello el capitán Vilamarín, y los pilotos, que eran pláticos en las cosas de la mar: que les dijeron, que ni para el un cabo, ni el otro no hallarían buena disposición, para que la armada pudiese surgir, sin ponerse a grande aventura, como después se vio. Era Vilamarín de parecer, que toda la armada juntamente con sus galeras fuese a la ciudad de Nápoles: porque con las inteligencias, que el Gran Capitán tenía en la ciudad, y con el favor del marqués del Vasto, que estaba en Iscla, si saliesen a tierra doscientos hombres de armas, y trescientos jinetes con tres mil infantes, se tenía entendido, que se levantaría contra los franceses: cuánto más con la nueva de tan gran armada, que era fama ir en ella más de quince mil hombres. Con esto, y con los tratos, que el marqués del Vasto tenía en Capua, Aversa, y en otras partes decía, que sería acabar más presto, y fenecer la guerra: y cuando la ciudad se detuviese en rendirse, era gran reputación tenerla cercada: y se seguiría, que los franceses por esta causa necesariamente desampararían lo de Apulia. Mas a Puertocarrero, porque llegaron los caballos fatigados de la tormenta que pasaron, pareció, que

era mejor, y más conveniente desembarcar en Ríjoles, por no aventurarse más a discreción de los vientos, y de la mar: y porque no pareciese que desechaba del todo el consejo de los que decían, que se acudiese a la costa de Nápoles, dijo a Vilamarín, que o iría él con la armada de allí a algunos días, o le enviaría a él con ella: y le daría la gente necesaria: y fue enviado entretanto Juan Jacobo Ansalón al marqués del Vasto, dándole aviso, cómo era llegada la armada de España: y que brevemente se le enviaría gente, para que pudiese más declararse en ofensa de los enemigos. De allí a tres días pasó la armada de Mesina a Ríjoles: y estando en aquella playa, después que desembarcó la gente en Ríjoles, cargó el tiempo de manera, que estuvo a grande peligro: y dieron cuatro naves al través: y fue maravilla, que todas no se perdieron: y algunas se volvieron al puerto de Mesina. Antes de tomar este acuerdo de desembarcar la gente en Ríjoles, se platicó entre el visorey de Sicilia, y Puertocarrero, que las cosas de Calabria quedasen en el estado en que estaban: proveyendo las fuerzas della: y que él pasase a Apulia, a juntarse con el Gran Capitán: pero pareciéndoles, que era la distancia grande, así por mar, como por tierra, y que se ponía en aventura otra vez la gente, por ser las cosas de la mar dudosas, se determinó Puertocarrero de quedar en Calabria: porque también hallaban por inconveniente, para las cosas de aquella provincia, desampararla, según estaban muy caídas, y desiertas. Cosenza, como se puso a saco poco antes por los príncipes de Salerno, y Bisiñano, quedó deshabitada: puesto que la fortaleza estaba por los nuestros, y la tenía bien proveída Luis Mudarra: y en la Amantía estaban el comendador Solís, y el comendador Francisco de Montoliu, con alguna gente de caballo, y con algunos soldados, de los que el visorey de Sicilia les envió: y desde allí el comendador Solís, teniendo los contrarios cercada la fortaleza de Cosenza, llegó a darles socorro: y dio tal rebato en los enemigos, que mató, y prendió, más de cien hombres: y fue causa que levantasen el cerco, como se ha referido. Tropea estaba muy constante, y firme en la obediencia del rey: y el Scyllo así mismo, y Ríjoles, donde estaba Nuño de Ocampo, que tenía el castillo bien proveído, y en defensa: y Giraci, que estaba muy fuerte: y el castillo de San Jorge, que está la tierra dentro, que era muy importante: y el castillo de Nicastro, adonde se recogió el conde, que era señor de aquel lugar: y Catanzaro también se tenía por el rey, y Cotrón: donde se puso en su defensa Juan Pineyro, con quinientos soldados, que el visorey de Sicilia le envió, de los que fueron de Roma: y con ellos, y con algunos de la tierra, deliberó de ir a combatir a Policastro, que la tenía muy en frontera: siendo avisado por algunos, que estaba muy mal proveída: y llevando consigo algunas piezas de artillería, se fue a poner sobre el lugar: y comenzólo a batir: pero halló que estaba con buena guarnición de gente, que el príncipe de Rossano había puesto dentro: y por no perder de la suya, volvióse a Meossoraca. Recelando después, que el príncipe, que se hallaba con buen número de gente de caballo, y estaba muy unido con los de la comarca, no hiciese algún daño en Cotrón, o en los castillos de aquel marquesado, donde estaba en la obediencia del rey, determinó volverse a Cotrón: dejando en Messoraca a Jorge Pineyro su hijo, y al comendador Aguilera, con una compañía de soldados: y partiendo de allí a cinco de abril, el príncipe de Rossano, que tuvo dello aviso, envió ciento cincuenta de caballo, para que le tomasen los pasos: y entre ellos cuarenta ballesteros: y desmandándose a

correr el campo, creyendo, que no pasaría tan presto, supo Pineyro de aquella gente por algunos de sus caballos ligeros: y anticipóse a tomar el paso, con fin de esperarlos, y acometerlos: y acudiendo allí, siendo el día muy oscuro de lluvia, y niebla, dio en ellos tan de rebato, que los rompió, y desbarató: y tan solamente se escaparon ocho de caballo: y todos los otros fueron muertos, o presos, y entre los presos fueron Antonio Barranta capitán de gente de caballo, Francisco Caraciolo, y Escipión Morano, y Cola Morano, y otros muchos, que eran de los mejores que tenía el de Rossano: y quedó en poder de Pineyro todo el despojo que traían. Fue este destrozo gran alivio de los pueblos, que estaban en la fidelidad del rey: señaladamente del marquesado, hasta Catanzaro. Por aquella parte de la Amantia, con lo que Pineyro obraba, y con el disfavor que sintieron los enemigos, por la armada que se esperaba de España, el comendador Solís, y el conde de Nicastro juntaron su gente, y socorrieron la fortaleza de Nicastro, que había ocho meses, que era muy combatida por los de la misma tierra. En este estado se hallaban las cosas de aquella provincia, al tiempo que Puertocarrero arribó con su armada a Ríjoles: y el señor de Aubeni estaba en la Mota Bubalina: porque después que rompió a Manuel de Benavides, y a don Hugo de Cardona, se detuvo allí, porque ellos se recogieron a Giraci, y en aquella comarca: y tuvo pensamiento, que por hambre la podía ganar: y tenía trescientos hombres de armas, y cuatrocientos caballos ligeros, y novecientos infantes: y había recogido todo el trigo que pudo en la Mota, Melito, y Terranova: y dio algunas vistas a los de Giraci, que eran hasta cien hombres de armas, y otros tantos jinetes. Está la Mota Bubalina a quince leguas de Ríjoles, por el camino de la Retromarina: y a tres leguas de Giraci: y tenía repartida su gente al tiempo que llegó a Ríjoles Puertocarrero, desta manera: que él tenía en la mota ciento veinte lanzas gruesas, y doscientos cincuenta caballos ligeros, y quinientos infantes: y en la Mota Ioyosa, tres leguas más allá de Giraci, estaban trescientos infantes, y veinte hombres de armas, y treinta caballos ligeros. A la parte de la llana de Terranova estaban en Opido hasta ciento cincuenta caballos ligeros: y en Praysano se puso Alonso de Sanseverino, con treinta hombres de armas, y algunos caballos ligeros. Era ya ido el príncipe de Bisiñano a su estado: y el de Salerno, y el conde de Melito siguieron la vía de Nápoles: y con la nueva de ser llegada la armada de España, el señor de Aubeni se fue retrayendo la tierra a dentro, a los lugares, que se tenían por él: y salieron entonces los nuestros a se apoderar de los que ellos desamparaban. Hízose luego el alarde en Ríjoles: y estando Puertocarrero para salir en campo, adoleció de fiebres: y mucha parte de su gente: y aunque se comenzó a sobreseer por los capitanes en las cosas de hecho, también no dio el lugar, que partiesen: ni se hiciese auto alguno de guerra, hasta ser convalecido, y que él fuese delante: porque no resultase alguna diferencia entre los capitanes y gente de guerra, estando ausente. Pero su enfermedad se fue agravando: y en breves días falleció en Ríjoles: y el capitán Vilamarín, que estaba con sus galeras en el puerto de Mesina, con todos los caballeros, y barones que allí se hallaron vestidos de luto, fueron por el cuerpo para pasarlo a Mesina: y pusieronlo en la popa de la galera capitana: y con gran demostración de tristeza, le llevaron a sacar a la puerta de la doana: donde le recibieron todo el clero, y el pueblo con gran luminaria: y le

acompañaron hasta la iglesia mayor: y fue depositado su cuerpo a la otra parte de la capilla mayor, frontero a la sepultura del rey don Alfonso de Nápoles el Segundo.

De la batalla que vencieron junto a Semenara don Hernando de Andrada, y don Hugo de Cardona: en la cual fue vencido el señor de Aubeni. XXV.

Con la fama de haber llegado Puertocarrero a Calabria, el señor de Aubeni se levantó de la Mota Bubalina: y sus gentes desampararon otros lugares: señaladamente a Terranova, y la fortaleza: y hallándose en San Jorge, que está muy cerca, el que tenía cargo de aquel estado por el Gran Capitán, desde que se le hizo merced dél con el título de duque de Terranova, se pasó luego allá: y tras él, el capitán Alvarado con cien hombres de armas, y el capitán Miguel de Alcaraz con trescientos peones: con pensamiento de juntarse más presto con la gente que llevaba Puertocarrero: creyendo, que se había puesto en camino: y por tener tomado aquel paso, y estancia contra los enemigos. Esto se hizo sin orden ni sabiduría de Puertocarrero: y como el de Aubeni tuvo aviso que estaba enfermo, como era capitán de gran vigilancia, y atentísimo a las ocasiones, fue sobre Terranova, y probó de combatir el lugar, que estaba yermo: y no proveído de lo necesario para poder sostener el cerco: y creyó gozar de aquella vitoria: y prender la gente de armas, y los soldados que estaban dentro. Teniendo Puertocarrero la nueva desta salida, viendo que su mal se le iba más agravando de cada día, envió por todos los capitanes, para dar orden cómo fuesen socorridos los de Terranova: y señalóles por capitán a don Hernando de Andrada: y dióle todo su poder con orden, de lo que debía hacer: y proveyó que Vilamarín enviase sus galeras delante de Ioya, porque los franceses viesan, que iba el socorro por mar, y por tierra. Con esto partió apresuradamente toda la gente de caballo, y de pie: y ordenadas sus batallas llegaron a Semenara: pero las galeras se detuvieron junto a la torre del Faro, esperando tiempo para sacar la gente al Scyllo, y que fuese al campo: y siendo el asiento de Terranova de tal disposición, que no bastaba la gente a defendella, por ser de gran guarda, la repartieron: y los enemigos alojaron en ella en la parte que se dice de Santa Catalina: y combatieron a los de dentro por dos veces: y fueron muertos, y heridos muchos de los enemigos, sin daño de los nuestros. Entonces, viendo que estaban apremiados tanto de hambre, como de los contrarios, porque entraron en la villa sin alguna provisión, aceleraron aquellos capitanes su camino: y teniendo dello noticia el de Aubeni, se salió con sus batallas ordenadas del Burgo, donde estaba, con esperanza de lo poco que él sabía que los de Terranova tenían de comer: y mudóse a los casales, que estaban junto de Terranova. El ejército que llevaba don Hernando de Andrada se detuvo por esta nueva en Semenara: porque el fin que llevaban era, socorrer a Terranova: y consiguiéndose aquel efeto, con expreso mandamiento de Puertocarrero, les era prohibido, que no diesen batalla: y también deliberaron de esperar a Manuel de Benavides, y a Antonio de Leyva, y a Gonzalo de Ávalos con su gente, y a don Juan de Cardona con mil quinientos infantes: y Alvarado no quiso salir de Terranova, porque halló

bastante provisión de trigo, que estaba encerrado en Silos. En este tiempo la gente que fue con Puertocarrero, y los que estaban repartidos por guarniciones en Calabria, se iban juntando: y fueron a Semenara los que se pusieron en Giraci, San Jorge, y en la Rochela: y llegaron Manuel de Benavides, y Antonio de Leyva, y don Juan de Cardona a Melicota, que es muy cerca de Semenara, con más de doscientos de caballo, y con ochocientos soldados, entre españoles, e italianos: y sabido esto por los enemigos, se partieron por camino, que pudieran bien los nuestros darles la batalla. Don Hugo hacía gran instancia sobre ello: diciendo: que si se debe excusar siendo dudoso el suceso, cuando con ventaja, y razón se puede emprender, se debe poner por obra: porque a las cosas bien determinadas, y con justicia, las más veces les sucede próspero fin: pero como se sobreseyó en ello, los enemigos siguieron el camino de Melito. Luego que fue muerto Puertocarrero, el visorey de Sicilia envió con Lope de Moxica, y Alonso Guerrero, veedores del campo, a decir a los capitanes, cuánto más a su cargo dellos estaba el servicio del rey: rogándoles, que atendiesen a estar muy unidos, y conformes, porque mejor pudiesen cumplir con su deber: y pues Puertocarrero antes que muriese había nombrado en su lugar a don Hernando de Andrada, hasta que otra cosa se proveyese, no hiciesen mudanza alguna: y ellos le enviaron a Hernando de Valencia: y respondieron, que si él aceptase aquel cargo de ser su capitán general, sería darles a todos grande ánimo, y esfuerzo para seguir aquella empresa: y cuando no lo tuviese por bien, nombrase el que le pareciese, que debía ser su general: que ellos le obedecerían, y aceptarían, como hicieran a la persona de Puertocarrero: y el visorey confirmó la elección que se hizo de la persona de don Hernando, con gran sentimiento, e indignación de don Hugo, y de don Juan de Cardona: que decían, que sujetarse a la obediencia de don Hernando, que era caballero mozo, y de no mucha experiencia, lo debiera excusar no menos el servicio del rey, que la cuenta que se debía tener con sus honras: pues por linaje no le debían nada, y por las leyes de la guerra, quizá pudiera dellos algo aprender. Pero aquello se sosegó por la gran cordura, y sufrimiento de don Hugo: que tuvo más principal cuenta con el servicio del rey, que con su pundonor. Estaba toda la gente española con extraño deseo de llegar a las armas: y el de Aubeni hacía mucha demostración, y ademán de querer la batalla: y envió un trompeta para requerirla: y hallábanse tan cerca las estancias de ambos ejércitos, que tenían mucha avinenteza para venir a las manos. Mas como Puertocarrero les dejó encargado, que se excusasen cuanto pudiesen de dar la batalla, por esta causa los capitanes se concertaron entre sí, de no dejar desmandar la gente: y la iban refrenando, cuanto más mostraban tener gran esfuerzo, y coraje contra los enemigos: teniéndose por superiores en todo. Entonces el señor de Aubeni, que estaba en Rossano, y en Ioya, juntó su gente: y movió con ella acercándose más a los nuestros: porque sintió que había diferencia por las pagas entre los soldados italianos, y españoles: y poco contentamiento, y satisfacción del general. Sucedió así, que estando la gente en el campo para salir, los capitanes, y hombres de armas, y jinetes, y los soldados gallegos dijeron, que no se moverían sin que primero les diesen sus pagas: y no solamente no quisieron partir, pero juntáronse aparte más de mil ochocientos: y dejaron sus banderas, y alzaron una bandera blanca: mostrando quererse ir por donde la ventura los guiase: pero don Hugo de Cardona, y el conde de

Condiano, que se hallaron en aquel lugar, pusieron remedio a este movimiento: y el visorey de Sicilia proveyó de algún dinero, para que se detuviese aquella gente: y don Hernando de Andrada, Carvajal, y Figueredo, y otros capitanes, dieron las cadenas, y collares de oro, y la plata, y dinero que tenían: y con esto hubo recaudo para una paga. No fue este alboroto remediado tan presto, que no tuviese noticia dello el de Aubeni: y otro día llegó con toda su gente a dar vista a Semenara, para presentar la batalla, como antes lo había hecho: sabiendo que tenían orden los nuestros de Puertocarrero, que no saliesen a ella: y también porque entendió, que no solamente había revuelta entre los soldados, pero gran diferencia, y diversidad entre los mismos capitanes: y envió a decir a don Hernando de Andrada, que se aperciese, y pusiese en orden, que él les quería dar la batalla: y pasó el río: y entró dos tiros de ballesta por la vega: que fue un grande atrevimiento, y desatino. Creció entonces a los capitanes, y comúnmente a toda la gente de guerra de nuestro campo, tanto el deseo de llegar con él a las armas, que no pudiendo más sufrirlo, se determinaron de salir: y con muy buena orden salieron de Semenara ochocientos de caballo: y cerca de cuatro mil soldados con los gallegos. Tenía el señor de Aubeni hasta trescientos hombres de armas, y seiscientos caballos ligeros: y entre ellos eran cien ballesteros a caballo, y hasta mil quinientos soldados, y más de tres mil villanos: pero con esta gente aquel día que salieron los nuestros, no osó dar la batalla: y retrújose a Ioya: con determinación de ir a combatirla: porque tuvieron nueva, que el de Aubeni estaba en aquel lugar con la infantería, y con doscientas lanzas: o ponerle entre Ioya, y Rossano: adonde estaba la mayor parte de los franceses: porque antes de juntarse, los acometiesen partidos: pues no podrían llegar antes que no les diesen la batalla. Diose tal orden, que Carvajal, que iba en la delantera, les armase una celada, y fuese a correr a Ioya, para atajar algunos de caballo, que salían del lugar: y otro día fue Carvajal a correr el campo, quedando Antonio de Leyva con gente de ambas compañías en la celada: pero no los pudieron sacar, ni pasaron el río. En amaneciendo salieron los nuestros al campo, como cosa aplazada, con la mayor alegría que se podía pensar en semejante trance: con propósito de acometer a los enemigos: y lo mismo hizo el de Aubeni: diciendo, que ya no tenía en nada a los españoles: y que en aquel mismo lugar a otro ejército tanto más pujante, y que tenía los más excelentes capitanes que en Italia había, y siendo el principal caudillo un rey extrañamente valiente, dieron ya a conocer cuánta ventaja hacía el esfuerzo, y valor de los franceses, a todas las otras naciones. Púsose todo nuestro campo a vista de los enemigos: y antes de acercarse el de Aubeni, envió con tres mensajeros a rogar a Carvajal que le viese: y tanto lo porfió, que sobre su seguro pasó, para oír lo que quería: y hallólo armado en blanco: y comenzando a decir palabras de mucha cortesía, estando con él, llegó a decirle un suyo, que nuestra gente pasaba el río, por la parte de arriba, casi en par de donde fue la otra batalla: y él se fue a ordenar su gente apresuradamente. Los unos y los otros anduvieron la mitad del campo, ordenando sus escuadrones: y en aquel llano bien ordenadas las batallas, de cada parte, buscaban la ventaja de tomar el sol: y deliberó don Hernando de Andrada con los otros capitanes, que pasasen los nuestros primero el río: y que toda su gente de caballo, y de pie se hiciese una batalla: porque todos juntamente rompiesen por los enemigos. Al tiempo que pasaba el río antojóseles a los franceses, que los nuestros

se recogían: y que el mudarse arriba, era desviarse dellos para ponerse en huida: y arremetieron primero furiosamente, juntándose con la artillería puesta delante: y disparó antes que la nuestra, aunque ningún daño hizo, ni perdieron los nuestros la ordenanza en que iban. En esto se señalaron valerosísimamente don Hugo, y don Juan de Cardona su hermano: y fue muy loado su esfuerzo, y grande uso en las cosas de la guerra. Iba a la mano izquierda nuestra infantería: y junto con ella la gente de caballo de las compañías de Puertocarrero, y de don García de Ayala: y de la de don Hernando de Andrada, con Gonzalo de Ávalos: y en medio la compañía del adelantado de Granada: y luego Antonio de Leyva, y Alvarado: y más a la mano derecha todos los jinetes: y en rompiendo entraron tan bien, y tan presto, que en muy breve espacio casi no quedó hombre de los enemigos a caballo: y no osó entrar en los nuestros la segunda batalla: que si pasara, recibieran gran daño los jinetes: porque rompían en ellos, y los tenían ceñidos. Pero por el gran valor, y esfuerzo con que los acometieron, fueron muy en breve desbaratados, y rompidos: y siguieron el alcance hasta entrarlos por las puertas de Ioya: y perdieron en él más de ochocientos de a caballo, sin ningún daño de los capitanes, y gente española. De los nuestros no murieron en la batalla sino dos hombres de armas, y un soldado de la artillería: y murió gran parte de la infantería de los contrarios en el alcance: la cual se reparó en un bosque a las espaldas de nuestra gente: porque al tiempo que se rompió la batalla, no se hallaron sino caballeros con caballeros: y en el número era muy poca la ventaja. Quedaron presos todos los capitanes que estaban con el de Aubeni, sino dos que murieron en el campo: y el uno fue Malherba: y entre los prisioneros eran Honorato de Sanseverino, hermano del príncipe de Bisignano, que se había recogido a Ioya, y llegando parte del campo a combatirla, se rindió, salvando la vida, y se salió fuera sin esperar el combate, y Alonso de Sanseverino su primo: de cuya rebelión se tuvo por más ofendido el rey, que de otro ninguno del reino, por el cargo que se le dio de gente de armas en su ejército: y por el modo que tuvo en rebelarse: y prendiéronlo en la batalla don Hugo, y don Juan de Cardona con otros quince hombres de armas, hallándose solos con otros dos caballeros. Fueron también presos de los franceses Bilmorte capitán de la gente del marqués de Mantua, y Agrenni, Panxau, y Pedro Luis de Costanza. Fue esta batalla un viernes a veintiuno de abril: y es de las muy señaladas, y famosas que hubo en aquella guerra: por haber sido acordada de ambas partes muchos días antes: y porque fue en ella vencido un tan famoso capitán: que con tanta honra quedó vencedor en el mismo lugar en la guerra pasada: hallándose el rey don Fernando en la jornada. Entre los otros que se señalaron en ella, fue muy loado el esfuerzo de Luis Méndez de Figueredo: por cuyo consejo, señaladamente se gobernaba en las cosas de la guerra don Hernando de Andrada: y asimismo se señaló de muy buen caballero Gonzalo de Ávalos: al cual por andar don Hernando proveyendo otras cosas, le dio cargo de la gente de armas de las compañías de don García de Ayala, y de Puertocarrero, y de la suya: y dellas se hizo una batalla. Aquella misma noche se pusieron los nuestros sobre Ioya, adonde se habían recogido hasta ciento cincuenta de caballo de los contrarios: y creyóse que estuviese dentro el de Aubeni: y el visorey de Sicilia les envió cañones para batirla: pero no estaba aquel lugar para defenderse de un ejército vitorioso: y puesto que se puso en defensa, siendo batido,

fue entrado por fuerza: y murió la mayor parte de la gente de guerra, que allí se había recogido: y fue puesto a saco, y quemado: y los que se retrajeron a la fortaleza, que eran más de cuatrocientos hombres, no quisieron esperar otro tal castigo como los del lugar: y diéronse a merced de las vidas: y hubieron allí seiscientos caballos, y cuatrocientas acémilas, y muy gran despojo. El de Aubeni así como fue el primero de los que encontraron en la batalla con los nuestros, visto el rompimiento de los suyos, con doce de caballo se salió della, y tomó el camino de Melito por un bosque: y siguiendo los nuestros el alcance, se apartó a la Roca de Angito, que está cabo Cosenza: y Valencia de Benavides, y Juan de Alvarado hijo del capitán Alvarado, le siguieron hasta encerrarle dentro: a donde llegaron otro día las compañías de Figueredo, y de Hernando de Quesada. Había pasado a Mesina, después de la batalla, para verse con el visorey, don Hernando de Andrada: y teniendo nueva, que el de Aubeni se había encerrado en la Roca de Angito, y le tenían cercado, partió para allá con la mayor parte del ejército: y se puso el cerco para combatirla: y de Mesina se pasaron dos cañones a Vibona, que está a cuatro millas de la Roca, para más estrechar el combate: y dende algunos días se rindió, y dio por prisionero el señor de Aubeni. Con este suceso toda aquella provincia, casi en un instante, se acabó de reducir a la obediencia del rey.

Que Luis de Herrera, Lezcano, y Pedro Navarro desbarataron al marqués de Bitonto: y el Gran Capitán no quiso admitir la paz que el príncipe archiduque asentó en Francia. XXVI.

Once días antes de la batalla de Semenara llegaron a Manfredonia dos mil quinientos alemanes: e iba por su coronel Hans de Rabasten: y a la hora que el Gran Capitán lo supo, dio gran prisa para recoger todas las compañías que estaba repartidas por guarniciones: y mandó que la gente de Pedro Navarro, y Luis de Herrera, y Lezcano, que eran cuatrocientos hombres de armas, cien caballos ligeros, y seiscientos peones de la mejor gente que allá había, que estaban en tierra de Otranto, sin más diferirlos, se viniesen para él. Antes desto todos los franceses que estaban en aquella comarca, se juntaron con el duque de Nemours en Canosa, por trabajar de sostenerla: y también el Gran Capitán por ir sobre ellos recogía en Barleta a muy gran prisa toda su gente: y proveyó, que don Juan de Castrioto, que tenía cargo de las tierras de la reina, se juntase con él: porque tuvo gran sospecha, y se tenía por cierto, que los enemigos procuraban desviar la gente que venía de Tarento con Luis de Herrera, y Pedro Navarro, que el Gran Capitán mandó que se fuese a juntar con él, con fin de ir a buscar a los enemigos: pero lo deste trato salió tan al revés, que pasando Luis de Herrera, Lezcano, y Pedro Navarro a Barleta con su gente, se encontraron en el camino entre Conversano, y Casamájima con el marqués de Bitonto, que traía cincuenta y seis hombres de armas, y ciento cincuenta caballos ligeros, y trescientos soldados, para juntarse con el de Nemours: y mezclóse entre ellos una muy brava batalla: y fue desbaratado en ella el marqués, y quedó preso, y muy mal herido: y Juan Antonio de Aquaviva su tío: y un hijo suyo fueron muertos con toda la gente de armas, que

ninguno se salvó: y de los caballos ligeros, y peones fueron presos, y muertos la mayor parte. Era el marqués uno de los más principales, y mayores señores de aquel reino: y de gran experiencia, y noticia de cosas, así en paz: como en guerra, y de quien se tenía generalmente mayor estimación, y era de afición muy francés: y por quien todos se gobernaban, y a quien seguían en todo lo que convenía al servicio del rey de Francia. Esto fue en la misma sazón que se publicó la paz que el príncipe archiduque trató en Francia: y otro día después de la publicación que se hizo della en la corte del rey Luis, envió el príncipe al Gran Capitán su aposentador mayor, que se llamaba don Juan de Edín, con la copia del poder, que el rey le mandó dar: y el rey de Francia por otra parte envió a Eduardo Barlete de su cámara a su capitán general, haciéndole saber, que se había jurado la concordia: y que sobreseyese en la guerra. Fueron las vistas del rey de Francia, y del príncipe en Lyon: y llegó el príncipe por el río: y entró en aquel lugar a veintinueve del mes de mayo: y el mismo día llegó allí el embajador Miguel Juan de Gralla: que nunca le dejaba. Procuró el rey de Francia el tiempo que el príncipe estuvo en Lyon, que viniese a las vistas Filiberto duque de Saboya: por tener manera de venir en apuntamiento con el rey de romanos: y la princesa Margarita duquesa de Saboya, considerando, que de aquellas vistas no podía resultar sino algún inconveniente para las cosas de España, tuvo tal orden, que estorbó la venida del duque su marido a Lyon: y dello quedó muy sentido el rey de Francia del duque de Saboya. Mostraba la princesa Margarita desear en gran manera dar en cuanto pudiese, todo contentamiento al rey, y a la reina: y porque el rey de Francia juntaba la gente de guerra que podía, para venir a emprender alguna cosa señalada, por las fronteras de España, y procuraba sacar todas las más compañías de los suizos comarcanos a las tierras del duque, secretamente trató el duque con los principales dellos con dádivas, de manera que no saliesen de su tierra. Hízose por el príncipe gran demostración de regocijo, y fiesta de la concordia: y el señor de Liñi, y otros muchos principales señores salieron en Lyon al campo a la jineta aderezados a la castellana: y en presencia del rey de Francia jugaron a las cañas, y escaramuzaron a la usanza española, como mejor lo entendieron. Otro día se partió de Lyon el príncipe camino del ducado de Saboya a un lugar de duque, que se dice Burgembressa: y tuvo la fiesta de Pascua con el duque, y la duquesa de Saboya su hermana: y todo el tiempo que estuvo en Francia le acompañaron el señor de Liñi, y el de Rabastán, que eran muy principales en la casa del rey de Francia: y no le dejaron el tiempo que estuvo en Saboya: y fueron a una casa de placer del duque, que se dice Pundayn, por mudar de aire: porque el príncipe no estaba libre de tercianas, que le fatigaban. Era partido el rey de romanos de Flandes: y acercábase al condado de Borgoña, que está vecino de Saboya, por tratar de la paz, y verse con el rey de Francia: y envió a Inglaterra por su embajador a don Hernando Toco, hijo del déspota de Larta, para tomar algún asiento de concordia con el rey Enrique, en las diferencias del duque de Suffolk: y no se concertaban: porque el rey de romanos tenía intención de sacar del rey de Inglaterra todo el dinero que podía: y el inglés disimuladamente le entretenía: pareciéndole, que las embajadas tan ordinarias del rey de romanos, y enviarle la orden del Toisón, y recibir la de la Jarretera, con publicación de grande conformidad, le hacía mucho provecho con sus súbditos: que creían, que todo

iba claro, y limpio, y muy fundado, según él se lo quería dar a entender: y por mostrarse al rey de romanos grande amigo, y enemigo de Francia, echaba la culpa al Rey Católico, de no hacer contra Francia lo que debía. Por esta causa el rey de Inglaterra publicaba desgrado del rey: diciendo, que si hubiera querido, pudiera hacer mucho contra Francia: pero que le convidaba a la guerra, y luego proponía la paz: y quería poner a sus amigos en sus diferencias, para concertarse, como mejor le estuviese: y pues no quería romper con Francia, sino por la parte del reino, él no quería poner turbación en su casa por Nápoles. Con estas inteligencias trataba cada uno destos príncipes de los negocios, por el camino que más le cumplía: y partióse en este tiempo el rey de romanos la vía de Borgoña, con determinación de verse con el rey de Francia, por medio del príncipe su hijo, que procuraba las vistas. Pasaron Juan Edín, y Eduardo Barlete por Roma, con toda diligencia: publicando, que llevaban cartas para el duque de Nemours, y para Gonzalo Fernández: afirmando, que por medio del príncipe era la paz concluida, y jurada entre los reyes: y que se mandaba sobreseer en las armas: y publicaron estas nuevas por toda Italia: y llegaron con esta nueva, adonde el Gran Capitán estaba, cinco días antes que saliese de Barleta. Dio Edín una carta del príncipe al Gran Capitán, en que se contenía, que por el deudo que tenía con el rey Luis, por el casamiento del infante don Carlos su hijo, con Claudia hija del rey de Francia, le pareció no deber consentir, cuanto en él fuese, que tan grandes príncipes estuviesen en guerra: y por esto se interpuso entre ellos: para tratar de reducir las cosas a la paz, y alianza, que se concertó antes, en la partición de aquel reino. Que considerando, que en cada una de las partes, siendo Cristianísimos y Católicos príncipes, hallaba buena disposición, puso todas sus fuerzas, con el poder que del rey llevaba, para concluir la concordia: de la suerte, y con las condiciones, que muy presto por el Rey Católico le serían remitidas: y por cuanto él había hecho saber al rey, y reina de España sus suegros la conclusión de la paz, y en este medio se podrían seguir en el reino, algunas novedades, que si no se atajaban, desplacerían a cada una de las partes, le enviaba su aposentador mayor para le dar aviso de la concordia. Rogaba, y encargaba de su parte, y en nombre del rey le mandaba, que hasta que otra cosa le fuese mandado, proveyesse, que toda la gente de armas, que tenía en aquellas provincias, sobreseyesen en todo auto de guerra: porque lo mismo se mandaba por parte del rey de Francia a sus capitanes, con mensajero propio: y sobre lo mismo le escribieron fray Buyl, y el obispo fray Juan de Mauleón: el que intervino en la restitución de Rosellón. Había advertido el rey con gran cuidado, al tiempo de la partida del príncipe para Francia, al Gran Capitán de su ida por aquel reino, contra su voluntad, y licencia: entendiendo, que podría acaecer, que teniendo el rey de Francia al príncipe en su poder, le forzasen a hacer algún asiento de paz, o tregua: y mandóle, que si algo desto acaeciese, aunque el príncipe su hijo se lo escribiese, no hiciese cosa, que le ordenase, sin su especial mandado: y que por la ida del príncipe por Francia, no aflojase él, ni su gente en cosa alguna: antes resistiese, y aprestase entonces más reciamente: pues podía ver, cuánto cumplía a su servicio: y al bien de aquella empresa: porque muy presto llegaría al reino Puertocarrero con su armada, y ejército: para que con más poder, y reciura pudiese resistir, y estrechar el negocio: y procurase, que Francisco de Rojas, y Lorenzo

Suárez sus embajadores concluyesen la liga, que se había propuesto con el Papa: y con la señoría de Venecia. Estando tan prevenido como esto el Gran Capitán de los fines, que el rey llevaba, respondió, que no se podía cumplir aquel mandamiento, sin que primero su señor fuese bien informado, del estado en que se hallaban las cosas de aquel reino. Que entonces podría mandar lo que fuese su servicio, pues los franceses rompieron la guerra tan injustamente: y a él le estaba mandado, que defendiese su derecho: y teniéndole los contrarios perdido, no podía, ni debía aceptar semejante paz, sin mandamiento suyo. No sólo no quiso obedecer la carta del príncipe, pero ni dio crédito a ella: y añadió a esto, que él sabía bien lo que debía hacer: y que él mismo iría a dar la respuesta al duque de Nemours: y no aceptando la paz, se recató más en la guerra: y con gran prisa escribió al visorey de Sicilia, y al almirante Vilamarín, para que enviase a Iscla con toda diligencia al marqués del Vasto vituallas, y municiones, de que tenía necesidad: y que pasase la armada, para que se declarase el marqués en servicio del rey: y apresuró de hacer la guerra, mucho más furiosamente, que jamás lo hizo.

Que el Gran Capitán salió de Barleta, para combatir la Ceriñola: y dio la batalla al duque de Nemours: y fueron vencidos los franceses. XXVII.

Teniendo el Gran Capitán junta su gente con los alemanes, y con la que llevó Pedro Navarro, que estaba en tierra de Otranto, salió un lunes a veintisiete de abril bien tarde de Barleta, con intención de poner en ejecución lo que mucho antes tenía pensado, de dar sobre la Ceriñola. Un día antes mandó pregonar, que todos se aparejasen para salir otro día en campo: y socorrióse la gente de armas, dando a cada uno dos ducados, y a los infantes a medio: y salieron tan de prisa por la pestilencia que se encendió en Barleta, y de tan buena gana, que lo que faltaba de dinero, sobraba de voluntad. Con esta furia pasó con su ejército a seis millas debajo de Canas, a la ribera del Ofanto: que era la mitad del camino de los enemigos, que estaban fuera de Canosa, esperándolos en el campo. Era la Ceriñola lugar muy flaco: y estaba a seis millas del campo de los franceses: y residían en la villa, y en el castillo hasta ciento setenta gascones, que quedaron allí para su defensa: y llegaban las cosas a tales términos, que convenía a los nuestros, o morir, o tomar aquella villa, para ganar las vituallas que tenían: siendo reducidos a tanto estrecho, por lo poco que fueron proveídos de otras partes, que en Barleta, y en Andria no tenían más bastimento, que para tres días: aunque se repartiese muy escasamente: y no se hallaba forma de llevarlo de otra parte: y por aprovecharse del tiempo, determinó el Gran Capitán de alargar la jornada. Levantóse de aquel lugar nuestro ejército el viernes siguiente, antes que amaneciese: y ordenáronse las batallas desta manera. Iban delante Fabricio Colona, y Luis de Herrera, que llevaban los corredores, y descubridores del campo: y tenían hasta mil caballos ligeros, y ballesteros: y luego seguía don Diego de Mendoza en la delantera, y la gente del clavero, y la de Íñigo López de Ayala, con un escuadrón de infantes españoles, que serían hasta dos

mil. Llevaban la batalla Próspero Colona, y el duque de Termes, con doscientos hombres de armas: y un escuadrón de infantería española de otros dos mil: donde iba la artillería: puesto que alguna parte della se llevaba en la delantera. Seguía el Gran Capitán en la rezaga con la gente de armas de su compañía, y de la de Pedro de Paz: y dos mil alemanes al un lado adelante cabo la artillería: y Nuño de Mata, con cien caballos ligeros, por descubridor a la parte de los enemigos. Con esta orden salieron de su fuerte: y tiraron la vía de la Ceriñola: porque los franceses estaban en lugar tan defendido, que no les podían hacer daño ninguno: y acordó el Gran Capitán de ir a tomarles el paso de las vituallas: y pasar con su ordenanza a tres millas dellos. Es aquella región de Apulia, casi toda ella, extrañamente seca, y sedienta: y donde hace excesivo, y terrible calor: y con esto, y con ser la jornada grande, se fatigó tanto la gente, que murieron algunos hombres de armas, y de los peones alemanes, y españoles: y como el camino que llevaban era tan cerca del campo francés, luego se pusieron los enemigos en orden con toda su gente de armas, y con los peones, y artillería: y salieron a dar en nuestro fardaje, y retaguarda. Fue aquel día de muy extraño calor: y nuestra gente recibió mucha fatiga, por ser el camino de doce millas: y por guardar la ordenanza de la infantería, se tardaba una hora por milla, y con mucho trabajo podían caminar. Fueron los franceses avisados desto: y pareciéndoles de aprovecharse de aquella ocasión, acordaron de salir de su fuerte a dar la batalla: y salió el duque de Nemours con quinientos hombres de armas, y con dos mil caballos ligeros, y cuatro mil suizos, y gascones, y con su artillería. Llevaba la avanguardia el príncipe de Salerno, con doscientos hombres de armas, y dos mil infantes: y en la retaguarda venía el príncipe de Melfi, con una compañía de hombres de armas: y traía mil villanos, y algunos gascones: y en esta orden venían cebando en nuestra retaguarda: y parecía casi imposible poder los nuestros llegar al lugar, sin perder el carruaje, y mucha parte de la infantería, que quedaban por el suelo tendidos. En este trance Nuño de Mata con sus caballos ligeros se comenzó a revolver con los contrarios: y como era ido el Gran Capitán en la delantera, para hacer asentar el real, y fortalecerlo, y asentar la artillería, le llegó el rebato tan furioso como lo era: y avisóle García de Lisón, que los franceses los seguían: y de la forma que llevaban ordenadas sus haces: y queriendo sacar los peones para socorrer, hallólos tan desmayados, y perdidos de sed, que jamás pudo: y por esta causa se determinó de ponerlos a un asiento, que era como fuerte, junto a una viña cercada de una cava: y allí los amparó con la artillería. Tras esto revolvió con algunos jinetes, con increíble furia a la retaguarda, donde reconoció, que los franceses se venían para los nuestros muy ordenadamente. Mas entonces gran parte de la infantería, y la mayor de los alemanes se caían, sin poderlos levantar: teniendo por mejor ser presos, o muertos de los enemigos, que de la sed que padecían: y porque la retaguarda que quedaba, no era parte para esperar la batalla, pareciéndole al Gran Capitán, que el tiempo daría lugar, que se juntasen con los primeros, que iban en la delantera, y con su artillería, antes que los enemigos los alcanzasen, hizo dar prisa al camino: mandando, que los de caballo tomasen a las ancas a los cansados, y sedientos. Púsose en esto él el primero, con tanto cuidado, y diligencia, socorriendo a los que más necesidad tenían, y animándolos, y esforzándolos, y tomándolos a las ancas de su caballo, y proveyendo, que todos los caballeros lo

hiciesen así, y dándoles él por su mano a beber, que sin perder ninguna cosa, ni recibir daño alguno, llegaron a su fuerte, dos horas antes que se pusiese el sol: y estaba la gente tan fatigada de hambre, y sed, y del cansancio del camino, que con muy grande trabajo se ponían en orden. Desta manera llegaron los nuestros a la Ceriñola: adonde los recibieron con mucha artillería: y con gran peligro se pudieron aposentar: y antes que se apeasen, asomaron los caballos de los enemigos: y comenzó de jugar su artillería bravamente: y acercarse sus caballos ligeros con mucha furia a los nuestros, hasta sus estancias. Los franceses se allegaron a vista de nuestro campo harto cerca: y con sólo verlos los nuestros, se ordenaron muy bien sin ninguna premia, para esperar en el fuerte: teniendo trece piezas de artillería delante, y a los lados dos escuadrones de hombres de armas: y desta manera esperaron a los enemigos, que venían con otras trece piezas de artillería. Eran con los alemanes cinco mil quinientos infantes, y mil quinientos de caballo: los seiscientos dellos hombres de armas, y doscientos arqueros, y ciento cincuenta escopeteros, y quinientos cincuenta jinetes: y como los franceses se acercasen con ímpetu grande, y mucha furia, entonces el Gran Capitán comenzó a animar a los suyos con breves razones, diciendo. Que «la honra, y prez que los buenos ganan con memoria immortal, es venciendo a sus enemigos: y que ningún vencimiento se puede alcanzar sin algún afán, y peligro. Que así era muy necesario, que todos trabajasen para que con su valor, y esfuerzo, que tenían tan probado en las empresas pasadas, acabasen de conseguir lo que tanto les costaba: y tuviesen muy cierta esperanza, que así como los pocos suelen vencer a los muchos, con la razón, y justicia, de la misma manera, adonde los contrarios no les tenían ninguna ventaja, y ellos les sobaban en el derecho, sería la vitoria muy cierta». Con esto se mezcló la batalla, y su artillería no hizo ningún daño en nuestros escuadrones: y la nuestra que los sojuzgaba de lugar más alto, les dio tal respuesta, que en todos sus escuadrones hizo muy grande daño: mas no pudo tirar sino una vez: porque un peón italiano creyendo, que eran los nuestros vencidos, puso fuego a dos carros de pólvora que llevaban: y esparcióse tanto la llama, que pareció a los franceses, y a los mismos de nuestro campo, que eran los más quemados, pero no hizo daño alguno. Fue tan grande el ánimo, y vigor, que en aquel trance mostró el Gran Capitán, que entendiendo la turbación de muchos, por aquel caso les dijo, que era luminaria del vencimiento, que entre las manos tenían, si guardasen la orden, y peleasen como debían: y creyendo los franceses, que hallarían a los nuestros turbados, y esparcidos, se vinieron a juntar, con grande concierto, y denuedo. El Gran Capitán se puso de los primeros con su estada delante: y los nuestros cobraron grande ánimo, y esfuerzo: y cuando los tuvieron juntos a su causa, salieron para ellos los peones al rostro, y los escuadrones de los hombres de armas por los lados, adonde hirieron muy fuerte, y animosamente. Mas el duque de Nemours, y sus capitanes de gente de armas, que iban en la delantera, visto el daño que recibían de la artillería, arremetieron con las lanzas en el ristre, con hasta ochocientos hombres de armas: y llegaron tan juntos, y con tanta furia, que no podía ser mayor: mas como al encuentro primero, no hallaron con quien encontrar, por causa del arce, y de la cava que tenían delante, hubieron forzosamente de dar el dado, para volver a enristrar: y a la vuelta que dieron, los espingarderos alemanes asestaron de tal manera, en aquella batalla, que hicieron mucho estrago en

ella. Seguía junto con aquel escuadrón el señor de Chandea, que era coronel de los suizos, y gascones con la infantería: y contra éstos saltaron los españoles, arrojando las lanzas, y dardos que tenían: y el Gran Capitán por el otro lado, arremetió con los hombres de armas muy ordenadamente: y como los príncipes de Salerno, y Melfi, que venían en la retaguarda, siguiesen por la batalla adelante, peleando con su gente de armas, el Gran Capitán con su escuadrón los recibió como convenía: y los jinetes, y estradiotes, que iban con él, ayudaron tan bien, que no los pudiendo sufrir los franceses, fueron desbaratados, y volvieron huyendo. Siendo desta suerte rompidos, hiriendo, y matando en ellos fueron en su alcance hasta su real, que era a seis millas: y les ganaron sus tiendas, con la cena, que la tenían aparejada: que era bien menester, a los que tan bien la merecieron: adonde en todo lo demás fue grande el despojo, que hallaron los nuestros. Murieron en esta batalla el duque de Nemours capitán general, el señor de Chandea, el conde de Morcón, hermano del duque de Trageto, el señor de Milloc hijo del señor de Alegre capitán de la Gruta: y casi todos los capitanes de los suizos: y los mejores hombres de armas, que se hallaron en el campo de Francia: y fueron presos en la batalla, y en el alcance más de ochocientos: y entre ellos el señor de Formento, y Chatala, y cinco capitanes de suizos: y los príncipes de Salerno, y Melfi salieron heridos: y perdieron los franceses las más de sus banderas, y toda la artillería: y si no alcanzara la batalla parte de la noche, no escapara ninguno. Otro día de mañana se entregó al Gran Capitán la Ceriñola, y todos los que en ella estaban de guarnición a merced con el castillo: en el cual se recogieron algunos caballeros con trescientos hombres, y se dieron a merced. Esto fue último remedio para nuestro campo: porque ni la gente, ni los lugares que estaban en la obediencia del rey, no tenían de comer sino para otro día: y dio el Gran Capitán orden a los de Ceriñola, y Canosa, que también alzaron banderas por España, aunque había sido como fuerte, y baluarte de los contrarios, que enterrasen los muertos: y avisasen del número: y hallóse haber muerto de los franceses más de tres mil setecientos: y no faltaron de los españoles en la batalla sino nueve, y ninguna persona que fuese de cuenta: aunque todos pusieron las manos en aquel hecho con gran esfuerzo, como lo mostró el suceso. Mas entre todos fueron muy señalados don Diego de Mendoza, de quien dijo el Gran Capitán, que había obrado aquel día como nieto de sus agüelos: y de los italianos el duque de Termes. Fue esta batalla de las muy nombradas que ha habido en Italia: porque como quiera, que por la sobra de la infantería, eran superiores los nuestros a los contrarios, en los de caballo les llevaban ventaja los franceses: allende que los hombres de armas de su nación, y ordenanza, eran tan escogida gente, que afirmaba el Gran Capitán, que tal escuadrón de hombres de armas, ni así armados, ni aderezados, grandes tiempos había que no se vio en Italia. Con esto duró tanto la batalla, y fue de tanto trabajo, que murieron en ella de los nuestros muchos hombres de sed: y más de mil quinientos no se pudieron sacar del agua, que hallaron algunos pozos: ni se podían de allí levantar: y en el mayor trance muchos se apartaron de suerte, que la cosa llegó a grande igualdad: y toda la gloria deste vencimiento se reconoció comúnmente deberse al esfuerzo de la gente española: porque de los alemanes es cierto, que no pusieron las manos en ello, más de guardar su ordenanza: y servirse de la escopetería: y en esto fueron de grande provecho. Dio cargo el Gran Capitán a don

Tristán de Acuña, que hiciese enterrar en Barleta al duque de Nemours: y fue sepultado su cuerpo en el monesterio de S. Francisco, con tanta magnificencia y aparato, que no pudiera ser más honrado de los suyos, aunque quedaran vencedores.

Que la Capitanata, y la mayor parte de Basilicata se redujeron a la obediencia del rey. XXVIII.

Fue causa de gran maravilla a las gente ver, que así como en el rompimiento de la guerra que se movió entre los españoles, y franceses en el principio della fue sobre manera muy señalada la consideración, y detenimiento de que usó el Gran Capitán, así lo fue en el proceder en ella su celeridad, y apresuramiento: porque desde el día que salió de Bari a la jornada de Ceriñola, apenas tuvo asentado su real: y no estaba aún cercado el lugar, cuando revolviendo sobre los enemigos, los desbarató: y puso en huida: y siendo muerto su general, se hizo gran estrago en ellos, siguiendo el alcance con tanto ímpetu, y ardor de sus soldados, y con tanto valor de su ánimo, que si no sobreviniera la noche en favor de los enemigos, muy pocos escaparan de la batalla. Los franceses que se salvaron con el señor de Alegre, y Luis de Arsi se recogieron a Melfi, de donde se partieron otro día con el príncipe de Salerno: publicando, que se iban a poner en Nápoles. Luego deliberó el Gran Capitán de ir allá: y otro día después de la batalla, se fue a poner con su campo a la ribera del Ofanto, entre muchos lugares que estaban por los enemigos: y aquel mismo día se alzaron las banderas de España en treinta lugares los más principales de aquellas comarcas. También se tuvo esperanza, que el príncipe de Melfi se reduciría: y deliberó el Gran Capitán de recibirle, porque no se detuviese, ni desconfiase a los otros barones de la clemencia del rey: y sin perder tiempo determinó de seguir la vitoria hasta Nápoles: porque en tierra de Labor traía tales pláticas, que ninguna duda tenía de reducir presto aquella provincia a la obediencia del rey. Redújose luego con la fama de la vitoria gran parte de Capitanata, y Basilicata: que no faltaban por entregarse sino algunos lugares de los príncipes de Salerno, y Bisignano: y así mismo muchos barones, y villas del Principado se volvieron a nuestras banderas, con toda la baronía de Flumer, que está en los confines de tierra de Labor. Después que el príncipe de Salerno, y el señor de Alegre salieron de Melfi, vinieron con hasta quinientos de caballo, y de pie, que pudieron recoger camino de Nápoles: y el conde de Montela, que fue de los que muy bien sirvieron en esta guerra, pasando por su estado, les echó gente por la montaña: y mataron, y prendieron más de doscientos: y no los quisieron recibir en lugares por donde pasaban: y el marqués de Lochito que salió herido de la batalla con alguna gente de caballo que pudo recoger, llegando otro día a Lochito tomó a su mujer, y lo que pudo de su casa, y fuese camino de Roma, para el cardenal de Siena su tío: y rindióse luego su estado. Entonces el Gran Capitán envió con diligencia diversos comisarios por el reino, y algunos barones que estaban con él a sus tierras, para que tratasen de reducir lo que estaba dudoso: y desta suerte dentro de breves días estuvo debajo de la obediencia del

rey toda Capitanata, y tierra de Otranto, y tierra de Bari, y Basilicata, y el Principado, y Calabria: y la mayor parte de Abruzzo, y tierra de Labor con Aversa, y Nola: y todo lo que estaba al contorno de Nápoles. Detúvose el Gran Capitán con su ejército en el real de la Leonesa cerca de Melfi, y Venosa dos días: porque convino dejar reposar la gente: y para proveerse de vituallas: y por concluir como más brevemente pudiese, la plática que traía con el príncipe de Melfi, y con los de Venosa, donde se puso Luis de Arsi con algunos franceses, apoderándose del castillo que era fuerte. Otro día, después de haber alcanzado esta victoria de los franceses tuvo letras el Gran Capitán de la batalla que los nuestros vencieron cabo Semenara: y envió luego a Fabricio Colona, y a los condes de Populo, y Montorio al Abruzzo: a donde Civita de Thieti, Caramanico, y otros siete lugares alzaron banderas de España: y estaba lo restante de la provincia en tal (disposición, que con esto se tenía seguridad, que brevemente toda ella se reduciría: y para esto fue muy provechosa la prisión del marqués de Bitonto: a quien el Gran Capitán mandó poner en el castillo de Manfredonia, a buen recaudo.

Que el rey rehusó de aceptar la concordia que se asentó por medio del príncipe archiduque con el rey de Francia. XXIX.

Recibieron los franceses la nueva de la paz que se concluyó en Francia por el príncipe con tanta alegría, y fiesta, que no pudo ser mayor: y a la hora la publicaron, y celebraron por todas partes. Esto no dejó de hacer algún daño: porque no hubo ninguno de los que más deseaban servir al Rey Católico, que se osas mostrar: y lo que se pensaba recobrar con blandura, después con todo rigor apenas se podía alcanzar. No embargante que a los del reino mucho les hizo vacilar el suceso de nuestra victoria: y venían de mejor voluntad a rendirse, aunque no sin temor. Mas estuvo tan lejos el Gran Capitán de seguir lo que el príncipe le envió a mandar, ni dar crédito a lo que el rey quería, que sobreseyese la guerra, que de su parecer le persuadía, que convenía llevar adelante los buenos sucesos, si deseaba el rey poner en Italia la ley que quisiese: y afirmaba, que della misma se habría con qué se pudiese sostener la guerra. Quedó gran temor a los franceses, cuando entendieron, que no se aceptaba aquella concordia: lo que se atribuyó a suma prudencia, y consejo del rey, que en un negocio, y caso tan grande, proveyéndose por el príncipe desde Francia, donde se tenía noticia con cuán poca libertad estuvo, y se había asentado el tratado de la paz, previniese que no fuese obedecido lo que el príncipe mandaba: ni se mudase, ni alterase cosa de la guerra: ni se cesase de continuar su propósito como primero: y el Gran Capitán, no sólo se animó más a esto, sabiendo que el príncipe partió de España contra la voluntad del rey, y reina sus suegros, pero tuvo particular aviso del rey, para que apresurase el negocio. Mas fue permisión de Dios, que el rey conquistase aquel reino, y le hubiese por medio del Gran Capitán, aunque mostrase que no lo pretendía. De allí adelante el Rey Católico no atendía a buscar, ni procurar los medios que antes, para hacer la concordia: porque entendió, que del concierto que se hizo sobre la partición del reino, no se conseguía paz universal, que

se pretendía, para con ella proseguir la guerra contra los infieles, que era su principal presupuesto, y deliberación: mas aún se siguió dello todo lo contrario: y que los modos, y mañas que el rey Luis tuvo con el príncipe archiduque sobre esta contienda, y con el abad Buyl, que con él envió, eran más para fin de usurpar todo aquel reino, que para alcanzar la paz. Siguiéndose lo que después se siguió, entre ambas partes, era casi imposible, que aquellas naciones pudiesen permanecer dentro dél, en conformidad, y concordia: y por esto hizo saber al príncipe el daño que se seguiría a su estado si aceptase aquella concordia, que por su mano se asentó con el rey de Francia: pues por aquella vía, con color que se daría el reino al infante don Carlos, el rey de Francia lo cobraría ligeramente: y lo perderían ellos, y sus sucesores. Porque quedando entonces el rey Luis con lo que tenía en su poder, y lo otro como estaba por España, en lugar de esperar paz, se seguiría nueva guerra, con mayor peligro: pues era muy cierta cosa, que teniendo el rey de Francia enteramente todo el reino con el estado de Milán, y con lo demás que poseía en Italia, sería señor della: y continuándose aquel imperio con Francia, se podía juzgar, según la condición de la nación francesa, la paz que los otros príncipes podían esperar. Por estas causas, y consideraciones, por una manera de cumplimiento, y por entretener el negocio propuso el rey, que por quitar de medio las ocasiones de discordia, el más conveniente remedio sería, que dejasen, y restituyesen el reino al rey don Fadrique sin interese, o con él: con tal que fuese por iguales partes: pero el rey de Francia no quiso oír al embajador del rey: y mandó despedir afrentosamente, sin querer aceptar medio ninguno destos: ni llegarse por ninguna vía a la razón, y justicia: de suerte que quedó el rey a su parecer justificado ante las gentes: y esperaba que sería la soberbia, y presunción francesa castigada: y por su misma mano. Con esta publicación del asiento, que se había tomado por el príncipe, se favorecían mucho los franceses: teniendo en peligro de perder todo lo que se tenía por ellos en aquel reino: y comenzaron luego a publicar, que para mayor seguridad de la paz se venía a España el Gran Capitán: y quedaría allá hasta la conclusión della, don Hernando de Andrada. Esta fama se fue más extendiendo, porque cuando supo el Gran Capitán del fallecimiento de Puertocarrero, recibió algún desgrado, y descontentamiento, que don Hernando, con la confirmación del cargo de general, que se hizo el visorey de Sicilia, y después con el suceso de la vitoria que hubo en Semenara, no sólo publicaba ser general en Calabria, pero aun decía, que iba en lugar del duque de Terranova: y como quiera que se entendía, que en lo de Puertocarrero, el rey había proveído digna, y convenientemente a su servicio, y decía el Gran Capitán, que de tal provisión, más razón era de tenerla en merced, que agraviarse por ella, en lo de don Hernando, aunque no fuese menos buena elección, pues el rey lo tuviese por bien, mas porque en edad no le precedía, ni en servicios, envió a suplicar al rey no le mandase residir en aquel cargo, más de cuanto cumpliese a la empresa de Nápoles. Ofrecía, que él sostendría aquello, y lo encaminaría hasta que don Hernando pudiese juntarse con él: porque dos personas en semejante cargo, según la condición, y calidad de aquel reino, mayores inconvenientes le causarían que servicios. Con esto escribió al rey, que pues para su real servicio valía él poco, y para su descanso, y aun salvación, importaba irse a su casa, no le agraviase en negarle tan justa merced como le pidía: y tuviese por bien,

que pudiese vender el estado de que en aquel reino se le hizo merced: porque dél, y de su persona podría ser que alguna vez se sirviese, teniéndole más cerca. Avisaba, que no se debía estimar otra persona más en Italia en aquella sazón, de los naturales della, para su servicio, que la del Próspero. Que por esta causa desde que Alonso de Sanseverino se pasó a los franceses, le encargó la conduta de hombres de armas que aquél tenía con otras: y las reforzó de tales personas, que en Italia no se hallaba tan escogida gente, como los que al Próspero seguían: y con ellos, y con su persona sirvió al rey en esta guerra de tal suerte, que a juicio del Gran Capitán, era merecedor de grandes mercedes. Mas esta fama se fue más publicando, por alguna liviandad, y demasiada ufanía que cobró don Hernando de Andrada, con el suceso de la batalla de Semenara: y con maña, y artificio de los que no querían ver una persona tal en aquel cargo, que con otro fundamento: y nunca fue la intención del rey hacer mudanza de su persona: que conoció bien ser él solo bastante, para tan grande empresa como aquélla era: y aun él mismo así lo entendía: sino que era manera de sentirse de lo que publicaba don Hernando de Andrada, como mancebo: y que con poca consideración se tratase tan absolutamente, como si fuera general en aquella provincia: y quejábbase del visorey de Sicilia, que le daba demasiado favor, y alas, para que se adelantase: con quien no tenía el Gran Capitán tanta conformidad, y amistad, como se requería: antes hubo entre ellos, como dicho es, alguna manera de emulación, y discordia.

Que las ciudades de Capua, y Nápoles se redujeron a la obediencia del rey: y se entregaron al Gran Capitán. XXX.

No impidió esto para que el Gran Capitán con toda la presteza posible, no partiese con su ejército del campo de la Leonesa, camino de Nápoles: y dio gran prisa al almirante Vilamarín, para que con sus galeras se viniese al puerto de aquella ciudad: y que el visorey de Sicilia mandase proveer de municiones, y bastimentos. Envió allá todas las barcas que tuvo en aquella costa: y no quedaron sino dos naves, y dos carabelas, en que fueron Fabricio Colona, y los condes de Populo, y de Montorio al Abruzo: y dejó poniendo en orden la artillería, para que luego se trujese a Nápoles: y por no detenerse, no llevó consigo sino solas trece piezas, que se tomaron a los franceses. En esta sazón la gente del Papa ganó a Cheri, que era una fortaleza que tenían los Ursinos: y túvola cercada el conde de Valentinois, estando en su defensa Julio Ursino, hermano del cardenal Ursino, con el señor de aquel lugar, y alguna gente de guerra: y dieron la fortaleza al duque con seguro, que los dejase salir libremente con las haciendas que dentro tenían: y así se hizo: y fuéronse a recoger en Pitillano. Entonces el señor de Vanas hijo del señor de Albret, y otros capitanes del rey de Francia, que estaban en servicio del Papa, y con el duque, con cien hombres de armas, y cien caballos ligeros, viendo la gran necesidad que las cosas del rey de Francia padecían en lo del reino, pidieron al Papa licencia para ir en su ayuda: y él se la dio. Éstos recogieron alguna gente de pie gascones, y franceses, hasta quinientos soldados, que sirvieron al duque en aquella guerra: y fueron la vía del reino: e hicieron

grande instancia con el Papa, para que el duque Borja fuese a socorrerlos: o les enviase su gente: y él se excusó de lo uno, y de lo otro: puesto que ayudó a pagar aquellos soldados que llevaron. También el canceller de Francia, y el bailío de Amiens, que se escapó de la batalla de Ceriñola por grande ventura, y los otros gobernadores franceses que estaban en Nápoles, después de la vitoria que hubieron los nuestros, con gran diligencia enviaron al marqués de Saluces, para que con toda prisa fuese luego con la gente que pudiese recoger: afirmando, que si no se apresuraba a ir el socorro, todo se acabaría brevemente de perder. Solicitaron a todas las señorías de Italia, y a los príncipes della, que seguían la parte francesa, para que ayudasen con gente, y dinero para sustentar lo que quedaba por el rey de Francia: porque muchos de los enemigos, y confederados se iban declarando contra ellos: mayormente después que el marqués del Vasto, día de Pascua de Resurrección alzó las banderas de España en Iscla, y se declaró tener por el Rey Católico la ciudad y castillo: y fue luego proveído de vituallas, y municiones del reino de Sicilia. Pero el Gran Capitán no se descuidó un punto de seguir la vitoria: y prevenir a todas las dificultades: y después de la batalla envió a Pedro de Paz capitán de hombres de armas en seguimiento de los enemigos: y con doscientos hombres de armas, y cincuenta jinetes los siguió el alcance camino de Capua, por donde pasaron los franceses la puente, sin detenerse. Llevaban la vía de Gaeta: y con la llegada de Pedro de Paz se siguió, que teniendo la nueva de la vitoria alzaron los de Capua las banderas por el Rey Católico: y juntáronse con los nuestros para perseguir a los enemigos: y alcanzaron hasta cincuenta hombres de armas, y algunos soldados que fueron muertos, y presos. Entonces el príncipe de Melfi entregó al Gran Capitán a Melfi, con condición que le dejase residir en otra villa de su estado, hasta entender si el Rey Católico le recibiría en su servicio, con las condiciones que se trató entre ellos. Fue la entrega de Melfi de tanta utilidad, que la mayor parte de Apulia se aseguró en el servicio del rey: puesto que el príncipe no tuvo menos esperanza en los franceses, que en la clemencia del rey: pensando asegurar más su partido. De allí vino el Gran Capitán con su campo a Benevento: desde donde envió un rey de armas a la ciudad de Nápoles con una letra, en que se refería el suceso de todo lo pasado, desde el principio de la guerra: y les notificaba, que teniendo él comisión del rey de entregar, y reducir aquel reino a su obediencia, así por cobrar lo que le pertenecía tan justamente, como por librar aquella ciudad, y toda la tierra del tiránico dominio de franceses, hacía su camino para allá: y les rogaba, y requería, que libremente quisiesen ponerse so el amparo, y fidelidad del rey de España: de quien podían tener cierta esperanza, que serían mantenidos en su libertad, y en buena paz, y justicia. Con esto les prometía, que generalmente conseguirían grande utilidad, y honor: y serían de tal manera tratados, que con mucha razón se debían tener por bien contentos, y satisfechos: y no se dejasen engañar de las falsas invenciones de los franceses: que no pudiendo resistir al poder, y fuerzas del rey de España, publicaban que se había asentado la paz: pues por las obras que veían, podían juzgar cuánta verdad decían. Que atendía con gran deseo la respuesta de aquella ciudad: porque siendo cual él esperaba, y cual la debían dar por su propio beneficio, no daría lugar que aquel ejército se acercase al territorio de Nápoles: porque no recibiese daño de fuera, ni dentro: pues su intención era conservar aquella

ciudad, como a su misma patria. Pasó de Benevento con todo el ejército al Gaudelo, que está muy cerca de Nápoles: y allí salieron a tratar con él, el conde de Matera, y los síndicos de la ciudad de Nápoles: porque se determinaron de ponerse en la obediencia del rey: y asentaron cierta concordia para entregarle la ciudad: y él les confirmó sus privilegios: y alzaron las banderas de España. Entró el Gran Capitán en Nápoles a dieciséis de mayo: y fueron recibidas de todos los barones, y gentileshombres, y de los ciudadanos, y de todo el pueblo las banderas, y gente de España con gran veneración, y cerimonia: y el recibimiento que se hizo a la persona del Gran Capitán, fue de tanto aparato, y fiesta, como era razón entrar el que alcanzó tanta gloria del vencimiento de sus enemigos: y dio la vuelta por los sejos, como es costumbre en las entradas que hacen los príncipes en su coronación: y estaban las calles tan empaliadas, y aderezadas, y llenas de gente, que no parecía ninguna señal de haber entrado en guerra, sino en luenga paz, y por legítima sucesión. Luego que se apeó en su posada, fue con Juan Claver, y con algunos otros caballeros a reconocer los castillos, para proveer lo que convenía en el cerco: y ordenó que se hiciesen ciertas minas descubiertas que allá llaman trincheas, para pasar a las estancias que se habían de hacer: y en esto se puso tanta diligencia, que las estancias se pusieron la misma noche. Estaban dentro del castillo Nuevo quinientos soldados: aunque no tanta artillería como era necesaria: y tenían en buena defensa la obra nueva que se acabó de labrar en la ciudadela del castillo. De la gente francesa que estaba en Apulia, y Abruzo, y tierra de Labor, se hizo un ejército de tal suerte, que los que quedaron de la batalla de la Ceriñola, con ciento treinta lanzas, que se fueron a juntar con ellos, y los soldados que el rey de Francia tenía con el duque de Valentinois, se fueron a poner en la ribera del Garellano: y eran todos hasta trescientas lanzas, y dos mil soldados: y por esta causa se pusieron a las espaldas dellos en Capua, y en lo de Sesa, cuatrocientos de caballo de los nuestros: porque por no traer a Nápoles más gente de la que era menester para el cerco de los castillos, el Gran Capitán acordó en el campo que tuvo al Gaudelo, de enviar toda la gente de armas, y peones: y retenerse hasta mil soldados que quería dejar, para el cerco de los castillos, con fin de seguir luego a los franceses: y acabar de sacarlos del reino: conociendo lo que importaba apresurar, o diferir de fenecer la guerra.

Del movimiento que hicieron los españoles estando el Gran Capitán con su campo al Gaudelo. XXXI.

Estando sobre esta determinación, los españoles se desmandaron la noche antes: y comenzaron a pedir la paga: y anduvieron muy alterados fuera de la obediencia de sus capitanes, por no ir adelante, como el Gran Capitán quería. Publicaban, que les prometió de hacer la paga en Nápoles: y que él se quería quedar en la ciudad: y los enviaba delante por despedirlos, y no pagarlos: y que no querían ir sino donde él fuese: de suerte que fue forzado por excusar su atrevimiento, y mayor inconveniente, decir el Gran Capitán que holgaba que viniesen con él a Nápoles: y por esta

causa envió toda la gente de armas, y caballos ligeros, y los alemanes la vía de Sesa hacia los franceses con el duque de Termens, y Fabricio Colona, con orden que se detuviesen allí, hasta que él fuese. Trajo consigo a Nápoles toda la infantería española, con presupuesto de no se detener sino seis días, para proveer en lo del cerco del castillo Nuevo, y en algunas cosas del buen gobierno de aquella ciudad: y en haber dinero para socorrer la gente: y deliberó dejar por capitán de los que quedasen en el cerco a Pedro Navarro, y algunos otros capitanes: y con el resto de los españoles irse a juntar con los suyos para buscar a los enemigos: y que en un mismo tiempo se estrechase el cerco de los castillos de Nápoles, y Gaeta. La principal causa por que el Gran Capitán no siguió a los enemigos por su persona, y se detuvo en Nápoles, fue porque la gente que fue a Sesa no quiso salir en campo, ni tomar las armas, sin ser primero pagados: y por no recibir vergüenza de estar cerca de los contrarios sin dañarles: y también por no mostrar la necesidad del dinero: y la poca obediencia de la gente. Antes que llegase a Nápoles se salieron della, y fueron por mar el príncipe de Bisiñano con su mujer, el marqués de Lochito, los condes de Conza, y Matalón, y el duque de Araiano: y publicaban que se iban a Roma, por no poder hacer otra cosa, por su honor: habiéndose obligado al rey de Francia en aquella empresa: y aunque los de la casa Carafa que eran sus deudos, procuraban mucho sus cosas, y daban esperanza de traerlos al servicio del Rey Católico, el Gran Capitán atendía a asegurar de sus fortalezas, y estados: pero de tal manera, que pudiéndolos reducir al servicio del rey, no se echasen fuera: puesto que los más se fueron a poner en el castillo de Gaeta: y de allí tenían sus inteligencias en Roma: e iban allá muy ordinariamente. Juzgábase comúnmente, que siendo la guerra con un príncipe tan poderoso, siendo hombre que estimaba su honor, en lo que era razón, reforzaría su ejército con todo su poder, por vengarse de la injuria, y daño que recibía: y por cobrar lo perdido: y como en la gente del reino no se hallase más firmeza, ni se afanasen por el servicio de su príncipe, ni tuviesen otra ley, que acudir al que era señor del campo, era cierto, que si diesen a nuestra gente algún golpe, como lo recibieron los franceses, el mismo suceso que tuvieron los nuestros, tenían los franceses en dárseles las tierras, y seguirles los pueblos. Por esta causa, como las cosas estuviesen en este peligro, aunque muy lejos dél, era de temer que no quedase la guerra en ser: y convenía que el Rey Católico más que nunca procurase, no sólo en favorecer lo de allá, mas en divertir al rey de Francia por estas fronteras: y persuadir a los príncipes sus confederados, y deudos, pues lo requería la necesidad, que le ayudasen con fin, que con menos fatiga oprimiesen, y deshiciesen las fuerzas de su común enemigo: de tal suerte, que quedase pacífico señor de todo aquel reino. Tenía el Rey Católico en este tiempo más de doce mil infantes, y de mil hombres de armas, y muchos caballos ligeros, y jinetes: y la armada de mar, era de muy grande costa, y muy dificultosa de sostener en aquella sazón si se continuaba la guerra: y según el estado en que estaban las cosas era cierto, que convenía conservar la gente, y reforzarla, para poder ofender al enemigo: pero ganándose las fuerzas, y castillos de Nápoles, y Gaeta, en lo cual consistía todo lo que quedaba del reino, si el rey de Francia perseveraba en proseguir esta guerra, tener tanto gasto, allende que no lo sufría la pobreza de aquel tiempo, no lo pudiera sustentar el reino: y en este caso parecía buen consejo de los que decían, que

dejando alguna gente en el reino, para la conservación dél, con el resto el Gran Capitán pasase por tierra adelante la vía de Lombardía: y la armada por mar viniese la vía de Génova: con lo cual se sacaba la guerra del reino, y se ponía en casa del enemigo. Esto no era tan dificultoso, que no se tuviese esperanza que con ayuda del rey de romanos, y de la señoría de Venecia, estando con las armas en la mano, no se pudiese conseguir grande efeto: haciendo mudanza en las cosas de Milán, y Génova: que era muy a propósito de la conservación del reino: pues no había menos que hacer para conservarlo, que para ganarlo. Los soldados españoles se aposentaron en la rúa Catalana, cerca del castillo Nuevo: y dentro de tres días que pusieron las estancias contra los castillos, les ganaron por las mismas sus cavas: y les llevaron las casasmatas: y determinaba el Gran Capitán, ir sobre Gaeta, dejando asentada la artillería contra el castillo Nuevo: por trabajar de librar el reino de los pocos franceses que repararon en él: porque de aquella parte del Garellano, no quedaba sino el castillo de Venosa, a donde se puso Luis de Arsi, que recogió allí consigo hasta ochenta soldados: y por él se tenían otros castillos.

Que el rey tornó a proponer por medio de paz, que se restituyese el reino al rey don Fadrique. XXXII.

Después que el rey tuvo la nueva destas dos tan señaladas vitorias de Semenara, y de la Ceriñola, mandó luego proveer lo que debía hacer de los principales prisioneros que le eran rebeldes: y dióse orden, que los que de su voluntad se viniesen a su servicio, fuesen recibidos con clemencia, y perdonados: asegurándoles las vidas, y sus estados: mirando tanto al buen tratamiento de los del reino, como a los otros provechos. Con los demás se inclinaba a creer, que convenía usar de alguna severidad de castigo: mayormente contra Alonso de Sanseverino: por la infidelidad que cometió: y proveyó, que se diesen sus compañías de gente de armas a don Hernando de Andrada, y a don Juan de Velasco, hijo de Puertocarrero: al uno pareciéndole, que allende que por su persona era merecedor de toda merced, no era razón que quedase sin cargo, quitándole el que le habían encomendado, pues también sirvió en él: y al otro por haber muerto en aquella jornada su padre: con quien fue a servir en esta guerra. Allende desto, como no fue cosa nueva entender el rey con cuánto valor, y consejo se trataba el Gran Capitán, y conocía que era muy justo tener más cuenta con pensar cómo gratificar sus servicios, que con hacelle ningún disfavor como el pasado, en la ida de Puertocarrero, y conocía que era muy dino de grandes mercedes, mas todavía le parecía que convenía irle a la mano: porque tenía ya la grandeza, como de propio caudal: y recelaba, que como ciego con la gloria que había alcanzado, podría discurrir con altivez a más de lo necesario: pues no es una misma vía la que se requiere seguir, al conservar lo ganado, que al ganarlo. Por esto se determinó primero de le enviar compañero: y aunque parecía por esta consideración, que convenía más proveerlo en esta sazón, pero teniendo el rey respeto a su persona, y temiendo otros inconvenientes, que podían ser causa de contrastar a su valor,

y grande punto, se determinó, que era bastante remedio dejarlo todo remitido a su prudencia, y consejo: puesto que solía el rey muchas veces echar esta cuenta, que reinando él en Castilla, de donde fueron reyes sus agüelos, cuando estaba su corte en el reino de Granada, o en el Andalucía se había conocido, que se debían poner visoreyes en Castilla: y decía que no era pieza el reino de Nápoles, para que en tanta distancia, y ausencia de las personas reales, bastase otro para solo bien gobernarle en aquella ocurrencia de tiempos: y que son necesarios muchos para el buen gobierno de un reino. Siendo pues destruida por batalla la soberbia, y mayor fuerza de los franceses, siguiendo el Gran Capitán la vitoria, los echó del reino de toda aquella parte del Garellano: y determinaba, dejando buen recaudo en el cerco de los castillos de Nápoles, partirse, para ir donde estaban los contrarios: pero detúvose, porque tuvo esperanza que se podría ganar el castillo Nuevo. Llegaron en aquella sazón las galeras de Vilamarín, que por contraste de tiempo, se habían detenido: y llegó siete días después que el Gran Capitán entró en Nápoles: y la armada de España pareció en las bocas de Capri: y Vilamarín fue a surgir con ella cerca de Nuestra Señora de pie de Gruta, donde solía estar en la guerra pasada. Sobreseyó por esto el Gran Capitán en su partida: y envió a decir a Vilamarín, que con toda ella pasase delante de los castillos a vista de toda la ciudad: y así lo hizo, disparando el artillería. Recibió el pueblo grande alegría: señaladamente, porque llevaban algunas naves cargadas de trigo, de que hubo dentro grande necesidad: y habiendo surgido la armada a la Magdalena, Vilamarín puso las galeras, y fustas, y bergantines que llevaba en parte, que no pudiese entrar socorro a los castillos: y no dejaba pasar el Gran Capitán en lo que tocaba a las cosas de la mar, y en lo del cerco por tierra, ninguna parte de tiempo en lo que convenía proveer para proseguir la vitoria. Pero la guerra se fue más encendiendo de cada día en el reino, por la gente que iba en socorro a los vencidos: aunque mostraban bien los españoles, por dónde los italianos osasen ya resistir a los franceses, con más ánimo que hasta allí: y las fronteras de España se reforzaban de gente: y ponían en orden: y proveyóse, que todas las compañías de las guardas de Castilla se viniesen a tierra de Soria, para acudir a la parte donde más necesidad ocurriese. Con todo esto, no dejaba el rey de procurar cuanto podía, que se moviesen algunos medios, y partidos de concordia al rey de Francia: y propuso otra vez en plática, que se restituyese en el reino el rey don Fadrique: diciendo, que pues el rey de Francia no había de residir en Nápoles, y convenía que tuviese allí un visorey, y lugarteniente general, holgase, que se restituyese al rey don Fadrique: e hiciese cuenta que le tenía en su lugar: pues se podía confiar dél que se quiso antes recoger a su reino, y se puso debajo de su amparo: y era él tan francés de su condición. Que ninguna cosa podía hacer más honrada para su reputación, ni más provechosa para sus reinos, que hacer aquella restitución con el interese que le pareciese: y afirmaba, que puesto que a él no convenía aquel partido, por muchas causas, por bien de paz venía en ello, conque el interese se diese igualmente a los dos: y cuando esto no quisiese aceptar el rey de Francia, se le ofreciese la primera concordia, para que se estuviese a lo concertado en ella: y con esto cumplía con el rey de Francia, y con el rey don Fadrique: al cual hizo el Rey Católico entender lo que por él deliberaba hacer, si el rey de Francia quisiese venir en ello. En esta sazón, entre los que estaban en el consejo del

rey hubo diversas opiniones cerca del romper, y hacer la guerra por España: por causa que el rey mandaba juntar grande, y muy poderoso ejército para acometer por estas partes: y los más se conformaban, que sería bien que por acá se rompiese. Mas a otros no parecía así: porque aunque este rompimiento fuese causa de sacar de Italia el poder de franceses, no tenían por buen acuerdo, que se mudase a España la guerra, que era por causa del reino de Nápoles: pues cuando lo de allá aflojase por parte del rey de Francia, también era necesario que se alzase la mano por la del rey. Éstos decían que era conviniente cosa, y muy razonable, que se sostuviese la guerra en aquel lugar, por el cual era toda la contienda: para que cupiese parte de los males della, y de la disensión a los vecinos: porque los rencuentros, y daños que recibirían, los harían declarar al partido que más conviniese: pues era muy cierto, que las necesidades que se sienten de lejos, son las que menos ofenden: y lo bien ganado, no se debe sacar lo primero al tablero. Los aparejos que se hacían por estas partes parecían ser necesarios, no tanto para ofender, quanto por causa de la defensa: porque de los reyes de Navarra se tenía gran sospecha en esta sazón, que darían favor a las cosas del rey de Francia: y se concibió harto recelo no se emprendiese por la parte de Navarra, o Rosellón, la guerra por el rey Luis, para buscar ocasión de igualdad en la reputación: y aunque estaba en Castilla en poder de la reina la infanta doña Magdalena hija del rey de Navarra, como en prendas de mayor seguridad, no se hacía mucho caso desto: mayormente que les nació pocos días antes príncipe heredero que se llamó don Enrique. Diose nueva orden en este tiempo de poner a mejor recaudo las cosas de las armadas de mar: porque el rey tuvo noticia que los navíos que de España salían, y se armaban en ella por sus súbditos, iban muy mal en orden: y era poca reputación de la nación española en esta guerra: porque por ir tan mal sus armadas, eran acometidos muchas veces de otros navíos menores, que traían lo que a éstos faltaba: y mandóse proveer que en los puertos hubiese tales personas, que tuviesen cargo de hacer bien armar de gente, y artillería en los navíos: y se eligiesen buenos pilotos, y capitanes de quien se podía tener confianza, que harían su deber: porque muchos se hacían cosarios: o vendían las naves donde no convenía: lo que se excusó en gran parte poniendo buena orden en ello, según se hacía en Inglaterra, Portugal, y Génova: y en otras tierras y provincias del oriente.

Que venecianos estaban indiferentes sin quererse declarar por ninguno de los reyes de España, y Francia. XXXIII.

De la paz que se asentó en Francia por el príncipe archiduque, se juzgaba teniéndola por cierta, diversamente por los mismos italianos: que cuando no los ciega afición, o pasión de lo particular, suelen atinar más diestramente: y decían que haría mal el Rey Católico, en conceder a la paz: pues era superior en el reino: y que el rey de Francia no haría lo que le convenía, si dejase a Capitanata, y la posesión de lo que tenía. Era esto según usanza antigua de los que desean, que sea la guerra perpetua entre los más poderosos: y no haber ninguno superior: y por esto para en cualquier

suceso de paz, o de guerra, el rey atendía a conservar la amistad que tenía en la señoría de Venecia: porque entretanto que de lo desaparejado del reino se ponía cada cosa en su lugar, y se hacía la partición como debía ser, entendía que no podían dejar de intervenir grandes ocasiones de rompimiento: considerada la condición, y naturaleza de los franceses. Pero venecianos estaban muy recatados, visto que el príncipe de España se iba a poner por las puertas de la casa del rey de Francia: y se detenía en su reino: temiendo no resultase algún medio de concordia entre estos príncipes: puesto, que como la guerra pasaba adelante, procuró Lorenzo Suárez de persuadirles, que era menos perjuicio a su reputación tener el Rey Católico el reino de Nápoles, que no el rey de Francia: exhortándolos, que aquello que conociesen armarles mejor, desde luego lo admitiesen: y proveyesen según lo requería su utilidad: y ellos se excusaban diciendo, que estaban confederados con Francia: y que eran amigos del Rey Católico: y que ambas cosas tenían por iguales: y así convenía no mostrarse por alguna de las partes. Por otra parte en nombre del rey de Francia eran muy importunados, y requeridos como confederados, para que tomasen las armas: y le ayudasen: y entendían bien, que aunque las obligaciones destes dos príncipes fuesen iguales, la sucesión en el reino les era muy desigual: y no embargante que se publicaban grandes aparejos por parte del rey de Francia, y que la gente que estaba en Milán, se mandaba pasar al reino, siendo Carlos de Amboise señor de Chamonte, lugarteniente del rey de Francia en aquel estado, que era sobrino del cardenal de Ruán, y requería a Florencia, Bolonia, y Siena, y al duque de Ferrara, y marqués de Mantua, que enviasen socorro, y su gente, que iba de Francia con el señor de la Tramulla, se daba gran prisa, ellos holgaban de la necesidad de ambas partes: esperando el suceso: y aunque el rey de Francia los quería prender con color de pedirles dinero prestado sobre Placentia, y Lodi, por cebarlos con aquellos lugares, y tenían harta codicia dellos, no se osaban determinar: pensando que podría haber ocasión de acrecentar el estado que tenían en Apulia. Pero atribuyóse comúnmente a gran prudencia del Rey Católico, que permaneciese con tanta firmeza en su propósito: atendido, que si en el repartimiento del reino, para en lo por venir, no se podía tener más seguridad de la que hubo en lo pasado, era muy mejor que la pasión de sostenerlo, fuese por el todo. Puesto que viendo que el príncipe archiduque se señalaba a ser menos que neutral, e indiferente, esperaban muchos aquello mismo del rey de romanos su padre: mayormente que venecianos tuvieron nuevas de algunas palabras, que el príncipe archiduque pasó con el embajador Gralla, en presencia del rey de Francia: y que el rey hizo algo más fuerte de lo que debía en apremiarle: y se resolvió en querer ver la comisión que del Rey Católico se llevaba: y se le respondió, que el rey tenía por bien que el reino se diese al rey don Fadrique: y que el duque su hijo casase con la princesa de Gales: de lo cual el rey de Francia se indignó mucho: y mandó a Gralla, que dentro de tres días se partiese: y juntamente con esto se proveyó por toda Italia de apercebimiento de gente. Mas lo del matrimonio de la princesa de Gales se tuvo por cosa nueva, e incierta: porque una de las cosas de que se hacía más fundamento, para contra Francia, era tener por cierto que la princesa casaría con el sucesor del reino de Inglaterra: y venecianos no se osaban declarar, ni descubrir: y para con ellos, conociendo su condición, se aprovechó el rey con prometerles de conservarlos, no sólo en

lo que tenían en Apulia, pero aun de acrecentarlos: creyendo que si el castillo Nuevo, y Gaeta se ganasen, los tenía a su mano, sin darles, ni ofrecerles de lo que se conquistase. Fue cierto, que el tiempo que el príncipe archiduque se detuvo en Francia, se acordaron con él diversas cosas harto perjudiciales: y entre otras, por tener más de su mano el rey de Francia al duque de Saboya, se trató, que el príncipe le prometiese, para cuando él pudiese disponer de las cosas de España, que le daría en estado, o en parte donde fuese perpetuo, cien mil escudos cada año: y por esto el rey de Francia prometía al príncipe mil hombres pagados, para que pudiese sojuzgar a Castilla: y decía, que él sabía que los habría bien menester: y hacían entender al príncipe, que era cosa que mucho le convenía: y encarecían la mengua, que su suegro le hizo, en no querer aceptar la paz, que se trató por su medio: y dábanle a entender que si estaba en Francia, y mostraba tener por esta causa la queja, y sentimiento que era razón, el Rey Católico haría lo que él quisiese. Por estas novedades temía el rey, que si las cosas de Nápoles sucediesen mal para los franceses, no detuviesen al príncipe con alguna maña en Saboya: que era como si estuviese en Francia: creyendo que por su detenimiento harían la paz, que ellos, y el rey de romanos quisiesen. Con todas estas sospechas se determinó el rey de hacer lo posible: y proseguir la guerra sin más justificarse: porque entendía, que sin estrechar por muchas maneras al rey de Francia, no se podía hacer buena paz: ni se hallaría bastante seguridad para ella: y con ponerle en necesidad, pensaba ganar a los reyes de romanos, e Inglaterra: y a todos los otros, que entonces no se osaban declarar.

Del cerco que se puso contra los castillos de Nápoles, que se tenían por franceses: y que se ganó el castillo Nuevo. XXXIII.

Sabida la muerte del duque de Nemours, el rey de Francia publicó que quería hacer tres ejércitos por tierra, y una armada por mar: para enviar su poder por tierra, y la armada al reino: y con la otra guardar las fronteras de Languedoc: y nombró por gobernador del ducado de Guyena, al señor de Albret: y pusieron guarniciones en Bayona: y en todas las otras villas de la frontera de Fuenterrabía: y el marqués de Saluces, y Peri Joan, que era capitán de las galeras que se perdieron en Otranto, salieron de Génova en principio del mes de junio, con tres naves: en que llevaban trescientos hombres por cada nave, muy escogida gente de mar, con muchas vituallas, y municiones, para la provisión de Gaeta: y de los castillos de Nápoles. No se quiso mover el Gran Capitán, como antes lo había deliberado, sin que se combatiese primero el castillo Nuevo: señaladamente habiéndose ganado la torre de San Vicente, que se ganó por Pedro Navarro, con solos treinta soldados que llevó consigo en una barca. Estaban dentro cuarenta hombres, que lo defendían con buena artillería: y él lo acometió tan animosamente por las minas que hizo, que sin esperar el combate, se le rindieron: de donde se hacía tan continua guerra a los del castillo Nuevo, y al castillo del Ovo, que no osaban como hasta allí, desmandarse, ni parecían en los baluartes, como antes solían. Ante todas cosas mandó el Gran

Capitán, que se hiciese una mina debajo de la casa de la munición de la ciudadela del castillo Nuevo: y acabóse sin que los de dentro lo sintiesen: y teniendo a punto lo que convenía para el combate, habiendo mandado aparejar las cosas necesarias para dar la batalla a la ciudadela del castillo a doce de junio, juntando toda la infantería con grande estruendo de trompetas, mandó que se combatiere. Salieron los franceses a la ciudadela hacia la parte donde el Gran Capitán acudía: creyendo, que los acometerían a escala vista: y trabándose entre ellos muy recio combate, porque los que estaban en la defensa del castillo eran muchos, y muy escogida gente, dióse señal para que los nuestros se retrajesen afuera: y recogéndose a sus minas con gran concierto, pegóse fuego a la pólvora, que se puso en la mina: y voló un lienzo del adarve de la ciudadela: y vinieron a lo bajo las casas de la munición, con gran parte del reparo que los enemigos hicieron por la parte de dentro, con gran golpe de gente, que allí estaba. Aunque los franceses tuvieron lugar de ponerse en orden para la defensa, por haber entendido, que se les daría el combate, porque vieron que toda la mayor parte de la gente que estaba en aquella ciudad, se habían subido a los jardines, y torres, que estaban debajo del castillo de San Telmo, para ver la pelea: no obstante esto en un punto arremetieron dos banderas de la infantería española, y con ellas el primero Pedro Navarro, por el adarve arriba, con tanta furia, que le ganaron: echando dél a los enemigos: y de allí acometieron a los que estaban en la ciudadela. Pelearon con ellos con tanto esfuerzo, y denuedo, que no pudieron mucho espacio resistirles: y volvieron huyendo hacia la puente de la puerta real del castillo: y Pedro Navarro con algunos otros capitanes, y soldados españoles se entraron juntamente con los franceses por la puerta de la puente: y fue con tanta presteza, que rompieron las cadenas, y cuerdas, y no pudieron levantar la puente: y no solamente lanzaron a los enemigos, y se apoderaron de toda la ciudadela, así de la parte de la ciudad, como de la del parco, con todos los muros, y torres, que nuevamente se habían labrado: pero en el mismo momento saltaron sobre la puente de la puerta real. Murieron algunos franceses sobre la puente: y los demás que se escaparon de la ciudadela, se entraron en el castillo, y cerraron la puerta, y los españoles con la misma furia con que ganaron la puente, aferraron en la puerta: y ganaron el revellín: y de allí pasaron a una puente de madera, que había desde la torre, que llamaban del Oro, a la ciudadela: sobre la cual pasaron muchas compañías de la infantería española: y Pedro Navarro con ellos se arrimó a aquella torre: dentro de la cual se había juntado mucha gente para defender, que no la entrasen: y con pólvora, y muchos artificios de fuego, se dieron tan buena maña, que la entraron los nuestros por fuerza de armas: y otros se entraron por las estancias de la escribanía, y tesorería: y algunos subieron por las picas: y entraron por unas ventanas, que se habían batido con la artillería, y estaban abiertas. Delante de la puerta real del castillo estaban algunos capitanes con Pedro Navarro, y con harta gente con hachas, y picos: y otros ingenios para romperla, combatiendo con los franceses: los cuales con piedras, pólvora, cal, y aceite ardiente, hacían lo posible por defenderse: y deteniéndose el combate por espacio de una hora, los españoles por todas partes, así de la puerta principal, y de la torre del Oro, y de las ventanas, y escribanía, y por otros lugares, con extraño esfuerzo, y ánimo grandísimo, ayudándoles la artillería, que batía las defensas de la torre del castillo, con increíble furor

combatieron los enemigos, de tal manera, que perdieron el ánimo, y fueron forzados a pedir partido. Hallándose junto el Gran Capitán, sobreseyeron de una parte, y de otra de ofenderse: y vinieron a tratar de algunas condiciones: pretendiendo los franceses de salvar las vidas con la ropa: y los italianos con los mercaderes franceses, se daban a merced: y debatiendo en esto los españoles, que estaban a la parte de la torre del Oro, y en las estancias, comenzaban a abrir la entrada: y de nuevo a jugar la artillería: y volvieron por un breve espacio a combatirse. Entonces entraron algunos españoles combatiendo por la puerta real: defendiéndose los franceses con la pólvora, y artificios de fuego: y fueron abrasados más de cincuenta españoles: de los cuales murieron casi la mitad: y los otros quedaron muy mal parados, y lisiados: y visto esto, los nuestros se embravecieron, e indignaron tanto, que con furor, e ímpetu grande entraron el castillo: y los franceses se rindieron a merced, y discreción del Gran Capitán: y quitáronseles las ofensas: y Pedro Navarro, y Nuño de Ocampo con algunos otros capitanes entraron por el castillo con la infantería en ordenanza: y entonces el Gran Capitán les dio a saco el castillo: con la codicia del cual esperando que era muy rico, ningún embarazo hallaban, para que todo no les pareciese muy llano, y abierto. Fue el primero que entró en el castillo, un caballero natural de Jaén, llamado Juan Peláez de Berrio: gentil hombre del Gran Capitán: y peleó con los franceses con solos tres soldados, que le siguieron, con tanto ánimo, que aunque recibió siete heridas, y le llevaron un dedo de la mano, perseveró con gran denuedo, haciendo rostro a los enemigos: y se detuvo en el puesto, hasta que llegó el tropel de la gente: y con estas espaldas tuvo, los hizo volver huyendo. Fue también muy señalado en esta entrada el esfuerzo, y valentía de Pedro Navarro, y de Nuño de Ocampo, a quien el Gran Capitán dio la tenencia del castillo: entendiendo, que quien en tanto peligro se puso a ganarle, haría lo mismo muy mejor por defenderle. Fueron muertos dentro del castillo hasta ciento veinte hombres: y los demás quedaron prisioneros: y entre ellos el alcaide, que era francés, y el conde de Montorio, con dos hijos, y Jacobo Dentrichi, hermano de Juan Antonio Dentrichi: el cual fue muerto combatiendo valerosísimamente: y duró la batalla cerca de dos horas y media: en la cual se trabajó mucho de todas partes: pero la gente española se hubo de tal manera, que no sólo los de la ciudad, y todos los italianos que los vieron, quedaron con gran admiración, pero aun a ellos mismos después les parecía hecho casi imposible, ganar en tan breve espacio la ciudadela, y el castillo: habiendo entonces en su defensa, ochocientos franceses de guerra: y con tanta artillería, y munición cuanta tenían, que se estimaba ser de gran valor: no se acordando los que habían sido usados en la guerra, de haber visto un hecho de tanta importancia, y presteza. También parece por algunas memorias de aquel tiempo, que se halló entre los otros prisioneros en el castillo Nuevo, Hugo Roger conde de Pallars, que por más de cuarenta años había sido rebelde al rey, y al rey don Juan su padre: y de allí fue traído por el mes de noviembre, al castillo de Játiva, donde feneció sus días, después de haberse visto tan destrozado, y vencido: prosiguiendo una tan injusta, e infame causa. El Gran Capitán no solamente hizo oficio de valerosísimo, y prudentísimo general, mas de muy animoso, y esforzado caballero: ordenando, y proveyendo a lo más necesario: y poniendo su persona a todo peligro: y mandó que quedase dentro la compañía de Pedro Navarro, que era de los

más escogidos, y valientes soldados, que había en todo el ejército. La causa que daba de haber consentido poner a saco el castillo, fue: porque comenzando el combate, y viendo muertos algunos de los nuestros de la pólvora, puesto que el daño que los franceses recibieron, era muy grande, temiendo que no aflojasen viendo el peligro, y la poca esperanza que había para animarlos, les prometió el despojo, con condición, que no llegasen a las municiones, ni tocasen en los bastimentos: y fue el saco, y presa que los soldados allí hubieron de grande, y muy extraña riqueza: por haberse recogido dentro una increíble suma de mercaderías. Sucedió lo deste combate tan a coyuntura, que otro día por la mañana llegó el armada francesa, que estaba en Gaeta: con la cual se habían juntado tres naves gruesas genovesas: y pasó hasta el castillo del Ovo: y las galeras se acercaron para echar gente en tierra, para socorrerlos: y si antes llegara, parecía imposible que se pudiese entrar por combate. Algunos días antes estuvo Vilamarín con sus naves y carabelas, y con cuatro galeras, las dos de Sicilia, y las otras de mosén Zaragoza, y de Copula, y con otras fustas delante de la ciudad de Nápoles: y teniendo allí nueva, que salieron de Génova algunas carracas con gente para juntarse con las otras, que estaban en Gaeta, y hallándose allí la armada del rey, estaba a muy gran peligro, tuvo consejo de lo que se debía hacer. Era Vilamarín de parecer, que pues la armada no podía estar segura en el golfo de Nápoles, se debía venir con toda ella la vuelta de la Provenza: porque haciendo aquel camino, allende que era ponerla en salvo, haría la guerra con los enemigos con gran reputación: y no dejaría pasar los bastimentos, y provisiones, que de allí se enviaban: y sería ocasión para que la armada francesa se apartase de las cosas del reino, sabiendo que él estaba en la Provenza, haciendo la guerra. Mas el Gran Capitán quiso, que la armada estuviese cerca del reino: y por conservarla entre tanto que más se reforzase, acordó que Vilamarín fuese a Iscla, para reconocer si podría estar allí segura: y no embargante, que toda la artillería, que en aquella isla tenía el marqués del Vasto, se llevó a Nápoles por mandado del Gran Capitán, y a Vilamarín parecía, que poniéndose la armada donde estuviese cercada, sería aprovecharse poco della: y era gran mengua suya, si la armada francesa fuese a Iscla: mas considerando cuánto convenía, que no se alejase, el Gran Capitán procuraba que se proveyese de lo necesario: y Vilamarín pasó a Iscla: y entendió luego en hacer baluartes sobre el puerto, y sacar la artillería, que tenían las naves: y mandó hacer una gruesa cadena, para impedir la entrada a los enemigos. La armada francesa era de seis carracas grandes genovesas, y otras naves gruesas, y cinco galeras, con otros navíos, y bergantines: y llevaban mucha gente, y artillería: y pensaban que eran parte para cobrar a Iscla, o pegar fuego a la armada que llevaba Vilamarín: pero él, y el marqués del Vasto hicieron tales reparos donde la tierra con baluartes, que defendían el puerto: y le cerraron con la cadena de suerte, que la armada estaba bien segura. Apenas se puso en orden para defenderse de tierra, cuando la armada francesa se presentó delante del puerto de Iscla: y fueron a combatir las naos, y galeras: pero Vilamarín se hubo con tanto esfuerzo, y puso tanta diligencia en la defensa de la armada, que los enemigos hicieron muy poco daño en ella. Acaeció otro daño, que causó mayor espanto que el de los enemigos, que se encendió pestilencia en todas las naves: de que la gente estaba tan atemorizada, que muchos se huían de noche: y por esta causa proveyó Vilamarín,

en hacer echar a fondo todas las barcas de la isla: y aunque los franceses le tuvieron cercado desta manera cuarenta días, no se recibió dellos daño ninguno: y se hubieron de levantar de aquel puerto, sin hacer otro efecto.

Que el lugar de San Germán, y Roca Guillerma se rindieron al Gran Capitán: y pasó con su campo a poner cerco sobre Gaeta. XXXV.

Fueron enviados por el Gran Capitán, como dicho es, el duque de Termens, y Fabricio Colona con el ejército que se envió en seguimiento de los enemigos: y pasaron a alojarse junto a Pontecorvo, lugar de la Iglesia, con deliberación de ir a buscar a los franceses: persuadiéndose, que prosiguiendo la vitoria, se haría grandísimo efecto, luego que llegasen a vista de los enemigos: pero el Gran Capitán les envió a decir, que no pasasen más adelante, hasta su ida, que sería muy presta: y él se detuvo algo más de lo que pensó, por dejar ordenadas primero las cosas de Nápoles, y de las otras provincias: y después por la expugnación del castillo Nuevo. Estaban los franceses en este tiempo repartidos por los lugares vecinos a Gaeta: y parte dellos se pusieron en Fundí, Itra, y Gaeta: y parte en Lefrate, Trageto, y Roca Guillerma: y el cuerpo de su ejército alojaba debajo de Trageto: y hallábase en tal disposición, que tenían más voluntad, y fuerzas para recogerse, que para pelear. Así se detuvieron los nuestros en Pontecorvo esperando al Gran Capitán, que se había de ir a juntar con ellos, con la otra parte del ejército, y con su artillería: para mover contra los enemigos: porque siendo rompidos, o no esperando la batalla, no tenían otro remedio sino entrarse dentro de Gaeta: por la fortaleza de la ciudad, y castillo: y por la comodidad del puerto: donde hicieron provisión de vituallas, y de las otras cosas necesarias para sostener el cerco. Por esta causa acordó el Gran Capitán dejar cercado el castillo del Ovo, que era solo el que quedaba por rendir: y quedó por capitán principal de la gente de guerra Pedro Navarro: y partió a furia de Nápoles a dieciocho de junio: y tomó el camino de San Germán: porque Pedro de Médicis con gente francesa estaba en el monesterio de Montecassino: y pasaron a combatir a San Germán el coronel Diego García de Paredes, y Zamudio con mil quinientos soldados: y entró el ejército del Gran Capitán por Aversa, y Capua: y por otros lugares que deseaban su ida, por ser muy aficionados a la opinión de España. Cuando llegó a San Germán, que fue el día de San Juan, ya la ciudad y fortaleza se habían rendido a la obediencia del rey: y Pedro de Médicis no osó esperar: y dejó en Montecassino hasta doscientos soldados: y éstos se concertaron con el Gran Capitán a partido, que dentro de doce días se saliesen del monesterio, y le dejasen libre si no les fuese socorro. Aceptóse este partido, porque tenía necesidad de apresurar el camino: y pasar adelante: y seguir a los enemigos: pero ellos no lo cumplieron. Pasó nuestro campo el Garellano, donde estuvieron los franceses antes de recogerse a Gaeta, y Roca Guillerma: y halló allí el Gran Capitán asentado el de la gente que había ido delante arimado a Pontocorvo: adonde por mandato del Papa se daban a franceses, y españoles los mantenimientos por sus dineros: y había

proveído, que dejasen pasar libremente a los unos, y a los otros, si fuesen en seguimiento: y otro día a veintinueve de junio pasó todo el campo por la puente: y fuese a asentar al pie de Roca Guillerma, que estaba por los franceses. Determinóse de ir allí, porque de la fuerza de que más duda tenía en la parte que estaba, era aquel lugar: así por ser aficionado a la parte anjovina, como por ser fuerte, y de mucha importancia: y la noche que allí llegaron entraron por la parte de la sierra cuatrocientos franceses: porque nuestro campo estaba en lo llano, algo apartado: y pusieron en orden para defenderse, creyendo que pasarían adelante: y no se deternían en el cerco, por ser una muy fuerte villa. El día siguiente, que fue en la víspera de San Pedro, salió toda la gente del real: y el Gran Capitán ordenó sus escuadrones en lo llano, para subir a combatirla: y como los franceses los vieron en orden para dar el combate, dejaron la fortaleza, y la villa, y pusieron en huida camino de Gaeta, por el mismo recuesto de la sierra. Cuando los de la villa vieron esto, bajaron con las llaves: y entregaron el lugar al Gran Capitán, con condición que no entrase la gente dentro: y ofrecieron que servirían con cinco mil ducados: y él acordó de recibirlos, por no perder allí tiempo: y también porque había de costar alguna gente, si la hubiera de entrar por fuerza: y recibió aquel lugar en nombre del rey, y como en tercería: porque el rey lo tenía mandado así, por la pretensión que alegaban Próspero Colona, y Miguel de Afflito al dominio dél: y encomendó la gobernación, y tenencia a don Tristán de Acuña. Tras esto luego se rindió Lefrate, que es un lugar allí cerca importante, y otros lugares circunvecinos: y la Roca Guillerma era tan fuerte, que había diez años que estaba fuera de la obediencia de la casa de Aragón. De allí acordó de pasar a Trageto, que está sobre del Garellano: donde estaban los franceses: y pasó nuestro campamento adelante camino de Gaeta, y fuese a asentar a dos leguas de la ciudad: de donde corrieron algunos jinetes hasta el burgo: y tomaron aquel día una torre, que estaba antes de Mola, la cual combatió Porras, que era capitán de ballesteros a caballo. También se rindieron Mola, y Castellón, que era fuerte, y dista a una legua de Gaeta: y estaba en Mola el señor de Alegre, que quería comer, y desamparó el lugar, más que de paso: y fuese a recoger a Gaeta: y en el alcance le mataron algunos de los suyos que le seguían. Llegó todo el campo el primero de julio a ponerse en el burgo de Gaeta, que estaba fuera del monte: y halláronse dentro, cuatro mil quinientos hombres de guerra, y entre ellos mil quinientos de caballo. Éstos fortalecieron tan bien el lugar, que de su asiento, y sitio es extrañamente fuerte, y teníanlo todo él tan bien reparado, y pertrechado, y en el monte, que tiene muy enhiesta la subida, y señorea la ciudad, tenían asentada tanta artillería, que era la expugnación casi imposible: y el cerco parecía, que sería muy trabajoso: porque allende que descubrían de caballero nuestro campo, aunque en parte se amparaba del mismo monte, la entrada para acometer el combate era peligrosa, y difícil: por ser muy angosto el camino, que va para la ciudad, que es el mismo, por donde se ha de subir a lo alto del monte: porque por la mayor parte el lugar está cercado de la mar, si no es por aquella entrada, que es harto estrecha. Finalmente estaba dentro toda la fuerza principal de los enemigos: y los más principales barones que seguían a los franceses: que eran los príncipes de Bisignano, y Salerno, el duque de Ariano, el marqués de Lochito, y los condes de Matalón, y de la Roca: y de los capitanes franceses el señor de Alegre, y

el marqués de Saluces, que en esta sazón llegó con el socorro de Francia, y el señor de Traves, que estaba por embajador del rey de Francia en Roma: y a vista de nuestro campo entró en el puerto una nao genovesa, con trescientos ballesteros franceses: y como tenían la mar, cobraron ánimo para defenderse, con esperanza que serían muy en breve socorridos.

De lo que se procuró por parte del rey, que se confederase con él la señoría de Venecia, para echar los franceses de Italia. XXXVI.

Cuando el Gran Capitán entendía en estrechar a los de Gaeta, puesto que les entró el socorro que llevó el marqués de Saluces, el rey de Francia por la parte de Lombardía hacía gran demostración de enviar todo su poder, por dar más ánimo a los del reino, que eran de su opinión. Para este mismo efeto envió a la señoría de Venecia por su embajador a Iano Láscaris: que era griego de nación: del nobilísimo linaje de los Láscaris, que fueron muy grandes príncipes en el Imperio de Constantinopla: varón de muchas letras, pero no muy plático en las cosas del siglo: y de tan poca autoridad, que parecía profesar aquella modestia, que suelen pasar, lo que se dan a sola contemplación de los estudios de la pobre Filosofía. Aunque en lo público esta embajada fue por justificar el rey de Francia su causa, en lo de la paz, que se asentó por medio del príncipe, pero principalmente era por confederarse con la señoría: y sacar alguna suma de dinero, sobre Placentia, y Lodi: mas venecianos se gobernaban de tal manera, que en aquel tiempo no se podía tener menor esperanza dellos, que ser indiferentes. Tratándose sobre esto en sus consejos, teniendo dello noticia Lorenzo Suárez de Figueroa, procuró desviar, que no se pusiesen en tratos con el rey de Francia, pues tenían bien entendido, que el Rey Católico era en religión el que mostraban sus obras, y en la justicia, el que se conocía bien por el gobierno de sus reinos. Decía, que si solía ser buen amigo, ya lo conocieron poco antes en la guerra del turco: pues en ella probaron, adónde se extendía la amistad con Francia. Afirmaba, que de cualquier manera que diesen dinero, harían contra su deber: porque si las cosas del rey de Francia sucediesen prósperamente, sería dañoso el empeño: y si fuesen adversas, por mejor mercado podrían haber aquellas plazas. Que claramente se conocía, y sería excusado quererlo disimular, que la gente francesa era insoportable a toda la nación: y que no había razón alguna, para que entre el rey de España, y el rey de Francia quisiese aquella señoría ser neutral: sabiendo que el rey su señor, no solamente no quería lo que les era ofensa, pero deseaba librarlos de toda opresión: y el francés no dejaba de querer cosa, que no les fuese muy dañosa, y perjudicial a su estado. ¿Cuántas veces habían confesado, no sentir otra necesidad, sino la guerra del turco? Y que en aquella, ellos sabían cuál les fue más útil, la llana, y sencilla amistad de España: o la confederación de Francia: ¿y cuándo esperaban, que se echasen los franceses de Italia, si entonces no se osaban mostrar? ¿O quién querían que los echase, si España no los echaba? Advirtiéndoles, que si la dejaban sola, haría como el que barre sus puertas, echando la basura a las ajenas. También porque venecianos estaban corridos

de la poca autoridad de aquel embajador, les dijo, que si el rey de Francia tuviera el reino de Nápoles, como el rey de España le tenía entonces, ¿qué persona enviara con la nueva de su prosperidad? Pues con tanta adversidad, y para demandar casi cosas imposibles, les enviaba un filósofo griego, salido de las escuelas: y esto para demandar ayuda, para tiranizar a Italia. Añadió esto. «No acabo de entender, en qué consiste el deseo tan grande de la paz de cristianos, que esta Ilustrísima Señoría significa tener: pues en la división destes príncipes se muestra neutral. Siendo ya Francia, y España en Italia, necesario es para haber paz, que salgan los unos: pues a todos no hay quien los eche: y a tanto poder como el vuestro, entre dos tan grandes poderes, imposible es no alcanzarle buena parte de la disensión. No tenéis remedio, sino con ayudar a que menos parte quiere de Italia. Ya aquí se sabe la condición de la una parte, y de la otra: y a cuál se debe más. Pues la verdadera justicia es satisfacer, ninguna cosa puede mostrarseos, que no la tengáis delante: ni decir, a que no hayáis prevenido. Si vuestra nación con la nuestra, si el gobernar de mis príncipes tiene alguna semejanza al vuestro, si la condición, y disposición de vuestro estado tiene necesidad del suyo, si todas las cosas concurren en la amistad dellos, a vosotros, y de la vuestra a Sus Altezas, mirad que os requieren estando prósperos: lo que es tanto a vuestro propósito, que siendo adversidad os convenía requerirles, como yo agora os requiero. Para el remedio de Italia obra se ha de conseguir, que no voluntad: no esperéis a lo poco que queda por hacer, pues conocéis, que el consejo, y la ayuda que se os pide, no se demanda para obras imposibles. Decíme, que en las cosas de Nápoles habéis sido neutrales, como en las de Milán: y que como ha sido el conquistar, así debería ser el defender. Quanto toca a lo de Nápoles, el rey mi señor con sola ayuda de Dios lo ha conquistado: y por esa neutralidad que decís haber tenido, os requiero agora: pues no negáis ser amigos: ni mucho menos cuánta utilidad se consigue a Italia, con tener el rey aquel reino. Sabéis que le pertenece el derecho, veis que lo tiene por posesión: ¿en qué entendéis, o esperáis experimentar esta amistad sino en ayudarle a defender lo suyo, con que se defiende lo vuestro? Paréceme cierto ser ordenado del cielo, que yo no pueda venir a Venecia, sino para un mismo efeto: y que así como por mi medio, e industria, con el gran poder, y autoridad del rey de España, fue una vez librada Italia, se librará ésta de la opresión que ha padecido». Todavía estas razones hicieron mayor impresión, para que no se diese lugar a nuevas pláticas de amistad, y confederación con Francia: y desde entonces se conoció, que los aparejos que se hacían por el rey Luis, eran más para dar alguna reputación en Italia, por sostener lo de Lombardía, que para conquistar el reino. También se dio a entender por parte del Rey Católico, en los tratos que andaban con venecianos, y genoveses, y con los otros potentados de Italia, que no se había de conservar el reino de Nápoles, según la orden de los reyes pasados: pues no eran de una igualdad: sino poniendo en libertad a Italia: y que si hasta entonces en las cosas della se entendió con alguna remisión, y descuido, fue por convidar a la paz al rey de Francia: y pues se conocía, que aquello dañaba, convenía que se siguiese por su parte el otro camino. En este tiempo Lorenzo Suárez llevaba sus inteligencias con los que tenían el gobierno de la ciudad de Pisa: para que se pusiesen debajo de la protección del rey de España: y el rey le envió poder, para que los pudiese recibir debajo de su protección, y amparo:

por sí, y sus sucesores. Juntamente con esto, andaba él mismo en trato con el marqués de Mantua, para atraerle a la voluntad, y servicio del Rey Católico, por medio del duque de Urbino su cuñado, que estaba en Venecia: pero no le pudo apartar de lo que estaba ya determinado: que era acetar la conduta de Francia: y como en esta sazón el señor de la Tramulla iba con gran prisa a dar socorro a las cosas del reino, y le dijeron, que la gente española le saldría a recibir, envió con un francés, que fue a Venecia, a decir a Lorenzo Suárez, que había sabido, que era pariente del duque de Terranova: y que amenazaba, que le saldría al encuentro: que supiese, que él daría veinte mil ducados, por hallarle en el campo de Viterbo. A esto respondió el embajador con mucho donaire, y cortesanía, diciendo, que más hubiera dado el duque de Nemours, por no le haber encontrado en Apulia: pero que guardase aquel dinero, para gastarlo con su gente, más atrás de allí do decía: pues que ya no era menester despenderse en otra parte.

Que el castillo del Ovo, y la ciudad del Águila se entraron por combate: y se redujo a la obediencia del rey la provincia de Abruzo. XXXVII.

Entretanto se puso el castillo del Ovo en gran estrecho por Pedro Navarro, y Nuño de Ocampo: a quien Gonzalo Fernández dejó sobre él: y los franceses que estaban en su defensa, se retrajeron, y recogieron a una estancia más fuerte: y acabadas las minas que se mandaron hacer debajo de la peña, sobre la cual está asentado el castillo dentro en la mar, con extraña, y maravillosa industria de Pedro Navarro, en que se señaló sobre todos los capitanes de aquellos tiempos, se dio fuego a ellas: y la una hizo poco efeto: y la otra derribó gran parte del peñasco, y del muro, hasta un jardín: y gran número de franceses, que estaban en su defensa, cayeron de lo alto abajo en la mar. Los nuestros entonces con gran esfuerzo comenzaron a subir: y los contrarios se defendían bien animosamente: lanzando grandes cantos: estando la mayor parte dellos opuestos a la artillería, sin espantarse de los tiros, ni de otra ofensa por mucho que les dañase. Tenían aparejada una cava sembrada con pólvora, para darle fuego, cuando los nuestros estuviesen arriba: y antes de tiempo se encendió: e hizo tal obra contra ellos mismos, que los quemó casi todos: y entonces un francés de los principales, comenzó de hacer señal de querer darse a partido: y aunque comenzaban ya a subir, mandaron los capitanes cesar el combate. Rindiéronse hasta veinte, que quedaron vivos, sin salvar otra cosa sino las vidas: y según la fortaleza de aquel castillo era de muy difícil expugnación, porque tan fuerte quedaba después de aquella ruina, como antes, fue obra de gran esfuerzo, y valentía, y muy loada la industria, que en el combate se tuvo. Encomendó el Gran Capitán la guarda, y tenencia del castillo, a Lope López de Arriarán, que se halló con Pedro Navarro en el cerco, y se señaló en él, con muy gran esfuerzo: y con esto quedó la ciudad de Nápoles libre de todo recelo, y peligro: y fueron echados della los franceses. Por el mismo tiempo Fabricio Colona estaba sobre el Águila en tierra de Abruzo: y por no tener la gente que era necesaria, para aquel cerco, se le defendió el lugar muchos

días: hasta que llegaron ochocientos soldados, que le envió de Roma Francisco de Rojas. Con este socorro combatió el lugar a doce de julio: y le entró por fuerza de armas: y salieron huyendo, después de haber recibido mucho daño, Fracaso de Sanseverino, hermano del cardenal de Sanseverino, y Jerónimo Gallofo, que era natural de aquella ciudad, y cabeza de la una parcialidad: y recogieron a las tierras de la Iglesia. Púsose en la Águila con su gente Fabricio: y con él el conde de Montorio: y con esto toda aquella provincia se acabó de sojuzgar: y se redujo a la obediencia del rey. En la parte donde estaba Luis de Arsi, no quedaba por ganar otra cosa, sino Ortonamar, y Lanchano: y después de tomada la Águila, no sólo aprovechó para asegurar aquella comarca, pero también en lo de Calabria, que se tornó a alterar: por perseverar en su rebelión el príncipe de Melfi: y no querer seguir el partido, que le ofreció el Gran Capitán: y con esta nueva el príncipe, y el conde de Capacho, que se hacían fuertes en aquella provincia, derramaron su gente. De tierra de Labor no faltaba por reducir, sino sola Gaeta: y el Gran Capitán tenía muy en orden sobre ella su campo: y aunque luego ganaron el burgo, y por tierra estaban tan apretados, que no les podía entrar hombre, ni aviso ninguno, pero como tenían libre la mar, les era grande socorro: porque el capitán Vilamarín, no siendo igual para resistir a la armada de los franceses, se retrujo en Iscla, como dicho es: y los contrarios fueron sobre ella. Entonces el marqués del Vasto, por orden del Gran Capitán, se fue a poner en la armada de España: y defendió la ciudad de Iscla: con cuya ayuda nuestra armada se aseguró de la francesa, que le era muy superior: y por esta causa ser recibió daño en diferirse la vitoria: porque en sólo esto consistía todo el buen suceso de aquella empresa: y dende algunos días se juntaron allí con Vilamarín dos galeras del Gobo, y otras dos del reino de Sicilia, y algunas fustas, y bergantines: y con ellas deliberó de salir de allí, y hacer todo el daño que pudiese a los contrarios, por mar, y por tierra. Fueron primero sobre Gaeta cuatro galeras de las nuestras: y daba gran prisa Vilamarín de acudir con toda la armada, por estorbar, que no pudiese pasar socorro a los de Gaeta del Monte Cercelo adelante: y el Gran Capitán proveyó, que la artillería que dejó sobre el castillo del Ovo fuese a su campo: porque tenía falta della: y con esto puso las cosas en orden para acometer luego de combatir el monte, que está sobre Gaeta: de donde recibía nuestro ejército mucho daño. Tenían los franceses en Gaeta en esta sazón hasta cuatro mil quinientos hombres de pelea: pero muchos dellos enfermos, y con grande necesidad, y falta de bastimentos: y muy mayor de harina: porque del trigo que tenían, no se aprovechaban por falta de industria con que molerlo: y deteníanse con la nueva esperanza del socorro que les iba de Francia: porque algunos días antes se embarcaron en la Provenza en ciertas carracas genovesas, y en algunos galeones, muchas compañías de infantería: y arribaron a Livorno, y Telamón, y Porto Hércules: y según publicaban, pensaban juntarse con el de la Tramulla, que iba con aquella gente al reino. Mas detúvose el de la Tramulla en Parma, porque se juntaron allí con él el duque de Ferrara, y el marqués de Mantua, y muchos gentileshombres florentinos, y Juan de Bentivolla, y Pandolfo de Siena: y de allí ordenó su partida la vía del reino, con seiscientas lanzas francesas, y ocho mil suizos que esperaba: y con los que iban en la armada, que eran otros cuatro mil, entre gascones, normandos, y provenzales: y llevaba mucha artillería, y muy

bien en orden. Deliberaba ir por el condado de Luca: por tentar si podría haber a Pisa: porque tenía el rey de Francia hecho concierto de darla a florentinos, porque ellos le ayudasen para la empresa del reino: pero difería su partida, porque no tenía los suizos: y sin ellos no pensaba hacer jornada: y el bailío de Amiens, que como dicho es, se escapó de la batalla de la Ceriñola, y el canceller de Francia, que estaban en Gaeta, se salieron del castillo, y vinieron a Roma, para dar prisa en solicitar su ida: porque fuese a socorrer a Gaeta: entendiendo que estaba en grande peligro. También se salieron el conde de Matalón, y el conde de Cerrito su hijo: que eran de la casa Carafa: y éstos se vinieron a Roma, con propósito de esperar al duque de Ariano, que se quedó en Gaeta, y era del mismo linaje: y publicaban, que por su causa difirieron de pasarse al Gran Capitán: siendo la mayor parte de aquel linaje muy españoles en la afición.

De la nueva confederación, que se movió entre el Papa, y el Rey Católico. XXXVIII.

En este medio Vilamarín con las galeras que estaban en Iscla, llevó al campo, que estaba sobre Gaeta, la artillería que quedó en Nápoles: y tuvieron la mar segura, que no pudiesen los franceses ser socorridos de vituallas: de que tenían extrema necesidad: y por lo que importaba tener la mar, envió el rey a don Ramón de Cardona con sus galeras de Cataluña: y fue con él Juan May, para entender en las cosas del gobierno del reino: y llevaron cincuenta mil ducados, para la paga del sueldo de la gente de guerra. Daban en este tiempo el Papa, y el duque de Valentinois muy gran esperanza al Rey Católico, de confederarse con él, sucediendo las cosas prósperamente: y afirmaban, que siendo tomada Gaeta, luego se declararía el papa en su amistad: y se asentaría una muy estrecha liga, que se había movido, y platicado con Francisco de Rojas: y con ella pretendía sacar el Papa, que el rey confirmase al de Valentinois, y de Romaña, y a sus hermanos, y sobrinos, todo lo que tenían en el reino: así lo dado por él, como por el rey don Fadrique, y por el rey de Francia: y que diese a los Coloneses en el mismo reino, recompensa de los estados, que él les había tomado: de manera, que ellos tuviesen por bien de renunciar todo su derecho a la Iglesia: afirmando, que para ella quería todos los estados, que eran de Coloneses, y Ursinos. Quería así mismo que el rey diese ayuda, y ofreciese de valer al duque de Romaña, para ganar Pisa, Luca, y Siena: y que tuviese debajo de su amparo las personas, y estados del duque de Gandía, y del príncipe de Esquilache, y de la duquesa de Viseli, y de todos sus deudos contra cualesquier príncipes. El Papa se obligaba de la misma manera generalmente a las cosas del rey: y que le ayudaría a defender el reino de Nápoles, y todos los otros reinos: y a conquistar lo que más quisiese de Italia: y ofrecía de dar la investidura del reino, y la remisión del censo, de la misma suerte que lo tenía el rey de Francia: pero el Papa se fue deteniendo de no asentar la liga, esperando, que Gaeta se tomase primero: y por otra parte el rey Luis trabajaba, de persuadirle a su opinión: porque el duque, que se inclinó siempre a ser muy de veras francés, fuese en su socorro

a lo de Gaeta: y ofrecía de dar luego, y poner en poder del Papa a Pisa, Luca, y Siena, y el estado de Juan Jordán de Ursino: y entregarle un hijo suyo: y tenía por buena manera de negociar, hacer buen rostro a todos los tratos: interponiendo tiempo a las cosas, según se requería, a quien estaba en la posesión: ofreciendo mucho, y cumpliendo poco, al uso de Italia: donde se decía, como en proverbio, que la guerra con mentiras se gobierna. Por este tiempo los de la ciudad de Nápoles enviaron al rey por su embajador a Juan Bautista Spinel: hombre prudente, y para toda negociación: y el que hizo el empeño de las ciudades de Apulia a la señoría de Venecia: donde él estuvo por embajador: y entonces le tuvo por tan deservidor del rey de España, que en mayor pena se vio con él, que con el embajador de Francia. El postrero de mayo deste año creó el Papa nueve cardenales: y los cinco dellos fueron del reino de Valencia. Éstos eran don Juan de Castellar, don Francisco de Remolíns arzobispo de Sorrento, don Francisco Dezprats obispo de León, don Jaime de Casanova, don Francisco de Flores electo obispo de Elna.

Que el mariscal de Bretaña capitán general de Francia vino con el ejército francés a la frontera de Narbona, y se apercebieron las fronteras de Rosellón. XXXIX.

En este tiempo llegó el señor de Rius mariscal de Bretaña, que era capitán general de la frontera de Narbona, a Pesenás: lugar de Francia, que está a los confines de Rosellón: y con él el señor de Dunois, y el que llamaban gran escudier: y con estos capitanes venían los pensionarios del rey: que con los gentileshombres hacían número de trescientas lanzas, y veníanse deteniendo, esperando la infantería de suizos. Por esta novedad se entendió luego, que pues la armada francesa era partida para el socorro de Gaeta, y la venida de los franceses que estaban en el reino, se publicaba, y antes que viniesen, se juntaba gente en las fronteras de Narbona, su fin era venir sobre Salsas, por tener las espaldas en su tierra: porque así se tenían por más seguros: y ganando aquella fuerza, creían tener lo demás de Rosellón: y con esta entrada pensaban divertir la gente española, que estaba en el reino, para defender lo de Cataluña. Por esta sospecha, el rey preveniendo el peligro, entendiendo, que ya entre él, y el rey de Francia, no se había de tener guerra, sólo sobre lo del reino de Nápoles, sino sobre Cerdeña, y Sicilia, y sobre toda su autoridad, y reputación, y por su estado real, y principalmente sobre el sosiego, y bien de toda la cristiandad, proveyó con toda diligencia de enviar gente, y dinero a Italia, para que se rematase aquella empresa. Consideraba, que sería camino cierto, para acabar de echar de Italia al rey de Francia, poner en ejecución cierto trato, que se movió por medio de Francisco de Rojas: para mudar el gobierno de Génova, y apoderarse de aquella ciudad: y para esto se acordó de enviar con las galeras de España, mil hombres a la isla de Albenga: donde se concertó que estuviese Fregosino de Campofregoso, hermano del obispo de Veintemilla, que tenía en Génova concertado con los de su bando, de hacer levantar la ciudad contra los franceses. Entonces también mandó, que pasase la gente de armas, que estaba en el Ampurdán a Rosellón: y que se

repartiese la gente de pie por Elna, Clairá, Baxás, y Millás: y entró en Elna, en lugar de Miguel de Armendárez, Bernardino Garriga, con una compañía de soldados, que se hizo nuevamente para su defensa: y Garci Alonso de Ulloa, y Gil de Varacaldo, con la gente de sus compañías se aposentaron en la ciudadela de Perpiñán: y don Sancho de Castilla, que era capitán general, y don Juan de Ribera, que tenía cargo de las fronteras de Guipúzcoa, y Navarra, iban poniendo en orden lo necesario: teniendo por cierta la guerra por estas partes.

De la venida del señor de Albret a Bayona: y del señor de Lussa a las fronteras de Aragón con gente francesa, y de tierra de vascos. XL.

La causa de temer la guerra por la parte de Navarra, fue porque el rey, y la reina de Navarra mandaron, por algunas sospechas que tuvieron, o por ponerlas en aquella sazón al Rey Católico tener muy gran recaudo en las villas, y fortalezas de aquel reino: y en el mismo tiempo el señor de Albret vino a Bayona, con trescientas lanzas, y tres mil infantes: y amenazaban los franceses, que el de Albret pasaría a Navarra. Allende desto se tuvo temor, no resultasen algunas alteraciones, que fuesen ocasión de dar entrada a la gente de guerra francesa por aquel reino, por causa del condestable: que todavía persistía en las diferencias antiguas, que tenía con aquellos reyes: pretendiendo ser restituido en lo de su estado, y patrimonio, como estaba acordado: de que se siguieron algunos movimientos, que fueron causa de nuevos bullicios: y sobre ello fue enviado a Navarra micer Gaspar Manente. También por medio del embajador Pedro de Hontañón, y de Francisco Muñoz continuo de la casa del rey, se trató de asegurar aquellos príncipes en las cosas del condestable: y estando el rey, y la reina de Navarra en Sangüesa, por el mes de junio deste año, enviaron a Salvador de Verrio su maestre de hostel a Barcelona, para informar al rey, cuán poca causa tenía el condestable de publicar los temores que decía tener dellos: y afirmaban, que les placía de olvidar todos los enojos pasados, por su respeto: y que pues su voluntad no era de entender en cosa que sufriese daño suyo, no era necesario, que personas nombradas por el rey, ni ellos entendiesen en sanear sus discontentamientos, y el temor del condestable: pues tal plática como aquella, no era de súbdito, para con sus señores soberanos: que tenían muy aparejada voluntad para olvidar los enojos recibidos, y asegurar los recelos, y temores que dellos tenía. Por esto decían, que el rey mandase al condestable, que les fuese buen súbdito, y servidor: y cumpliese sus mandamientos: y viviese según las leyes, y fueros de aquel reino, como lo hacían todos los mayores, y menores dél: y con esto le tratarían muy bien: y nunca se le daría causa, para que pudiese quejarse con razón. Entonces envió el rey a Navarra al secretario Coloma: para que tratase de conservar aquellos reyes en la antigua amistad, que hasta allí habían tenido: porque los franceses trabajaban por todas las vías que podían, de ponerles nuevas sospechas del rey: por inducirlos que se declarasen por el rey de Francia: publicando, que don Juan de Ribera capitán general de las fronteras de Castilla hacía aparejos para entrar repentinamente en aquel reino. Por esto

el rey de nuevo los aseguraba, que por su parte no solamente guardaría lo concertado, pero en todo lo que cumpliese para beneficio, y seguridad de todo su estado hallarían en él obras de verdadero padre: y los advertía, que supiesen, que el mayor deseo que el rey de Francia tenía era, de favorecer contra ellos a su sobrino Gastón de Foix, hijo del señor de Narbona: y el suyo era ampararlos en aquel estado, como hasta allí lo había hecho. Decía el rey, que debían acordarse sus sobrinos, que no había mucho tiempo, que el rey Carlos le enviaba a ofrecer el reino de Navarra, por el derecho de Nápoles: con promesa, que les daría renunciación de los reyes, y el consentimiento de los reinos: y que él les daría en su tierra la recompensa: y esto le fue reprochado como era razón: y le respondieron, que no se hablase en cosa que era tan injusta: pues el reino no se podía renunciar en perjuicio de los sucesores: y con todo esto no había mucho, que Robertet secretario del rey de Francia, siendo enviado al rey de romanos, tornó a mover aquella plática a don Juan Manuel, que era embajador en Alemania: queriendo tentar, si estaba el rey agora de otro propósito: y se comenzaba a divulgar, que los reyes de Navarra trataban de trocar su reino por el condado de Armagnac. Con este presupuesto pidió Coloma al rey de Navarra, que si entendiese que gente francesa se acercaba a su reino, para les hacer daño, o quisiese entrar en él, no lo consintiesen, antes lo hiciesen saber al rey como estaba asentado: porque enviaría su gente, para defenderles la entrada. Mas las cosas del conde de Lerín eran grande ocasión destas sospechas: porque ni el rey, ni la reina de Navarra se podían sanear del descontentamiento que dél tenían: ni él de los temores que había cobrado dellos: ni las sospechas que eran causa de lo uno, y de lo otro se podían remediar, sin poner algún buen medio en sus diferencias: y esta embajada que el rey enviaba a Navarra, era en tiempo, que se publicaba, que el señor de Lussa con número de gente francesa de Mauleón de Sola, quería entrar por el Val de Roncal: para hacer guerra en el reino de Aragón: comenzándola en uno de los valles de las montañas de Jaca: y creyóse ser con permisión del rey don Juan, en quebrantamiento de lo que estaba asentado: y túvose grande temor, que daría lugar a mayor rotura: y que la guerra se movería por estas partes. Por esta novedad Coloma requirió de parte del rey al rey de Navarra, que quisiese guardar enteramente lo que estaba acordado, y tenía jurado: porque guardándolo igualmente, el rey se pornía a la defensa del reino, como del suyo propio: y de otra manera no se podría dejar de proveer, como conviniese al bien, y seguridad destes reinos: y porque tenía apercebida, y en orden mucha gente, para ir a ejecutar cierta sentencia, que se había dado contra el condestable, sobre el lugar de S. Adrián, y ponían con aquel color gente francesa en Navarra, fueron requeridos, que no procediesen de hecho contra el condestable: y se determinase por justicia, poniendo el lugar en tercería. Cualquier movimiento que en Navarra había causaba grande sospecha, y temor: porque de todos los otros puertos, y pasos tenían los franceses perdida la esperanza de poder hacer daño, sino por lo de Navarra: y mucho mayor confianza ponían en lo de aquel reino, porque con menos aparejo, y gasto podían poner en rebato, y trabajo en una hora las fronteras de Castilla, y Aragón. Respondieron a esto el rey, y reina de Navarra, que guardarían muy enteramente lo que con el rey su tío tenían asentado, y así lo hicieron: porque tentando después el señor de Lussa de hacer entrada con la gente de Mauleón de Sola por el Val de Roncal, por orden

suya los roncaleses le defendieron la entrada: y no quisieron dar lugar al daño que pensó hacer, y lo resistieron. Entonces se puso grande rebato en el Val de Ansó, y en todas aquellas fronteras de Aragón: porque el de Lussa con mucha gente francesa, y de tierra de vascos, quería entrar a combatir la fortaleza de Berdún: y por esta nueva, como no había lugarteniente general en el reino, los diputados procuraron que se juntasen Juan Hernández de Heredia gobernador de Aragón, y Juan de Lanuza justicia de Aragón, y los jurados de Zaragoza, y muchos caballeros, y ciudadanos con ellos: para que se proveyese lo que convenía a la defensa de aquellos valles: y deliberóse, que el gobernador con la gente que pudiese juntar, acudiese a Jaca: y los vecinos de las villas de Ejea, y de Tauste con gran diligencia enviaron gente en socorro al lugar de Berdún: y todos los lugares de aquellas fronteras se apercibieron, para acudir adonde mayor necesidad ocurriese: y con esto el de Lussa se detuvo: y no se atrevieron los franceses de acometer ninguna cosa de hecho por estas partes: y mucho menos por los valles de las montañas de Jaca, que están defendidas por los mismos montes, y muy seguras, y fuera de todo peligro por lo de Francia, si por lo de Navarra no se hace la ofensa. Pero con recelo del daño que por Navarra se podía recibir, la reina que quedó en la villa de Madrid, proveyó que el condestable de Castilla, y el duque de Nájera apercibiesen sus vasallos, y se acercasen a las fronteras del reino de Navarra: y mandó hacer luego otras quinientas lanzas de las guardas, las trescientas de hombres de armas, cuyos capitanes se nombraron don Diego de Castilla el Mozo, don Diego Sarmiento, y don Rodrigo Moscoso: y doscientos jinetes: y por capitanes dellos se señalaron Rodrigo de Ávalos, y Pedro de Ledesma: y mandó ir al comendador mayor de Calatrava a Soria, para que esperase las mil lanzas de los acostamientos: y tuviese ordenada aquella gente. También por causa de la venida del señor de Albret a Bayona, se tuvo alguna inteligencia con el barón de Agramonte, que era alcaide de uno de los castillos de aquella ciudad: para que entregase aquella fuerza, porque era muy enemigo del de Albret: y estaba con gran temor, no le quitase el cargo: e intervino en esto el mariscal de Navarra, que en esta sazón estaba muy en desgracia del rey, y reina de Navarra: y mostraba desear el servicio del Rey Católico.

Que el Gran Capitán pasó su campo a Castellón: habiendo entrado el socorro a los de Gaeta. XLI.

En fin del mes de julio se juntaron don Hernando de Andrada, y don Hugo, y don Juan de Cardona, y los otros capitanes, con la gente que quedaba en Calabria, con el ejército del Gran Capitán, que estaba sobre Gaeta: pero la fortaleza de aquel lugar es de manera, que ningún ejército por muy poderoso que sea basta a sojuzgarla, si no le tiene la mar: y se pone en estrecho por la parte del puerto. Tiraban della de caballero a nuestro campo por diversos traveses con su artillería: e hicieron mucho daño en los nuestros: señaladamente antes que se sentase la artillería: y después de asentada, les derribaron un pedazo de la muralla con una torre, por donde se determinaba de dar el combate:

aunque por la parte de dentro se hizo tan buen reparo, que era más fuerte. Todo el tiempo que allí se detuvo nuestro campo, que fue treinta y seis días, ninguno de los de dentro osó salir a escaramuzar: teniendo buen aparejo, por ser señores de la mar: y tener el monte: y con todo esto no se atrevían: y un día que salieron, no tornó hombre dellos: porque fueron atajados por los jinetes, por las espaldas de unos jardines, por ardid, e industria de Nuño de Mata. Mas en estos días que el cerco duró, fue tanto el daño que hizo en nuestro campo de la artillería de la ciudad, y del monte, que murieron muchos: y entre ellos personas muy señaladas: que fueron don Hugo de Cardona, que era uno de los valerosos caballeros que hubo en sus tiempos, don Juan de Espés capitán de la infantería, y Alonso López: y otros muy buenos soldados. Visto por el Gran Capitán que dentro había mucha gente, y que el lugar estaba tan fuerte, que no tenía sino aquella angosta entrada por tierra, y que no era posible ofender a los enemigos, y porque tenía su campo arrimado a la cerca en aquella entrada, en disposición, que no podían ampararse de la artillería, y también, como todo el tiempo que estuvo delante de Gaeta, nunca los franceses salieron a pelear, ni acometieron ninguna estancia de los españoles, pudiéndolo hacer muy a su ventaja, acordó de apartar el real de aquel asiento: y retraerse a Castellón: que es lugar sano, y adonde no podían ser ofendidos de la artillería. Con estar en Castellón, quedaba tan cercada Gaeta como antes: y encomendó la compañía de hombres de armas que tenía don Hugo, a don Juan de Cardona su hermano, que era muy esforzado, y buen caballero. Un día antes que pasase el ejército a Castellón, llegó el socorro de los franceses a Gaeta en dos carracas, y cuatro galeones: y fue de mil quinientos hombres: y el mismo día, que fue a seis de agosto, murió de un tiro de falconete Hans de Rabasten coronel de los alemanes: y fuéronse retrayendo a unos jardines, que estaban fuera del burgo junto a una hermita. No se vio aquel día ninguno de los franceses: pero el siguiente por la mañana, fueron una milla más adelante camino de Castellón: y salieron hasta dos mil quinientos soldados a dar en la retaguarda de los alemanes: y el Gran Capitán que venía en ella, no consintió que se desmandase ninguno: y estaba de manera, que se recibía más fatiga en detenerlos, que en mandarlos pelear. Cuando tuvo a los enemigos en lugar más descubierto, y menos impedido, y vio que tenía cerca de sí cuatrocientos soldados españoles, y que no los podía detener, dioles licencia que volviesen para los franceses: y acometiéronlos tan furiosamente, que no los osaron esperar, ni hicieron rostro: y pusiéronse luego en huida. Siguiéronlos el alcance, hasta ponerlos por las puertas del burgo de Gaeta: y mataron hasta doscientos: y a la vuelta los despojaron tan de su espacio, como si no tuvieran los enemigos tan cerca: y asentó su campo el Gran Capitán en Castellón. La gente que estaba entonces en Gaeta, eran siete mil hombres de pelea: los cuatro mil quinientos que allí se habían recogido, antes que el Gran Capitán llegase: y los que después fueron por mar: y la armada francesa se volvió luego, después que dejó aquella gente, y se proveyó de munición el castillo. Era toda su armada de hasta treinta velas: en que tenían cinco carracas, y cinco galeras, y ocho barcas gruesas, y cuatro galeones: y a la nuestra faltaban algunas carracas, para igualarse con los contrarios: y las principales eran doce barcas gruesas que traía Lezcano, y las cuatro galeras de Vilamarín, y otras dos del Gobo, y una del reino de Sicilia, sin las seis de Cataluña que llevaba don Ramón de Cardona,

que estaban en Nápoles: y la carraca capitana, y una nao de Jordi Res, y otra siciliana de Bernardo de Faraón.

Que insistía el Gran Capitán en reducir al servicio del rey a los Ursinos: y de la muerte del papa Alejandro: y de las vistas, que hubo entre el rey de Francia, y el rey don Fadrique. XLII.

Traía muy adelante en este tiempo, el Gran Capitán la plática de reducir a los Ursinos al servicio del rey: y esto se movió primero por el conde de Pitillano, que era la más principal de aquella casa: y después la continuaron todos los principales del mismo linaje. Ofrecían, que si los recibiesen en la amistad, servirían al Rey Católico, con cuatrocientas lanzas: y allende éstos, Pandolfo de Siena, por la inteligencia que con él tuvo el Gran Capitán, ofrecía de servir con otras cien: y con gente de infantería: y que Bolonia se declararía de entrar en esta liga. Pero estuvo dudoso si los admitiría: porque recelaba, que si se concertase con ellos, tomaría el Papa la ocasión que él deseaba: y si no otorgase lo que pidían, era dañoso, si el Papa se declarase contrario: y trabajaba de no dar ocasión a la una parte, y entretener la otra: hasta ver en lo que paraba el cerco de Gaeta: porque de allí dependía la determinación de las cosas de Italia. Mayormente que cada día se trataba de estrechar más la confederación, y amistad entre el Papa, y el Rey Católico: y por atraerle a su liga, se declaró el rey de recibir debajo de su protección, los estados que el duque de Valentinois había ocupado: y el rey le nombraba duque de Romania, como él se llamaba: que era el título que le dio la Iglesia: temiendo, que no se concertase con el rey de Francia, que le prometía lo suyo, y lo ajeno: y por ganar al Pontífice, y asegurar sus cosas: porque no negase la investidura de todo el reino. Mas todos estos presupuestos, y aquel nuevo reino, que el duque de Valentinois se imaginó, que había de adquirir, y fundar de nuevo en Italia, se desbarataron presto, por la muerte del Pontífice: y se deshicieron como una sombra. Murió del mismo veneno, que el duque su hijo hizo dar al cardenal Adriano de Corneto, en cuyo jardín cenaban: y quiso Dios, que el que por aquel camino fue causa que murieran tantos, se perdiese: y no sólo llegase el daño adonde él procuraba, pero a él, y a su mismo padre, por error de los ministros, que tenían cargo de aquel maleficio. Luego que se sintió el duque herido en la ponzoña, que era el autor desta maldad, como estaba en edad robusta, tuvo lugar de usar de algunos remedios, que le pudieron preservar: pero el Papa, que era muy viejo, no tuvo vigor para resistir la fuerza della, y murió a dieciocho de agosto deste año. Fue cierto, que por dar mucho crédito a astrólogos, y adivinos, tuvo pronóstico de su fin: mayormente después de la muerte de doña Beatriz de Borja su hermana: que fue mujer de don Jimén Pérez de Arenós, y murió pocos días antes: porque estuvo muy persuadido, que él moriría el postrero de sus hermanos. Luego después de su muerte, el duque se declaró al cardenal de Salerno, y a los otros cardenales españoles, que quería servir al Rey Católico contra los franceses: y él escribió lo mismo, ofreciendo su persona, y estado: afirmando, que en lo pasado, por obedecer a su padre, le fue forzado venir a Francia a ser francés contra su naturaleza, y

voluntad, siendo él nacido español, y todos los suyos: mas pocos días después, como era perverso, y maligno, y todo su pensamiento se inclinaba a tiranía, partió de Roma: y como había de ir a Tívoli, que era el camino derecho, para el ejército de España, se fue a Nepe, para el campo del rey de Francia: declarándose seguir aquel partido: adonde se detuvo, por quedar muy enfermo. Antes de verse el rey don Fadrique con el rey de Francia, y que el cardenal legado de Francia partiese para Roma, para asistir a la elección del Sumo Pontífice, se dio orden, que el rey don Fadrique fuese a la corte del rey de Francia: aunque había salido della el legado: e iba su camino con el cardenal Ascanio: estando el rey don Fadrique a cuatro leguas de Machone, donde el rey de Francia se hallaba: y salieronle a recibir todos los grandes, y señores que allí estaban: y llegando al palacio donde le habían aposentado, el rey de Francia le envió a decir, que tenía gran deseo de verle: y que quería ir a visitarle: pero el rey don Fadrique se fue luego para él: y fue recibido del rey de Francia, con grandes muestras de amor. Fue otro día el rey de Francia a visitarle: y el día siguiente fue la reina de Francia a visitar a la reina doña Isabel: y otros cuatro días anduvieron en sus visitas, y fiestas: sin tratar negocio ninguno. Pidió después el rey don Fadrique audiencia secreta al rey de Francia: y luego se la dio: y estuvieron los dos solos: y la plática fue sobre la restitución del reino: como se había acordado entre él, y el legado cardenal de Ruán, antes de su partida. Respondióle el rey de Francia, que no pusiese duda ninguna en su voluntad: porque lo deseaba como el mismo rey don Fadrique: pero que pensase un poco en la satisfacción de su honra: porque no tenía cuenta con su provecho: porque le sobraba la hacienda: mas que pensase el rey don Fadrique en ello por su parte, y él por la suya: y tratasen de asentar aquellas cosas: cómo el rey don Fadrique fuese contento: y él quedase con su honor: y que era de parecer, que de todo esto avisasen al legado: y que el rey enviase a él a Lucas Russo su secretario: y añadió a esto el rey de Francia. «Aunque bien me placiera, que mi ejército se encontrase una vez con el de España». Después de haber agradecido el rey don Fadrique la voluntad que mostraba a la restitución del reino, y loada su deliberación de consultar con el legado, le dijo, según se entendió por relación del mismo Lucas Russo, que cuanto al encontrarse los ejércitos, eran cosas muy peligrosas: porque estaba en la mano de la ventura: y que Su Majestad era prudentísimo: y podía considerar, cuánto sería fuera de su propósito, cuando su ejército hubiese padecido algún desastre: y por esto le suplicaba, que tuviese por bien de disponer todo su ánimo a lo de su restitución: pues sin venir a batalla, se hallaría modo para satisfacer a su honor: y con esto cesó la plática.

Que el marqués del Vasto se apoderó de la ciudad de Salerno, que se había rebelado: y también se rebeló Roca Guillerma: y se socorrió el castillo por los nuestros: y se puso el lugar a saco. XLIII.

Por este tiempo don Ramón de Cardona con las galeras que llevó de España, se juntó con las otras de la armada: y con una nave de Sicilia que traía Soler: y todas juntas llevaron más artillería, y municiones para el campo de Gaeta: porque por la parte de Castellón se defendiese lo de la mar, y

se ofendiesen los enemigos que estaban cercados. Un día antes el conde de Capacho se entró con alguna gente en Salerno, que se había rebelado: y vuelto a la opinión anjovina: y los españoles que estaban dentro, dejaron la ciudad, desconfiados que el pueblo no los vendiese: y retrujéronse a la Cava. Esto sucedió así, que al mismo tiempo que se tomó San Germán, escribió el Gran Capitán a don Hernando de Andrada, que con la gente que tenía en Calabria fuese sobre el condado de Capacho: y por haberse desmandado muchos soldados, porque es muy cierta cosa parar poco en aquella provincia, y quererse acercar a Nápoles, no pudo tan presto ir a ejecutarlo: y allende desto, como por la muerte de Puertocarrero se derramó mucho más la gente que estaba en Calabria, después de la rota del señor de Aubeni, y se dio lugar a que los contrarios se rehiciesen de alguna gente, fuéronse a juntar con Luis de Arsi el príncipe de Melfi, y el conde de Capacho: y anduvieron animando a los de su opinión: publicando, que les iba gran socorro de Lombardía: hasta que tomada la Águila, derramaron su gente, como dicho es: y cuando partió don Hernando de Andrada para juntarse con el Gran Capitán, quedó en Calabria la compañía de Alvarado, que murió de dolencia, y tenía cargo della su hijo, que era muy buen soldado. Por esto el príncipe de Rossano, que estaba en Santa Severina en Calabria, tuvo lugar de hacer mucho daño, de que se siguió gran perjuicio para el remate desta guerra: porque se daba grande impedimento para la cogida de las rentas: y la gente no se podía pagar, ni socorrer de aquel dinero: pero sucedió, que como la gente del conde de Capacho se salió de Salerno, el pueblo entendiendo que el marqués del Vasto por orden del Gran Capitán iba allá con mucha gente, y artillería, enviaron a pedir, que no fuesen puestos a saco: y volvieron a reducirse a la obediencia del rey: y pidieron, que los compusiesen: y lo pagasen los que habían errado, y lo tenían merecido: y el marqués con la gente que pudo recoger en la comarca de tierra de Labor, fue a Salerno, y la ciudad se concertó con él: y se compuso en cierta suma: y acometió de poner cerco al castillo, por apretarle: y de allí pasar con su gente contra el conde de Capacho. Después que el Gran Capitán se retrujo con su campo del burgo de Gaeta, y se puso algo más apartado en Castellón, los anjovinos, y villanos de la Roca Guillerma trataron con Luis marqués de Saluces, que les enviase alguna gente: ofreciendo, que le darían entrada en la villa. Era el marqués el que más autoridad, y crédito tenía con los italianos, y le estimaban por buen capitán: y fue muy favorecido del rey de Francia, por el valor de su persona, y por el deudo que con él tenía: porque fue casado con una sobrina del Rey Católico, que se llamó Juana: y fue hija de Guillén marqués de Monferrat, y de María hija primogénita de Gastón conde de Foix, y de la reina doña Leonor de Navarra. Con este concierto salieron un lunes a catorce de agosto de Gaeta, para este efeto seiscientos soldados entre franceses, y gascones de la gente de socorro que llevaron las carracas: y amanecieron sobre la Roca: y los de la villa que los vieron ir, les abrieron las puertas, y entraron dentro: y prendieron en la Iglesia a don Tristán de Acuña, y algunos otros españoles, que con él estaban en misa: y tomáronlo por pavés, y fueron a combatir el castillo. Quedaban en él solos cuatro soldados, que el Gran Capitán allí había dejado cuando se tomó: que le defendieron con grande ánimo, aunque los apretaron reciamente: y amenazaban que degollarían al alcaide: pero ellos se detuvieron con tanto esfuerzo, que se pusieron a la defensa de la misma manera,

que si el Gran Capitán se hallara dentro: y no los pudieron entrar. Llamábanse estos soldados Pedro Mellado, Francisco Monge, Peña, y Francisco Bravo. Sucedió que las guardas que estaban puestas, como sintieron la gente francesa que pasaba a media noche, vinieron a nuestro campo con la nueva: y otro día salido el sol, hizo el Gran Capitán tal provisión, que en la misma hora envió a Pedro Navarro con dos mil quinientos peones: y llegaron a una legua de la Roca: por la parte de la sierra, a puesta del sol: de suerte que aquella noche no pudieron acometer cosa alguna. Otro día al alba se pusieron en orden de batalla, y socorrieron el castillo: y entraron la villa por lo alto con tanto esfuerzo, que aunque los franceses, y villanos eran más de dos mil, y tenían lugar de donde pudieran defenderse, viendo la furia, y denuedo de nuestra gente, no les bastó el ánimo a esperar: y pusiéronse en huida: y los nuestros en pos dellos siguieron el alcance hasta Pontecorvo. Fueron muertos, y presos la mayor parte: y prendieron tres capitanes: y el lugar se metió a fuego, y a saco, como lo merecía tan señalada traición: y por quitarles la ocasión que no pensasen en otra cosa semejante, mandó el Gran Capitán que se derribase toda la muralla, porque no les quedase forma de defensa: pareciendo ser así necesario, por ser los de aquel lugar muy aficionados a la opinión francesa. De algunos prisioneros que allí se tomaron, se entendió, que el mismo día había de salir de Gaeta mil soldados en socorro de los primeros: y Pedro Navarro por la parte de la Roca, y los del campo de Castellón les armaron celada: y saliendo de Gaeta mil soldados de la compañía del capitán Casanova, que servía al rey de Navarra, y llegando al medio camino, fueron avisados de lo acaecido en la Roca: y a la hora los desampararon las guías que llevaban: y ellos se desbarataron: y sintiéndolo nuestras celadas, dieron en ellos de manera, que muy pocos volvieron a Gaeta: y fue preso el capitán Casanova, y más de quinientos soldados: y dellos hizo el Gran Capitán fornecer las galeras. Tuvo tan mala suerte aquella gente gascona, y francesa, que entró al socorro de Gaeta, que en este, y en otros rencuentros en que vinieron con los nuestros a las manos, fueron presos, y muertos más de mil cuatrocientos.

Que el Gran Capitán envió a Roma a Próspero Colona, y a don Diego de Mendoza con gente de armas: para que procurasen la libertad del colegio para la elección del Sumo Pontífice. XLVIII.

Al punto que el Gran Capitán supo la muerte del papa Alejandro, que fue después de la rebelión de los de Roca Guillerma, proveyó, que fuesen a Roma Próspero Colona, y don Diego de Mendoza: porque ya el duque de Valentinois, por más no poder, se declaraba más en querer reducirse al servicio del Rey Católico: y que entregaría las tierras, que se ocuparon a los Coloneses: y envió a pedir gente al Gran Capitán. Fue el Próspero con mil doscientos soldados: y el día siguiente partió don Diego con otros doscientos hombres de armas, y doscientos jinetes, escogida gente, y muy bien en orden: como se requería para Roma, y al caso a que iban, de tener tal lugar seguro. La empresa del duque, y Coloneses era trabajar en defender, y tener la ciudad segura, para que los franceses no oprimiesen la libertad del colegio, y pudiesen elegir Pontífice justa, y canónicamente: porque era en el

mismo tiempo que el cardenal de Ruán partió de Génova para Roma: y llevaba consigo algunos cardenales: y entre ellos iban Ascanio, y el de Aragón: y el señor de la Tramulla quedaba en Parma doliente: y la gente francesa había reparado en el Sienés, esperando al cardenal de Ruán, para asistir a lo de la elección. Ofreció entonces el duque de Valentinois al embajador Francisco de Rojas, que quería servir al rey: y como indiferentemente trataba de las cosas sagradas, y eclesiásticas, que de las otras de su estado, prometía para la elección todos los cardenales que fueron creados, y hechura del papa Alejandro, que le eran muy obligados: los cuales él decía, que le persuadieron a que siguiese la parte del rey: y estaban conformes con él: y prometió a Próspero Colona, queriendo su amistad, la restitución de todo su estado, que el Papa le había ocupado: y requirióle con grande instancia que se fuese a juntar con él: y por le certificar desto, le envió al obispo de la Vala, que era pariente del Próspero. Por esta causa el Gran Capitán se determinó de enviar esta gente: entendiendo que aprovecharía juntamente para procurar que estuviese el colegio en su libertad: y para que el socorro que llevaba el de la Tramulla, que se iba acercando, no pasase al reino: y envió una galera a Palermo, en que viniese el cardenal Colona: para que se hallase en la elección. Por otra parte mandó que quince galeras que había en la armada del rey, con una que se tomó a los franceses, se pusiesen en Ostia: así para impedir la entrada de los que podían dañar, y causar escándalo, como por dar favor a la parte que seguía la causa del rey: y allende desto fue Lezcano con las doce naves que tenía a Iscla, para discurrir desde allí por la playa romana. Había entretenido su ejército el Gran Capitán en el cerco de Gaeta con sola una paga, que se dio a la gente de guerra en Nápoles hasta en fin de agosto: donde padeció el ejército gran fatiga: y todo lo sostuvieron, aunque se veían hacer pedazos sin que hubiese por esta causa quistión, ni alboroto alguno. Después fueron allí pagados de dos pagas, del dinero que llevó don Ramón de Cardona.

Del ejército que se envió por el rey de Francia a las fronteras de Narbona: y del apercebimiento que se hizo por las de Rosellón. XLV.

Aunque el socorro que el rey de Francia envió al reino era tal, que pareció bastar para sustentar su partido, todavía se hacía mayor demostración de querer mover la guerra por estas partes: porque después que el señor de Albret vino por gobernador, y capitán general a Guyena, se juntaron en Languedoc con los gentiles hombres de la guarda del rey, y con los caballeros de la tierra, y con la gente que venía de Bretaña, y con ochocientas lanzas de ordenanza que allí residían, cerca de dos mil lanzas. Esta gente se juntó en Narbona en fin de agosto: y publicaban infinito número de gente de pie, que eran de la tierra: y entre aventureros, más de treinta mil peones: y que esperaban diez mil suizos, y otros treinta mil franceses arqueros a pie normandos, y de Picardía. Sucedió otra novedad por donde se tuvo mayor sospecha, que el rey de Navarra quería romper el asiento, y concordia que tenía con el Rey Católico, por trato, e inducimiento del rey de Francia: y fue, que estando con la reina

su mujer en Sangüesa, los vecinos de aquella villa con mano armada entraron en el reino de Aragón: y vinieron al lugar de Andués, y derribaron una casa fuerte con una torre que allí tenía Alvarado: estando los de aquella frontera de Aragón bien descuidados de pensar, que semejante movimiento, y auto de guerra se hubiese de intentar por los navarros, contra la paz, y amistad que entre los reyes, y sus naturales había por aquellas fronteras. Desto se tuvo mucho recelo, que fuese por orden, y mandamiento del rey de Navarra: pues no se hizo castigo, ni dio satisfacción alguna de aquella quiebra, siendo caso tan grave en rompimiento de la paz, y amistad que tenían: y sobre ello requirieron mosén Juan de Coloma, y el embajador Pedro de Hontañón al rey don Juan por la enmienda. Pero él se excusó con decir, que otro tanto se había hecho en el lugar de Arellano, por el deán de Calahorra, hermano del conde de Aguilar, cuyo era: y que había llevado allí gente castellana, y algunos de caballo, que doña Juana de Aragón hija del Rey Católico mujer del condestable de Castilla enviaba deste reino: y que pasaron por su tierra, y la hollaron sin su licencia: y que el duque de Nájera también entró con gente armada a verse con el condestable de Navarra: y el lugar de Andués más pertenecía a Sangüesa, que no al reino de Aragón. Mas como quiera que de caso tan nuevo, y que sucedió sobre otras quiebras, y daños que se habían hecho antes deste tiempo, contra las fronteras de Aragón, el rey pudiera justamente mandar tomar la satisfacción que se requería, pero como el rey, y reina de Navarra, después ofrecieron de hacer en aquel caso cumplida enmienda con obra, pidiendo, que la cuestión, que entre los aragoneses, y navarros había sobre los términos, se decidiese luego, por esto el rey no solamente no quiso mandar tomar la satisfacción, que pudiera a sus súbditos, pero sabiendo que el arzobispo de Zaragoza era partido a la frontera con gente, le envió a mandar, que cesasen todas las cosas, que de hecho quería atentar: y por vía de trato se asentase la satisfacción, y castigo, que por aquel insulto se debía hacer: y se pusiesen de concordia los límites por donde se hallasen, que se debía mojonar: porque por causa de aquel término no tornasen más a romper los de aquella frontera: y hecha esta concordia, se derramase la gente, que se juntaba. Pero con esto no se aseguraban, ni satisfacían los aragoneses, estando la guerra con Francia tan encendida: mayormente, que en esta misma sazón se tuvo aviso por mosén Carlos de Pomar señor de Sigüés, que era capitán en la parte deste reino comarcana de aquellas fronteras, que gente francesa había entrado por el Val de Roncal: y que llegaron haciendo sus correrías, y cabalgadas en Aragón: y se volvieron por el mismo valle, como por tierra propia, sin que por los navarros se les pusiese impedimento alguno. Como el rey de Francia ponía todo su poder contra las fronteras de España, porque tenía entonces mucho mejor aparejo para hacer la guerra por ellas, que en Italia, el rey mandaba poner en orden todos los lugares de sus fronteras, de manera que viniendo los franceses, como se creía, hallasen la resistencia que convenía: y señaladamente en la parte de Rosellón: por estar él tan vecino, que se hallaba en esa sazón en Barcelona: y tanto mayor cuidado había desto, cuanto mostraba más descuidarse el rey de Francia de las cosas del reino: juzgando, que no podía ser sino con fin, de poner por acá toda su pujanza. Decíase ya públicamente, que la armada francesa venía sobre Colibre: y púsose tal recaudo en aquel castillo, como si tuvieran certinidad que habían de venir

sobre él: y tenía el rey consigo sin la gente de caballo de Aragón, Cataluña, y Valencia, mil lanzas de los acostamientos de Castilla, que estaban antes con las otras compañías en Soria: y seiscientos espingarderos de Medina del Campo, Salamanca, Burgos, Valladolid, y Segovia: sin la gente, que se enviaba con la armada, que llevaba Estopiñán para proveer de lo necesario el campo, que estuviesen en el Ampurdán, y Rosellón. Con esta gente tenía el rey acordado, que pasase a Perpiñán don Fadrique de Toledo duque de Alba, luego que se declarase la venida de los suizos: y que se acercase hacia aquellas fronteras: y quedaba mucha otra gente de caballo, de las guardas en Soria, y por las fronteras de Navarra: y mil espingarderos de la Andalucía: y muchas compañías de gente de pie, para que estuviesen en aquella comarca: y en lo de Álava, y Guipúzcoa, con otras quinientas lanzas, que el condestable de Castilla, y el duque de Nájera juntaron por mandado del rey, para hacer rostro a lo de Navarra, y acudir con toda la gente a la necesidad, se hallaban más de mil lanzas, y mil trescientos jinetes. Estaba en la frontera de Álava, y Guipúzcoa don Juan de Ribera, con parte de la gente de caballo de los grandes, y acostamientos: y con algunas compañías de jinetes: y mandó apercibir el rey todos los grandes de sus reinos, para que se fuesen a hallar con él en aquella guerra: y la gente, que entonces residía en Rosellón, era de las capitanías de hombres de armas del reino de Aragón: y setecientos jinetes: adonde por orden de los diputados del reino de Aragón, fue enviado don Luis de Híjar conde de Belchite, que era uno de los capitanes de la gente deste reino, y diputado para recibir las muestras: y proveer que se pagase el sueldo.

Del socorro que el Rey Católico ofreció al rey de romanos, si moviese la guerra contra Francia por el estado de Milán. XLVI.

Trataba el rey de romanos en este tiempo, que los suizos renunciasen la confederación, y pensiones, que de antiguo tenían de los reyes de Francia, para que entrasen en el ducado de Milán, haciendo guerra: y que por esto se les diesen algunos lugares de aquel estado. Para que se declarasen, les ofrecía algún dinero, y mucha artillería: y procuraba de señalarles por capitanes algunos de los que andaban desterrados de Milán: para que los pueblos se levantasen con más aína. Pero esto era con fundamento, que se había de sacar el dinero de España: y como era muy vario en todas sus empresas, pretendía, que el Gran Capitán viniese a Toscana, y favoreciese a florentinos: por ganarlos contra Francia. Por otra parte rehusaba de entrar en liga con el Rey Católico, y con el Papa, y señoría de Venecia: y aunque el rey entendió, que no pararía en proponer otras empresas, y algunas dellas fuera del propósito que convenía a lo del reino, se extendía en prometer, que mandaría venir el ejército, que tenía en Nápoles a Toscana, y a Lombardía: si él quisiese, por la parte de Alemania meter gente en el estado de Milán: y perseverar en aquella empresa. Ofrecíasele para esto, que al ejército, que en ella asistiese, se enviaría socorro de alguna suma de dinero necesario, comenzando luego la guerra. Allende desto se procuró, que el príncipe archiduque fuese para Alemania, y residiese con su

padre: y que le tuviese cabo sí, y de su mano: porque allende que para las cosas de Italia, Alemania, y Francia, sería gran reputación al rey de romanos, excusábanse con aquello muchos consejos siniestros, que le daban malos servidores de su casa: que estando cerca de su padre, no osarían así hacerlo: a lo menos tan deshonestamente. Parecía, que pues el príncipe estuvo ocho meses en casa de su enemigo, no sería razón esquivarse de estar en la de su padre, si sus privados no le retraían dello: los cuales también procuraban de ponerle en desgracia con el rey su suegro: pensando de hacerle perder lo que él no quería que perdiese: y dábanle a entender, que para la sucesión de los reinos de España, era bien que tuviese por amigo al rey de Francia, para ayudarse dél en ella: que era consejo de verdaderos deservidores: y entendían en ponerle grandes sospechas del rey de Portugal, sin tener causa, ni fundamento para ello. Pero de la amistad del rey de romanos, cuando se pensaba que tendría nuevas prendas, nacían nuevas sospechas: y en esta misma sazón se publicaba haberse concertado vistas, entre él, y el rey de Francia: de las cuales era cierto que se había de seguir al rey de Francia reputación, y con ella acrecentamiento de amigos: y a él todo al contrario: y trabajaba el Rey Católico desviarle desto, por diversas vías: señaladamente por medio de don Juan Manuel, que sabía persuadir con mucho artificio, y grande ingenio cualquier consejo. Las cosas de Italia en este tiempo estaban en harta turbación, con la guerra que había en el reino, entre tan poderosos príncipes: y por causa de la muerte del Pontífice: y porque con esta ocasión pretendían muchos potentados, y señores de Romaña, y Toscana volver a sus primeros estados: siendo tantos desposeídos, y lanzados de sus patrimonios. Los más déstos atendían a que se continuase la guerra: y mediante ella conseguir su negocio antes que pensar en procurar la paz, por lo sucedido al duque de Valentinois. A vueltas de los otros, venecianos buscaban formas como pudiesen entrar en alguna parte de su estado: y tenían propósito de ir hacia lo de Faenza, como cosa sin dueño: y entender en lo de Imola, y Forli: so color del derecho de un hombre perdido, que ellos tenían en su poder: a quien decían pertenecer aquellos lugares. Pero de miedo del duque, apenas osaban bien declararse: y también el rey creía que los tendría sin ningún interese: porque como ellos siempre se ocupaban en tomar, y aquello les era más importante, que lo que se les podía dar en el reino, habíanle menester para sostenerlo: y esperaba que harían en su negocio propio, por donde él los hubiese de ayudar en lo que convenía a la señoría.

Que el marqués de Mantua pasó con el ejército francés la vía de Roma: y de la elección del papa Pío III, y de su muerte. XLVII.

Estaban el príncipe de Bisiñano, y el marqués de Lochito, y los condes de Melito, y Morcón, y Juan Jordán Ursino, y el duque de Ariano en Brachano, esperando que se juntas la gente del rey de Francia: y el cardenal de Ruán se fue a Nepe, donde estaba el duque de Valentinois muy enfermo: por tratar de haber dél toda la gente que pudiese dar de sus condutas. También pretendía el de Ruán, que los cardenales que estaban en el sacro palacio, que eran amigos del duque, le diesen sus votos:

los cuales estaban muy alterados de miedo de los franceses, que traían grande negociación, por hacer Papa a Ruán: y tentaron pasar a la otra parte de Roma a Marino, y Frascata: adonde se puso don Diego de Mendoza con nuestra gente. Fue así, que al tiempo que el rey de Francia dio prisa de enviar su ejército en socorro de Gaeta, encomendó luego el cargo de capitán general dél al marqués de Mantua, juntamente con el de la Tramulla: y no lo quiso aceptar el marqués, por esta causa: y entonces dio aviso al Gran Capitán, y a Lorenzo Suárez a Venecia, que no iría contra el servicio del rey: y tuvo sobre ello sus tratos con Lorenzo Suárez: mas como el de la Tramulla adoleció, y desconfiaron de su ida, ofrecieron el cargo al marqués: para que le tuviese solo: y él lo aceptó: y partió con el campo hasta la Ínsula ocho millas de Roma: adonde reparó a recoger la gente, y artillería: y por dar lugar que fuese primero creado el Sumo Pontífice, porque esperaban que fuese elegido el cardenal de Ruán, o el cardenal de San Pedro, o el de Nápoles. Tras esto mejoró el de la Tramulla algún tanto: y aunque con poca salud partió con la retaguardia desordenando todo cuanto proveía el marqués por el camino: y desto recibió tanto enojo, y descontentamiento, que si los dos estuvieran juntos, era cierto que no pudiera dejar de resultar entre ellos gran disensión. Era ido el cardenal de Ruán con gran esperanza, que sería elegido Pontífice: y fueron con él el cardenal Ascanio vicecanciller, y el cardenal de Aragón: y también iba con el mismo pensamiento Juliano de la Rovere cardenal de San Pedro: y trabajaron estos dos cuanto pudieron por tener la mayor parte en el colegio cada uno por sí: mas los cardenales españoles entendiendo cuánto aquello sería contrario al bien, y quietud de la Iglesia, hicieron tal resistencia con sus amigos, que no se dio lugar que ninguno déstos fuese elegido de las dos partes del colegio, como era necesario: y procuraban que se hiciese elección del cardenal de Siena. Era cierto que el rey de España deseaba que la elección fuese de cualquiera del colegio, que más conviniese al beneficio universal de la Iglesia: y procuraban sus ministros, que no se conformasen en hacer Pontífice al cardenal de Nápoles, ni al de San Pedro. Viendo el cardenal de Ruán que no podía conseguir su deseo, tuvo fin de hacer Pontífice al cardenal de Nápoles, o al de San Pedro: pero el vicecanciller claramente le dijo, que no pensase ver a ninguno dellos elegido: porque el cardenal de San Pedro fue siempre su enemigo, y el cardenal de Nápoles era malquisto de la mayor parte del colegio: y el cardenal de Aragón se conformó con él: y fueron mucha parte para desbaratarlo: y así quedaron entre sí muy diversos. Procediendo los cardenales en su cónclave a la elección, luego que el cardenal de Ruán entendió en el primer escrutinio, que no tenía mucha parte, aunque él, y los embajadores franceses juraron, que no entraría en Roma gente del ejército de Francia, ni se intentaría novedad alguna, con gran furia él en el cónclave, y los embajadores fuera amenazaban que entraría en Roma su gente, y artillería: para que pasase contra el Gran Capitán. Pero la mayor parte del colegio, y los gobernadores del pueblo romano respondieron, que no se daría lugar a ello: y toda la ciudad se puso en armas: y luego enviaron a llamar a don Diego de Mendoza, y a Fabricio, y Próspero Colona, que partiesen con la gente: con tal propósito, que si aquello intentasen los franceses, se llamase al Gran Capitán, y les resistiese con todo su poder. A la hora Próspero partió con trescientos caballos ligeros, yendo en Roma: y don Diego de Mendoza con la gente de armas e

infantería se reforzaba en Frascati, que está a cinco millas de Roma: adonde se fue a juntar Fabricio con él: y eran más de trescientos cincuenta hombres de armas, y dos mil infantes: y porque enviaron a pedir más gente de caballo, les envió luego el Gran Capitán a Manuel de Benavides con doscientos cincuenta jinetes. Con esta revuelta se comovió gran alteración, y contienda en el colegio: y a cabo de treinta y cinco días después de la muerte del papa Alejandro, finalmente los cardenales españoles en conformidad de todo el colegio fueron parte; que fuese creado Pontífice al segundo escrutinio el cardenal de Siena. Era sobrino del papa Pío II, hijo de su hermana: de quien tomó el nombre, y se llamó Pío III: y era persona que profesaba gran virtud: y muy experimentado, y justo varón, y de mucha modestia, y bondad: y estaba muy dispuesto para el beneficio universal de la cristiandad: y en particular era muy aficionado al rey don Fadrique. Hizo toda la contradicción que pudo el cardenal de Ruán a la elección del cardenal de Siena: y todos los que le seguían: que eran los cardenales de Nápoles, San Pedro, y el de Sanseverino: y éstos publicaban, que el papa Pío su tío del cardenal de Siena, echó los franceses del reino: y dio en el concilio de Mantua la sentencia en favor del rey don Fernando: y que este su sobrino era más aragonés, que otro ninguno del colegio. A esta elección ayudó mucho a la postre el cardenal Ascanio: mostrándose gran servidor del Rey Católico, porque favoreciese la empresa de Milán, contra el rey de Francia: pues se ofrecía tan buen aparejo: y las cosas del reino sucedieron tan prósperamente. Otro día después de ser elegido el Papa, que fue a veintidós de septiembre, tuvo congregación del colegio de cardenales: porque antes de ser coronado Pontífice, no se acostumbra juntar consistorio: y allí propuso lo de la paz entre los reyes de España, y Francia: y se declaró, que estaba determinado de procurarla con todas sus fuerzas, y la reformation de la Iglesia: y que para ello quería convocar concilio general: y porque en los capítulos del cónclave se determinó que dentro de dos años se hiciese concilio, y de allí adelante se convocase de tres a tres años, propuso que quería luego dar orden, para que sin esperar aquel término, se convocase, cuanto más presto ser pudiese: y desto dijo que quería dar aviso a todos los príncipes de la cristiandad, para que se concertase adónde, y cuándo se debía juntar. Para que esto se hiciese mejor, trató en aquella congregación, que era muy necesario reformar luego las cosas privadas, que tocaban a las personas del Papa, y de los cardenales, y sus casas, y de toda la curia romana: y de los ministros, y oficiales della: y mostraba tener gran afición a ello, con buena, y santa intención: pero él estaba tan enfermo, y flaco de una muy grave dolencia, que habiéndose coronado en San Pedro a ocho de octubre, no pudo ir a tomar la posesión de su pontificado a S. Juan de Letrán, como es costumbre, por su grave enfermedad: y de allí a diez días falleció: y no se pudo poner en ejecución ninguno destos buenos deseos. Cuánto más, que el estruendo de las armas que tenían muy presentes, no daba lugar que esto se pudiese, ni aun platicar con ánimo libre: porque cuatro días después de la elección, el ejército del rey de Francia pasó por defuera los muros de Roma, que era de hasta mil hombres de armas, y mil caballos ligeros, y cuatro mil quinientos infantes, entre suizos, y normandos: y llevaban trece cañones, y ocho culebrinas, y diez falconetes: y el señor de la Tramulla, que llegó hasta Brachano para pasar con esta gente; quedó enfermo de quartanas: e iba por capitán general el marqués de Mantua.

Que don Hugo de Moncada, y otros capitanes de la gente que el duque de Valentinois tenía en Romaña, fueron a servir al Rey Católico, al tiempo que estaba sobre Gaeta. XLVIII.

Antes que pasase esta gente, el embajador Francisco de Rojas envió al Gran Capitán dos mil soldados, que pudo recoger entre españoles, alemanes, e italianos: y cien caballos ligeros: y puso en orden otros doscientos alemanes, y quinientos italianos, para enviarle en pos dellos. Con esta gente iba don Hugo de Moncada capitán de cien hombres de armas de los del duque de Valentinois, y el capitán Gorbalán con otros ochenta: que dejaron al duque, con deseo que tenían de servir al Rey Católico: y de cada día se iba allegando al campo, que estaba sobre Gaeta, de aquella gente del duque, que era muy escogida, y bien ejercitada, y diestra en la guerra. Fueron tras estos capitanes poco después a servir al rey en esta guerra don Jerónimo Lóriz, y don Luis de Híjar, y otros caballeros del reino de León, que eran don Pedro de Castro, y Diego de Quiñones, todos de la escuela del duque de Valentinois. Como estos capitanes, y la gente del duque se fueron a nuestro campo, fue causa que Bartolomé de Albiano, que era capital enemigo del duque, y principal de los del bando Ursino, y muy valeroso caballero, y señalado capitán, fue contra él: y le ocupó algunas tierras: e iba ganando todo lo demás que tenía de Ursinos. Entonces se comenzó más de veras a platicar de concordia, y paz entre Ursinos, y Coloneses: porque todos sirviesen al rey Católico: y se fue Bartolomé de Albiano con la gente que tenía junta, a nuestro campo: y ofrecióse por parte del Gran Capitán de dar condutas a los otros Ursinos: y confirmar al conde de Pitillano, y a Julio, Fabio, y Francioto Ursino las tierras que tenían en el reino, según las concesiones, y gracias del rey don Fernando el Mayor, que les fueron ocupadas por franceses: y porque la Atripalda era de la reina de Nápoles la Menor, se trataba, que diese el rey equivalencia de aquello a Bartolomé de Albiano de algún estado, hasta cinco mil ducados de renta con título de conde. Cuando el Gran Capitán tuvo nueva, que el cardenal de Siena era creado Sumo Pontífice, porque él procuró que lo fuese don Bernardino de Carvajal cardenal de Santa Cruz, o el de Praxedis, pues estuvo en mano de los cardenales, que eran de la opinión del Rey Católico, que hicieron aquella elección, recibió algún descontentamiento dello. Porque no embargante, que el nuevo Pontífice era tenido por muy singular varón, se tenía mucho recelo, que por ser tío de la princesa de Bisignano, y del marqués de Lochito, y tenerlos en cuenta de hijos, y siendo pariente del marqués de Bitonto, y de los más principales de los rebeldes, teniendo tantas prendas en aquel reino, no fuese causa de alguna nueva alteración. Juntó entonces toda la más gente que pudo con intento de dejar en Castellón, que era el fuerte de donde tenía cercada a Gaeta, hasta tres mil soldados con buenos capitanes, porque no pudiesen salir los franceses: y quiso partir con su ejército a ponerse en San Germán, si mejoraban de la pestilencia que en aquel lugar había, o en Thiano: porque estaba determinado si los franceses pasasen, salirles al encuentro, para darles batalla, según la gente, y el camino, y orden que llevasen. Mas el ejército francés iba con gran vagar: y puso muy poca diligencia en acabar una puente que el colegio de los cardenales les permitió hacer en el Tíber, encima de Roma, antes de la elección del Pontífice: y apenas se había aún comenzado: y todavía procuraban el paso por

Roma, con gran instancia. Después de la elección dejaban de insistir en ello: y creyóse que se: y que el Papa, y el pueblo romano les serían contrarios: aunque el cardenal de Nápoles les daba mucho favor, por ser muy francés: y el duque de Ariano, y los condes de Matalón, y de Cherito: pero éstos aunque seguían aquella opinión, no usaban de tan malos medios, y términos, en deservicio, y ofensa del rey, como el cardenal. Para esta jornada, y otra cualquiera, que se hubiera de emprender, la mayor falta que el Gran Capitán tenía, era de dinero: y fue tan extrema, que dejaba de acometer grandes cosas por poca suma: y las que se efetuaban, era con graveza, y maltratamiento de los pueblos. Sucedió por este mismo tiempo que un ciudadano de Capua, que se llamaba Andrés de Limpia, tenía vendida aquella ciudad: y con tal concierto, que se rebelase dándola a los franceses: poniendo su armada gente en tierra, en una torre que estaba a doce millas de Capua. Éste ofreció que les daría entrada, y les entregaría la ciudad, con la cual se tomaba, e impedía el paso de Nápoles al Gran Capitán, demanera que no podían juntar su gente, ni volver a Nápoles, si el ejército del rey de Francia llegase: y siendo avisado desto, le mandó prender, y hacer dél justicia. También tuvo aviso que el duque de Valentinois envió al campo del rey de Francia ciento sesenta hombres de armas, y otros tantos caballos ligeros: y con aquel socorro se atrevieron a pasar de Viterbo. Mas cuando tuvieron aquella gente en su campo, le enviaron a requerir que prestase al rey de Francia cincuenta mil ducados, para ayuda a pagar su ejército: porque muchos se volvían por no ser pagados: y porque no los quiso dar, le enviaron a decir, que él se fuese con toda la gente que tenía a su campo, o se viniese a Francia: y desto el duque estuvo muy descontento, viéndose tan mal tratado de franceses en tiempo que había ya perdido todo lo más de los estados que se ocuparon a sus señores: y no le quedaba en Romaña, sino el castillo de Armino: y los Ursinos tenían junta mucha gente, y venían sobre él a le cercar en Nepe: y envió a decir a Próspero Colona, que si fuese seguro, se venía a poner en manos del Rey Católico: pero el Gran Capitán procuraba más que Ursinos, y Coloneses se concertasen en servicio del rey: y pudiéndose aquello acabar, no curaba mucho del duque: porque a lo de la concordia de Ursinos, y Coloneses venían bien venecianos: y en caso que no los pudiese avenir, trabajaba de haber al duque, por aprovecharse en aquella sazón de su gente, y dinero: para lo cual creía que ayudaría mucho, si no se pudiesen ganar los Ursinos. Tuvo el rey por cosa muy favorable a sus empresas, que el duque de Valentinois se hubiese declarado en vida de su padre por el rey de Francia, en lo que tocaba a esta guerra: porque por su causa se entendía, que tenía más servidores: pero no obstante esto, con diligencia mandó avisar al Gran Capitán, que lo recibiese en su servicio. Esto se procuró al tiempo que se le despidían los capitanes, y gente de guerra: pero tenía por más expediente la concordia que se trataba entre Ursinos, y Coloneses, para que estuviesen conformes, y juntos: pues con esto el duque quedaba muy desfavorecido, e iba cada día perdiendo de lo que le quedaba de su estado: y así parecía al rey, que no pudiera ser más a su propósito, que perder servicio de un tan perverso hombre, y tan menguado ya de poder.

Que el Gran Capitán mandó recoger su gente en San Germán, para salir a resistir la entrada de los franceses, que iban en socorro de Gaeta. XLIX.

El cerco de Gaeta estaba en tales términos, que de la tierra no se podían más estrechar, ni los de dentro bastaban a sufrir más: pero en faltando un día el pan a nuestras galeras, lo cobraron los franceses por mar para muchos: no embargante, que de las galeras francesas se perdió la capitana, que dio al través con tormenta. Mas aunque padecían muy grande necesidad, la sufrían con la esperanza del socorro que sentían tan cerca: puesto que como se embarcaron los caballos del señor de Vanas hijo del señor de Albret, y del de Alegre, dio mucha confianza, que aquellos capitanes se querían ir, porque tardaba el socorro: pero esto fue, que el de Vanas estando doliente se salió de Gaeta, y fue a Civitavieja, y falleció estando para pasar a Roma. Tuvo después desto el Gran Capitán aviso cierto, que a los franceses se les dio el paso del Tíber por Ponte Mole, a dos millas de Roma: y llegando allí, discurrían a alojarse a cinco millas de Roma: y de allí pasaban cinco millas más adelante: y que pensaban seguir su camino a jornadas tiradas, porque eran muy requeridos de los de Gaeta, que los socorriesen. Estaban ya en tanta necesidad, que si dentro de ocho días no les iba el socorro, no podían sufrir más: y por esto don Diego de Mendoza, Próspero, y Fabricio Colona partieron de Iuvenazo con toda la gente que tenían, la vía del reino: con intento de tomar el camino de Aquino, o de Pontecorvo: y el Gran Capitán envió a San Germán al duque de Termens, y a Íñigo López de Ayala, para que recogiesen allí toda la gente de caballo: adonde le pareció, que todos se debían juntar, para oponerse a la entrada de los enemigos: y él quedaba a punto, para en sabiendo que los contrarios serían más cerca, recogerse a San Germán: y hacer allí todo el esfuerzo para resistir: y si conviniese dar la batalla. Este acuerdo era con presupuesto, que podría fácilmente recoger toda su gente: señaladamente al de pie, de los lugares en que estaba alojada: de suerte, que se pudiese hacer el efeto que deseaba: porque no siendo tan fácil el poderla recoger, convenía seguir otro intento: considerando, que como la estancia de San Germán era la más conviniente, y provechosa, teniendo cierta la gente que solía, y con ella creía ser aquél muy cómodo puesto, para esperar a los enemigos, así se conoció que sería muy peligroso ponerse en ella con fuerza, que no bastase a dar la batalla, por grandes respetos: por esta causa envió a saber de Francisco Sánchez, si la gente que tenía, y estaba en Nápoles, así la de caballo, como la de pie, que era la mayor parte del ejército, venía a juntarse con él, por poner en obra el hecho: según se hallase la disposición: y le encargó, que con gran diligencia procurase, que fuese toda junta: pues si bien se juntasen esperaba, que haría hornada, que perpetuase el descanso de las fatigas pasadas: porque si los contrarios no se detuviesen, dentro de tres días llegaban a lugar, adonde podían dar, o recibir la batalla. Pero tenía grande fatiga en sostener la gente por la falta de dinero: y entreteníalos con grande artificio: proveyendo como mejor podía a la necesidad de los alemanes: porque en ellos era mayor el peligro, estando tan cerca los enemigos. Estando las cosas dudosas en esta esperanza, comenzó el rey desde entonces a publicar, que tenía puesto muy grande, y particular cuidado en las cosas de Italia: para que allá entendiesen, que no se

quería hacer ajeno della, como en lo pasado. Por esto considerando, que si sucediese al Gran Capitán alguna enfermedad, o muerte, u otra adversidad alguna, todo lo de aquel reino quedaba a muy evidente peligro, y estando tan ocupado en lo que traía delante, esperando cada día pelear con los enemigos, no podía hacer en todas las cosas de gobierno, y justicia, que dejaba atrás, tan buena provisión como se requería, se determinó, que prosiguiese él solo en aquel cargo que tenía de las cosas de la guerra, para en toda Italia: pues era tan bien fortunado en él: y que fuese un grande de sus reinos, para las cosas de la paz, y gobierno de aquel reino: porque viesen que tenía cuidado de la conservación dél: y aquel nombre del rey don Fadrique, y del duque de Calabria su hijo, y de su restitución en el reino, se fuese poco a poco olvidando.

De la entrada de los franceses en Rosellón: y que pusieron cerco sobre el castillo de Salsas. L.

Estando el rey esperando el suceso de las cosas del reino, por cuya causa el rey Luis hizo juntar todo su poder para entrar en Rosellón, y hallándose en Barcelona ocupado en la guerra de los franceses por tantas partes, tuvo aviso de la elección del papa Pío. Recibió desta nueva muy grande alegría: porque tuvo esperanza que aquel Pontífice sería medio, para que se consiguiese perpetua paz en la cristiandad: mas el rey de Francia, que no le tenía por propicio a sus cosas, se esforzaba de estrechar el negocio: y determinó de juntar toda su pujanza, cuanto se podía recoger en este tiempo en su reino. Consideró que el rey tenía muy lejos su gente de guerra: y parecióle, que antes que se pudiese poner en orden tal ejército, que bastase a la defensa del condado de Rosellón, podría hacer mucho daño en sus tierras. Juntóse toda la gente de armas que pudo hacer de arqueros, y peones, y suizos: y en fin de agosto tuvo su ejército desta parte de Narbona a los confines de Rosellón, en un lugar que se dice Palma: y los franceses hicieron allí su fuerte, y asentaron su campo. Venía por general el señor de Rius mariscal de Bretaña: y con él otros dos capitanes muy principales, que eran el uno el mariscal de Gie, y otro el caballero mayor del rey de Francia, que llamaban el gran escudier: y movieron con determinación de poner cerco sobre la fortaleza de Salsas, que está a la salida de aquel condado, en los confines de Francia: porque no se acabó de fortificar: y estaban por labrar las principales defensas della. Tuvieron por cierto, que estando su campo sobre Salsas, por la disposición de la tierra estarían allí muy fuertes, y seguros: porque de la una parte tenían la tierra por espaldas, y de la otra la mar, y el estaño, y a Leocata: de suerte, que no podían ser ofendidos, sino por una muy estrecha entrada, adonde hicieron sus cavas, y palizadas. Pusieron parque al derredor de su campo: y fortalecieronle mucho: y como estaban asentados en el camino, y entrada de Francia, nuestra gente no podía entrar a hacer daño en sus mantenimientos, sino por el Grao: que es un angosto camino, que está entre la mar, y el estaño: adonde ellos tenía fortalecida a Leocata. En aquella sazón el rey estaba aún en Barcelona: y cuando supo la venida de los franceses, y que se habían ya

puesto en frontera, envió a Perpiñán a don Fadrique de Toledo duque de Alba, por su capitán general: y llevó algunas compañías de gente de caballo, y de pie: para que guardasen, y defendiesen el condado de Rosellón, entretanto que él juntaba su ejército, para salir a resistir a los enemigos poderosamente. Tenía el duque mil jinetes, y quinientos hombres de armas, y seis mil peones: y otro día que llegó a Perpiñán, se fue don Sancho de Castilla, que residía por capitán general en aquella frontera, a poner en Salsas: y porque pareció al duque, que Elna no estaba para defenderse, acordó que sería bien recoger la gente con los bastimentos a Perpiñán: y puso en Colibre un teniente de don Íñigo de Velasco, con algunas compañías de guarniciones, por lo que importaba defender aquel puerto: y dióle cargo de aquella villa juntamente con el alcaide. Detuviéronse los franceses en aquel fuerte, sin pasar adelante algunos días: y un domingo, que fue a diez de septiembre, el mariscal de Bretaña antes del día llegó con seiscientos de caballo con cuatro banderas a la raya: donde dividen los montes a Francia, de Rosellón: y pasaron a vista de Salsas, para reconocer la disposición de la tierra. Pero como de la fortaleza dispararon algunas piezas de artillería contra la gente que se iba descubriendo, y pasando adelante hicieron algún daño en ellos, el mariscal con sus caballos, y con la gente de pie se recogió muy aprisa, adonde no los podían descubrir: y tornaron por su camino sin detenerse hasta llegar a su fuerte. Siendo avisado desto el duque, salió de Perpiñán camino de Salsas con quinientos jinetes de los que allí tenía: y dejó en la villa al gobernador, y a don Hernando de Toledo su hermano, para que tuviese cargo de la gente que quedaba: y envió al procurador real a los lugares de aquella comarca, que no estaban en defensa, para que recogiese la gente. Llegando a Salsas, envió el duque a Lope Sánchez de Valencia con los jinetes, para que siguiese a los franceses: y pasó por Salsas, una hora después que ellos partieron: pero no pudo alcanzar a ninguno de los hombres de armas: aunque llegó muy justo de Palma, donde estaba el campo de los enemigos. Tenía entonces el duque en Perpiñán las compañías de soldados que eran necesarias, para defender la villa: entre tanto que se juntaba mayor ejército: porque determinó, que si los franceses emprendiesen de cercar a Salsas, o algún otro lugar, de los que estaban en defensa, si esperasen salir a dar la batalla, o retrayéndose, y saliendo de Rosellón, entrar a continuar la guerra dentro de la tierra de los enemigos. Era el ejército de los franceses de veinte mil hombres, entre la gente de ordenanza, y de la tierra: mas toda su fuerza consistía en mil lanzas, y diez mil infantes: y los mejores éstos eran solos los cuatro mil, que se juntaron entre normandos, y suizos. Vino después este ejército con grande artillería de campo, y de batería, y con todo el aparato de municiones que se requería, a asentarse cabo la fuente que está desta parte de las faldas de los montes: y detuviéronse en aquel lugar todo un día: y antes que llegase la noche tenían fortalecido su campo con parque, y con otros reparos que hicieron hacia la parte de Salsas: y con la infantería tomaron la sierra. Otro día por la mañana, que fue sábado a dieciséis de septiembre, antes que fuese de día se alargaron las batallas de su infantería, siguiendo por la sierra adelante: y tomáronla toda hasta en par de la fortaleza de Salsas: y por lo bajo al pie de la misma sierra entraron los escuadrones de la gente de caballo con su artillería, y fardaje hasta que llegaron a ponerse detrás de Salsas la vieja. Allí comenzaron a asentar su parque delante del sitio,

donde reparó su campo: y seguían su mismo parque, saliendo de detrás de Salsas la vieja, a las espaldas de unos collados, que están entre Salsas, y la sierra: para ir a tomar un cerro pequeño, que está el más cercano de la fortaleza, a la parte de la sierra, donde estaba un colmenar: por poner su parque en aquellos collados, que se tienden algo más acá de Salsas la nueva, al lado hacia la sierra: a lo que se entendía, porque de aquel parque pudiesen cerrar con cavas, y estancias hasta el estaño: y el castillo de Salsas quedase encerrado de su parte: pues de otra manera no estuviera cercado: y para que tuviesen seguro su real: por ayudarles la disposición del sitio donde estaban, que no pudiese ser rodeado por los jinetes: y mostraban grande temor: y no se osaban desmandar para apartarse: ni salir de su fuerte: porque la artillería de Salsas hacía daño en sus gentes. Mas porque había de atravesar por un llano que está en medio, así como venían asentado el parque, por lo descubierto alguno espingarderos que don Sancho de Castilla mandó que estuviesen en Salsas la vieja, y la artillería de la misma fortaleza hicieron tanto daño en ellos, y les puso tanto miedo, que mientras fue de día, no osaron continuar el parque, ni hacer reparo más adelante. Tampoco se atrevían de pasar por la otra parte hacia la vega: pero aquella noche trabajaron tanto en los reparos, que a la mañana adelantaron la cava por largo trecho: y por la parte de la vega, y del estaño prosiguieron en hacer su parque, hasta el camino real: y de allí se fueron acercando, y asentando su artillería: y asentaron una culebrina bien lejos encima de un cerro grande, que es el postrero, hacia la parte de Ribasaltas: y otras piezas grandes se pusieron detrás de su parque: de donde tiraron muchos tiros a la fortaleza: pero ninguno la podía coger: y todos pasaban por alto. Entretanto que se juntaba la gente del ejército, que había de pasar al socorro, el duque mandaba, que las compañías de los jinetes quebrasen el hilo de los mantenimientos, que venían al real de los enemigos: y dar en los que se desmandaban, y salían a hacer sus estancias: dándoles todo el trabajo, y fatiga que podían. En este punto considerando el rey, que pues el rey de Francia estaba tan determinadamente, y con todas sus fuerzas se ponía a trabajar de ocupar lo de su reino, y hacer la guerra dentro dél, que era la mayor cosa en que el rey se había visto, ni esperaba ver, que era razón alomenos de hacerlo saber a los reyes de romanos, e Inglaterra: y requerirles como a confederados: y así lo cometió a Hernán duque de Estrada, que estaba en Inglaterra, y a don Juan Manuel, que se hallaba embajador en la corte del rey de romanos: pero demás desto, entendiendo, que se excusarían con decir, que les placía de ayudar de la manera que eran obligados, se proveyó, que Hernán duque levantase dos mil peones ingleses escogidos, y bien armados: con orden que luego se embarcasen con algún buen capitán inglés, y viniesen a la parte de Fuenterrabía: y se les pagase el sueldo que se daba a suizos, que era tres ducados al mes. Porque se creía, que sabiéndose en Francia, que se movían ingleses, ponían temor en sus costas: y entonces sería bien, que con otro ejército de infantería se juntasen en la frontera hacia Bayona: y que fuese de gente de Vizcaya, y de la provincia: pues toda es tan buena gente: y con la caballería que conviniese se hiciese alguna entrada en Francia por aquella parte, que ponía temor en toda aquella tierra. Todo esto se prevenía, para en cualquier suceso del cerco de Salsas: y si se viese disposición en el rey de Inglaterra, que le pudiese persuadir, que se pusiese en la empresa de cobrar sus estados de Guyena, y

de Normandía, se daba comisión a Hernán duque, que ofreciese, que el rey le ayudaría para ello a su costa.

Que el duque de Alba capitán general de las fronteras de Rosellón, salió de Perpiñán, y se fue a poner en Ribasaltas, para el socorro de Salsas. LI.

Fueron adelantando los enemigos sus estancias: y continuaban las minas por la una parte, y por la otra: procurando de cerrar la salida para Perpiñán, y llegar a la cava de Salsas: y tentaron de tomar los carneros, que traían los de la fortaleza a pacer. Salió contra ellos Gil de Varacaldo, teniente de don Hernando de Toledo, que tenía la guarda con cincuenta de caballo: y quitóselos: y acudió don Hernando al rebato desde Ribasaltas con los jinetes: y corrían los caminos de Francia para el campo: señaladamente Lope Sánchez de Valenzuela, que hizo buenas cabalgadas, y tomó algunos prisioneros. Entonces el duque salió de Perpiñán, y se fue a poner en Ribasaltas: y allí se mejoró a la parte de Salsas, cerca del lugar donde se pusieron don Hernando, y otros capitanes con jinetes en la guarda del campo. De allí envió el duque a Salsas a Ruy Díaz Cerón, y después a don Pedro de Castrillo, y a Gonzalo de Ayora, para que reconociesen el fuerte, que hicieron los franceses: y la disposición del sitio, y sus minas: y la parte por donde la fortaleza recibía más daño de su artillería: y después que lo hubieron muy bien reconocido, don Pedro se entró dentro a vista de los enemigos. Estaba asentado el campo de los franceses hacia la parte de la sierra, en los valles, que son todos de peña viva: que ni se podían cavar, ni bastaban a hacer reparos en ellos: y las minas se hicieron en torno de la fortaleza de suerte, que la tenían casi cercada por todas partes: sino por donde va el camino de Perpiñán a Narbona: y hacia la parte donde fue Salsas la vieja, que estaba entre el real de los franceses, y la fortaleza, tenían sus estancias, como dicho es, con su artillería de campo: y la más gruesa estaba asentada a la parte donde sale el sol, desde un cuartel de su fuerte, hacia el camino de Narbona, por donde sale el agua de la fortaleza: y de allí batía la artillería más a menudo. Mas como se pasó después un tercio de su campo a un valle, que está entre Opol el viejo, y la fortaleza, hicieron allí su principal fuerte: y asentaron parte de la artillería gruesa: y con ella se hacía mucho daño a los de dentro: y les mataron un lombardero: y alcanzaban desde la estancia que tenían encima del colmenar, a la entrada del castillo: e impedían por aquella parte, que quedaba libre, que los nuestros entrasen dentro. Desta manera, como tenían guardado lo alto de la sierra, que señoreaba su real, con dos mil peones, y algunas piezas de artillería, los nuestros procuraban tomarles lo alto, y ganarles aquella estancia, con la artillería que tenían en ella: que parecía cosa muy aparejada para hacerse: porque estaban lejos de su campo: y no podían de noche ser socorridos, sin que fuesen desbaratados: y no tenían reparo ninguno: por ser la sierra muy áspera, y que está debajo de otra montaña más alta, que se extiende desde Castelvell, por donde los nuestros los podían echar de aquel lugar: y por el camino del valle, había buena disposición, para que llegasen los jinetes hasta muy cerca, para recoger

nuestra infantería, y hacerles favor, y espaldas, si necesario fuese: porque desta manera, aunque toda su gente saliese a defender la sierra, y pasase a socorrer sus peones, los nuestros se podrían recoger a Ribasaltas seguramente, por la misma sierra: y después por una rambla que allí hay. Este descuido de los franceses nació de algún encogimiento que nuestra gente tuvo: después que su campo llegó a ponerse sobre Salsas: y andaban sus peones muy sueltos, y desmandados, hasta llegar cerca de nuestras guardas: siendo la tierra muy llana: y adonde no se les podía poner celada: pero aunque acabaron de hacer sus minas sin ningún rebato, siendo bien desviados de su parque, y de sus estancias estaba el castillo muy fuerte. Tenía muy escogida gente en su defensa: y postreramente les envió el duque cincuenta soldados, entre catalanes, y aragoneses, de los mejores que tenía en su campo: y eran por todos trescientos cincuenta escuderos: que se escogieron en todas las compañías: y hasta cumplimiento de mil soldados: tales, que no se tenía recelo, que le pudiesen tomar los enemigos, sino por hambre: y la gente estaba muy animada generalmente, y con gran confianza de la vitoria. Visto que los enemigos ponían todas sus fuerzas en lo de Salsas, pareció que no se debía sacar la gente que estaba en Elna, ni los bastimentos: y aposentóse allí mucha parte de la gente de caballo. Pusiéronse en Colibre seiscientos peones: y estaba allí aposentada parte de la gente de caballo: y en Conflente estaban trescientos, y en Puigcerdá seiscientos: y en otros lugares había algunas compañías de infantería, para que se recogiesen cuando el rey fuese, como lo tenía acordado: para tener toda la gente junta en el campo. Puso el duque en Ribasaltas a la frente de los enemigos, al comendador Ribera, y a Martín de Salcedo, y Pedro de Almaraz con doscientas lanzas: para que estuviesen siempre en guarda sobre el real: y sacó los capitanes que allí estaban primero con la gente que tenían, para que corriesen los caminos de Narbona: por donde venían al campo los bastimentos: y fueron trescientos jinetes, y mil doscientos peones. Quedaron en el paso de Leocata don Jaime de Luna, y el vizconde de Ebol con ciento sesenta hombres de armas: y don Hernando de Toledo con cien lanzas, y con la gente de pie para tener seguro el camino a los corredores: y Lope Sánchez de Valenzuela con cien caballos corrió el camino de Fitor hasta la puente de la fuente de Salsas: y Ruy Díaz Cerón pasó a correr hasta las cabañas, donde los franceses tuvieron su campo: e hicieron mucho daño en derramarles mucho vino, y harina, y el ganado menudo que tenían vivo, y muerto: y trujeron cuarenta y seis prisioneros, y cincuenta acémilas, y algunas armas.

Que se presentó por el duque de Alba la batalla a los franceses. LII.

Pareció al duque para asegurar todos los corredores, y su avanguardia ser necesario, que él se pusiese entre S. Lorenzo, y el estaño a vista de los enemigos, ofreciéndoles la batalla, si la quisiesen venir a dar, o tomarla: y para esto sacó parte de la gente de pie, y caballo: que eran hasta seiscientos hombres de armas, y doscientos jinetes, y hasta ochocientos infantes: y con nueve tiros de

artillería de campo puso su gente en un llano a vista de los franceses. Pero reparó en tan aventajado lugar, que aunque fuera mucha más gente de la que los enemigos tenían, no podían allí pelear: ni se les daba lugar de pasar a él, sino por medio de la artillería. Tenía la gente de armas en tres batallas en la delantera: y por las alas los jinetes a las dos partes: y entre la ala derecha de los jinetes, y la gente de armas puso la artillería, y los peones tan ordenados, como lo pudieran estar los más ejercitados de Italia. Estaban los nuestros con tanto esfuerzo, que ya no se temía sino lo que fue, que los franceses no osarían venir a batalla: aunque en su real hubo muy gran rebato: y salió alguna gente de armas a la parte por donde corría Lope Sánchez: pero cuando vieron su gente de armas, y los peones que tenían por guarda, se repararon, y dejáronlos correr a toda su voluntad. Estando desta manera el duque esperando lo que los franceses harían, Pedro de Almaraz, y el comendador Ribera, que tenían la guarda delante de Salsas le enviaron con un escudero a decir, que los franceses sacaban un buen escuadrón de gente de armas entre Salsas, y el estaño, que venía para él: y que salían otras dos batallas, y para más certificarse, envió a Gonzalo de Ayora, que hacía oficio de coronel, que fuese a reconocer el campo: y visto que eran los que hacían la guarda al real de los franceses, y que recogían a los que salieron a hacer rostro a Lope Sánchez, dio aviso al duque de lo que pasaba. Aquel día conoció el duque, que puso en muy grande aventura, y trance el estado del rey, por arriscarse demasidamente: puesto que pocos conocieron el peligro en que estaban, si los franceses salieran: por estar los enemigos ausentes: porque en ausencia del miedo, pocos le reconocen como en presencia. Aunque aprovechó mucho lo que el duque hizo, en ponerse tan adelante, para que la gente de la misma tierra se animase, y la de guerra se orgulleciese, pero los franceses estrecharon tanto el cerco, que pusieron las minas al pie de la cava: y con su artillería les derribaron un pedazo de torre maestra, y parte de un baluarte: y los de dentro se vieron en gran necesidad. Siendo el duque avisado desto, acordó de les enviar sesenta escuderos, que se escogieron entre toda la gente que tenía para que más se esforzasen los de Salsas: y fueron con ellos por principales que se ofrecieron a este peligro con gran esfuerzo, don Antonio de Alagón hijo del marqués de Oristán, y dos caballeros catalanes, que eran, Bernal Alemán capitán de infantería, que fue muy esforzado, y valiente caballero, y un hermano suyo, y Diego de Cáceres: y salieron de Perpiñán en su compañía para asegurarles el camino con ciento cincuenta jinetes, don Hernando de Toledo, y don Antonio de la Cueva: y sin ningún embarazo se entraron dentro.

Que el duque de Alba salió con su ejército para socorrer el castillo de Salsas. LIII.

Desta manera daba el duque a los de Salsas todo el favor que podía: y salía con su ejército, que era muy inferior a los enemigos, muy de ordinario a ponerse en campo cerca de Ribasaltas: o a donde le parecía haber mejor disposición para tener el real. Esto era, porque en Perpiñán estaba lejos,

combatiendo los franceses a Salsas: y trabajaba de dar en alguna estancia, y de hacerles siempre daño: pero como tenía poca gente, no convenía aventurar la batalla contra tantos: y estaba en esta sazón la fortaleza a muy gran peligro, porque la artillería de los enemigos era mucha, y la batería tan espesa, y continua que jamás cesaba. Mas entretanto no dejaba holgar su gente: y fueron los jinetes a correr el camino que va de Salsas a San Lorenzo: por el cual andaban los franceses muy sueltamente, por llevar leña de aquellos lugares que estaban despoblados: y sacó de Perpiñán mil quinientas lanzas de hombres de armas, y jinetes, y tres mil peones para asegurar a los corredores. Entonces se armó a los franceses una celada a un paso que llaman el Mas de la Garriga: que está a medio camino entre Salsas, y Perpiñán: y el duque envió a don Pedro de Castro, y al gobernador de Aragón con sus jinetes, y hasta trescientas lanzas: y con ellas a Ruy Díaz Cerón, y a Lope Sánchez de Valenzuela: y encontráronse con veinte arqueros, y mil quinientos gascones y suizos: y pelearon con ellos: y mataron, e hirieron hasta doscientos: y trajeron treinta prisioneros: y salieron del campo de los enemigos al rebato. Pero como vieron que el duque tenía su gente muy en orden, no osaron llegar: y porque acordó aquella noche de dar en el real, mandó que se viniesen a Perpiñán los hombres de armas, y quedóse con los jinetes, para tomar una traviesa que sale al camino, que va de Ribasaltas a Salsas: donde mandó estar hasta setecientos peones, con quien determinó dar rebato a los franceses, con espaldas de los jinetes: pero halló la gente tan cansada, que no se atrevió con ella de acometer aquel hecho: y señaláronse en esta correría de muy esforzados don Ángel de Vilanova, y Juan López, y Deza. Padecían ya los enemigos mucha necesidad, por causa del tiempo, que les era muy contrario: y tenían harto más cierto los nuestros el desbarato de los enemigos, con entretener sólo un mes la guerra, que por ningún día de batalla, por bueno que fuese: y andaban ya tan desvalidos, y desmayados, y los nuestros tan arriscados, que este día que el duque salió a correr el campo, dos cuadrillas de caballos volvieron con tal presa, que el que menos traía era siete caballos con sus prisioneros: y entre ellos fue muy loado el esfuerzo de un escudero de las guardas del rey, llamado Nuño del Águila, y de Martín de Goñi: y tomóse por combate Caladruel, y Bellestar. Los del castillo hacían de noche sus almenaras de seguro con lumbres: por las cuales, aunque entendían de Perpiñán que no tenían tanta necesidad de socorro, salió el duque a cinco de octubre con toda su gente hasta Clairá: y de allí se fue a poner con buena parte de los jinetes en S. Hipólito, para reconocer si los franceses salían por donde solían desmandarse: y para impedir si saliesen en escuadrón, por atajar a don Antonio de la Cueva, y al comendador Ribera, y algunas de las compañías de pie, y de caballo que él había enviado con Ruy Díaz Cerón por la parte del Grao a correr el camino, que hacía de Narbona al campo: y como aquel paso sea más angosto hacia la parte de Leocata, y se podía mejor defender, y tuviesen en él los franceses una bastida de madera, de donde sintieron a nuestros corredores, volviéronse sin poder pasar, ni hacer ningún daño a los contrarios, ni recibirle. Al tiempo que el duque se volvía con toda la gente en orden la vía de Perpiñán, envió a Lope Sánchez de Valenzuela a Ribasaltas, para que reconociese el campo, y las guardas, y estancias que tenían los franceses: e íbase de cada día más forneciendo de gente el condado de Rosellón: y había trescientos

hombres de armas en Elna, y en Ribasaltas con otros tantos jinetes: y estaban repartidos por otros lugares más de dos mil peones, sin otros mil que llegaron de Castilla: y en la misma sazón el conde de Belchite hizo alarde de la gente de armas, y jinetes deste reino que estaban en Rosellón. En este medio tiempo se batió del campo de los franceses con su artillería tan continua y furiosamente el castillo de Salsas, que derribaron parte de un baluarte que no estaba acabado: y se allanaron las cavas: y tuvieron lugar los enemigos de llegar a picar el muro: y dieron algunos combates, en que recibieron harto más daño los contrarios: y porque los que estaban en la fortaleza eran muy necesarios para la defensa della, y en querer sostener aquel baluarte, aventuraban a perder mucha gente, acordaron de lo desamparar: y antes por la industria del maestro Ramiro ingeniero, que era el que entendió en la obra, y fortificación de aquella fuerza, pusieron algunas botas de pólvora en una bóveda dél: y como los franceses tentaron de combadirle, y le dejasen los nuestros recogiendo al castillo, y les dieron lugar que lo tomasen, cuando vieron que estaba más lleno de gente, pegaron fuego a la pólvora: y saltó el baluarte por muchas partes: y murieron en él quemados, y achocados, y a manos de los que salieron a dar en ellos, más de cuatrocientos hombres. Eran algunos de parecer, que la gente que el duque tenía en Perpiñán se pusiese en Ribasaltas, por ser fuerte sitio: y con esto la guarda se haría con más esfuerzo, y estaría más segura: y los nuestros cobrarían mayor ánimo, y los contrarios perderían el que tenían, y los de Salsas sentirían de más cerca las fuerzas, y socorro que había de fuera: porque aunque hasta entonces fue visitada continuamente, era razón que fuese favorecida, y aun socorrida, a cabo de tanto tiempo. Especialmente que estaba a notorio peligro que ganasen un baluarte grande que tenían sobre la puerta: y con esto les quedaba buen lugar para combatir por aquella parte, y tenían muy minada una torre que estaba a la esquina de Salsas la vieja, a par del colmenar: y aunque los de dentro eran tales, que puesto que esto se perdiese, quedaba a los enemigos largo trabajo, pero la fuerza estaba tan derribada por todas partes con la artillería, que no se podía muchos días sostener, si no fuese socorrida poderosamente. Por esto el duque, como le llegaba de cada día gente, salió un viernes a trece de octubre, con mil cuatrocientos hombres de armas, y mil quinientos jinetes, y hasta diez mil infantes, con alguna artillería de campo, a ponerse junto al real de los franceses: y estuvo allí hasta ponerse el sol: creyendo que salieran a dar la batalla: y cuando vieron que no querían dejar su fuerte, el duque mandó acercar más su artillería, y que lombardeasen su campo: de donde recibieron algún daño, y mayor espanto. Pasóse el duque con su gente a poner entre el campo de los franceses, y la parte de Francia que tenía a las espaldas: porque la disposición de la sierra lo sufría: y hubo algunas escaramuzas entre los jinetes, y caballos ligeros: y acometieron los jinetes un escuadrón de franceses que salieron del parque la vía de Opol: y mezclóse entre ellos una muy recia batalla: en la cual los nuestros apretaron tanto a los enemigos, que los rompieron, e hicieron volver huyendo: y siguieron el alcance hasta muy cerca de sus estancias.

Que el rey fue a socorrer por su persona el castillo de Salsas: y los franceses levantaron el cerco. LIII.

Estaba ya en esta sazón el rey en Gerona recogiendo la gente que iba de Castilla, con determinación de pasar luego a Perpiñán: y llevaba otra tanta gente como la que tenía en Rosellón: y más número de infantería, y mejor armados, y empavesados: e iba con publicación de acometer a los franceses en su fuerte por combate. La armada que Estopiñán llevaba para el socorro de la guerra de Rosellón con gente, y bastimentos estaba aguardando tiempo: y Martín Hernández Galindo, que era capitán de la armada de la costa del reino de Granada, volvía a la Andalucía: y encontró con diecinueve fustas de moros junto a Cartagena, que hicieron mucho daño en las costas de Valencia, y Granada: y pelearon con los moros, y les ganaron los nuestros catorce fustas, y echaron a fondo cuatro, y la otra hicieron dar al través. El rey vista la necesidad en que los suyos estaban, y en cuánto peligro se sostenían los de Salsas, partió con su ejército de Gerona para Perpiñán: y luego se determinó, que la mayor parte de su ejército pasase por aquel camino angosto del Grao, y de Leocata, para ponerse dentro en Francia: y por aquella parte les diese por las espaldas: y el resto del ejército acometiese por esta parte. Para que esto mejor se pudiese hacer, el mismo día que llegó a Perpiñán, que fue jueves a diecinueve de octubre, mandó que se combatiese el castillo de madera que los franceses tenían en el agua, a la boca del camino del Grao: en que pusieron algunas piezas de artillería, para defender aquel paso: y fue ganado por los nuestros. Esto, y la llegada del rey puso gran temor en los franceses: y aquella noche muy secretamente, sin que los nuestros lo pudiesen sentir, sacaron su artillería al camino de Narbona: y otro día por la mañana, a muy gran prisa levantaron el cerco de Salsas: dejando allí su parque, y los bastimentos, y más de cuatro mil pelotas de hierro de sus tiros de pólvora: y quemaron sus tiendas, y con buena orden, y concierto, dando vuelta por lo llano, con ademán de correr el campo, y salir a presentar la batalla, se volvieron su camino. Aunque el ejército que el rey tenía era tal, y tan poderoso que no se juntó otro como él en España grandes tiempos antes por aquellas fronteras, pero los franceses vinieron con tanta pujanza, y soberbia, que siempre hicieron fiero de esperar la batalla: y al tiempo del recogerse, dijo el mariscal, que era justo que hiciesen honra al rey de España: pues él los quiso honrar tanto, en ir por su persona, y con todo su poder a socorrer un castillo. Como nuestro ejército se fue a poner de la otra parte del llano de Salsas, cerca de la entrada del Grao, para pasar a Francia por aquella parte, convino después que volviese por el camino de Salsas, para seguir a los franceses: y ocupó lo que restaba del día en juntarse de la otra parte de la fortaleza entre ella, y los enemigos: porque ellos repararon pasando el molino postrero, que es un paso muy estrecho: y no pueden pasar por él sino uno a uno: y menos gente de la que ellos eran lo podían defender: y la causa porque allí repararon fue, por esperar la noche, por tener tiempo de salvar su fardaje: y poderse alargar a sus lugares, y castillos como lo hicieron. Para esto les ayudó mucho la disposición de la tierra: y tener tan cerca la suya, y para que no se perdiesen: y la mayor parte de los jinetes de Aragón, y la gente de caballo de Cataluña, que iban en la delantera de nuestro ejército,

fueron en su seguimiento: y comenzaron a darse gran prisa al recogerse. Esto se hizo con tal furia, que les fue forzado dejar algunas piezas de artillería, y las tiendas, y la mayor parte de las municiones que llevaban: y estando todo su ejército entre el estaño, y la sierra, algunas compañías de espingarderos, y ballesteros con la gente de la tierra pasaron a tomar lo angosto del paso: y pelearon con la retaguardia por grande espacio. Pero la gente de caballo no los pudo socorrer tan presto, y estuvieron en harto peligro: y con todo esto les mataron los espingarderos, y jinetes que se adelantaron más de doscientos hombres: y aquel día fue muerto un caballero aragonés, llamado Juan López de Gurrea: y quedaron heridos don Juan de Silva, hijo del conde de Cifuentes, y mosén Luis Sánchez hijo del tesorero Gabriel Sánchez: al cual como le hubiesen derribado del caballo, después de haberse rendido a un caballero francés, cargaron sobre él algunos gascones para despojarle: y sin que el caballero francés pudiese valer a su prisionero, le acuchillaron, y cortaron dos dedos de la mano por sacarle las sortijas: y entretanto fue socorrido de los nuestros. Pasó el rey con su ejército otro día, que fue a veintiuno de octubre, en seguimiento de los franceses algunas leguas dentro de Francia: mas ellos se dieron tanta prisa en recogerse, que no los pudieron alcanzar. Aquel día estando el rey dentro en Francia, armó caballeros algunos continos de su casa que se señalaron en la jornada: y entre ellos fue un caballero aragonés, que se decía Miguel Ferriz. Estaba la gente cansada de haber velado en el campo toda la noche: y porque no comieron el día siguiente ellos, ni sus caballos, y también porque allí donde nuestro ejército llegó, no tenían agua, ni mantenimientos, y la gente de pie no se podía valer de hambre, mandó el rey que todos se volviesen al real: para que desde allí se diese orden, que el ejército entrase en Francia, con el concierto que se requería: y con las provisiones que eran necesarias. Era aquel ejército de más de dos mil hombres de armas, y de cinco mil jinetes: y pasaba de veinte mil peones: e iban de castilla a juntarse con él otros dos mil de caballo: y era la armada de más de cuarenta naos que llevaban el bastimento necesario para el campo a Rosas, y Colibre: de donde se repartían por el Ampurdán, y Rosellón: y poníase en orden de tal manera la guerra, que parecía haberse trocado la mayor fuerza della por mayor empresa, que la defensa del reino de Nápoles. Después desto, a veintiocho del mes de octubre entró el duque de Alba con el ejército en Francia: y fue a poner su campo sobre la villa, y fortaleza de Leocata, que está junto a la mar, entre ella, y el estaño. Tenían allí los franceses cuatrocientos soldados con mucha provisión para defenderla: y otro día, que fue un domingo, se asentaron algunos cañones para batir el muro: y a la noche el alcaide, y los capitanes que allí estaban pidieron habla para hacer su partido: y porque no esperaron que la villa se pudiese combatir, se les otorgó, que con solas ropas sencillas se fuesen libres a Francia, sin más ultraje de ser vencidos. Dejaron todas las armas, que no sacaron sino tres espadas, y tres petos, que llevaban tres capitanes, que se hallaron dentro: y otro día por la mañana se puso dentro con algunas compañías de gente de armas, y jinetes don Hernando de Toledo. Entregada Leocata, el duque consultó con el rey sobre lo que se debía hacer de aquella villa, si la derribaría, o se sosternía: y si pasaría adelante, o si repararía en aquel lugar, enviando la gente a correr aquella comarca, y a requerir los lugares de la frontera: y pareció ser éste el más seguro consejo. En sabiendo

esta nueva los franceses que estaban en las villas de Palma, y Cijar las desampararon, y los de Cijar hicieron su partido con Ruy Díaz de Cerón, y Pedro Álvarez, y Gonzalo de Ayora: y entregaron la villa, y fortaleza: y lo mismo hicieron los de Palma. Tras éstos se rindieron las villas, y fortalezas de Fitor, Trullas, y Rocafort: y después que se derribaron por el pie las fuerzas, se tomó por combate Castel Maura: a donde se habían recogido muchos bienes y ropas de otros lugares de aquella comarca: y se ganaron S. Juan de Barro, Frexerano y Villaseca: y nuestro ejército prosiguió la vitoria adelante la vía de Narbona: a donde se recogió la gente francesa. Corrieron los jinetes mucha parte de aquella frontera, sin hallar quien les resistiese: e hicieron muy gran daño por toda la comarca robando, y quemando diversos lugares, que no se osaron poner en defensa: y hallaron en ellos increíble copia de bastimentos, y municiones, que se traían para la provisión del campo.

De las treguas que se concertaron entre el rey, y el rey de Francia: y de la creación del papa Julio II. LV.

Para emprender de cercar a Narbona, que es la principal fuerza de aquella frontera, era el tiempo muy contrario, por ser ya en lo áspero del invierno: y por parte de los capitanes franceses se requirió al rey con tregua: y mandó al duque, y a don Sancho de Castilla volver con su ejército a Perpiñán: a donde vinieron embajadores del rey de Francia mediado el mes de noviembre: porque la reina de Francia, por medio de la princesa Margarita duquesa de Saboya, a quien mostraba grande amistad, había movido, que se procurase de estorbar los males, y daños que desta guerra se recrecían. Estaba el rey con grande reputación en haber echado de su reino con mucha pujanza aquel ejército: porque no hay cosa de tanta gloria, ni se puede pensar para un príncipe católico, como es vencer, siendo provocado con causa injusta: y así considerando esto con su gran prudencia juzgaba, que no se debía obrar tanto contra el enemigo, que no quedase algo para abrir camino a la paz: y pues ésta es el fin de la guerra, se debía templar de tal guisa, que se hallase alguna honesta salida: mayormente, que el fin de la guerra no está sino en mano del vencedor, que puede dar de la hacienda, y de la honra, quedando con ella, pues es el que la da. Con la venida de aquellos embajadores se concertaron treguas por cinco meses entre ambos reyes, y sus reinos: quedando fuera dellos los ejércitos, y gente que tenían en Italia: y las armadas por mar. Acabado esto, el rey dejó por capitán general de aquella frontera a don Bernardo de Rojas marqués de Denia con mil hombres de armas, y dos mil jinetes, y tres mil peones: y quedó por alcaide de Salsas don Dimas de Requesens: y él se vino a Barcelona: de donde envió por embajadores a Francia, a Miguel Juan Gralla, y a Antonio Agustín, por haberse así concertado. Estos embajadores fueron principalmente para que se procurase extender la tregua para las cosas del reino, que era lo que el rey pretendía: porque con el nuevo socorro que fue a los franceses, y con ser elegido Pontífice el cardenal de S. Pedro, después de la muerte del papa Pío, cobraron grande ánimo los que seguían la opinión de Francia: y pareció que volvieron las cosas, no

sólo a grande igualdad, pero a ser los franceses muy superiores: atendido que en aquel reino no se tiene más parte, de cuanto lo es el que señorea el campo. El principal medio para que fuese elegido el cardenal de S. Pedro en Sumo Pontífice, fue el duque de Valentinois: que como tenía mala voluntad al cardenal de Santacruz, entendiendo que tenía parte en el colegio, procuró con los cardenales, que eran hechura del papa Alejandro, y seguían lo que él disponía, que fuese creado el cardenal de S. Pedro en Sumo Pontífice: y tomó título de Julio II. Recibió el rey desta elección mucho descontentamiento: así por suceder Julio a un Pontífice de quien se tuvo esperanza que sería causa de la reformation en la Iglesia, y que procuraría la paz universal, como porque del que sucedía en su lugar, no se osaba esperar sino todo lo contrario. Entonces, como todas las cosas de la guerra con Francia andaban tan encendidas, el rey por prevenir a lo por venir procuró de asentar con el rey de romanos una nueva, y muy estrecha confederación, por medio de sus embajadores don Juan Manuel, y Gutierre Gómez de Fuensalida: y sobre ello fue enviado postreramente García de Morlans contino de su casa: porque con esta liga pudiese el rey de romanos romper por lo de Lombardía, de manera que fuese causa que se divirtiesen el socorro, y aparatos que se hacían para lo del reino. Esto era en la misma sazón que el príncipe archiduque salió para Saboya: y se vio con el rey su padre: y aprovechó para desviarle de la paz que había asentado en Lyon: y que desistiese de procurarla. Por los medios, y seguridades que se proponían para esta nueva confederación por estos embajadores, envió el rey de romanos a España a Simón Tinoco caballero portugués: para que comunicase con el rey su voluntad, e intención: y con éste envió en lo público a alegrarse con el rey por la vitoria que hubo de los franceses en Salsas: y pidió que se mandase al Gran Capitán, que se viniese a juntar con él. Declaróse entonces el rey de romanos que tenía deliberado ante todas cosas hacer guerra a los príncipes, y potentados de Italia, que siendo vasallos, y súbditos del Imperio se le habían rebelado, y eran aliados de rey de Francia: y que tras esto se procedería adelante: y para comenzar esta guerra pedía ser socorrido en cierta suma de dinero del Rey Católico: y proponía, que quería tomar asiento con los suizos, para que dejasen de llevar las pagas, y pensiones de Francia, y que las recibiesen del Imperio. Juntamente con esto trataba de concertarse con la señoría de Venecia, por medio de Lorenzo Suárez de Figueroa: y quanto podía desviaba, que el rey no se concertase con el francés, ni se restituyese el reino al rey don Fadrique: como se tornaba a platicar. Afirmaba, que esto sería en grande mengua, y vergüenza de España: si lo que con tantas vitorias se había ganado, lo dejasen, y restituyesen a quien lo tenía siempre para perderlo. Mas el rey tenía por más cierto el provecho que de su dinero pensaba que le resultaría, expediéndolo con sus capitanes, y gente, que del socorro que le había de hacer el rey de romanos, gastándolo en sus empresas: y por esta desconfianza eran malos de avenir: porque se tenía bien entendido que cada uno se pensaba ayudar del otro, a poca costa: puesto que el Rey Católico se aseguraba más, que le ayudarían las obligaciones que el rey de romanos tenía a las empresas de Italia, y contra la señoría de Venecia para embarazar a su enemigo: y con esto pasaban el tiempo en demandas, y respuestas.

Del nacimiento del infante don Fernando: y de lo que se publicó de la indisposición de la princesa doña Juana su madre. LVI.

Partió el rey de Barcelona, y pasó a Castilla camino de Medina del Campo, a donde era ida la reina a gran prisa, por detener a la princesa doña Juana su hija, que se determinó de irse muchos días antes a Flandes: y hacer su viaje por tierra, por el reino de Francia: pero sucedió de suerte, que de aquel caso tuvieron sus padres poco menor sentimiento, que de la muerte del príncipe don Juan su hijo: de lo cual me pareció, que debía hacer memoria en este lugar, para mayor declaración de tan grandes cosas, como después sucedieron por esta causa. Al tiempo que el príncipe archiduque se fue de España, y se entró por Francia, donde se detuvo, como dicho es, muchos días, quedó la princesa su mujer con la reina su madre, por estar muy preñada. Parió en Alcalá de Henares al infante don Fernando a diez días del mes de marzo deste año: y hubo muy grandes fiestas por su nacimiento: y tuvo la nueva el príncipe a dieciséis de marzo, antes de llegar a la ciudad de Lyon. Bautizólo en la iglesia mayor de San Juste el arzobispo de Toledo, con la solemnidad que convenía: asistiéndole los obispos de Burgos, Jaén, Córdoba, Málaga, y Catania: y fueron padrinos el duque de Nájera, y el marqués de Villena: y madrina madama de Aloyn. Comenzó la princesa a insistir con mucha porfía, para irse a Flandes por tierra, o por mar: y la reina la iba entreteniendo con la mayor blandura que pudo: y salió de Alcalá para Segovia, con publicación de acompañar a su hija: y que se fuese a embarcar a Laredo. Como la guerra se fue más encendiendo en el reino entre españoles, y franceses, hubo ocasión para detener a la princesa: puesto que siempre aderezaba su camino: y postreramente estando la reina en Segovia, fue a Valverde con determinación de despedirse. Vista su importunidad, y que no era tiempo para que se pudiese poner en la mar, por contentarla le dijo la reina su madre, que le placía que fuese por mar, siendo tiempo para ello: y procuró que de Segovia se fuese a Medina del Campo: y por su dolencia, la reina se detuvo en aquella ciudad: y como siempre se entendió que su fin, y pensamiento era de hacer su camino por Francia, y estando cerca de la costa de la mar, no la pudieran detener que no se partiese, entretuviéronla lo mejor que se podía, hasta que llegaron las nuevas de la vitoria que el rey hubo de los franceses: y haberse alzado el cerco de Salsas. Hacía la reina muy grande instancia con ella, que esperase al rey su padre: pues no se perdía tiempo, no lo siendo para ponerse en la mar: mas la princesa, y los flamencos, que estaban en su servicio, no mostraron haber ningún placer de la vitoria: y sabida la nueva de la tregua, en lugar de sobreseer su camino, mandó la princesa pasar de Fuenterrabía a Bayona unos carros que allí tenía de su recámara: y comenzó a poner en orden su partida. Recelando la reina que su hija se partiese sin su licencia, envió cierta instrucción a don Juan de Fonseca obispo de Córdoba, que estaba con la princesa en Medina del Campo, y tenía cargo del gobierno de su casa, para que la detuviese, lo más dulce, y graciosamente que ser pudiese: mas no embargante esto, la princesa determinó de partirse mediado el mes de noviembre. No bastaron con ella el obispo y Pedro de Torres, que fue de parte de la reina para pedirle, que sobreseyese en su partida: ni aprovechó ninguna blandura, ni medio que en esto se

tuvo: y como no se halló otro remedio para detenerla, diéronle una carta de mano de la reina, en que le escribía, que el rey iba a Segovia: y que luego ella partiría para Medina: y proveyeron que no le llevasen las hacaneas, porque se quería salir. Mas ella no curando de todos estos mandamientos, se salió un día a pie, hasta la postrera puerta de la Mota, con propósito de irse por donde pudiese: de suerte, que no hubo otro remedio sino cerralle las puertas: y proveyeron en levantar la puente levadiza. Entonces la princesa con grande alteración se puso en la barrera: donde estuvo todo el día, y la noche siguiente: haciendo muy excesivo frío, sin que aprovechasen las amonestaciones, y ruegos de su confesor, y de madama de Aloyn, que era muy favorita suya, para que se mudase de aquel lugar: y no quiso permitir que se colgasen algunos paños, para que no le hiciese daño el frío, y sereno, sin tener respeto a ninguna cosa, que tocase a su honor, y salud. Estaba en esta sazón la reina en Segovia muy enferma: y por esta causa difería su partida: y envió a don Enrique Enríquez su tío para aplacarla: y para que la persuadiese que se subiese al castillo, y se saliese de una cocina en que estaba junto a la barrera, a donde se había metido: en la cual comía, y dormía: y después fue enviado a lo mismo el arzobispo de Toledo: pero no se pudo acabar con ella que se subiese a su aposento: y andaba de día por la barrera, y recogíase a comer, y dormir en aquella estancia. Teniendo aviso desto la reina, partió a gran prisa para Medina, aunque se hallaba muy doliente: y no quiso ir a la Mota: y fuese apear a palacio: de donde fue la más sola que pudo: y por el gran respeto que la princesa siempre tuvo a la reina su madre, se subió con ella a su aposento: aunque su fin, y porfía era alejarse de sus padres, porque no la detuviesen. Por esta ocasión se descubrió entonces más la indisposición, y demencia de la princesa: que no era antes tan pública, como lo fue de allí adelante: y fue caso que lastimó mucho a sus padres: y ha convenido hacer memoria dello en esta parte, porque las disensiones, y movimientos, que poco después sucedieron por esta causa, fueron de tanta alteración, y tan notorios por todo el mundo, que era justo no se entendiese, que el impedimento que la princesa tuvo, y el defeto de su juicio, le sobrevino de otro accidente, como algunos creyeron: y se sepa que fue muy confirmado, y dolencia muy natural. En fin del mes de agosto estando las costas de España sin armada de mar, que las defendiese, por estar las galeras en la empresa del reino, y en Sicilia, los cosarios de Berbería dieron sobre Cullera, y pusieron fuego al lugar: y no quedó criatura viva, que no fuese muerta, o presa. Desto se dio tal rebato a la ciudad de Valencia, que no pudiera ser mayor, si fuera acometida, o estuviera muy gran ejército de enemigos en la puerta de San Vicente: y toda la ciudad se puso en armas: y cerraron las puertas, e hicieron sus guardas, como si estuvieran cercados. Nació en Lisboa en este año a veinticuatro del mes de octubre la infanta doña Isabel, nieta del rey: que fue muy excelente princesa: y casó con el emperador don Carlos V.

Que el Gran Capitán salió con su ejército de Castellón, y fue a ponerse en San Germán: y presentó la batalla al marqués de Mantua junto a Pontecorvo. LVII.

Con la nueva de haber pasado los franceses el Tíber, y después acercarse al reino, y ser ya allegados a sus confines, levantó el Gran Capitán su campo de Castellón con toda la gente que allí tenía: y llegó aquella noche a ponerse en la ribera del Garellano. Dejó en aquel puesto a Pedro de Paz con mil quinientos peones, y algunos jinetes para la guarda de aquel paso: y de allí pasó adelante camino de San Germán: porque el ejército francés se apresuraba para ir sobre Rocaseca, que está sobre aquel mismo río. Mandó antes desto ir a Rocaseca mil doscientos españoles de guarnición: cuyos capitanes eran Pizarro, Villalba, Troilo de Espés, Zamudio, y Mercado: y todos se pusieron dentro. El día que el Gran Capitán llegó a San Germán, que fue un domingo a ocho de octubre, estaba a la frente de los enemigos: que se habían puesto en un lugar del Papa, que se dice Pontecorvo, a seis millas los unos de los otros. Era la fama que los franceses tenían hasta mil almetes: y dos mil caballos ligeros, y nueve mil infantes, la mayor parte italianos: y por capitán general al marqués de Mantua. Tenían treinta y seis piezas de artillería, las diecisiete cañones, y culebrinas: y los otros tiros, que llamaban girifaltes, y falconetes: con muy cumplida munición. El Gran Capitán mandó aderezar lo necesario, para que otro día se combatiese el castillo de la abadía de Montecassino, que está encima de la ciudad, sobre un monte alto: y con harto trabajo hizo subir la artillería: y el lunes siguiente Pedro Navarro con la infantería fue a combatir los franceses que allí había dejado Pedro de Médicis: que se hicieron en él fuertes, con gente de la tierra: y tomóse por fuerza de armas, sin ningún daño de los nuestros: y murieron los más que estaban en su defensa: y los otros fueron presos: y esto se hizo a vista de su campo: que por muchas ahumadas que hicieron, no fueron socorridos. Fue esto a diez de octubre: y túvose en mucho el combate deste castillo: así por ser fuerza tan principal, e importante por el paso en que está, como por haberse tomado a vista de los fuegos del campo de su socorro: que se parecían desde allí muy claros: y fue grandemente loado en este hecho, no sólo el esfuerzo, pero la bondad de García Lisón: que con grande ánimo se opuso contra la furia de los soldados que andaban robando el sagrario, y reliquias del monesterio: y con harto peligro de su persona cobró dellos todo lo que robaron: y lo hizo restituir a los monjes: y mandó el Gran Capitán que volviesen a su lugar sagrado: y puso en su guarda al capitán Londoño con su compañía. Hecho esto, el Gran Capitán proveyó todos los lugares de aquella entrada, de la gente que cada uno requería, para esperar a los enemigos: y su persona con todo el resto asentó allí en San Germán. Porque se publicó que el marqués de Mantua había dicho, que deseaba verse en campo con aquella canalla, el Gran Capitán salió al campo con todo su ejército, y artillería: y se puso a vista de los franceses a una milla: donde estuvo todo un día: y los envió a requerir con la batalla: pues tanto decían que la deseaban: y que allí se vería cuáles eran de menor condición, ellos, o los franceses: y el marqués de Mantua le envió a decir: que en el Garellano se verían presto, a donde él pasaría a su pesar. Así estuvieron algunos días, hasta que el señor de Alegre, que estaba en Gaeta, se juntó con los otros franceses, y los persuadió,

que podían ir a Gaeta seguramente: y se pusieron a las riberas del Garellano, que sale del Abruzo, y pasa por entre S. Germán, y las tierras de la Iglesia: y va ahocinado como el río Guadagenil, aunque es muy mayor, y no tenía puente, sino la de Pontecorvo, y con gran dificultad se puede vadear. El campo de los franceses pasó el río por el vado de Ceprano, el domingo a quince de octubre: y reparó junto a Rocaseca: y cuando llegaron a este lugar, Villalba, Pizarro, y Zamudio, y otros capitanes que estaban dentro con mil doscientos soldados salieron a dar en la avanguardia de su campo, que iba desmandada: y mataron, y prendieron más de trescientos franceses: y fue muerto un capitán dellos, y les tomaron algunos caballos. El mismo día tuvo el Gran Capitán nueva de Roma, que el embajador de España, y el de Venecia habían asentado la paz, y concordia entre los Ursinos, y Coloneses. No tenían los franceses otro paso, sino por la puerta, y puente de San Germán: y otro día, que fue a dieciséis de octubre, el Gran Capitán desde S. Germán apercibió toda la infantería, para que fuese por la montaña al socorro de Rocaseca, y con ella Próspero Colona: y toda la gente de armas con el Gran Capitán iba por lo llano: y se prevenía a todo lo que podían acometer: y como allí se juntaron con el campo francés de los de Gaeta, en número de doscientos hombres de armas, y hasta tres mil peones más dolientes que sanos, luego el marqués de Mantua mandó apercibir su gente para combatir a Rocaseca, que era el primer lugar a cinco millas. Envió el marqués con un trompeta, a requerir a los capitanes que saliesen, y le dejasen libre el lugar: amenazando, que si se pusiesen en defensa los haría piezas: y oída su recuesta Villalba, y Pizarro que salieron a él, usando de un fuerte, y riguroso ejemplo, le hicieron ahorcar de un olivo: y a gran furia se comenzó a batir, y dar el combate: pero los españoles le defendían tan animosamente, que no se contentaban de sólo guardar el lugar: y salieron a pelear con los franceses: e hicieronlos retraer fuera de sus reparos: y mataron más de doscientos hombres. El día siguiente de mañana, por emendar lo del día pasado, acordaron de dar los franceses otro combate a Rocaseca: y como tuvo dello aviso el Gran Capitán, determinó de salir a socorrerlos: proveyendo que Próspero Colona, y don Diego de Mendoza con sus compañías, y parte de la infantería fuesen a tomar un cerro, que está sobre el lugar: y el Próspero, y Pedro Navarro entraron dentro con tres mil infantes, para dar otro día al alba en los enemigos. Pero este ademán que hicieron los franceses fue, para poder más libremente levantar su campo: temiendo que por las muchas aguas que hacía, teniendo tan cerca nuestro ejército, perderían la artillería: y a la hora que sintieron entrar nuestra gente, sacaron la suya: y se recogieron con todo su campo tres millas atrás: y volvieron a pasar el Garellano. Cuando supo el Gran Capitán que había ya movido con su ejército la vía de Rocaseca, que los enemigos se recogían, volvióse para San Germán: y dende a dos días volvieron otra vez los franceses a pasar el Garellano, hacia la parte de San Germán: y fueron a asentar su campo en Aquino: que está a seis millas. Como vieron los franceses que el Gran Capitán no salía a dar la batalla, porque por la tempestad grande de agua que hizo aquel día, no se pareció que era bien sacar la gente al campo, retrajéronse hacia Pontecorvo: que está más atrás en el camino de Gaeta: y cuando el Gran Capitán entendió que se retraían, porque el marqués de Mantua mostraba, que tenía gran voluntad de venir a batalla contra el ejército de España, y lo hacía así entender a su gente, entonces a

veintiuno de octubre salió de San Germán con la mayor parte de su ejército, para ir en su seguimiento, y darles la batalla antes que tornasen a pasar el río: y por la mucha prisa que se dieron a caminar, no pudo alcanzar nuestra gente, que estaba alojada en los lugares de la comarca de San Germán, que eran cuatrocientos hombres de armas, y tres mil peones, a juntarse con la que salió con el Gran Capitán, que serían hasta seiscientos hombres de armas, y mil quinientos caballos ligeros, y cinco mil infantes: con que presentó aquella tarde la batalla a los franceses cerca de Pontecorvo, al rostro de su campo, de la otra parte de Aquino: de que ellos se excusaron cuanto pudieron: aunque eran más de diez mil cuatrocientos hombres de armas, y tres mil caballos ligeros, y siete mil peones: y estuvo el Gran Capitán desde antes de medio día hasta cerca de la noche esperando que saliesen. A la hora que vieron llegar nuestra gente con tanta determinación, se encerraron en un sitio fuerte: adonde se recogieron con su artillería: y aquella noche tornó el Gran Capitán a S. Germán con su gente con mucha reputación, de haber presentado a sus enemigos la batalla, siendo tantos más en el número. Había enviado a Lope de Muxica con trescientos soldados de la armada para guardar la ciudad de Capua: y tener las fortalezas della: y las torres de la puente: y también le encomendó el castillo, y lugar de Castelamar: y porque aquella gente vizcaína era muy útil para toda afrenta, y fatiga, le mandó que con toda ella se fuese para donde estaba: porque quería que se hallase con él. Pasaron los franceses desta parte del río, de Pontecorvo con gran disfavor: diciendo el marqués, que pues no podía con el Gran Capitán por aquella parte, quería ir por la del Garellano a probar si podría pasar. En este tiempo cuando los ejércitos estaban tan juntos, y la guerra más encendida, Francisco de Rojas, y el embajador de la señoría de Venecia asentaron, y firmaron paz, y concordia entre Ursinos, y Coloneses, en servicio del Rey Católico: y los Ursinos se obligaron por aquella concordia de servirle con quinientos hombres de armas: y para la paga desta gente había de dar el rey sesenta mil ducados cada año: y luego se les dieron por el embajador Francisco de Rojas quince mil: por la paga de tres meses: porque luego había de ir esta gente a nuestro campo. Por otra parte Bartolomé de Albiano, que era principal entre los Ursinos, había de ir a servir al rey en esta guerra, con tres mil de caballo, y de pie. Envió después desto el lunes siguiente a veintitrés de octubre el Gran Capitán a Fabricio Colona con mil quinientos soldados españoles, y seis piezas de artillería sobre la Roca de Vandra, que es un lugar muy fuerte de aquella parte del río, adonde estaban Federico de Monforte, y el capitán Mauleón con cincuenta caballos: y cien peones franceses: y luego que llegaron, asentaron la artillería: y batiendo, y combatiendo juntamente se entró por fuerza la villa: que era de más de trescientos vecinos: y el castillo se dio a partido a vista de todo el campo de los franceses, que estaba de la otra parte del río, que nunca le pudieron socorrer. Fue muy importante la toma deste lugar: así por ser muy fuerte, como por estar en el paso de Nápoles, y del Garellano. Los franceses siguieron el camino del Garellano hasta doce millas de Gaeta, y dieciocho de S. Germán: y publicaron, que habían de pasar por allí el río: adonde había enviado el Gran Capitán a Pedro de Paz con mil doscientos infantes, y algunos caballos ligeros, para guardar aquel paso: y entendiendo que los franceses hacían aquel camino, envió a Alonso de Carvajal, y a Figueredo con doscientos jinetes, para que socorriesen a

Pedro de Paz, que tenía ya el paso del Garellano junto a una puente de piedra: y se hizo allí fuerte en un castillo, para impedirles el paso: pero como la artillería que los franceses tenían desta parte del río, hacía mucho daño en su gente, junto de la ribera sacó sus minas: adonde se pudo reparar la gente: asentó su artillería. Fue muy señalado en aquel hecho el valor y esfuerzo de Pedro de Paz: y de la gente de armas que allí tenía: porque puesto que se hallaron quinientos soldados del reino, ellos solos hicieron rostro a los enemigos: y fueron causa, que no pasasen la puente, habiendo llegado a ella todo el ejército de Francia junto con la gente que estaba en Gaeta. Pero ayudó mucho el socorro que el Gran Capitán le envió: y fue tan oportunamente, que con él defendieron el paso, y pelearon con los franceses tres días, y tres noches continuamente sin cesar sobre la misma puente: y la defendieron con tanto ánimo, que pudo llegar el Gran Capitán con todo su campo. Asentó su real de la otra parte, a vista de los franceses, apartado de la ribera cuanto tres tiros de ballesta: e hizo recoger a Pedro de Paz, y a los suyos, que padecieron extraña fatiga, y trabajo: y mandó a Pedro Navarro, que con parte de los soldados pegase fuego a un trozo de la puente, que estaba labrado de madera, en lo quebrado della: y asentó su real al paso de la puente.

Del movimiento, y alteración que hubo en el ejército que el Gran Capitán tenía junto al Garellano. LVIII.

Entre tanto estaban el un campo a vista del otro, y jugaba la artillería de cada parte con gran furia, y concierto: pero fue muy mayor el daño que recibieron los enemigos. El postrero de octubre estando nuestro campo en el Garellano, mandó el Gran Capitán hacer la muestra de toda su infantería: y con solas las pagas que hizo a su ejército estando sobre Gaeta, entretuvo la gente en paz sin que hiciesen exceso alguno: hasta que llegó al Garellano: que ya allí con el recio temporal, y con la hambre, y demasiados peligros comenzaron a sentir el trabajo: y las grandes fatigas de aquella guerra: y apartábanse a lo poblado: y robaban para comer de las vituallas que iban al campo: y por desmandarse desta manera, fueron justiciados por mandado del Gran Capitán algunos hombres de armas de las compañías de Próspero Colona, y del duque de Termens: y ciertos soldados de la infantería alemana, y española, por remediar el peligro que de desmandarse se seguía: que no fue el menor de los pasados. Entonces se les dio socorro de dos ducados por cada uno, con el dinero que prestaron Juan Bautista Espinelo, y Pau Tolosa: con que la gente se fue recobrando: y se rehizo el campo. Este desorden tuvo más fundamento, que de la hambre, y frío que padecían: porque los Coloneses por las pláticas que ellos traían, o porque creyeron que había de llegar a efeto lo de la restitución del rey don Fadrique en el reino, como se afirmaba en esta sazón, que era muy a su propósito, por diferir, y entretener la guerra, procuraron por diversas vías de hacer retraer de allí al Gran Capitán: y como no lo pudieron acabar con él, por las razones que para ello proponían, alteraron la gente, so color de la paga: porque desviándola, la necesidad le forzase, a lo que ellos querían, que

era retraerse a Capua. No sólo se acabó esto con la infantería, mas con los más principales de nuestro campo: que eran don Diego de Mendoza, don Hernando de Andrada, e Íñigo López de Ayala: y de los naturales del reino, el duque de Termens, y otros muchos capitanes: y éstos estando juntos, habiéndose ya alborotado la gente, y desviado a parte, que apenas quedaban en el real mil hombres, con acordada habla, que el Próspero hizo, enderezada al propósito que se retrajesen, todos acudieron con decir al Gran Capitán, que ni se podía, ni debía más sufrir. Mas la determinación fue responderles, que «visto, y bien considerando lo que al rey importaba aquella jornada, como él lo entendía, deliberaba antes ganar un paso adelante, aunque fuese para su sepultura, que retraerse otro atrás, para haber de estar en las fatigas pasadas. Que supiesen, que allí se había de rematar el negocio, como a Dios pluguiese». Hubo sobre esto grandes altercaciones: señaladamente entre los mismos españoles: y tuvo Íñigo López una muy larga plática, en que procuró retraer al Gran Capitán de aquel propósito: de que él se indignó contra él: y llegó a punto de moverse gran contienda, y diferencia entre los capitanes: y a tanto desacato, y atrevimiento, que un soldado particular puso la pica al Gran Capitán a los pechos: y dello sucedió, que aquella misma noche más de trescientos hombres de armas de las compañías se fueron del campo: y se desviaron más de veinte millas: diciendo, que no podían sufrir el frío, y la hambre: y entre ellos se salió el alférez de don Hernando de Andrada con su bandera: y con él tanta gente que le cupo la guarda, no tuvo en ella sino seis hombres de armas: y la hubo de hacer el mismo Gran Capitán: y otra noche, que cupo la guarda a don Diego, no tuvo sino doce.

De la batalla que venció el Gran Capitán al marqués de Mantua capitán general de Francia en la puente del Garellano. LIX.

En tan extrema necesidad como ésta, y estando en tanta aventura, y peligro, fue socorrido el Gran Capitán del dinero que dicho es: y la gente se juntó: con que determinó de pasar el río, contra el parecer de aquellos capitanes, y de llegar al trance de la batalla sin ellos. Otro día después desta consulta, como los franceses acabaron una puente que hicieron sobre ciertas galeras, y barcas bien encadenada, teniendo todo su campo en orden, comenzaron a pasar por ella a gran furia: cuando más descuidados estaban los nuestros: y tres mil infantes, y trescientos de caballo, y hasta mil quinientos franceses que pasaron primero, tomando de sobresalto a nuestras gentes, les ganaron un reparo, como fuerte, que allí se hizo. Cuando se dio al arma en el campo, como sintió el Gran Capitán que los franceses habían pasado la puente, recogiendo lo mejor que pudo los suyos, que los más fueron de la infantería, y podían ser hasta cinco mil hombres, subiendo en un caballo los fue ordenando: y acometió a los franceses que habían ya pasado hasta cinco mil hombres: a los cuales fue siempre creciendo el socorro: porque todo el ejército de los enemigos fue cargando hacia la puente: e iban pasando con harto concierto unas compañías en pos de otras: y apeándose el Gran Capitán del

caballo, tomó una alabarda de un soldado: y de los primeros comenzó a pelear con los enemigos. Fue allí tan reñida, y cruel la batalla por el grande esfuerzo de nuestra infantería, que los franceses fueron rotos, y volvieron huyendo, a recogerse a la puente: adonde los siguieron los soldados españoles peleando con ellos: y como volvían más que de paso, y el lugar era tan angosto, por la gran prisa, y desorden del retraerse, al pasar la puente fueron muertos y ahogados más de mil cuatrocientos hombres. Llegó el Gran Capitán peleando sin ningún miedo de la artillería con extraño denuedo hasta la puente, esforzando a los suyos, para que no dejasen la batalla, hasta que los enemigos, o fuesen vencidos, o hubiesen vuelto a pasar de la otra parte: y la artillería continuamente jugaba contra nuestro campo: y los españoles, y alemanes los siguieron tan animosamente, que pasaron a vueltas dellos la puente algunas banderas. Entonces el Gran Capitán mandó hacer señal para que se recogiesen: y al tiempo que volvieron mató la artillería treinta soldados, y cinco hombres de armas, y dos jinetes: y fue muy mal herido de un tiro el capitán Cristóbal de Zamudio: y al capitán Diego de Nuncibay llevó otro una pierna: estando sobre la puente peleando: que siempre se habían señalado en esta guerra, y en la pasada de muy buenos y diestros capitanes: y entre los otros don Francés Maza, y Machín de Alegría salieron desta jornada grandemente estimados, de muy osados, y valientes. Mas sobre todos se encarece por Ginés de Sepúlveda con la elegancia, en que él es tan señalado, y estimado entre los españoles, la valentía, y estimado vigor, y denuedo de ánimo de Hernando de Illescas alférez de una capitania de soldados españoles: que habiéndole llevado la artillería las manos en diversos tiros, cuando levantaba su bandera, la sostuvo con los brazos sin moverse de un lugar, hasta que fueron lanzados dél los franceses: y esta hazaña se atribuye por Pedro Mártir al alférez Alonso de la Parra, que era natural de Pastrana. Solía afirmar el Gran Capitán, que aquel día de la batalla, que fue a seis de noviembre, de los capitanes principales italianos de la gente de armas, y caballos ligeros, si no fue el Próspero, y el duque de Termens, que le alcanzaron, no vio ninguno dellos francés, sino muerto, o preso: y que de los capitanes españoles solos se hallaron con él Pedro de Paz, Alonso de Carvajal, y Gonzalo de Ávalos. Quedaron los franceses deste suceso tan amedrentados, y cobardes, que como poco antes pensaban tener la vitoria cierta, y ser ya señores del reino, y con ímpetu muy furioso se daban gran prisa en hacer puentes, creyendo que no hallarían resistencia, luego perdieron el ánimo: y holgaban ya que los partiese el río. No ponían menos diligencia en guardar el paso, que antes solían tenerla para pasar adelante: y entre los capitanes italianos, y franceses comenzó a haber mucha discordia: señaladamente entre el marqués de Mantua, y el señor de Alegre, que hubieron malas palabras: y como a los principios el marqués hiciese gran menosprecio de nuestra gente, y se maravillase, diciendo, cómo era posible, que tan vil marranalla hubiese desbaratado la gente francesa en la Ceriñola, y en la de Ioya el de Alegre le dijo el día que pasaron la puente del Garellano. «Éstos son los españoles que nos desbarataron: ved lo que hacen sin temor de la artillería, que da infinitos golpes entre ellos: y considerad que tal es esta nación para los valientes que traéis: por ende pasemos a ellos, y veréis cómo saben jugar de lanza, y pica, esa canalla que decís». Así estuvieron los franceses a su parte aposentados en algunos lugares: y en unas ruinas de edificios antiguos conde cabían más

de tres mil hombres: y los nuestros en el campo raso: y muchas veces pasaron los contrarios por su puente: y todas ellas recibieron daño: y siempre amenazaban, que habían de pasar: y el Gran Capitán les prometía, que si le certeficasen dello, él se retraería luego a seis millas, porque pasasen más a su placer. Mas como de la cobardía, y temor nació el menosprecio y aborrecimiento contra su general, teniendo por cosa grave que un ejército tan poderoso estuviese sujeto al gobierno de un italiano, y comenzaron a usar de mucha desobediencia, y desacato, el marqués de Mantua, conociendo la insolencia de aquella nación, determinó dejar el cargo, y vínose a Roma: y quedó por general del ejército el marqués de Saluces.

Que el Gran Capitán pasó con su ejército el Garellano para dar la batalla a los franceses, y fueron vencidos. LX.

Entendiendo esto el Gran Capitán, y que los suyos se habían muy mucho animado, y que ya no tenían el recelo que antes de los enemigos, aunque eran en el número muy superiores, otro día mandó pregonar la batalla contra los franceses: porque ellos encubriendo su miedo, le habían requerido con ella: y él les ofreció, que hasta que toda su gente, y artillería hubiese pasado el río, ningún acometimiento les haría: y dijo, que no quería limitar su ventura, pues tenía bien conocida la ventaja que los suyos hacían en el esfuerzo, y destreza de las armas. Pero esta recuesta paró en que los franceses con mayor cuidado atendían a guardar el paso de su puente: y ponían tanta guarda en su campo, como si estuvieran cercados: que era bien diferente modo de hacer la guerra, del que hasta allí se había tenido: y por el contrario, todo el pensamiento del Gran Capitán era, cómo podría venir con ellos a la jornada. Por esto deliberó de mandar labrar una puente: y mandó hacer sus reparos, y cavas en la ribera del río: para que pudiesen labrarla, sin que la artillería les hiciese daño: y creyendo los franceses que se había de asentar en aquel mismo lugar, pasaron allí la mayor parte de su artillería, e hicieron su fuerte: y pusieron en él muchas guardas, y parte de su infantería: y visto que los franceses no pasaban a dar la batalla, por la puente que habían hecho, como lo habían certificado, mandó a los capitanes en anocheciendo, que tuviesen en orden la gente, porque pensaba partir pasada la media noche de Sesa, adonde estaba: y salió un miércoles a veintisiete días del mes de diciembre en la tarde: y el jueves siguiente por la mañana mandó a Bartolomé de Albiano, que tenía cargo de las compañías de los Ursinos, y a la gente de la armada de mar, que estaba con Lezcano, que tenían cargo de la puente que estaba labrada, que la echasen siete millas más arriba de la que tenían los franceses, junto a los casares de Sesa: y armáronla sobre tres barcas, y algunos carros por las orillas bien trabada, con gruesas maromas. Por aquel lugar pasó el mismo día con dos mil peones españoles, y mil quinientos alemanes, y cien caballos ligeros: y dejó en Sesa, que distaba a cinco millas de allí, a don Diego de Mendoza, y a don Hernando de Andrada, para que recogiesen aquella noche toda la gente de armas que estaba alojada en aquella comarca: y viniesen a amanecer con ella a la puente. A la misma hora

que pasó el Gran Capitán, sola la infantería hizo retraer a los franceses: y tomaron una loma de una sierra: adonde se pusieron en ordenanza: y luego se rindieron Suy, y Castelforte, que tenían los contrarios: que son dos lugares que están sobre el mismo río dos millas el uno del otro: en que se destrozaron ciento cincuenta hombres de armas, y otros tantos arqueros, y trescientos peones franceses que alojaban en ellos. Aquella noche se alojó el Gran Capitán en el campo delante de Castelforte a cinco millas del real de los franceses: y de allí envió al capitán Cuello con trescientos soldados españoles a un paso de Valdefreda, por donde fue avisado que habían de pasar aquella misma noche para el Garellano cien hombres de armas, y cien arqueros franceses: los cuales vinieron a dar en la celada, de manera que ninguno dellos se salvó: y todos fueron muertos, o presos. En amaneciendo otro día, que fue viernes a veintinueve de diciembre, partió el Gran Capitán de aquel alojamiento con su ejército en buena orden: y caminó la vía del Garellano con determinación de dar la batalla a los franceses, si la esperasen: pero ellos como supieron su venida, de que hasta aquella hora estaban muy incrédulos, a muy gran prisa dejaron su puente, y la artillería gruesa, y las tiendas, y muchos carruajes: y una hora antes del día se levantaron de su fuerte llevando la artillería menuda, lo más secretamente que pudieron, por llegar temprano a Mola, adonde tenían determinado de reparar, para defender aquel paso, y hacerse allí fuertes, y ponerse en Mola, y Castellón, que están en aquel camino de Gaeta, y muy cerca el uno del otro. Cuando determinó el Gran Capitán de ir a dar sobre el real de los enemigos, hizo dos batallas de su ejército: y envió sus corredores delante con dos banderas, para que reconociesen el campo de los franceses: y él siguió su camino: y como supo que llevaban el camino de Mola, diose gran prisa en seguirlos: y soltó los caballos ligeros, para que los embarazasen, y detuviesen por el camino, hasta que llegase con la infantería, y gente de armas, que venía en orden de batalla: y apresuró tanto su camino, que la infantería pudo mover contra los franceses: y luego fueron rotos: e hiriendo en ellos los siguieron hasta que los alcanzaron en la entrada de Mola: adonde ellos se pensaban hacer fuertes. Iba la infantería española con Pedro Navarro, y otros capitanes por la parte de la montaña: y Bartolomé de Albiano por otra: y los alemanes, con quien el Gran Capitán quedaba, siguieron por lo llano: y dieron todos en los franceses tan reciamente, y comenzóse la batalla por los nuestros con tanto esfuerzo, que antes que la gente de armas llegase, fueron rotos los franceses: y los hicieron volver huyendo, con gran estrago que en ellos se hizo: y les entraron por fuerza aquel burgo. Siguieron el alcance hasta las puertas del monte de Gaeta: adonde fueron muertos, y presos tantos, que muy pocos se salvaron de los que siguieron aquel camino: y perdieron treinta y dos piezas de artillería, con todo el fardaje: y tomaronles aquel día mil quinientos caballos: y por ser muy cerca la noche, y el día muy tempestuoso de agua, y de gran frío, y no haber comido la gente la noche pasada, ni aquel día, y corrido diecisiete millas sin parar, no se pudo hacer lo que el Gran Capitán quisiera, que pensaba poder ganar el monte de Gaeta, y volvióse por el terrible temporal a Castellón. Fueron más de seiscientos hombres de armas, los que perdieron los franceses en aquellos dos días: y mucho número de la infantería: y los que se escaparon de la batalla, no se quisieron encerrar en Gaeta: y derramáronse por el condado de Fundi: la vía de Roma:

adonde el Gran Capitán proveyó en avisar a los lugares circunvecinos, que los perdonaría, si destrozasen, y siguiesen a los vencidos: y por esta diligencia los villanos prendieron, y mataron tantos, que fueron muy pocos los que se salvaron.

Que la ciudad, y castillo de Gaeta se entregaron al Gran Capitán a partido. LXI.

Habían acordado los franceses de hacerse fuertes en Mola con la artillería menuda del campo que llevaban: porque la otra gruesa, luego que supieron que el Gran Capitán pasó el Garellano, determinaron de enviarla por el río en las barcas, que tenían, para que por mar se llevase a Gaeta: y embarcóse con ella Pedro de Médicis: pero por el recio temporal, como la mar anduviese muy alta, perdióse la artillería, y anegóse con ella Pedro de Médicis, con trescientos hombres a la boca del río, y diez barcas gruesas. En este medio el Gran Capitán, después de haber refrescado la gente, siendo junta la otra parte del ejército, que no había pasado el río, no quiso dejar alentar a los enemigos, ni perder punto de proseguir su vitoria: y otro día con buena ordenanza fue sobre Gaeta, con determinación de combatir el monte de Orlando: por la misma batería que hizo nuestra artillería: y por aquella parte hallaron tan flaca resistencia, que con poca dificultad les ganaron el monte: y todos los que en él se pusieron para su defensa, con grande fatiga se recogieron a la ciudad. Allí acabaron de perder lo que habían salvado de la jornada pasada: y con ello otros mil caballos, que les tomaron los nuestros: y dos cañones, que les hicieron todo el daño en el cerco primero: y los nuestros con poca quistión, y premia se alojaron junto a los muros de la ciudad: y salieron a rendirse cincuenta hombres de armas de Lombardía: cuyo capitán era el conde de la Mirandola: y éstos afirmaron, que el conde hiciera lo mismo, si no fuera, que por este temor le mandó prender el marqués de Saluces. Mas aquella misma tarde el marqués envió al Gran Capitán con trompeta a pedir, que le diese seguro para tres gentiles hombres, con quien le quería enviar a hablar: y salieron el señor de Travas, y el señor de Corcón, y Santa Coloma, con color de rogarle, que rescatase por dinero los prisioneros. A esto le respondió el Gran Capitán, que no se podría hacer aquello: y de una plática en otra, llegaron a ofrecerle, que le entregarían aquella ciudad, y castillo de Gaeta, y la Roca de Mondragón, que está en las ruinas de la antigua Sinuesa, lugar muy celebrado por los baños que en él hay, y los prisioneros españoles, e italianos, que tenían de nuestra parte, si soltase al señor de Aubeni, y a los otros franceses, e italianos que tenía prisioneros. Respondió el Gran Capitán, que dándole luego el castillo, y la ciudad, pondría en libertad los prisioneros franceses, mas no a los italianos: porque todos los del bando anjovino hacían muy grande instancia, por el marqués de Bitonto, y por el hijo del conde de Conza, y por Alonso, y Honorato de Sanseverino: y los franceses ya no se curaban mucho dellos, sino por haber los suyos. Estaba la plática en gran esperanza de concordarse: porque un hermano del de Aubeni se entró en el castillo de Gaeta, para apoderarse dél, con propósito de rendirlo: por cobrar

a su hermano aunque todos no quisiesen: y túvose luego por cierto el acuerdo: porque los franceses se embarcaban a gran furia en cinco carracas, y cuatro galeras que tenían en el puerto. Pero determinóse antes el Gran Capitán de cobrar a Gaeta, que tener cuenta con los prisioneros, ni dejar de soltar al de Aubeni: diciendo, que le costaría más de pólvora, y piedras: y que le parecía por muchos respetos, más conveniente cerrar aquella llaga, que recelar las, que el de Aubeni, ni los otros prisioneros podían hacer con sus lanzas: estando las cosas en tales términos: y a esto se persuadió entendiéndolo, que estas dos vitorias que hubo en el Garellano, fueron tan dudosas: y que las cosas llegaron a tanto estrecho, y peligro, que en todo aquel tiempo algunos capitanes de los nuestros, se trabajaban más en poner su plata, y bienes en seguro, que esperar de ganar lo de los enemigos. Por esta causa fue fácil cosa de concertarse: y fueron el primero de enero de acuerdo: y dieron los franceses rehenes al Gran Capitán de entregarle a Gaeta a la misma hora que les diese al señor de Aubeni: porque el de la Paliza ya se había puesto en libertad, por trueque de don Antonio de Cardona, que estuvo preso en poder de franceses: a quien por lo mucho que había servido, y por contemplación de la muerte de don Hugo su hermano, cuyos servicios fueron tan señalados en la guerra de Calabria, el rey le hizo merced de la Padula, con título de marqués, que era del conde de Capacho: y fue uno de los valerosos caballeros de aquellos tiempos. Acordóse, que saliese este mismo día de Gaeta Teodoro Trivulcio con la gente italiana, y francesa, que había de ir por tierra: y si el tiempo les ayudase, querían salir luego los demás la noche siguiente por mar, y dejar la ciudad, y castillo libres: y enviaron para que se entregase el castillo de la Roca de Mondragón, y se pusieron en libertad los prisioneros italianos, y españoles, que estaban en su poder. Entre los otros que muy mucho se señalaron en esta jornada, fue Bartolomé de Albiano: que anduvo tan valiente, que no se podía de ninguno esperar mejor: y dio grande prueba del ánimo, y osadía, con que después se arriescó en diversas guerras, y del valor de muy diestro, y excelente capitán, según se conoció en harta diversidad de casos prósperos, y adversos, que por él sucedieron. Ayudó mucho a la prisa que los franceses dieron a dejar la empresa del reino, y desamparar a Gaeta, saber la nueva de ser alzado el cerco de Salsas: y haber salido el ejército francés de Rosellón: y sabido lo de la tregua por el Gran Capitán, tanto más trabajaba por salir de la necesidad de aquella guerra, y rematarla: y con haber alcanzado tan gran vitoria, cuanto se podía esperar con tan justa querrela, instaba en dar la conclusión a la final expulsión de los franceses. Pero en esto se le hizo harta contrariedad con las pláticas que el Papa publicaba tener con Ascanio, y con el cardenal de Aragón. La suma dellas era, que el Rey Católico, por bien de paz, holgaba de restituir aquel reino al rey don Fadrique. Hubo tanta alteración de aquello generalmente en los ánimos de los italianos, que no dañara más a nuestra causa, si llegara en aquella sazón nuevo socorro a los enemigos: porque los servidores del rey, y los que se habían declarado por España, se encogían: y aun se excusaron de servir: y los que no lo eran, osaban hablar, y contradecir: y en todas las cosas que se ofrecían, ponían tanto embarazo, que con gran fatiga se acababa cosa que cumpliese a la conclusión de la empresa. Señaladamente se detenían de hacer los pagamientos, por no acudir con el dinero: porque le hubiese el rey don Fadrique si allá volvía: y todos los que podían dar favor en Italia

al Gran Capitán, se comenzaron a recatar, y embarazarse: creyendo que al mejor los dejaría, no sólo en peligro, pero en manos de sus enemigos. Hizo esto un muy notable daño: que todos los italianos procuraban de allí adelante por las vías, y modos que podían, diferir la guerra, al tiempo que pensaban alzar la mano de las armas: pensando que por la necesidad della, el Rey Católico venía a los medios de la paz con aquella condición: sobre la plática de la cual se envió por el rey don Fadrique a la corte del rey su secretario Lucas Russo: que la pensó tener bien adelante con el rey, y la reina: y fue muy bien recogido. Mas como era en tiempo, que aquel reino se podía tener por libre de franceses, y se había ya conseguido la posesión de todo él, y el rey de Francia, por lo que le ocupaban por estas fronteras, y por lo mucho que le costó esta guerra de Italia, no tenía tanto aparejo como se requería, para juntar otro tal ejército, ni había modo para poderle enviar de su reino tan presto, el Gran Capitán obraba contra todos estos impedimentos: y disimulaba con todos: como aquel que conocía mejor que nadie, la condición, y naturaleza de los del reino: y recelaba, que por apartar un peligro, no se pusiese en otro mayor: y no llegase el trueno, y el golpe junto. Afirmaba que él sabía, que italianos son tan prevenidos en los negocios, que quien no se previene con ellos, pierde doblado en honra, y provecho. Por esto disimulaba hasta apoderarse del castillo, y fuerzas de Gaeta: que era la principal fuerza, y entrada del reino, y la más importante: y habiéndose ya aceptado el partido, por las causas que se han expresado, dieron los franceses en seguridad, y en rehenes al señor de Duras, y al barón de Beren: y el Gran Capitán a Pedro Núñez de Herrera su sobrino, y al capitán Pedro de Paz: y entregáronle el castillo con la ciudad miércoles a tres de enero, año del nacimiento de Nuestro Señor de 1504. Aquel mismo día se alzaron las banderas reales de España en aquella ciudad: y luego se embarcaron los franceses, con harto mayor ímpetu que entraron en el reino: y a la hora que estaban en la nao embarcados se partían, sin esperar los unos a los otros: como en una muy arrebatada huida: y dio cargo el Gran Capitán del castillo de Gaeta a Luis de Herrera, que se señaló en esta guerra de muy esforzado caballero: y fue capitán de los jinetes de la compañía que era del Gran Capitán: y quedó por alcaide, y gobernador de aquella ciudad: y la tenencia de Tarento, que él tenía, se encomendó a Pedro Hernández de Nicuesa.

De lo que se proveyó por el Gran Capitán, para acabar de reducir lo que se tenía por franceses, en Abruzo, y Calabria. LXII.

Desde a dos días que se entregó Gaeta, llegó allí el señor de Aubeni: y hasta mil doscientos prisioneros franceses: y el de Aubeni con los que pudo, se embarcó a la hora en una carraca que le dejaron: y los otros se partieron por tierra con salvoconduto del Gran Capitán: y tales, que no mostraban ánimo de haber de emprender a volver a ganar lo perdido: puesto que entre ellos iban personas de harta estimación, y cuenta. Aunque pareció este partido muy aventajado a los contrarios, y que con él cobraron tan gran parte de gente tan principal, fue aceptado por el Gran Capitán, por

consideraciones muy justas: y de no menor importancia para los nuestros: porque en Gaeta se habían recogido cinco mil hombres útiles: que salieron della: y con buenos capitanes: y tenían de buenas vituallas para más de un mes: y de mijo, y otros bastimentos para más de cuatro: de manera, que poniendo la gente que no era para la guerra en su armada, que eran cinco carracas, y siete barcas, una galeaza, y cinco galeras, quedaba gente doblada de la que era menester para defender Gaeta. Con esto tenían mucha artillería, y muy buena, y grande munición: y un día antes les llegaron sesenta mil escudos: de suerte, que si quisieran hacer su deber, no se hubieran sin sangre: mas estaban tan rendidos, que aunque algunos capitanes fueron de opinión, que se pusiesen en defensa, no hallaron hombre, que quisiese quedar a tal afrenta: y respondían, que no querían entrar en galera, sino que se les diesen sus prisioneros, y se fuesen, como lo habían ofrecido: y el Gran Capitán lo aceptó, porque no podía sostener el ejército sin dinero: y no se podían hallar bastimentos sin gran fatiga, ni era tan poderoso en la mar, que con mucho se pudiese igualar con los contrarios. Tenían allende de su armada en Civitavieja dos naves armadas, que el Papa les enviaba, con muchas municiones: y estaban a la colla en Aguasmuertas dos carracas de provisión: y con cualquier parte deste socorro que les llegara, bastaran para sostenerse sin necesidad: entretanto que no los pudieron los nuestros forzar. De manera que se aceptó el partido de Gaeta por estos respetos: y por ser el Gran Capitán certificado, que el Papa trabajaba por entretener aquella guerra, y favorecer en ella a los franceses: y que iba Juan Pablo Ballón con ciento cincuenta hombres de armas, y otros tantos arqueros: y cuatro mil infantes, con Jerónimo Galoso, que era la cabeza del bando contrario del Águila, para entrar por Abruzo. Sobre todo esto se entendió, que el Papa daba grande favor a todos los anjovinos: e insistía en que se detuviesen los franceses: y que había enviado por su embajador al rey de Francia al marqués del Final, por tratar casamiento del hijo del duque de Lorena con una hija suya: y se procuraba, que le enviasen al reino, por el derecho que se afirmaba que en él tenía: y ofreció de amparar su causa, hasta echar a los españoles de Italia: y aun con esperanza, que le ayudaría para proseguir la conquista contra Sicilia. Cuando este casamiento no se pudiese efetuar, remontaba el Papa en su fantasía nuevas cosas: y procuraba, que se casase una hija del rey don Fadrique con el prefeto su sobrino: con ofrecimiento, que le ayudaría a ganar el reino: y viendo el Gran Capitán toda esta contrariedad, parecióle más conviniente echar toda la mayor fuerza de los franceses del reino, y haber a Gaeta, que guardar aquellos prisioneros: porque de muertos, o idos no podían escapar: y hacerlo en tiempo, que la gente se pudiese reforzar, para que aprovechase en la primavera: y así sucedió de manera, que de los franceses que fueron por tierra, entrando en las tierras de la Iglesia camino de Roma por la otra parte los más fueron destrozados, y muertos por los villanos: y muy pocos dellos llegaron a Francia. Acabado esto, que era la mayor seguridad de la empresa del reino, sin ninguna dilación envió el Gran Capitán al duque de Termens al Abruzo, contra lo que quedaba del estado del marqués de Bitonto, con la gente que le pareció bastaba, para apoderarse dél: adonde también se tenían por Pardo Ursino la Roca Camena, y el castillo de Tusitia: y contra el conde de Capacho envió a Pedro Navarro. Tenía deliberado que fuese contra Luis de Arsi, que se hizo fuerte en Venosa don Hernando de Andrada: y

dejó a Alonso de Carvajal, y a Diego Hernández de Córdoba su sobrino con doscientos jinetes, y dos mil peones, contra el estado del prefeto: pero éste luego vino a reducirse al servicio del rey: y alzó las banderas de España: y aunque el Gran Capitán entendió, cuán forzado venía a la obediencia del rey, porque desde que el rey Carlos entró en Italia, siempre se mostró muy aficionado a la opinión de Francia, todavía le aceptó: y se tuvo con él por otro modo, de lo que él merecía, por ser cosa tan propia del Papa. Restaba muy poco en Calabria por reducir: porque todo lo que se cobró por el de Rossano, lo había ganado Gómez de Solís: que fue enviado por el Gran Capitán con gente contra él, y le tenía cercado en Rossano: y tenía esperanza el Gran Capitán, que si las pláticas de la paz no se lo impidiesen, tenía en quince días todo aquel reino libre, como él decía, del mal francés: que era una enfermedad de mayor infición, y tormento, que otra ninguna: y nuevamente conocida en aquellos tiempos, desde la entrada del rey Carlos en Italia: de donde le quedó aquel nombre. En esta misma sazón salieron de Roma huyendo los cardenales de Borja, y Sorrento: por los malos tratamientos que el Papa les hacía: por ser servidores del rey: y tras ellos se fueron muchos españoles a Gaeta: porque el Papa no quería sufrir que estuviesen en Roma, ni en su guarda: y mandó despidirlos.

Que algunos lugares que se tenían en el Principado por el conde de Capacho se rindieron: y se cercó Luis de Arsi en Venosa: y se hizo la guerra en el condado de Conversano: y a Juan Bautista de Marzano príncipe de Rossano. LXIII.

Proveyó las cosas de Gaeta el Gran Capitán, como mejor pudo, según el tiempo, y la facultad: por ser la cosa más importante del reino: y mandó que se poblase de españoles: y se pusiese el monte en defensa, por ser inexpugnable: porque la gente que convenía tener para la guarda de aquella ciudad, no se podía sostener sin mucho gasto, todo el tiempo que se requería que estuviese a recaudo: por ser casi en los confines del reino: y tener tan franca la entrada de mar, y el terreno por donde el socorro le puede ir, de tan estrechos, y tan fuertes pasos. De allí se fue a la ciudad de Nápoles: adonde le recibieron con tan pública alegría, y fiesta, que no se pudiera con mayor demostración hacer con ningún príncipe, y señor natural, que fuera muy amado, y entrara tan vitorioso: y proveyó luego de enviar más gente a Ortonamar: y a otras villas del estado que fue del marqués de Bitonto, que se rebelaron cuando sintieron que iba el socorro de Francia. Pero fue presto reducido a la obediencia del rey, sin que quedase en aquella provincia ninguna cosa en contrario: y proveyó por gobernador della al duque de Termens: y diole cargo, que repartiase la gente de armas que allí había de residir: porque le conoció siempre muy aficionado, y fiel al servicio del rey. Todo lo más principal que el conde de Capacho tenía en el Principado, se había también reducido: sino era Laurino, adonde el conde se recogió con cuatrocientos hombres de guerra entre franceses, e italianos: y tenía por él el castillo de Policastro, y la Roca del Aspro, y Pissota: que aunque está cerca de la marina, no era de mucha importancia: pero Laurino era lugar fuerte, aunque estaba rodeado de lugares, que se habían ya reducido a la obediencia del rey: y fue Gil Nieto a cercarlo: y como iba allá

con más gente Pedro Navarro, el conde de Capacho envió al Gran Capitán un suyo, para rendirse a él con ciertas condiciones: en que pedía, que quedasen en libertad él, y su mujer, e hijos, y servidores, con la ropa de su casa, y con los ganados que tenía: y que el Gran Capitán le pagase la munición que dejaba en dos castillos: con intento de irse a Trana. A esto respondió el Gran Capitán, que fuese en buena hora, con su mujer, e hijas, y casa, y con la ropa común della: y dejase todos los ganados, y artillería, y munición de aquellos castillos: y en esto holgó de venir por respeto de su mujer, que era parienta de los Carafas: y de otros muchos principales de Nápoles, que intercedían por ella. Fue entrado por combate el lugar de Roca del Aspro: y el castillo de Diano, que era de mucha importancia, y se tenía por el mismo conde ser rindió, más por fuerza que de grado: y quedaba a la marina el castillo de Policastro, esperando los que le tenían, a quién rendirse, más que con ánimo de defenderse: porque ni era fuerte, y estaba mal proveído. Antes de la nueva de la vitoria que hubieron los nuestros en el Garellano, Luis de Arsi se juntó con el conde de Conversano: y sabiendo que eran los franceses vencidos, fueron a combatir a Labelo, y entraron por fuerza la villa, por culpa del que tenía cargo de la doana, que no quiso pagar el sueldo a doscientos alemanes, que desembarcaron en Manfredonia: y como llegó la gente de armas, e infantería, que el Gran Capitán enviaba después que se rindió Gaeta, el conde se volvió a Conversano: y Luis de Arsi se retrajo a Venosa: adonde hizo llevar gran cantidad de trigo, que halló en Labelo: y juntó algunas compañías de gente de guerra de caballo, y de pie franceses, suizos, e italianos: y fortificóse cuanto pudo en aquel castillo. Entonces proveyó el Gran Capitán con gran diligencia, que pasasen contra éstos, dos mil infantes: y tenía deliberado que fuese don Hernando de Andrada, con doscientos hombres de armas: y porque se excusó de ir a esta empresa, envió a Pedro de Paz con su compañía: y después porque a Pedro de Paz le sobrevino una dolencia, mandó ir a Bartolomé de Albiano con los Ursinos, porque eran todos tal gente, que no se podían muchos días sostener los contrarios. Cuando esta gente llegó, se entró por fuerza Rapola, y se cobró Atela, y algunos otros lugares, que Luis de Arsi había ocupado, cuando nuestro campo estaba en el Garellano. Pero habiéndosele notificado por mandado del Gran Capitán a Luis de Arsi la reservación que se hizo en el asiento que se tomó con el marqués de Saluces, pidió salvoconduto, para consultar sobre ello con el rey de Francia: sin mandamiento del cual decía, que no podía partir del reino con su honor: y dióse gran prisa entonces por los nuestros en estrechar el cerco de Venosa: y porque del condado de Conversano se habían reducido algunos lugares, habiendo convalescido Pedro de Paz, acordó de ir a juntarse con el conde de Matera, y con la otra gente, que estaba en frontera contra el conde: y proveyóse de sacar la artillería de Tarento, para la expugnación de Conversano. Tenían Pedro Hernández de Nicuesa gobernador de Tarento, Juan Bautista del Monte, y el conde de Nardo puesto cerco contra el castillo de Oyra: y hubiéraseles rendido luego, si no fuera por la confianza que tenían los que estaban en su defensa, que los gobernadores de Brindez, y Monopoli, y de los otros lugares que se tenían por Venecianos, los recogerían: y que se pudieran salvar en ellos por ser vecinos. También algunos días antes que Gaeta se rindiese, el comendador Gómez de Solís había encerrado en Rossano a Juan Bautista de Marzano, que se llamaba príncipe: y

cobró los condados de Belcastro, y Cariati: y otros muchos lugares: y como quiera que la ciudad de Rossano fuese muy fuerte, y Gómez de Solís no tenía tanta gente que pudiese correr el campo, pero por ser muy poblada, y haber grande carestía, y falta de mantenimientos, y ser cercada de todas partes de lugares, que estaban en la fidelidad del rey, se esperaba que en breves días se rendiría: y que el de Rossano se detenía pensando, que cada hora estaba en su mano de poderse salvar por mar: y habíase enviado salvoconduto a instancia de Bartolomé de Albiano al barón de Marzano, que era su pariente, y el principal que sostuvo aquella empresa: porque de la persona del de Rossano se hacía poca estimación, y cuenta: faltándole aquél. Teníanse también en Calabria por los contrarios Santa Severina, que parecía inexpugnable, y estaba en tregua: y sacaron todos los principales della de la parte aragonesa, y se llevaron a Rossano: y Belveder, que era del príncipe de Bisiñano, y se rebeló por la parte francesa, al tiempo que el ejército de los enemigos vino a San Germán, se tenía en defensa. Habíase cobrado todo lo de Abruzzo en principio del mes de febrero: salvo la Roca Camina, y el castillo de Tusitia: que se tenían como dicho es, por Pardo Ursino: que se había pasado al estado de la Iglesia: y deseaba reducirse por medio de Bartolomé de Albiano: y el marqués de Bitonto se había recogido en la Marca: y esperaba respuesta del duque de Terranova: para que le recibiese con ciertas condiciones: y aunque Enriqueta Carafa, madre de Alonso de Sanseverino había alzado las banderas del rey, era mujer para revolver su parte: y tenía el lugar de San Chirico: que era una muy buena fuerza. Fue esta señora bien diferente de doña Constanza de Ávalos, y de Aquino condesa de la Cerra, y de Belcastro, nieta del condestable don Ruy López de Ávalos: que fue siempre muy fiel, y leal a la casa real de Aragón: y lo menos que della se puede decir es, haber alzado las banderas de su estado, por el servicio del rey: y en alguna gratitud de su merecimiento, el rey estando en Medina del Campo, a diez del mes de mayo deste año, la honró con el título de duquesa de Francavila.

Que el Gran Capitán mandó hacer llamamiento general de los barones, y universidades del reino: y de las inteligencias que tenía con las señorías de Italia. LXIII.

En este tiempo el Gran Capitán, cesando aquel furor, y estruendo de las armas, se ocupaba en Nápoles en reformar el consejo, y sumaria: porque aquello era lo principal para tener en buen gobierno las cosas de la justicia: y en gran recaudo las de la hacienda: y mandó hacer llamamiento general de todos los barones, y universidades del reino: para que viniesen a Nápoles: porque muchos años, aunque dieron la obediencia al rey, no prestaron los homenajes. Atendía con gran diligencia a poner en orden lo que tocaba a la buena ejecución de la justicia: porque con la licencia, y rotura grande que precedió en las guerras pasadas, y con las enemistades de partes, resultaron muchas cosas, que era necesario remediarse. Daba gracias a los que sirvieron en la guerra derechamente: y mostraba a los otros, que la voluntad, y mandamiento del rey, era hacer justicia: y procuraba tener tal modo, que con contentamiento de los pueblos, fuese servido el rey de alguna suma de dinero, para

ayuda de los grandes gastos que allá tenía: y juntamente con esto, sin perder tiempo se entendía en que igualasen los muros, y se reparasen las fuerzas, y torres de la ciudad: y se fortificase de baluartes el castillo de San Telmo, que era, según se entendía, lo que entonces más importaba, para la fuerza de aquella ciudad. Mandó labrar en el Castillo Nuevo todo lo que se abatió con la artillería en el cerco pasado: e hizo añadir otras muchas cosas de fortificación, de que había grande necesidad: y continuóse otra obra, que se comenzó por el rey don Fadrique, que era de muy excelente traza. Fortificábase Capua de tales reparos, que se tenía por más fuerte, que de buen muro: y también se entendía en reparar lo del monte de Orlando, y la ciudad de Gaeta, y San Germán, y otros muchos lugares, y pasos, que hay en aquel reino: para defender la entrada a los enemigos: y mandó repartir la gente de armas, e infantería, donde más cómodamente pudiese estar: para mejor sostenerlos, y conservarlos, para cualquiera necesidad que se ofreciese: y porque en algunas compañías de españoles se conoció en aquella guerra de ser gente muy perdida, y de mala orden, y que hizo muy poco efecto, y costaban mucho, y eran de ninguna utilidad, deliberó enviarlos a España en dos naves: dándoles las vituallas necesarias, y algún dinero. Teniendo tanto que proveer en las cosas del gobierno, y justicia, que de presente se le ofrecía en aquel reino, no se descuidó de tener otras inteligencias con algunos príncipes, y potentados de Italia: aprovechándose del grande crédito que le daban su valor, y tantas vitorias: y entró con la ciudad de Génova en tal plática, que llegó a tenerla por más cierta del Rey Católico, que hasta entonces lo fue del rey de Francia: porque por su medio deliberaron en concordia de ambas parcialidades Adornos, y Gregosos, de servir, y seguir al rey de España. Por esta causa el Gran Capitán daba prisa, que se pusiesen en orden en Nápoles nueve galeras: para enviar con ellas dos mil soldados: porque con sola esta gente que llegara, se esperaba, que se revolverían contra Francia los genoveses. En las cosas de Florencia se le ofrecían por parte de los que en esta sazón gobernaban, muchas cosas: y también Juliano de Médicis, que estaba fuera, y después que su hermano Pedro de Médicis murió en el Garellano, sucedió en la herencia de la casa, y en la obligación del bando, y era tan estimado de todo aquel estado, cuanto era el otro de mal, se fue a ver con el Gran Capitán, para ofrecerse al servicio del rey. Éste con la parte que estaba fuera de Florencia ofrecían, si el Rey Católico los quisiese favorecer en su entrada, para lo cual ellos pensaban tener grande aparejo, que servirían luego con cien mil ducados: y cada año con otra tanta cantidad. También los pisanos después de ser echados del reino los franceses, porque los florentinos sus enemigos recogían toda la gente de Francia que podían, y los socorrían con dinero, y los enviaban a posentar al contorno de Pisa, estrecharon mucho la plática que con el Gran Capitán traían: ofreciendo, que se querían dar al Rey Católico, para que los recibiese por vasallos, o en protección como más quisiese: y pidíanle, que les diese alomenos cuatrocientos soldados: y él los entretenía, hasta saber la voluntad del rey. De Arezo ciudad principal, y fuerte, que tenían florentinos de la misma condición de Pisa, comunidad, y estado separado de por sí, fueron al Gran Capitán mensajeros secretamente, que le ofrecieron, que si el rey los quisiese recibir por vasallos, o debajo de su protección, luego alzarían sus banderas: y prometían, que le darían cada año veinte mil ducados: y que

acabarían un castillo, que florentinos habían comenzado, y que ellos no querían sufrir, ni dar lugar, que se acabase, por algunas formas que tuvieron, sin declararse contra la señoría de Florencia: y esta ciudad venecianos la codiciaban, y procuraban mucho de haberla a su poder. Pandolfo de Siena era gran servidor del Rey Católico: y siempre en las guerras pasadas tuvo inteligencia con el Gran Capitán: y le avisó de todas las cosas que fueron necesarias al bien de la empresa del reino: y después de la vitoria del Garellano, envió a ofrecer al Gran Capitán aquella ciudad, y su persona, con cien hombres de armas: y ciento cincuenta caballos ligeros, y cuarenta mil ducados, si el rey determinase seguir la empresa contra Francia, y echar los franceses de Italia. Tomó Juan Pablo Ballón, conduta del rey Luis de cincuenta hombres de armas: y porque ni el embajador Francisco de Rojas en nombre del rey, ni el Gran Capitán le cumplieron otra tal, no se redujo al servicio del rey: aunque él lo procuró, y sirviera de buena voluntad, si le admitieran: pero tuvo siempre mucho respeto a las cosas de España: y después de ser entregada Gaeta, salió de la obligación que tenía: y envió a ofrecer al Gran Capitán con su persona cien hombres de armas, y dos mil peones, con la ciudad de Perugia: y otros lugares principales: declarándose, que él, y sus parientes darían treinta mil ducados, y servirían con aquella gente, si el rey quisiese seguir la empresa. Fueron en el mismo tiempo de Milán tres gentiles hombres, por parte de otros seiscientos de aquella ciudad, que estaban fuera, y dentro della: y ofrecieron al Gran Capitán, que si quisiese librar a Italia de la sujeción de franceses, le darían la ciudad: y echarían a los del bando contrario, que en ella estuviesen, antes que su ejército se acercase con cincuenta millas: y el cardenal Ascanio ofrecía de mudar el gobierno de aquel estado.

De la gratificación que se hizo a los Ursinos, que se redujeron a la obediencia del rey: y de la tregua que se asentó entre los reyes por Gralla, y Antonio Agustín embajadores del Rey Católico. LXV.

En este estado se hallaban en aquel tiempo las cosas de Italia, sin descubrirse en ella quien se atreviese a dar favor a las de Francia: tanto puede la reputación en las cosas de la guerra. Sólo el Papa era el que osaba declararse contrario: no embargante, que estaban Coloneses, y Ursinos, conformes en amistad, y en seguir la opinión de España. Esto fue movido al Gran Capitán por los Ursinos, en el primer cerco a Gaeta: y se platicó con ellos en Roma, por el embajador Rojas: y se acabó de concluir como dicho es, gratificando a los Ursinos, así en el número de la gente de armas de las condutas que les señaló el Gran Capitán, como en dinero, y renta de estado: visto que los cardenales de Ruán, y Sanseverino, por parte del rey de Francia les ofrecían lo mismo, y les hicieran mayor ventaja en toda cosa: y en este asiento se hizo en aquella ocurrencia de negocios, gran servicio al Rey Católico: porque sola la persona de Bartolomé de Albiano era de mucha estimación: y diéronsele ocho mil ducados de renta: y dos mil trescientos se repartieron entre los otros sus parientes, que eran mancebos de mucho esfuerzo, y valor. Fuéronles señalados en el estado que era del príncipe de Bisignano, en el Val de Crathe: y procuraba el Gran Capitán conservar estas dos partes

de Ursinos, y Coloneses, si ser pudiese: entendiendo cuánto convenía para la seguridad del reino: aunque conocida la condición, y calidad de la nación, él mismo lo tenía casi por imposible. Mas todas estas inteligencias, que el Gran Capitán tenía con los potentados, y príncipes de Italia, juzgando que convenía así, para sustentar en paz aquel reino, siendo por su prudencia tan superior en el consejo, como en el valor, se desbarataban por la plática de la concordia que se publicaba tratarse entre los reyes: y de la tregua que se esperaba resultaría de la embajada que estaba en Francia: que se procuró por parte del rey por algunos años. En esto hizo el rey mayor instancia, después que se vio pacífico señor de todo el reino: y el rey de Francia también pedía la tregua con ciertas condiciones: y el Gran Capitán estaba con harto recelo, que estas pláticas no llegasen a tales términos, que fuesen en mucho detrimento de la grande reputación, y crédito que el rey tenía en toda Italia. Ofrecíanse al Gran Capitán otros muchos inconvenientes, que se podían bien comprehender: y por esto en lo de la tregua fue de parecer, que atendido que los franceses tenían a la mano las carracas de Génova, y el Rey Católico no tenía tan presta su armada, se debía conceder al francés por la mar, con condición, que el Rey Católico pudiese socorrer el reino, y mandar llevar, y traer gente, y todas las otras cosas necesarias por mar. Finalmente la tregua se concluyó por la buena maña, e industria de Gralla, y Antonio Agustín embajadores de España: por tiempo de tres años: y tóvose por hecho de grande negociación: por ser tan dificultosa la concordia sobre tales prendas, como era el reino: por cuya posesión se tenía por muy justa la guerra. Declaróse, que se pudiesen tratar, y comunicar los del un reino, y señoríos en los otros: exceptando en el reino de Nápoles, adonde se prohibía el comercio. Quedó concertado, que visto, que el rey estaba en pacífica posesión de todo el reino de Nápoles, si durando la tregua algún príncipe, o barón se rebelase, o fuese inobediente, pudiese ser compelido a su obediencia: y por esta causa no fuese entendido, que la tregua se quebraba por su parte. También entretanto que duraba aquel sobreseimiento de guerra, no habían de dar favor, ni ayuda a príncipe, o potentado alguno, uno contra otro. Tomaron los embajadores la seguridad que se requería del rey de Francia: y acá se firmó, y fue confirmado por el rey, en presencia de Juan de Leví señor de Miralpex senescal de Carcasona embajador de Francia, estando en la Mejorada, en fin del mes de enero deste año: y habíase de publicar en Nápoles, a veinticinco de febrero siguiente, desde el cual día comenzaba a correr el término de la tregua. Por ella se acordó de sacar los quinientos hombres de armas, y jinetes de Aragón, que estaban en Rosellón, y en el Ampurdán: y después de ser enviado don Ramón de Espés, que era diputado del reino, para recibir las muestras, y pagar el sueldo de otros cuatro meses, se proveyó que se viniesen: y salidos de Cataluña, se les pagó por el reino medio sueldo, conque siendo llamados, se les pagase enteramente.

De la ida de la princesa doña Juana a Flandes: y de los lugares que quedaron por los franceses en el reino, por razón de la tregua. LXVI.

Después que se concluyó el tratado de la tregua entre los reyes de España, y Francia, partió la princesa doña Juana de Medina para Laredo, el primero de marzo: y allí se embarcó en la flota que estaba a punto: y se fue a Flandes. Como el Gran Capitán tuvo aviso de los embajadores Gralla, y Antonio Agustín, que se había asentado entre los reyes la tregua, luego la mandó pregonar, y guardar: aunque él quisiera, que algún día más se tardara: por poder bien librar todo el reino de aquel furor de las armas: pero fue impedido por una grave enfermedad que tuvo: y della adoleció estando para salir de Nápoles contra Luis de Arsi: de que llegó a punto de muerte: y por esta causa, y por las grandes aguas, y nieves, que en aquel invierno hizo, quedaron algunos castillos en poder de rebeldes, y contrarios, sin reconocer la obediencia del rey: puesto que en Abruzo, todo el ducado, y baronía del marqués de Bitonto, y los lugares de otros barones, que eran rebeldes, se habían reducido: y solamente quedaban por rendirse un castillo de Pablo Ursino, que estaba puesto en una montaña, tal que por las grandes nieves, no pudo pasar allá la gente. En Calabria muchos lugares que el príncipe de Rossano tenía de aquéllos, que fueron del estado de su padre, todos estaban ya en la obediencia del rey: sino era Rossano, en que él estaba, y Belveder, y Santa Severina, de que se había apoderado: pero los deste lugar trataban en reducirse: y enviaron a pedir al Gran Capitán salvoconduto. Ganóse en Basilicata todo el estado del conde de Capacho, y en Apulia de las tierras que seguían a Luis de Arsi, después de la entrada del ejército, que fue postramente en socorro a los franceses, se cobraron ocho: y perdió la más gente: y teníanle Bartolomé de Albiano, y Pedro de Paz tan encerrado, y apretado en Venosa, que esperaban muy brevemente cobrar el lugar, si no lo impidiera la tregua: aunque quedaba con tan poca vitualla, y tan desierto de gente, que le convenía más desamparar aquella fuerza, que sostenerla. De lo que el conde de Conversano sustentaba por franceses en tierra de Otranto, todo se redujo con la llegada de nuestra gente: sino fue el castillo de Oyra, que estando ya concertado para rendirse, fue salteado por el arzobispo de Brindez, que salió de Monopoli, y seguía a la señoría de Venecia, con alguna gente de caballo, y se metió dentro: de suerte que quedaban en esta sazón por el rey de Francia solos seis lugares, todos apartados de la marina. Estuvo el Gran Capitán persuadido, y entendíase por muy cierto en toda Italia, que el rey de Francia no guardaría esta tregua: porque de nuevo con grande instancia, y promesas había enviado a procurar la paz con los suizos: y se creía que la compraba bien caro: y en el estado de Milán cargaba mucha gente suya: y nombró por su lugarteniente general a Juan Jacobo de Trivulcio: que ninguna cosa deseaba menos que la concordia. Con esto hacía gente italiana cuanta podía: y daba cargo della al duque de Ferrara, y al marqués de Mantua: y ofrecía a todos los barones del reino, que se iban para él, y le siguieron, grandes pensiones: porque en principio desta guerra les prometió con solene juramento, que ninguna paz haría con el rey de España, sino con fin de cobrar todo el reino: y de nuevo lo tornó a jurara a los príncipes de Melfi, y Bisignano: que se fueron para él: y detenía en Génova todas las carracas: y

procuraba juntar hasta veinticuatro galeras. Por esta causa trabajaba el Gran Capitán en fornecer las suyas, y ponerlas en orden: y estaba muy dudoso en el despedir los alemanes, como el rey lo mandaba: mayormente que se querían ir por tierra: y recelaba que el rey de Francia, o venecianos, los recibiesen a su sueldo: porque esta gente no respeta otra cosa: proveyéndose como sean pagados: y buscaba forma como sostener los españoles sin graveza de los pueblos: lo que hasta entonces no se pudo hacer por la extrema necesidad, y hambre que los nuestros habían padecido: y hallábase por las relaciones de las cuentas de los libros del rey, que se habían gastado para la armada, y ejército de tierra en las partes de Levante en este segundo viaje, y empresa del reino, hasta trece del mes de octubre deste año, más de trescientos treinta y un cuentos.

Del desgrado que tuvieron Próspero, y Fabricio Colona, por haber reducido el Gran Capitán los Ursinos al servicio del Rey Católico. LXVII.

Por causa de las pláticas que se trataban de la concordia, estaban las cosas en tanta sospecha, con haberse alcanzado tan gran vitoria, que qualquiere novedad por muy incierta, alteraba los ánimos de las gentes: especialmente en el reino. Esto fue en tanto grado, que procurando el rey don Fadrique por medio del cardenal de Aragón, que se avisase a muchas personas, que él iba a ser restituido en su primer estado, con consentimiento del Rey Católico, y con buena gracia, y merced del rey de Francia, hubo tan diversos ayuntamientos, y las pláticas pasaron tan adelante, y se habló tan pública, y rotamente cuando el Gran Capitán estuvo más agravado de su enfermedad, que casi se iba encaminando otra nueva rebelión. Entonces por consejo del Próspero la reina de Hungría se pasó de Iscla a Puzol: y enviaron por la duquesa de Milán, para que se fuese a Nápoles, a juntar con ella, con color de estar mal dispuesta: e irse a curar a los baños. Pero con la mejoría que el Gran Capitán tuvo, y por las pláticas que con algunos dellos se movieron, y por la gran solicitud que ponía en entender las tramas, e inteligencias de todos, se convirtieron aquellos nublados en contrición: señaladamente después de ser llegada la nueva de la tregua: desconfiando en las cosas del rey don Fadrique. Tras esto entre el Gran Capitán, y los Coloneses nacieron tales sospechas, que había entre ellos poca conformidad: habiendo sido por él sostenidos, y restituidos en sus estados, y estimados, y acrecentados sobre todos los otros de aquel reino. Esto tuvo principio porque desde que los franceses pasaron la postrera vez, para socorrer los suyos, estuvo el Gran Capitán persuadido, que traían su inteligencia con ellos: y que se acordaron entonces, que de sus tierras les diesen vituallas: y que ellos no les hiciesen daño: de que el Gran Capitán recibió mucho descontentamiento: porque si aquello no fuera, no se pudieran sufrir los franceses, según él lo entendía, por tan largo tiempo. Vino en esta sospecha, considerando, que Coloneses hicieron siempre muy grande instancia, que él se retrujese a Capua, como dicho es: porque el Rey Católico forzado de necesidad, viniese en los medios que se proponían por el rey don Fadrique: para que por la ayuda que dellos se hubiese, alcanzase la

parte que deseaban. De aquí nació que se declaró entre el Gran Capitán, y el Próspero Colona nueva emulación: que llegaba a ser formada enemistad: porque todo el fundamento del Próspero era, dar a entender, que gobernaba aquel estado de manera, que ninguna cosa del reino se hacía sin él: y que él podía encaminar todas las que quisiese: y como en esto el Gran Capitán por su suma prudencia, y sagacidad, no se conformase con él, estaba muy mal contento: y el Gran Capitán poco menos: y fuese poco a poco confirmando entre ellos ocasión, no sólo de discordia, pero de una contienda, que parecía encaminarse a bando, y competencia. Entonces el Próspero comenzó a publicar, que quería venir a España: y Fabricio en el mismo tiempo envió a decir al Gran Capitán desde Roma, que florentinos le daban conduta por su capitán, con treinta mil ducados: y pedía que lo tuviese por bien: que él le prometía, que jamás iría contra aquel reino, ni contra cosa del servicio del rey: y que por esta causa había deliberado de seguir aquel partido. Mas comoquiera que el Gran Capitán tenía alguna sospecha, que ésta fuese plática del rey de Francia con Coloneses, por medio del rey don Fadrique, y que Fabricio estaba determinado de hacerlo sin su voluntad, parecióle que era mejor conformarse en público con él, que contradecirle: y diole su consentimiento, tomando aquellas prendas dél: aunque la causa de esta enemistad era, estar muy mal contentos de haberse recibido los Ursinos en servicio del rey: porque entendiendo el Gran Capitán que aquello convino, trabajaba de sostenerlos a todos, aunque padeciese, como él solía decir, la pena que con ellos sufría.

Que el papa Julio mandó prender al duque de Valentinois, para apoderarse de las fuerzas que tenía en Romaña: y el Gran Capitán procuró de haberle a su poder. LXVIII.

Al mismo tiempo que venecianos fueron ocupando después de la muerte del papa Alejandro, los lugares de Romaña, que tenía el duque de Valentinois, cuando le vieron desamparado del favor de la sede apostólica, y que le dejaban sus capitanes, y la gente de guerra que le seguía, ofreció el duque al papa Julio los castillos que le quedaron. Esto se hacía con fin, que estando por la Iglesia se detuviesen los venecianos de proceder adelante. Con esta oferta envió el Papa a Pedro de Oviedo su cubiculario, que solía ser de los ministros del duque, con los contraseños que ellos llaman, para que le diesen, y entregasen en nombre del Papa: mas el duque después que partió Oviedo, se arrepintió presto: y envió un correo a gran furia del alcaide que tenía en Cesena: y mandó que prendiesen a Oviedo: y le tomasen sus contraseños, y le ahorcasen: porque no cobrase el Papa aquellos castillos. Cuando se tuvo noticia desto, mandó el Papa detener al duque en palacio, hasta que con efeto se le entregasen: aunque primero le prometió confirmación de su estado, y ayuda para defenderle contra cualquiera que le quisiese molestar: y el Papa deseaba librarle por cobrar a su poder aquellas fuerzas, que estaban a mano de la gente del duque: porque venecianos no se entrasen en ellas: como Faenza, y Arimino: de quien no las pudiera la Iglesia haber tan fácilmente: y si viniesen a su dominio aquéllas, tenía esperanza que no sería tan difícil cobrar las que venecianos se habían usurpado entonces. Por

este respeto se concertó el Papa con el duque, porque le dejase las fortalezas de Cesena, y Forli, y a Bertinoro: y los lugares, y castillos que se conquistaron por él en Romaña: y se entregasen a sus nuncios: para que después se pusiese en libertad la persona del duque. Concertóse que entretanto estuviese el duque en poder de don Bernardino de Carvajal cardenal de Santa Cruz en el castillo de Ostia: y confiáronse dél dejando en su poder el castillo, para que le tuviese a su disposición libremente: porque el duque, ni se quiso asegurar de otra persona, ni de otro lugar, de miedo de sus enemigos: que eran Guido de Montefieltro duque de Urbino, el prefeto, el cardenal de San Jorge, y todos los del linaje, y bando de los Ursinos. Fue juntamente con esto necesario, que el Papa ofreciese que mandaría dar al cardenal dos galeras, en que el duque pudiese salirse, cuando fuesen entregadas aquellas fuerzas: y para esto se le dio salvoconduto hasta el puerto de Villafranca de Niza: conque no saliese a tierra, de aquella parte de la Especia: y esto se concertó así, porque no pudiese entrar en Pisa con sus galeras, ni hacer daño alguno a florentinos, con quien el Papa estaba en muy estrecha amistad. En seguridad deste concierto se determinó el Papa de poner en rehenes en poder del embajador Francisco de Rojas, al bailío Sixto de la Robera, que era su sobrino: para que le tuviesen en alguno de los castillos de Coloneses: y declaróse que se restituyesen aquellas fuerzas, y lugares con los bienes que se hallasen en ellos del duque de Urbino, dentro de cuarenta días: y en caso que no se cumpliese, se obligase al cardenal de Santa Cruz de restituir la persona del duque en poder del Papa. Quiso también el duque, que este asiento se concertase, y concluyese consistorialmente con decreto de todo el colegio de cardenales: y el Papa le mandó entregar al cardenal: y fue puesto en el castillo de Ostia a buena custodia. Tras esto requirió el duque al cardenal con su fe, y promesa: para en caso, que entregando él lo que estaba en su poder, que eran Cesena, y Bertinoro, se cumpliese con él, como estaba tratado, por aquel asiento: porque Forli decía que eran pasados más de treinta días, que no estaba por él: y García de Mirafuentes navarro, de quien él le confió, le vendió a Ordelafo, que otro tiempo fue señor de aquella ciudad: y tenía dadas rehenes que lo entregaría. Pero no embargante esto, el duque dio al Papa quince mil ducados, porque por esta suma se ofreció aquel alcaide de entregar a Forli: para que entregadas las otras dos fuerzas, él pudiese salir de Ostia, e ir donde quisiese: aunque García de Mirafuentes como bien enseñado en la escuela del duque, usó de tal astucia, que entre tanto que los comisarios del Papa llevaban la seguridad del dinero que se le ofreció de dar en Venecia, y el salvoconduto del Papa, y de la señoría, para él, y los suyos, dándose orden por los mismos comisarios, que se pusiese vianda en el castillo día por día, para el alcaide, y los soldados que estaban con él a costa del Papa, cansándose de tener tan estrecha cuenta los que tenían aquel cargo, dieron lugar que el alcaide se proveyese para muchos días: teniendo tanta falta, que no se pudieran sostener sin rendirse. Hubo otra dificultad, con que se temió que aquellas fuerzas no se cobrarían tan presto: porque cuando el rey mandó despedir la gente que tenía en el reino, se ordenó que de la que quedaba para la guarda dél, enviase el Gran Capitán al Papa algunas compañías, para que sirviesen hasta que aquellas fuerzas se restituyesen: y el duque se pusiese en libertad: y difirió de enviarla, recelando que se pidía este socorro, por enemistar al rey con venecianos, que procuraban

haber aquellas fuerzas que el Papa codiciaba tener a su mano: y divertir aquella gente del reino, más que por otro respeto: y no tenía por buen consejo enviar gente española tan lejos, para que estuviese entre venecianos, y las tierras del duque de Ferrara, y del marqués de Mantua deservidores del rey, y en Romaña tan cerca de pueblos tan grandes, y no muy amigos de nuestra nación. Para esto no hallaba al Gran Capitán otro remedio, sino que aquella gente fuese con tal fuerza, que bastasen a todo: y tenía por más seguro, que no pasasen: sino en caso que el Papa, para todas las otras cosas, se confederase de suerte con el rey, que sobre grande seguridad aquello se debiese posponer: pero desto se tenía entonces harta duda, según se entendía, y conformaba bien con franceses: y se trataba de asentar una nueva liga entre ellos, y la señoría de Venecia. Estando las cosas en estos términos el duque, que siempre trataba con las dos partes, como su padre, hubo un salvoconduto de Génova: y procuró con los cardenales de Borja, y Sorrento, que residían en el reino, que el Gran Capitán le acogiese en él: y envió por esta causa secretamente a Ostia a Lezcano, para que hablase con el cardenal de Santa Cruz: y le advirtiese, que si el duque conseguía su libertad sería el rey muy servido, en persuadirle, que se fuese a Nápoles: y se excusase que aquel tizón no pasase a otra parte donde pudiese más dañar. Movíase a entenderlo así, porque llevando el duque dineros, y reputación de muy valeroso, y que entendía mejor los discursos, y humores de Italia, que los más diestros de toda ella, y siendo tan bullicioso, y temido, que era mucho más que ser amado, y estimándole tanto mucha gente muy atrevida, y ejercitada en acometer cualquier hecho por grave, y atroce que fuese, sería gran beneficio de toda la cristiandad, divertirle de otras empresas: y que no se diese lugar que viniese a Francia. Esto se trató por Lezcano con el cardenal: y dejó un salvoconduto que llevaba del Gran Capitán, para en caso que no se diesen al duque las galeras del Papa, que se concertó, le dejasen la Especia: y si quisiese ir a Nápoles, le pudiese encaminar que lo hiciese con más seguridad.

De la concordia que se asentó con el rey, y reina de Navarra: y de la que se trató entre el rey de romanos, y el príncipe archiduque con el rey de Francia, con el matrimonio del infante don Carlos, y Claudia. LXIX.

Por principio del sobreseimiento de guerra con el rey de Francia, entendió el rey en asegurar las cosas del reino de Navarra: porque en lo pasado se tuvo gran recelo no se rompiese la guerra por aquellas partes. Enviaron para soldar esta quiebra el rey, y reina de Navarra a Castilla a don Hernando de Gues prior de Roncesvalles, y al protonotario Martín de Jaureguizar, y a Juan de Santa Pau con solene embajada, para que se tratase del matrimonio de don Enrique príncipe de Viana su hijo, con la infanta doña Isabel, que era hija segunda del príncipe archiduque: para más asegurar la amistad, y alianza que tenían entre sí: y se interpusiese entre ellos más estrecho vínculo, en tiempo que convenía tanto al Rey Católico, por la enemistad que tenía tan declarada con el rey de Francia, por la empresa del reino. Entonces cometieron el Rey Católico, y la reina al doctor Martín Hernández de Angulo, y al licenciado Luis Zapata, que eran de su consejo, y a Pedro de Hontañón, que residía por

su embajador en Navarra, para que en su nombre, y del príncipe, y princesa de Castilla sus hijos, se juntasen con los embajadores de Navarra, y ordenasen lo que les pareciese: para que aquel matrimonio se efetuase. Juróse aquella concordia por las partes: y poco después falleció en Medina del Campo, la infanta doña Magdalena hermana del príncipe de Viana: que como dicho es, se puso en rehenes de las alianzas que concertaron entre sí los reyes de Castilla, y Navarra. Con esta nueva concordia, y por medio de aquel matrimonio, pretendieron el rey, y reina de Navarra, que se les restituyesen las villas, y lugares del principado de Viana: que eran Los Arcos, San Vicente, Arnedo, los castillos de Toro, y Herrera, con otros lugares, que se tenían por el reino de Castilla: y ellos decían ser de su señorío, y que se incluían dentro de sus límites: y que siempre que Navarra fue reino era parte dél: y perseveraban en afirmar, que se pusieron en rehenes por la libertad de la reina doña Juana madre del Rey Católico: y se ofreció que los restituirían a la reina doña Leonor, agüela de la reina doña Catalina libremente. Mas no se contentaban con pedir esto: y también pretendían la restitución de los estados, y villas, y fortalezas, que el rey don Juan padre del Rey Católico tuvo en los reinos de Aragón, y Castilla: que decían ser obligados a sus sucesores, y a la corona de aquel reino con vínculo, por el matrimonio que se celebró entre el rey don Juan, y la reina doña Blanca. Fue enviado a Castilla con esta demanda don Martín de Rada alcalde mayor de Navarra: pero estaban el rey, y la reina tan lejos desto, que antes iban tratando de se ir más asegurando de aquel reino, que dar lugar que se fuese extendiendo más. Procuróse por este tiempo con gran instancia por el rey, y la reina por diversas vías, y medios, que se trujese a España el infante don Carlos su nieto: y esto fue fácil de acabar con el rey de romanos, y con el príncipe archiduque: y en esta sazón vino a Flandes don Juan Manuel, por mandado del príncipe de la corte del rey de romanos, donde residía por embajador del Rey Católico: y tuvo gran lugar en la privanza del príncipe: y quiso que de allí adelante las cosas que conviniese proveer en los negocios de España, se acordasen con su parecer, y consejo. Desto recibió el rey de romanos harto más contentamiento que el Rey Católico: porque tuvo esperanza que por su medio se remediarían algunas diferencias que tenía con su hijo, y quedarían en mayor conformidad. Esto fue en coyuntura que se movieron nuevos tratados, y apuntamientos de concordia entre el rey de romanos, y su hijo, y el rey de Francia: y en ellos se tuvo principal fin por el rey Luis de apartarlos del Rey Católico. Hicieron entonces entre sí repartimiento de las tierras, y señorío de venecianos, como se trató antes entre ellos cuando se concluyó la paz de Trento. Pero el Rey Católico, que no se descuidaba jamás en las cosas del estado, y prevenía a todo lo que podía dañar a sus propósitos, procuraba desviarlos de aquel pensamiento: y echaba por ello cargo por otra parte a los mismos venecianos: aunque entendía que aquello venía bien por su camino a sus fines: porque si a venecianos se diese alguna molestia por aquella causa, sería muy fácil cobrar lo que aquella señoría tenía usurpado en el reino: y las islas que están en aquel golfo: que de derecho no eran más suyas, que de otro cualquier que las ocupase. Con esta liga parecía que se podía emprender entonces todo lo que aquella señoría poseía en tierra firme: porque los venecianos no tenían ninguna gente útil para poderse defender: ni afición de sus súbditos: mas el príncipe quería asegurarse primero, que aunque no se

efetuase esta paz, se le diese a él el reino de Nápoles: y el infante don Carlos su hijo viniese a España: pues de su venida no podía resultar ningún inconveniente: antes era muy necesaria: y que con esto aquel reino se pusiese en su poder para que lo gobernase por españoles. Lo que parecía ganarse en esto era, que el príncipe salía debajo de las alas de Francia: y cuando el rey Luis intentase de mover nueva guerra, se entendía que tenía el rey seguros por sí al rey de romanos, y a su hijo: y con este socorro sacaría mayor ventaja, y más segura paz del rey de Francia. Era su fin del rey de romanos, y del príncipe, que el casamiento del infante don Carlos con Claudia se efetuase: porque el rey de Francia les ofrecía, que los estados de Bretaña, Borgoña, y Milán los jurarían como legítimos sucesores, con ciertas seguridades: pero éstas no podían tener más fuerza, de cuanto el rey de Francia quisiese. Con esto se trató, que se diese al rey de Francia la investidura del ducado de Milán para él, y sus herederos varones: y en defeto dellos tuviesen la investidura Claudia su hija, y el infante don Carlos: e hiciesen entre sí una perpetua amistad: y se confederasen de ser amigos de amigos, y enemigos de enemigos. Entraban en esta confederación, y liga el Papa, y el rey de Hungría, y algunos estados de Italia: y fueron enviados por ella embajadores del rey de romanos a Francia: y mandóles, que no se hiciese en cosa de aquel apuntamiento más de lo que el príncipe, y don Juan Manuel ordenasen: y proveyólo así, porque no se hiciese alguna encubierta, de que el embajador de España no tuviese noticia. Moviéronse medios de algunas seguridades para lo del matrimonio del infante, y Claudia: y entre otras fue, que el rey de Francia secretamente haría obligar al conde de Nevers, que era gobernador de Borgoña: y que juraría en manos del príncipe, que en caso que el rey de Francia muriese sin hijos varones, antes que el matrimonio se consumase, entregaría al conde franca, y libremente en las manos del príncipe archiduque el ducado de Borgoña, y el vizcondado de Auxumur, Maconoys, y Auxerrois, y Barsusena: para que estuviesen en la obediencia de madama Claudia, y del infante duque de Luxemburgo cuando no fuese de edad: y si lo fuese, se entregaría en su poder, y dominio, conque fuese consumado el matrimonio. Para mayor seguridad, y firmeza que creo se cumpliría así, se trató, que diesen luego sus sellados los duques de Cleves hermanos del conde de Nevers, y de Nemos mariscal de Francia, y el conde de Gie su hijo, y los condes de Dunois, y de Vendôme, que tenían estados, y algunas tierras en el señorío del príncipe: y quedaban obligadas a cumplimiento desta concordia. Allende desto se obligaba el rey de Francia, que después que tuviese la investidura del ducado de Milán, si no tuviese hijos varones, mandaría hacer de su parte juramento a los gobernadores del estado de Milán, y de la señoría de Génova, y condado de Aste, y de Blois, y del ducado de Bretaña, y de las otras tierras, y señoríos, que eran de su patrimonio, y a los capitanes, y guardas de las plazas, y castillos fuertes de aquellos estados, y señoríos, que en caso que él muriese sin dejar hijos varones, y el matrimonio fuese consumado, se entregaría todo, y ponía en manos, y poder del infante, y de Claudia: y esto jurarían todos los gobernadores y capitanes que se pusiesen en su lugar. Pero en caso que no se efetuase el matrimonio por falta del rey de Francia, o de su sucesor, y de Claudia, cedía el rey Luis el derecho de aquellas tierras, y estados para que fuesen del infante: mas si se dejase de efetuar por culpa del rey de romanos, y del archiduque, o del infante, el rey de

romanos renunciase todos los derechos y acciones que pretendía en el ducado de Milán, y en las tierras y señoríos que el rey de Francia tenía en el Imperio: y también el archiduque renunciase las pretensiones que tenía en el ducado de Borgoña, y al condado de Mâçon, y Auxerrois, y Barsusena: y desde entonces querían que renunciase al rey de Francia, y a Claudia su hija los condados de Artois, Caroloys, Noyers, y Château Chinon. Tratóse que el rey de Francia diese luego al archiduque, y al duque de Luxemburgo por su vida solamente, la ayuda que llamaban, y composición de Artois: de la suerte, que se concertó con los duques de Borgoña, Felipe, y Carlos su hijo: y reservábase el rey para sí los derechos reales, y el soberano señorío: conque no se disminuyesen, ni perjudicasen por razón de la gracia que se les concedía. Pero aunque se trató desta concordia, y de las firmezas dellas con tan estrechos vínculos, era en sazón, que estaban en recelo de algún movimiento, así de parte del rey de romanos, como de la del rey Luis: porque vino a la corte de Francia el hijo mayor del conde palatino, para que se le diese socorro contra el duque de Baviera: aunque se volvió a Alemania muy descontento: porque no quiso el rey de Francia favorecer a su padre, ni en obra, ni en consejo: y determinó de enviar a Milán al señor de Aubeni, y al de la Paliza, y a Robinete de Fermoseles con la gente de armas de sus compañías, y con la del duque de Nemours.

De la guerra que el Gran Capitán mandó hacer a los anjovinos, que no quisieron guardar la tregua. LXX.

Rehusó el rey de Francia de dar el instrumento de la confirmación de la tregua, porque quería que primero se le entregase todo lo que tomaron sus capitanes, después del día que se señaló, para que se pregonase en Nápoles: y sucedió de suerte, que no se pregonó en aquel término que estaba declarado: y pretendía que se cumpliese de la misma forma, que si se hiciera la publicación en el día que fue señalado en la concordia que era a veinticinco de febrero. Pero ello pasó así, que luego que el Gran Capitán supo la voluntad del rey, y el asiento de la tregua, cuando tuvo aviso della por cartas de los embajadores que estaban en Francia, despachó para Bartolomé de Albiano, y a Pedro de Paz, que estaban sobre Venosa, y al comendador Gómez de Solís, que tenía cerco sobre Rossano, para que notificase al príncipe de Rossano, y a Luis de Arsi, y al conde de Conversano: y el príncipe no solamente no quiso acetar la tregua, pero en el punto que fue requerido con ella, como con aquella confianza Solís se desviase algo de Rossano, sacó la gente que allí tenía, y se fue a poner en Cherintia, que era un lugar que se tenía por los nuestros: e hizo dél sus correrías, y mucho daño en todo lo que pudo. Por otra parte Luis de Arsi, que aceptó la tregua, a la hora envió de la gente de caballo que tenía en Venosa al castillo del Monte: y robaron el ganado de Andria, y Barleta: y tomaron algunos prisioneros, y los llevaron a Venosa, y allí los rescataron. De la misma suerte los de Conversano, y Oyra comenzaron a hacer sus correrías, y como los franceses no quisiesen satisfacer los daños, envió el Gran Capitán gente sobre Venosa, y tomaron la villa con el castillo en seis días: y ganóse allí toda

la artillería que quedaba a los franceses en el reino: que eran cuatro cañones, y dos culebrinas grandes: y tenían más de treinta piezas entre grandes, y menores, y mucha munición. Antes desto, cuando Luis de Arsi entendió, que por lo que él, y los suyos excedieron, revolvía sobre él nuestro campo, de noche se partió a Trana, y allí se hizo a la vela: y quedaron en el castillo de Venosa sesenta hombres que bastaban a defendelle: pero luego que se asentó la artillería para combatirle, se rindieron a partido, conque los dejasen libres sin armas, ni dineros. También se tomó el castillo del Monte con la misma condición: y en Calabria se entregó el castillo de Gallipoli a don Antonio de Cardona: y se puso cerco a Conversano, y Oyra: y encerraron otra vez en Rossano a don Juan de Marzano: y pusieronle en mucho estrecho, tan de improviso, que apenas pensó hacer la ofensa con los franceses que le seguían, cuando fueron castigados de su atrevimiento, y soltura: de suerte que dieron causa rompiendo la tregua, a todo el daño que les sobrevino. En estos términos estaban las cosas cuando el Gran Capitán fue avisado que llegaron a Milán quinientas lanzas francesas: y que el señor de Aubeni, y el de Alegre estaban ya en Aste: y que siempre pasaba gente a Lombardía: y estaban ya en ella cinco mil suizos: y que de otra parte se iba acercando mayor número dellos, y otras compañías de infantería, con fin de juntarse con el marqués de Mantua, y con el duque de Ferrara. También se entendió, que el rey de Francia trataba con el Papa, que tuviese apercebidos sus amigos, y toda la más gente que pudiese, para la empresa del reino: y publicaban que iría a ella el rey don Fadrique, o el duque de Lorena: porque su principal fin del papa, y del rey de Francia era, que quienquiera quedase en el reino, y con qualquiere derecho que tuviese, y el rey de España saliese de la posesión dél. Por todas estas novedades se puso en orden el Gran Capitán lo mejor que pudo, para esperar cualquier adversario: y consideraba, que siendo florentinos tan aliados con el rey de Francia, no se debía dar lugar que se apoderasen de Pisa: porque teniéndola en su poder, podrían socorrer con mayor descanso, y obligación, y con mayores fuerzas las cosas de sus amigos. Juntamente con esto, como se platicaba por muchos en diversas maneras que el rey don Fadrique volvería a cobrar la posesión de su reino, y esta plática ponía en duda, y turbación a los que eran amigos declarados, y daba ocasión que no se determinasen en el servicio del rey muchos que le habían de seguir, si estuvieran fuera de aquella duda, prevenía a todos los mayores inconvenientes, y peligros: y pensaba que con poca fatiga, se podría mudar el estado de Génova: y esto tenía por una de las mayores seguridades de la conservación de aquel reino. Apenas se acabó de sosegar el estruendo de las armas, y estando aún con ellas con recelo de nuevos movimientos en aquel reino, cuando el rey deliberó de limpiarle la superstición, e infición judaica, de que estaba muy contagioso, y estragado: así por los judíos que se recogieron en él de toda Italia, como de los que se echaron de España, y de los nuevamente convertidos, que se apartaron de la fe, y fueron huyendo del castigo del Santo Oficio de la Inquisición, que se ejercía en estos reinos, con la severidad, y rigor que disponen las leyes, y estatutos canónicos. Por esta causa mandó el rey al Gran Capitán, que proveyese de suerte, que luego saliesen del reino todos los judíos que estaban en él: mas como eran muy pocos los de señal, por causa que cuando el rey Carlos entró en el reino, todos se volvieron cristianos por fuerza, y ellos mismos se

llamaban entre sí judíos bautizados, y era cierto que vivían como antes, con sólo el nombre de cristianos, pareció al Gran Capitán, que como no se podían echar por judíos, por malos cristianos se podían, y debían castigar: y que sería más en servicio de Dios, que el Santo Oficio de la Inquisición se introdujese en aquel reino, como se ejercía en España: y más conveniente cosa, que los malos fuesen punidos, que echar a los que eran públicamente judíos: así por ser pocos, porque los más se recogieron a las tierras de venecianos, como por entender que en echando aquéllos, se huirían todos los otros: y sería muy evidente daño, y detrimento de toda la tierra. Esta consideración fue causa, que se dejó de ejecutar entonces el mandamiento del rey cuanto concernía a la expulsión de los judíos: y en el mismo tiempo se hacía en Benevento por mandato del Papa grande, y muy rigurosa inquisición contra los que judaizaban.

De las quejas que se dieron al rey del Gran Capitán: y que se le reformaron los poderes. LXXI.

Juntóse a la enemistad que los Coloneses tenían al Gran Capitán, la indignación, y queja de muchos, que no se tuvieron por tan gratificados, como ellos pensaban tenerlo merecido: y por otra parte informaron al rey, que se alargó mucho en hacer mercedes en daño suyo: y cuanto al efeto se hizo dueño de aquel reino: disponiendo de los estados dél a su albedrío. A esto se añadió por sus émulos, que daba demasiado favor a la gente de guerra. Propuso luego el rey de irle a la mano: y envió por esta causa al reino un caballero, que era criado de la reina, llamado Alonso de Deza. Éste le dijo de parte del rey, que así como en las cosas de la guerra obró con su gran valor todo lo que se podía esperar, y por sus señaladas vitorias le quedaba tan honrado, y señalado nombre, así deseaba el rey, y todos comúnmente, que trabajase de igualar en lo de la paz, con la buena administración de aquel cargo. Porque aunque el ganar se estimaba en mucho, en más se debía tener el sabello conservar: y por esta causa como en lo pasado adquirió tanta estimación, y gloria cerca de todas las gentes, así codiciaba grandemente que la alcanzase en lo por venir, como persona que le era tan acepta, y de quien hacía tanta confianza. Teniendo respeto a todo esto, decía de parte del rey, que como cada día oía diversas quejas, y descontentamientos de los de aquel reino, acordó de le hacer saber secretamente su voluntad, con aquel caballero, en todo lo que ocurría: para que si en algo se tuvo olvido, procurase por enmendarlo. Lo principal desto decía ser la soltura de la gente de guerra: y los males, y daños que se hacían en los pueblos, y en la misma ciudad de Nápoles: y que desto los de aquel reino tenían concibido tan grande, y tan general odio a los españoles, que no podía ser mayor: y convenía dar orden que se remediase: señaladamente en las compañías de infantería, que eran los que hacían la mayor parte de aquel daño. Para este efeto se mandó, que se redujese el número de los alemanes a mil: y éstos fuesen los más escogidos: y los españoles a otros mil: y todos los otros se despidiesen. Diose también orden, que de la gente española que residía en el reino, se enviase a

España hasta dos mil: porque el rey tenía deliberado tener otras tantas compañías de gente de pie, como las que eran de caballo de las guardas, para emplearlas en la guerra de África, contra los infieles: y que estuviesen muy en orden, y bien armadas, para que se mezclasen con la otra gente que se hiciese de nuevo: con fin que se fuese ordenando mayor número de infantería. Fuera desto, el rey estaba muy atento a lo de la hacienda: entendiendo que era lo principal para la buena sustentación de la guerra, y del estado: y por este respeto, diversas veces encargó al Gran Capitán, que mandase poner en ella muy gran recaudo: y se diese tal orden, que se proveyese della el sueldo de la gente de guerra, y todas las otras cosas necesarias, antes que las voluntarias: en esto se ponía gran fuerza, porque las tierras, y estados de los barones rebeldes que se confiscaron, eran de gran suma: y se deliberó, que todas sus rentas sirviesen para pagar el sueldo de la gente de guerra. Pero informaron al rey, que todas aquellas rentas se repartieron entre las personas que pareció al Gran Capitán: y que a los que el rey mandó señalar estados, no se les dieron: y se ponía mucha dilación en entregárselos: y entre ellos se tenía por muy agraviado Juan Claver: a quien el rey hizo la merced del estado que tenía en Calabria Alonso de Sanseverino. Éstos indignaban más al rey diciendo, que lo de los barones era muy principal parte: y con todo ello faltó el dinero para la paga de la gente: y no podían descubrir en qué se empleaba: y que queriendo cumplir lo voluntario, vino a faltar en lo necesario: y aun con todo esto las rentas reales estaban muy diminuidas, y empeñadas: y se cargaron sobre ellas grandes intereses: y en las pagas de la gente de guerra intervinieron diversas encubiertas, y robos. Demanera que dieron a entender al rey, que si en lo que se robó, y en lo que perdía mal baratando las rentas, y en no poner a recaudo lo de los barones, y por no conservarlo, se pusiera la diligencia que convenía, pudiera estar muy bien pagada toda la gente de guerra, y muy contenta: y no se siguieran las desobediencias, y robos, y motines que se intentaron. Sintiendo el rey esto, encargó al Gran Capitán, que si hasta entonces no pudo poner el recaudo que convenía en lo de la hacienda, por las ocupaciones de la guerra, y después con su dolencia, agora que tenía para ello buen lugar, entendiéndose con mucho cuidado en mandar proveer lo necesario: y ninguna cosa que tocase a lo de la hacienda, se dispusiese sin su licencia, y fuera de la orden que diese, y en todo lo que tocase a ella se guardase aquella orden que se tuvo en tiempo del rey don Fernando el Primero. Con esto se proveyó también, que no se impidiese el ejercicio de la sumaria: ni se encomendase a otras personas, lo que se solía proveer por ella: antes diese todo favor, para que hiciesen su oficio libremente: y no usase Juan Bautista Espinelo del oficio de conservador: porque era muy odiado nombre en aquel reino. Pero mostró el rey mayor descontentamiento, porque el Gran Capitán no le enviaba particular cuenta, y relación de las cosas de aquellos estados: y repartía las tierras, y otros bienes de los confiscados: y proveía liberalísimamente de los oficios que solían ser reservados a la provisión, y gratificación de los reyes, y no de sus generales, ni lugartenientes. También sentía el rey por grave, que el Gran Capitán enviase diversas suplicaciones al Papa sobre provisiones de iglesias, y patronazgos, y sobre otros negocios de estado: y permitiese se gastase de la hacienda en cosas de gracia, siendo todo esto reservado para que se proveyese por la persona real: y que él lo hacía sin dar ninguna cuenta, ni razón dello. Por otra parte

también se le hacía cargo, que no cumplía sus provisiones, y mandamientos en diversas cosas que se le enviaron a mandar: y aunque el rey entendía, que algo desto pudo obligar la necesidad de la guerra, y del tiempo, pero mostró mucho sentimiento, que no se le diese cuenta, ni descargo dello: ni aun entonces, cuando se amansó el furor, y estruendo de las armas: y envióle a reprehender de aquella negligencia, y descuido: diciendo que era muy grave continuar en todo ello. Que se maravillaba mucho de su prudencia: que se descuidase en cosas de tanta importancia: y con este achaque, y color le envió a mandar con Alonso de Deza, que se abstudiese de allí adelante de entremeterse, sino en aquellas cosas que tocaban al cargo, y oficio de visorey: y se gobernase en ellas, como los otros visoreyes lo acostumbraron: y quanto al repartir las tierras, y estados, y otros bienes, se remitiese al rey con la provisión de todos los otros oficios, y de las tenencias. Mas en Gran Capitán que era de un ánimo muy generoso, y tan altivo, que lo más estimaba en poco, y no sufría ningunos límites, no pudo buenamente tolerar, que él, que fue el principal ministro para conquistar aquel reino con tanta reputación, y gloria de la corona real, y de la nación española, se redujese a las reformaciones, y ordenanzas de los otros: y no mostraba recibir menos pena, y fatiga con estas reprehensiones, y mandamientos, que la tuvo en el mayor trance, y peligro de la guerra pasada.

Que el Gran Capitán mandó prender al duque de Valentinois: y las causas que tuvo para prenderle. LXXII.

Entretanto que se puso dilación en la restitución del castillo de Forli por los tratos, y astucia de Gonzalo de Mirafuentes, que era alcaide dél, y Cesena, y Bertinoro se entregaron al Papa, y como fuese también entregado el dinero que se concertó por el duque de Valentinois, el cardenal de Santacruz guardando su fe, y la promesa que hizo en nombre del Papa, y de toda la Iglesia, dejó al duque en su libertad. Puso en esto mayor diligencia, y cautela, porque entendió que trataban de le matar: y el duque se fue a Nápoles para el Gran Capitán, como lo dejó con él tratado Lezcano. Después Gonzalo de Mirafuentes, cuando supo que el duque estaba libre, conociendo su culpa tuvo mucho temor: y procuró de bastecerse bien: y dijo que no quería estar por lo tratado: y tornó a tomar la voz por el duque, y alzó sus banderas. Por estas novedades, y otras mayores, que se temían, no quisiera el rey que el Gran Capitán se prendara en recoger al duque en aquel reino: mas él, como tenía gran noticia de las cosas de Italia, y de la intención, y voluntad del Papa, tuvo por muy cierto que se tenía el rey por tan servido en aquello, como en cualquiera de las otras cosas que le dieron ganado el mismo reino. Era cierto, que el Gran Capitán no se puso en llevar a su poder la persona del duque por su apacible, y buena conversación, y vida: porque más ponzoña encubría entonces, que mostró jamás: y muy más dañadas las intenciones, y fines: mas como el Papa le mandaba llanamente poner en libertad, con condición, que viniese a servir al rey de Francia, y le daba favor para que tomase a Poblín, y se revolviese en la empresa de Pisa, e hiciese todo el daño que pudiese a los Ursinos, que

servieron muy bien al rey en esta guerra, conoció que sería muy notorio el peligro, si le dejasen para ser enemigo de la manera que él lo sabría ser. Conjeturaba, que viéndose libre el duque, y con el favor del rey de Francia, que le envió con largas promesas al marqués del Finar, para que le recogiese en su servicio, podría con su condición, y con el mucho crédito que tenía en Italia con la gente de guerra, porque la tuvo siempre muy bien pagada, encender tal fuego en ella, que comenzase a arder en nueva guerra: y mucho más en las casas de los servidores del rey, y a las puertas del reino: y que no se podía excusar de aventurar todo el poder que allá tenía, con mucho gasto, y pérdida de su reputación. Mayormente que el rey de Francia pensaba en hacer tal guerra, y poner tanta necesidad en las cosas de Italia, y del reino con los rebeldes, y desterrados dél, cuanto se pudiese aventurar de todas sus fuerzas, y poder: y con mayor ánimo, y fundamento que en lo pasado. También tuvo el Gran Capitán para sí por muy constante, y sabía que el rey de Francia no entendía en guardar la tregua, más de cuanto no pudiese dañar: y así lo entendió por ciertas letras que se tomaron de Juan Jacobo de Trivulcio, y de otras personas con quien trataba en esto el cardenal de Sanseverino muy estrechamente. Hallándose tal aparejo como el de la persona del duque, para remover nuevos humores, parecía al Gran Capitán muy manifiestamente, que muy presto se conocería tanta mudanza en Italia, que pornía en mucha confusión, y alteración las cosas, y estados della: y teniendo certeza desto, y conociendo el peligro que semejante hombre podía causar al servicio del rey, aceptó su ida: y pareció que se fue encaminando por gran misterio: porque si el marqués del Finar llegara a Roma dos días antes, con las cartas que llevaba para el Papa, y para el duque, se pusiera en libertad, con harto inconveniente de lo que al reino cumplía. Por estas consideraciones, que eran tan señaladas, teniendo el Gran Capitán por cierto, que el mismo duque, según sus ordinarios movimientos, le daría justa causa, para que le pudiese detener, como después se hizo, le concedió su seguro, conque se pudiese ir para él por tanto tiempo, cuanto no contraviniese, ni dañase al servicio del rey: ni se declarase contra el Papa, ni contra la Iglesia, y tierras de su patrimonio. Allende destas causas, aceptó su ida, porque supo que el cardenal de Santacruz tomó seguridad del duque por escritura jurada, y sellada: que en cualquier tiempo que estuviese a su obediencia la roca de Forli, la restituiría a la Iglesia: y que por término de tres meses no vendría a Pisa, ni se entremetería en las cosas de Romaña. Mas ello sucedió de la misma manera que el Gran Capitán lo sospechó: y luego que el duque llegó a Nápoles, entendió en enviar gente, y dinero para socorrer el castillo de Forli: y el Gran Capitán no quiso dar lugar a ello: y no pudo mirar por él de tal manera, que no hiciese provisión para que fuese socorrido desde Ferrara de todo lo necesario, como se hizo. Envió luego capitanes, para que hiciesen gente en Romaña, emprendiendo de tornar a ocupar el estado de Urbino: y halló personas que se obligaron de matar al señor de Pésaro: y alzarse por él con la ciudad: y también comenzó a tratar en Nápoles con Coloneses: y dioles dinero para pagar mil soldados, para que entrase con ellos la parte de su bando en Viterbo, y Perugia, lugares de la Iglesia: y destruyesen, y matasen a los principales de la parcialidad de los güelfos: porque por aquel camino no se podía excusar de moverse gran revuelta entre Coloneses, y Ursinos. Allende destas tramas, envió uno de sus capitanes, llamado Pedro

Ramírez, que estaba en Ferrara, con cierta gente de caballo, y de pie, para que se metiese en Pisa, para estorbar que aquella señoría no se conservase debajo de la protección del Rey Católico, como ya lo estaba: e indujo otras personas, que eran de los suyos, gente muy enseñada, y diestra para acometer grandes cosas, que fuesen a Pomblín: porque tenían ya en armas aquella ciudad: y estaba levantada por él: y el señor della estaba ya recogido en los castillos. Demanera que casi en un instante era ocasión de mover grandes novedades en todas las partes de Italia: y no dejó de tener sus tratos con el Gran Turco, con oferta de darle entrada en ella. No se contentando con ser ministro de tanta turbación, y escándalo en deservicio, y ofensa del Rey Católico, luego que llegó a Nápoles pidió al Gran Capitán le diese el estado que solía tener en aquel reino: y dos mil soldados, y las galeras, y artillería con fin de ir a Pisa, y Pomblín: e hizo muy grande instancia, que escribiese a Gonzalo de Mirafuentes, y le animase para que se defendiese, y le diese esperanza que sería socorrido por la gente del rey. Pero el Gran Capitán se excusó, que no le podía dar el estado sin nuevo mandamiento: y escribir él de aquella forma al alcaide de Forli, no le parecía honesto, ni justo: y tenía mandamiento en contrario: y en lo de las galeras, y artillería convenía que el rey fuese consultado primero: y esto dijo por entretenerle algún tanto: pues no era posible desviarle de su pensamiento: y por darle alguna esperanza con que se sosegase: y él se mostró muy mal contento desta respuesta. Tras esto trató luego con gran artificio de sosacar al Gran Capitán las compañías de infantería de alemanes, y españoles, y trescientos hombres de armas: y halló tan buen aparejo para ello, que llevara para sí cuanta quisiera, con las muchas ventajas que les daba, y por la gran afición que le tenían todos los soldados, sin que el Gran Capitán lo pudiera estorbar. Cuando entendió que le salían en vano todas sus deliberaciones, por las prevenciones que se hacían por el Gran Capitán, mandó poner caballos en sus paradas para salirse a la posta del reino, antes que el Gran Capitán lo sintiese: y traía los cabos de la gente de guerra muy alterados con pláticas públicas, y secretas, y a todos los soldados: porque desde que supo de la ida del marqués del Finar, y la comisión que llevaba, estuvo muy arrepentido de se haber puesto en poder del Gran Capitán: y envió desde Nápoles para concertarse en el servicio del rey de Francia. Fue fácil cosa de avenirse con el marqués: y hubo sospecha que se concertaron con sabiduría, y permisión del Papa: y era la principal condición: que el duque sacase del reino toda la más gente de guerra que pudiese: porque quedando el Gran Capitán sin ella, y desarmado, menos poder, y fuerzas del rey de Francia bastaban a ejecutar su intención: y estaban las cosas tan bien ordenadas, y dispuestas, que luego que el marqués del Finar volvió de Roma a Francia, con la resolución del Papa, comenzaron a pasar algunas compañías de gente de armas a Lombardía: y el rey de Francia dio gran prisa a concertarse con los suizos: y se obligó de pagarles seis mil infantes en paz, o guerra: conque le sirviesen siempre que él los quisiese. Por estas causas, y por otros meneos, que es dificultoso escribirlos tan particularmente, entendiendo cuán alterada andaba toda la gente de guerra, y que morían por seguirle, y cada día emprendía de acometer nuevas cosas, mandó el Gran Capitán detener la persona del duque dentro en el Castillo Nuevo: y ponerle a muy buen recaudo: y apretóle para que mandase rendir al Papa el castillo de Forli: y venía en ello con partidos más

convenibles que primero. Mas el Papa so color de apoderarse de aquella fuerza, quería que el duque se volviese a la prisión de Ostia, o se pusiese en su poder: y el Gran Capitán no quiso dar lugar a ello, entendiendo ser la cosa más dañosa, y contraria, que se podía ofrecer en aquella sazón para el servicio del rey. Todas estas cosas que precedieron, declaran manifiestamente que el duque ni fue aceptado, ni detenido por el Gran Capitán con otro respeto, ni pensamiento, mas de poner remedio a los males, y daños, y grandes roturas, e incendios que se temió que causaría a toda Italia su presencia: que se procuraban por muchos con su libertad: y por desviar toda alteración, y peligro del reino: y con esto se dio a conocer a todos los estados, y potentados de Italia el deseo que el rey tenía de su libertad, y sosiego: y por esta causa se acrecentó mucho en su afición, y crédito, en los ánimos de las gentes.

Cómo se proveyeron los castillos, y fuerzas del reino de Nápoles: y de la venida de Próspero Colona a España: para procurar de mudar el gobierno, sacando dél al Gran Capitán. LXXIII.

Mas con prevenir el Gran Capitán a todos estos peligros, por las consideraciones que se han referido, procediendo a este remedio contra la persona del duque, que jamás guardó fe, ni verdad, y que en todas sus cosas se regía con tiranía, tuvo el rey ya en este tiempo gran sospecha, que el Gran Capitán, y el cardenal de Santacruz daban todo favor a la ida que se publicaba del rey de romanos a Italia: y que para ella le ofreció el Gran Capitán de le enviar la armada al puerto de Trieste: y que el cardenal procuraba que fuese a desembarcar en Apulia: y se publicó, que en la sede vacante envió el Gran Capitán a Roma a Hernando de Baeza, y otras personas: con pláticas de diversas cosas, que derechamente repunaban, y eran muy contrarias al servicio del rey: y así lo daban a entender algunos que le tenían, o envidia, o declarada enemistad. Dio alguna causa a estas sospechas, que al tiempo que murió el papa Alejandro, fue avisado el Gran Capitán del arzobispo de Conza, y del obispo de Civita de Thieti sobrino del cardenal de Nápoles, que Francisco de Rojas, que residía por embajador del rey de España en Roma, trataba con gran instancia, que el cardenal de Nápoles fuese creado Pontífice: porque él le prometió de darle el capelo de cardenal: y por este respeto fue el embajador muy contrario al cardenal de Santacruz, que tenía mucha parte en el colegio, para ser eligido Sumo Pontífice: y Próspero Colona, que tuvo de aquello noticia, dijo al Gran Capitán, que si así fuese, que al cardenal de Nápoles creasen Pontífice, los Coloneses se apartarían del servicio del rey: que era lo que en aquella sazón menos convenía. Juntamente con esto, fueron a poder del Gran Capitán ciertas cartas del duque de Ariano, y otra del mismo cardenal de Nápoles, para los hijos del mismo duque, y otros parientes suyos: que eran de la casa Carafa, en que le certificaban, que el cardenal sería elegido: y que de su elección resultaría gran beneficio a aquel reino, por la clemencia del Cristianísimo Rey de Francia: y pidían que le enviasen cambios de buenas sumas dineros: porque para aquel efeto así convenía. También el duque de Ariano requería a su hijo, que no había aún entregado el castillo de Ariano, que no lo rindiese: y se entretuviese con los otros, por las mejores formas, y medios que

podiese: porque esperaba volver a su estado muy presto, con el socorro que enviaba el rey de Francia: mayormente teniendo por cierto, que el cardenal de Nápoles sería creado Pontífice, con el favor del rey de Francia: que era la salvación de aquel reino: por cuyo medio podría alcanzar perdón en la clemencia del Rey Cristianísimo. Entonces envió el Gran Capitán a Roma a Gonzalo de Baeza, y a Tomás Regulano: por cuyo medio se concertó el marqués del Vasto de ponerse en Iscla en obediencia del rey: y cuando el Gran Capitán venía con su campo a ponerse sobre la ciudad de Nápoles, fue el que movió todo el pueblo, para que le recibiesen: e hizo alzar las banderas de España: porque era hombre de grande negociación: y fueron para que se tuviese forma por los servidores del rey, que lo del cardenal de Nápoles se desviasse. Éstos llevaban orden, que se diese todo favor a la creación del cardenal de Santacruz, en quien concurrían tantos votos, que se creía, que con poca negociación sería eligido: y escribió el Gran Capitán a algunos cardenales, porque después que el duque de Valentinois se fue a Nepe, todos los más españoles le avisaron, para que les ordenase lo que debían hacer, para que el rey fuese servido: y él les exhortó, para que se conformasen: y si otra cosa, que la creación del cardenal de Santacruz les pareciese que convenía más al servicio de Nuestro Señor y al aumento de su Iglesia, lo siguiesen como el Espíritu Santo les inspirase: dándoles a entender, cuán lejos era de lo que convenía al servicio del rey, la creación del cardenal de Nápoles: y para el sosiego de toda Italia. Sucedió, como dicho es, la elección de Pío: y después de su muerte el mismo cardenal de Nápoles, y el de San Pedro, que fue creado Pontífice, en lugar de Pío, procuraron con grandes ofrecimientos el favor del Gran Capitán, para su elección: y el de San Pedro envió una firma en blanco de su mano, para que le ordenase, y pusiese la ley que por bien tuviese, para lo que convenía al servicio del Rey Católico: con muy larga promesa, y particular del interese del Gran Capitán: y como se siguió tras aquello, que el cardenal de San Pedro fue asumpto al pontificado, y era habido, en la común opinión de las gentes, por tan francés como lo era, quedó el rey con mucho descontentamiento del Gran Capitán. Esto se encaminó, principalmente por inducimiento, y artificio del embajador Francisco de Rojas, que era hombre de mucha astucia, y maña, y sobrada malicia, y muy artero: y tuvo tales formas, y medios, que persuadió al rey, que el Gran Capitán fue causa, que el cardenal de San Pedro fuese preferido en la elección: aunque el Gran Capitán se excusaba con muy legítimas causas diciendo, que todo lo dejó remitido al embajador: y le advirtió de lo que pasaba: para que se encaminase lo que más conviniese: mayormente, que de todo lo que se hizo, ninguno estaba más informado que el rey: y Su Alteza sabía bien, si se debía tener por servido dello. Desta negociación, y pláticas que pasaron en la sede vacante, tuvo después noticia el cardenal de Santacruz: y de otras: y resultó dello, que después de algunos años fueron causa que naciese gran confusión, y escándalo en la universal Iglesia. Tuvo el rey otra queja allende destas, del Gran Capitán: porque le indignaron, que por el favor que daba a la gente de guerra, se hacían en aquel reino diversos robos, e insultos: y tantas fuerzas, y ofensas, que no se pudieran más cometer por franceses, si fueran enemigos: y que los delincuentes se iban por donde querían libremente, y estaban seguros. Pero el Gran Capitán decía que era así, que él no podía alabar aquella gente de religiosos: porque todos los

más que allá iban de España, eran tales, que acá no los sufría la tierra por sus delitos: y que no se podía negar, que no cometiesen algo de aquello: mas que no quedaban sin castigo sus culpas: porque hasta entonces eran más los castigados desde el tiempo que Nápoles era del rey, que en todo el gobierno de los reyes pasados: y que todo el tiempo que fue pagada la gente de guerra, o tuvo de qué comer, aunque estrechamente, sufrieron con mucha paciencia grandes trabajos, y lacería: y los tuvo tan obedientes, y sujetos, que los sacó de Barleta con cada seis carlines de socorro, sobre nueve meses de deuda: y los sostuvo sin graveza de pueblo alguno en el cerco de Gaeta, hasta en fin de agosto, sin otro alivio que tenerlos al terreno de la artillería: donde tuvieron más abundancia de pelotas, que de pan. Que desta manera los entretuvo hasta que fue allí pagada toda la gente de dos meses: y se fueron sufriendo sin ninguna desobediencia, ni desorden, hasta acabarse la jornada, y ser tomada Gaeta, con la vida, y regalos que pasaron en el Garellano: siendo cierto, que la mayor parte de la gente se sostenía con hambre, y frío, y pestilencia: y así se acabó aquella empresa: y se repartió la gente por sus alojamientos, por todo el reino: sin permitir insulto, que no fuese punido. Entonces fue necesario enviar mil quinientos soldados para allanar el estado del prefeto: y cuando se hubo rendido, y entregado, como no tenían allí de qué comer, envió por ellos para que se mudasen a otra parte: y a la vuelta, porque forzosamente tenían el paso por la puente de Capua, repararon en aquella ciudad: y no quisieron salir della, sin que primero les pagasen: y tomaban las vituallas que podían sin pagarlas: y porque no se les pudo dar ninguna paga, ni socorro de catorce meses que se les debían, en la dilación de algunos días que pasaron, se recibió en aquella ciudad con ellos esta fatiga. De allí se encaminó después aquella gente la vía de Calabria, donde estaban en campo sobre Rossano con harta miseria: porque aquella provincia no estaba muy abundante, por causa de la guerra pasada: y en Abruzzo quedaron otros mil: y el Gran Capitán los mandó salir de aquella comarca, después que se redujo lo que se volvió a rebelar. Aquéllos se sacaron con deliberación de enviarlos a Pisa: y cuando llegaron cerca de Nápoles, creyendo que los enviaban sin pagarlos, se pusieron en no querer salir de un lugar: sin que primero se les diesen algunas pagas: y desmandáronse a tomar algunas vituallas de ciertos casales de Aversa en orden de guerra: y por esto envió allá el Gran Capitán a Nuño de Ocampo con alguna gente: y los más culpados fueron alanceados, y otros muchos se prendieron. Mas no bastó nada desto, ni otra justificación, para que el rey de cada día no fuese inducido en mayor descontentamiento, y desgrado contra él: pero mucho más por lo de la hacienda: y fue persuadido que por su causa se fue en gran manera menoscabando: y le informaron que no llegaba de las rentas reales a utilidad de su fisco, cuanto convenía: porque el Gran Capitán excedió con muy larga mano, y con sobrada liberalidad: gratificando a todos mucho más de lo que el rey lo pudiera hacer: y que a él tocaba remunerar a los que lo tenían merecido. Entre las otras cosas le caluniaban, que no se hallaba cuenta del dinero, que se le remitió de España, para las pagas, y cosas necesarias de la guerra: aunque esta culpa fue imputada por el Gran Capitán a Francisco Sánchez dispensero mayor del rey: a cuyo cargo estaba tener toda la cuenta del dinero: pues lo recibían él, y sus ministros. Lo más cierto era, que por las guerras pasadas, que se continuaron por tanto tiempo, aquel reino estaba en tan estrecha

necesidad, y se puso en tanta alteración, que en muchos días no se pudo sacar ningún socorro para la gente de guerra: ni ninguna renta: así por quedar muchos lugares deshechos, como por ser relevados los que sirvieron: y padecían necesidad por ser fieles: y otros muchos, adonde residió más ordinariamente la gente de guerra, que comieron lo que dellos se pudo sacar: pues pocas veces pasa tan larga guerra, y tan cruel para un reino, que no le dañe. De manera que las rentas se disminuyeron más que los gastos. Por estas quejas, que suelen ser ordinarias tras el furor de la guerra, aunque el Gran Capitán era en todas sus obras, tan excelente varón, que parecía estar no sólo libre de cualquier cargo, pero de las sospechas dél, el rey mandó que le viniese a informar, y a dar razón del estado de aquel reino Juan Bautista Espinelo, que era el principal que tomaba la razón de las rentas del reino: y de quien él hacía mayor confianza. Hallóse por sus libros, que todas las rentas, así de la cobranza, que llamaban del fuego, y sal, conforme a la investigación que se hizo en tiempo del rey don Fernando el Primero, como lo que procedía de la doana de los ganados, y de todas las otras rentas, montaban, sacados los cargos, cuatrocientos cincuenta mil ducados: y lo que se gastaba en el ejército, en solas las pagas de la gente de guerra, por un año, llegó a ser la suma de casi ochocientos cincuenta mil ducados. Con esto se envió juntamente relación de las ventajas del sueldo que se dieron a los españoles, e italianos que se señalaron en el servicio del rey en la guerra: y las causas por que se les dieron: por donde pudiese entender el rey, si estaba bien, o mal proveído: pero el rey no se satisfizo con esto. Entonces proveyó el rey por alcaide del Castillo Nuevo de Nápoles a Luis Peixó: y el Gran Capitán se agravió mucho dello: porque aunque le tenía por esforzado, y buen capitán, tuvo por muy grave, que se quitase aquel cargo a Nuño de Ocampo, a quien él lo encomendó: y dijo públicamente, que tenía crédo, que pensara el rey, que quien lo supo ganar, lo supiera también defender: y mostró sentirse tanto desto, que se quiso salir del castillo: y pasarse a Capuana: y Luis Peixó le suplicó que no lo hiciese: afirmando, que el rey se agraviaría mucho dello. Por causa destas novedades, y disfavores, envió entonces el Gran Capitán a pedir licencia al rey, y a la reina, para venirse a España: y recogerse en su casa: y envióles a decir que «procuraba su licencia, por hacelles en ello aquel servicio, con los otros pasados: pues ya había vivido, y pasado algún tiempo por los trabajos de caballero: y en España les podría mejor servir en su presencia: no se ofreciendo en Italia necesidad de aquello, en que pensaban que sólo les podía servir». Estaban repartidas las tenencias de las principales fuerzas, y castillos del reino por el Gran Capitán, entre los caballeros, y capitanes que más se señalaron en los cargos que tuvieron en la guerra pasada: y estaban con harto recelo no se hiciese con ellos lo mismo que con Nuño de Ocampo: a quien se había encomendado el Castillo Nuevo con la torre de San Vicente: y el castillo de Capuana le tenía Luis Alonso de Silva, y el del Ovo Lope López de Arriarán: y el castillo de San Telmo se proveyó a Figueroa. Las otras fuerzas, y castillos importantes del reino no se proveyeron desta manera: que en Aversa se puso el comendador Aguilera, y Gómez de Solís se encargó de Ríjoles, y Santa Ágata: y Giraci se encomendó a Hernando de Alarcón, que en ambas guerras del rey no tuvo cargo de capitán, y fue de los que bien se señalaron en ellas: y algún tiempo fue teniente de la compañía de don Diego de Mendoza. Diose Cotrón a Juan Pineyro, y a Luis

Mudarra la ciudad, y castillo de Cosenza: y en la Amantia se mandó que residiese Diego de Ayala: y Tropea estuvo a cargo del conde de Trivento: y encomendóse la defensa de Roca Imperial a Pedro Bernal de Murcia, adonde sirvió muy valerosamente, todo el tiempo que duró la guerra: y fue herido diversas veces: y el Scyllo se dio a don Diego de Arellano. Estaba el castillo de Tarento debajo de la tenencia del Gran Capitán: y puso en su lugar a Pedro Hernández de Nicuesa: y el castillo de Gallipoli se encomendó a Diego Fernández de Córdoba su sobrino hijo de don Alonso de Aguilar: y después mandó el rey que se diese la tenencia dél a don Antonio de Cardona. También se tenían en nombre del Gran Capitán Manfredonia, y Barleta; y en Gaeta, como está dicho, estaba Luis de Herrera: y la Roca Guillerma se encomendó a don Tristán de Acuña: y Salerno a Gil Nieto, e Iscla, y Agropoli quedaron en poder del marqués del Vasto en su tenencia: y en la isla de Capri se puso Ruy Díaz de Navarrete, y Castelamar de Stabia se encargó a don Diego de Mendoza, y Diano a don Francés Maza. Otras fuerzas estaban encomendadas, hasta que el rey mandase prover dellas: y todos estaban esperando lo que el rey proveería: y si se ternía la cuenta que era razón con los que sirvieron. En este tiempo partió Próspero Colona del reino: y vino a la corte del rey para tratar que el rey don Fadrique fuese restituido en el reino: que era el principal medio que se trataba para la concordia con el rey de Francia: dando a entender que no se podía sostener aquel estado en su autoridad, y grandeza sin rey: o que sacando al Gran Capitán del cargo, y la gente de guerra que en él quedaba, cuando se hubiese pagado, se gobernaría por quien quiera: mayormente teniendo paz con Francia: y conservando la parte que tenían en Roma los Coloneses. Cuando esto no se pudiese conseguir, era el intento del Próspero hacer los negocios, no sólo a su ventaja, pero en daño de los Ursinos: así en lo del estado, como en lo de las condutas, que ellos llamaban, de la gente de guerra: y por ninguna causa estaba tan mal con el Gran Capitán, como porque trabajaba de conservar aquellas dos partes: entendiendo que importaban mucho en Italia. Pero el Gran Capitán aconsejaba al rey, que debía enviar contento al Próspero, cuando volviese al reino: conque fuese sin agravio de los Ursinos: porque su pensamiento sólo se enderezaba en deshacer a Bartolomé de Albiano, y sacar tanta conduta de gente, y estado, que sobrase a lo que el embajador Francisco de Rojas concertó con los Ursinos: o desavenirse del rey: porque traía sus inteligencias de concertarse en conduta con venecianos, o con el Papa: y Fabricio Colona su primo con florentinos. Parecíales ser buena ocasión, porque en esta misma coyuntura el Papa entendía en confederarse con Florencia, Bolonia, Luca, y Siena, y con los Coloneses: por juntarse con el Rey Católico, para que le ayudase contra el cardenal de Ruán: que trataba como enemigo, no sólo en perseguirle, pero en que le depusiesen del pontificado: y contra los que tenían ocupadas algunas tierras, y estados de la Iglesia. Por estos fines ofrecía el Papa de ayudar al rey a la defensa del reino: y en todas las otras cosas que le cumpliese para aquel propósito: y el rey no rehusó de venir a esta plática: porque sabía, que el rey de Francia movía todas sus fuerzas para la empresa del reino: y publicaba que enviaba allá, unas veces al rey don Fadrique, y otras al duque de Lorena. Esta intención del Papa se descubrió ya en este tiempo, porque él la comunicó con Fabricio Colona: y tenía muy encubierta, por no declararse antes que el rey de Francia le diese la obediencia:

y descubrióla a Fabricio, porque le ofreció de suyo, que el Rey Católico se confederaría con él: y le fue persuadiendo que no tenía otro mejor camino, para cobrar las cosas de la Iglesia, sino por su medio, y amparo. Declaróse entonces el Papa, que cuando el Rey Católico le quisiese ayudar contra el cardenal de Ruán, y contra los que tenían tiranizadas las tierras del patrimonio eclesiástico, él se confederaría con él, para salir a la defensa del reino: y con esta oferta cometieron el rey, y la reina al embajador Francisco de Rojas, y al doctor Palaciosrubios, que acabando de asentar sus negocios con el Papa, y concediéndoles ciertas cosas de gracia que le pidieron, le diesen la obediencia. Moviése también por este tiempo, por parte del Papa, por dar buen principio a la amistad que deseaba tener con la casa real de España, de casar una hija suya, y al prefeto su sobrino, y a sus hermanas, de mano del rey: y el Gran Capitán le admitió esta plática: para más atraerle a la amistad, y confederación del rey, por lo que convenía, para más fundar su derecho en la sucesión de aquel reino.

De los medios de concordia que se trataron por Gralla, y Antonio Agustín embajadores del rey, que estaban en Francia. LXXIII.

Estaba en este tiempo el señor de Veré embajador del príncipe archiduque en la corte del rey de Francia, que residía en Blois: y tenía el Rey Católico muy gran sospecha dél, que intentaba algunas cosas en su deservicio: y procuró que el príncipe le enviase a llamar: y vino en su lugar a Francia, el señor de Vila. Fue la principal causa desta embajada, para estorbar el tratado que se movió con plática de restituir el reino al rey don Fadrique: y que se asentase la concordia entre los reyes de España, y Francia juntamente con la suya, y del rey de romanos su padre: y daban a entender padre, e hijo, que si los negocios no tomasen algún buen apuntamiento, el rey de romanos se concertaría en lo que a él tocaba. Porque decía, que el Rey Católico había ganado mucha honra, y provecho: pues tenía en su poder el reino de Nápoles: y lo conservaría con la misma reputación: y con aquello tenía razón de entretenerlos a todos, como lo sabría muy bien hacer, y reírse dellos. Que él se hallaba con gran necesidad de dinero: y si no se podían concertar en sus diferencias todos a la par, él tomaría su apuntamiento: porque conocía las dificultades que se ofrecerían en lo del reino: y que la mayor era la restitución de los estados de los barones a que estaba obligado el rey de Francia: porque lo de más se podía concertar entre el Rey Católico, y el príncipe archiduque. Decía el rey de romanos, como si estuviera cierto que el rey estaba determinado en restituir el reino al rey don Fadrique, que parecía cosa inhumana, que el rey desheredase a sus nietos, por dar a aquél el reino: y que era muy justo, y razonable apuntamiento, que se tratase con el rey de Francia, de manera que sucediese en él el príncipe, con el matrimonio del infante su hijo con Claudia: y si el rey Luis viniese en esto, se le otorgase todo lo que pidiese. Tratándose desto muy estrechamente con los embajadores del rey de romanos, y de su hijo, pedía el rey de Francia, que en caso que el Rey Católico quisiese restituir el reino al rey don Fadrique, con intento que le quedase a él su parte en él, y lo repartiesen entre sí,

fuesen obligados el rey de romanos, y el príncipe de ayudarle contra él: y para que se efetuase el matrimonio del infante don Carlos con su hija, pedía grandes seguridades: y entre las otras quería, que en caso que no se concluyese por culpa del infante, perdiese todo el derecho de Borgoña: y en cualquiera que el matrimonio cesase, fuese obligado el príncipe de entregarle la mitad del reino. Eran contentos los embajadores del rey de romanos, y del príncipe, que aquella obligación se admitiese, para entre tanto que el rey, y la reina de España viviese: y venían en este medio, declarándose más: diciendo, que después de los días del rey, y de la reina, aquel reino estaría en poder del Gran Capitán: y no sabían cómo se querría gobernar con el príncipe. De manera que estos embajadores, o por quien ellos regían en su cargo, otorgaban tan deshonestamente como esto, obligación de parte del príncipe, de renunciar la mitad del reino de Nápoles, no dejando el rey de Francia a Claudia su hija parte alguna dél: y siendo ya del Rey Católico y estando en su poder: y solamente le concedía a su título, y derecho. Pasó lo de esta concordia tan adelante, ofreciéndose en ella tantas dificultades, y siendo tan contrarios, y diversos los que pretendían tener interese en ella, que el rey de Francia mandó juntar en su palacio a los nuncios del Papa, y al embajador del rey de romanos, que era Filiberto Natureli preboste de Utrecht, y los embajadores del Rey Católico, que eran Miguel Juan Gralla, y Antonio Agustín, y al del príncipe archiduque: y halláronse con el rey, el cardenal de Ruán, que era legado, y el cardenal de Narbona, y su gran canceller, y muchos perlados, y otros de su consejo, y el hijo del conde de Lorena, que por la pretensión que tenía a la sucesión del reino de Nápoles, se llamaba duque de Calabria, el señor de la Tramulla, Giliberto de Cleves, y el señor de Navers, y otros grandes, y muy principales señores de Francia. Propuso el gran canceller en presencia de todos, diciendo, que el Cristianísimo Rey con mucha benignidad dio audiencia a los embajadores que estaban en su corte, siempre que la quisieron: y le hallaron muy deseoso de tratar, y entender en las cosas de la paz general: y porque pensaba salir a visitar su reino dentro de breves días, por entender en el buen gobierno dél, y en la administración de la justicia, si los embajadores tenían algunos negocios para comunicar con él, lo dijese luego: porque él los oiría de muy buena voluntad: y lo que no se pudiese resolver entonces, lo remitiría al legado: para que se procurase de llegar a la conclusión. Acabó con decir, que si no tenían que tratar con él los embajadores, su estada en Francia, y la residencia en su corte, no podía ser sin algunas sospechas y que sería bien excusarlas. Después de haber dicho estas palabras, que se enderezaban generalmente a todos, el gran canceller propuso su plática a los nuncios del Papa, y les dijo. Que sabían bien, y ellos lo tenían bastantemente entendido del rey, la gana que tenía de favorecer, y ayudar a las cosas de la sede apostólica: y que hizo, y puso en obra todo lo que el Papa quiso: y no le restaba cosa por hacer, sino la cerimonia de prestarle la filial obediencia, como se acostumbra dar a sus predecesores, por los Cristianísimos Reyes de Francia. Tras esto dijo al embajador del rey de romanos, que desde el día que el rey fue ungido, juró de tener amistad con el rey de romanos: y que aquel juramento se había después renovado algunas veces: y estaba en aquella misma determinación, y propósito. Procediendo en su plática a tratar con los embajadores de España, les dijo, que comoquiera que con el Rey Católico tuvo el Cristianísimo Rey algunas diferencias, pero

que entonces tenían tregua: y había de durar por tres años: y que el rey entendía de guardarla muy bien. Que su contienda, y porfía era sobre el reino de Nápoles: y para llegar a buena concordia, se platicaron algunos medios que no se pudieron concertar entre las partes: pero considerando que así por ser el directo dominio de aquel reino del Papa, y por ser vicario de Cristo en la tierra, era el verdadero juez de aquella causa, y diferencia, desde entonces al rey de Francia placía dejar aquella contienda en poder del Santo Padre, para que la decidiese, y determinase. Lo que se dijo al embajador del príncipe archiduque fue, que el Cristianísimo Rey había tenido, y tenía buena paz, y amistad con su príncipe, y se recibió dél el juramento, y homenaje por el condado de Flandes, y por los otros estados, que eran del rey de Francia, cuanto al soberano señorío: y él también le mandó restituir ciertas tierras: y con aquello tenía con él cierta, y muy verdadera paz, y amistad: y era en aquella sazón muy mayor por razón del matrimonio del duque de Luxemburgo, y de Claudia su hija: y así concluyó el gran canceller su plática. A esto respondieron todos los embajadores cada uno por su príncipe, con palabras generales: y en particular los de España a lo que se propuso cerca de remitir la diferencia del reino en manos del Papa, que ya otro tiempo el rey su señor fue contento, no solamente dejar su diferencia en poder del Santo Padre, y del colegio de cardenales mas también en el del rey de romanos: y que en aquella ocurrencia no podían responder sin que se les diese tiempo para consultarlo: y concluyeron su respuesta, que se mandase restituir todo lo que se había tomado en el reino después de la tregua. Salió el rey a esto con gran ira, y enojo, diciendo, que le tomaron su artillería en el castillo de Venosa: y que era razón que luego se le volviese: mas lo que el rey de Francia pretendía principalmente era, que el Rey Católico viniese en el medio de poner el reino de Nápoles libremente en poder del príncipe archiduque con el matrimonio del infante don Carlos, y Claudia. Por esto Gralla, y Antonio Agustín procuraban por las mejores formas, y medios que podían, que este tratado, y negocio de la concordia, no quebrase, sin que el rey fuese primero avisado de todo, antes que saliesen de Francia. Pero el cardenal de Ruán trabajaba muy descubiertamente por estorbarlo: y afirmaba públicamente, que era rompida la tregua: y que Gonzalo Fernández contravino a ella: y decía, que no era posible que se hubiese tomado Venosa sin orden, y mandado del rey su señor: y añadió estas palabras. «Aunque Gonzalo Fernández es Gran Capitán, y aun rey: y obra lo que le satisface: y es amigo grandísimo de los barones del reino: y habla con tanto desacato, y menosprecio del rey de Francia, como si Su Majestad fuese el Caudet Ramonet, o en conde de Pallars: y trama con pisanos, y envía allá su gente: y entiéndese con el cardenal Ascanio: y trata con otros príncipes, y particulares en Roma, Milán, y Génova: procurándoles siempre cosas de grandísima enemistad»: y que era cierto, que si él quedaba en Italia nunca entre el rey de Francia, y el de España duraría paz, ni segura concordia. Parecíale al rey de Francia, que se justificaba mucho con publicar, que ponía todas sus diferencias en poder del Papa: y que deseaba la paz más que todas las cosas del mundo, por su descanso, y de su hija, y del duque de Luxemburgo, de quien decía, que sería todo después de sus días: y que si dentro de un mes el rey de España no venía a la razón, sus embajadores se podrían a la hora partir para siempre. Que pues con esto se daba razón a Dios, y al mundo, él

quedaría justamente excusado: y jamás mientras él fuese el rey Luis, no escucharía, ni trataría de ninguna concordia con el rey: y que aquel mes sería término perentorio, para que se consiguiese la final resolución, o de paz, o de perpetua guerra. Con esta querella escribía a todos los príncipes cristianos, que le rompieron la tregua malamente: y le hicieron todos los daños que pudieron: y que no cesaban de los hacer: porque su pretensión era, que por los capítulos de la tregua, todo debía quedar en el reino, en el estado en que las cosas se hallaron el día de la publicación della: y todo lo que se tomó a franceses, desde veinticinco de febrero se debía restituir. Andaba discurriendo por su reino, para sacar dineros de sus pueblos, y vasallos publicando, que le rompieron la tregua: indignándolos, y agraviándose mucho: y afirmando, que de la misma suerte harían por España algunas presas: y sería muy necesario, poner guardas en las fronteras de mucha gente: y era con fin de hacer por España alguna grande ofensa. Juntamente con esto enviaba a solicitar los príncipes, y barones del reino, para que hiciesen rebelar los pueblos de Calabria, o alguna otra provincia: pero andaban en todo tan desatinados los de su consejo, y con tanto desvarío, que algunas veces mostraban que no tenían ninguna gana de la concordia: entendiendo, que no se les podía conceder tal, cual a su honor convenía: y estaban con gran corrimiento, e ira, viéndose vencidos, y avergonzados: y no trataban sino en buscar formas, y camino, para la satisfacción, y venganza: y cómo podrían volver a la posesión de aquel reino: y para conseguirlo, y echar los españoles dél, no hallaban mejor camino, que restituyéndose los barones desterrados en sus estados: y con su ayuda creían, que estaría en su mano cobrar lo que tenían perdido. Por otra parte señalaban, que ninguna cosa se deseaba más, que llegar a la resolución del tratado de la concordia: y que sería buen medio, que el Gran Capitán fuese visorey de todo el reino, con condición, que en la mitad dél estuviesen españoles, y en la otra residiesen vasallos, y servidores del príncipe archiduque: y esto parecía moverse con malos fines, creyendo, que en caso que Claudia muriese, sería cosa más fácil cobrar aquella parte del reino, si estuviese en poder de flamencos: y en esto se insistía mucho, y ponían gran fuerza: y el rey de Francia no quería dar lugar, que el Gran Capitán gobernase todo el reino: pareciéndole, que no era posible que saliese dél, quien con tanta gloria lo había conquistado.

Del socorro que el Gran Capitán envió a la señoría de Pisa. LXXV.

Fue en este tiempo muy requerido el Rey Católico, que recibiese debajo de su protección, y amparo la ciudad, y señoría de Pisa: y ofrecieron de servirle, con cualquier condición que la quisiese admitir: y el rey se detuvo hasta entender, si se continuaría la guerra con Francia: porque en este caso los quería recoger, y amparar, y no de otra manera. Antes desto, estando el Gran Capitán en el Garellano, los pisanos le enviaron sus embajadores, con oferta, que se ponían debajo de la obediencia del rey como vasallos, o en protección, como el rey fuese más servido: y considerando el

Gran Capitán, que para enfrenar la soberbia de florentinos, que hicieron gran contradicción a las cosas del reino, no se podía hallar mejor remedio, que sostener, y amparar aquella señoría, les respondió, que les ayudaría a defender la ciudad, si los pusiesen en necesidad, antes que tuviese la respuesta de lo que consultaba con el rey en este caso. Hízoles esta oferta, porque ellos se temían que franceses, y florentinos se apoderasen de aquella señoría. En este medio sucedió, que los florentinos juntaron quinientos hombres de armas, y seiscientos caballos ligeros, y ocho mil infantes: y fueron con este ejército sobre Pisa: e hicieron grande estrago, y tala en su comarca: y tomaron a Librafata, que era una pequeña villa, y no fuerte, a siete millas de la ciudad: y con esto les quitaron el paso de Luca, de donde les iba socorro, y eran muy favorecidos. Después se acercaron a cuatro millas, y se pusieron en un fuerte: y allí se detuvieron por estorbar que no sembrasen el mijo: y talar lo que pudiesen de las viñas, y heredamientos: y teniendo aviso desto el Gran Capitán, hizo entrar secretamente dentro, con ciento cincuenta caballos ligeros a Reyner de la Sasetta capitán italiano, que solía serlo de aquella señoría: y les dio paga para mil soldados: y mandóles enviar buena provisión de trigo: sin que se entendiese, que el rey les daba favor. Con este socorro tan oportuno, y con la ayuda de genoveses, que les valieron con vituallas, y dinero, y de los luqueses sus vecinos, y de Pandolfo de Siena, aquella ciudad se puso en buena defensa: pero señaladamente se favorecieron, y ampararon de querer el Gran Capitán admitirlos en la protección del rey: y trabajaban que los recibiese públicamente: y tomaron por su principal apellido el nombre de España. Cuando los florentinos entendieron que los pisanos tenían sus mensajeros con el Gran Capitán, enviaron a Francisco Randolfino, con color de alegrarse con él por las vitorias que Dios le había dado: y afirmaban, que ellos siempre las deseaban, por ser contra sus fines, que solo el rey de Francia tuviese el dominio en Italia, por su gran tiranía. Porque siendo ellos sus amigos, y aliados los trató como a esclavos, y enemigos: y en toda esta opresión, y fuerza, no pudieron excusar de valerle: y considerando, que en el tiempo que el rey de España era amigo del rey de Francia, no pudieron dejar de obligarse por cierto término, y que se cumplía en el mes de diciembre deste año, y que estaban muy determinados de servir al rey, presupuesto esto, pidió al Gran Capitán, con gran sumisión, que no les hiciese contrariedad en lo de Pisa. Mas a esto se le respondió, que aunque él no tenía orden de favorecer a pisanos, no se debía permitir, que ellos se apoderasen de aquella ciudad: sino que se concertasen entre sí, o se declarasen primero en el servicio del rey. Resolvióse el embajador florentino, que durando aquel tiempo que estaban obligados al rey de Francia, en ninguna manera lo podían hacer: pero que darían seguridad, que aunque fuesen requeridos por el rey de Francia, no le ayudarían contra el Rey Católico: y cuando el término de su obligación hubiese pasado, se concertarían con él a toda su voluntad: y que por aquel tiempo no harían más daño, y guerra a Pisa. Con esto quedó el Gran Capitán concertado con florentinos: y el embajador se partió luego, para hacer sacar al ejército, y enviar las seguridades que se le pidieron: y vino en este medio entendiendo, que para las cosas del reino de Nápoles, si no tenía el rey por suya la señoría de Florencia, importaba mucho conservar a Pisa, y Poblín: aunque fuese con alguna costa: pues lo que mucho aprovecha, es bajeza pensar, que no ha de costar algo para alcanzarlo. Procuraba

por esta causa de persuadir al rey, que pues en tomar en protección la señoría de Pisa, no aventuraba de su justificación, antes se ganaba mucho crédito, y afición, porque sería notorio, que se le daba de la forma que la quisiese recibir, y era gran beneficio ampararla, para que gozase de su libertad, con este presupuesto hiciese caso della: y por aquel mismo nivel se rigiese con todas las otras señorías de Italia. Que por este camino se atraerían más fácilmente a su opinión los florentinos, o los enfrenaría: porque entretanto que aquella ciudad estuviese libre, no podían tan poderosamente ponerse a ofender contra el reino. En el mismo tiempo el señor de Pomblín, que era habido por muy francés de afición, cuando entendió la ida del duque de Valentinois a Nápoles, y que procuraba de haber las galeras, y artillería, para venir contra él, hubo tanto temor, que envió al Gran Capitán a Jerónimo Espindola su tío, con gran ofrecimiento de ponerse debajo de la obediencia del rey: y estar en su protección: y que casaría un hijo que tenía, con quien el rey fuese servido en sus reinos. Oyó el Gran Capitán esta embajada graciosamente: juzgando, que para las cosas del reino, era aquél muy buen baluarte, así por tierra, como por mar: y respondióle, que enviase al rey alguna persona con sus poderes: y así se hizo: y para esto aprovechó mucho el odio que tenía al duque, y el estruendo que hizo, que venía sobre aquel lugar. También Pandolfo de Petrucis, que tenía a su mano el gobierno de Siena, traía sus inteligencias con el Gran Capitán: y en todo lo que se ofrecía, se mostraba muy aficionado al servicio del rey: y conformábanse bien con él los sieneses en esta opinión.

Que el Gran Capitán dio orden, que el duque de Valentinois mandase entregar a la Iglesia la ciudad de Forli. LXXVI.

Después que el Gran Capitán tuvo en su poder al duque de Valentinois, y le mandó retener en el Castillo Nuevo, por lo que entendió que cumplía al servicio del rey, y a la paz universal de toda Italia, no dejarle en su libertad, instó con él por todos los medios que pudo, que entregase al Papa a Forli: y como quiera que estaba muy duro, y protervo, en no querer darlo, sin que él primero fuese puesto en su libertad, tratándolo el Gran Capitán con mucha blandura en todo, y teniendo su persona a buen recaudo, acabó con él que se hiciese: y dio su mandamiento, y letras, para el alcaide Gonzalo de Mirafuentes: y envió un camarero suyo llamado Artés, para que se entregase: y fue con él por orden del duque don Juan de Cardona, para que ambos hiciesen, lo que les cometiese el embajador Francisco de Rojas: y él enviase el seguro que el Papa debía dar al Gran Capitán: en que se prometiese al duque, que se cumpliría con él en el dinero que pedía, que era lo menos que antes demandaba: dando él todo lo que podía, y tenía. Con todo esto quedaba la persona del duque detenida como antes, y en una honesta prisión: y aunque se entendió por el Gran Capitán, que por esto, ni el rey, ni él, no quedaban más obligados al duque, de lo que les pluguiese hacer con él, resultó alguna infamia, que fue detenido con sobrado artificio: y que aunque él dio causa, para que se detuviese, cargaba mucho sobre la fe, y palabra del Gran Capitán: pero él pensó hacer en esto tan gran servicio

al rey, y tanto beneficio a toda Italia, y señaladamente a la sede apostólica, que debía bastar en gran parte, para que se concediese al rey la investidura del reino: y que se pudiera alcanzar del Papa, si se supiera negociar: porque se tenía aún por tan francés el Papa en su afición, y opinión, que en cosa que pudiese, no obraría sino en daño, y ofensa del rey. Fue mucho de considerar en este tiempo, que por todos los cardenales así se platicaba en Roma en la creación de nuevo Pontífice, como si estuvieran ya en las exequias de Julio: aunque se señalaron más los cardenales de San Jorge, y Volterra: y como esto era en lo que mucho iba a la cristiandad, y al estado del rey, pues principalmente depende de allí el gobierno de todo, pareció al Gran Capitán que el rey debía conservar los cardenales españoles, que se declararon en su servicio: y tenerlos conformes: y allegar a ellos los que más pudiese: y que no se diese lugar, que el Papa crease de nuevo los que se le antojase: pues aquéllos serían de solo su propósito, y afición franceses: y dándose lugar a nueva creación, teniendo el rey aquéllos contentos, estaba en su mano, que fuese elegido por Sumo Pontífice, el que más convenía al bien de la Iglesia universal. Movíase a entender en esto el Gran Capitán, porque cuanto más celo publicaba el rey tener, que la elección se hiciese canónicamente, se debía tener la mano en ello, pues podía ayudar más, a que su fin se consiguiese: y porque sabía que el Papa estaba con gran recelo, que el rey quería que se guardase por él, lo que en este caso se prometió al colegio, al tiempo de su creación, y que por eximirse dello procuraba, que el rey le rogase por algunos de su casa, y que eran propios del Papa, y prometió al embajador Rojas el capelo, pensando salir de otra obligación, y también el cardenal de Nápoles procuraba lo mismo con letras del rey de Francia, por el patriarca su sobrino, y por otros que estaban bien lejos de lo que convenía a aquella dignidad, le parecía, que era menos dificultoso estorbar esto, y dar orden que fuese elegido un pontífice muy siervo de Dios, que convocar concilio, como se platicaba, para reformar el estado eclesiástico: pues según es el Pontífice, así se procede en el gobierno. Tratábase en esto en Roma, y por toda Italia de tal suerte, que todos estaban suspensos, esperando lo que el rey haría: de quien dependía el remedio de todos cuantos abusos se introducían en la curia romana. Sucedió entonces, que el cardenal Ascanio, siendo cierto de la mala voluntad que el rey de Francia le tenía, y muy dudoso de la del Papa, se salió de Roma a su paso, so color de ejercicio, y caza: y se fue a las tierras de Coloneses, y se puso en Montefortino, que está camino del reino: y detúvose allí, hasta saber más en particular de la gente de armas francesa, que entraba de nuevo en Lombardía: y entender si irían a la empresa del reino, como ellos lo afirmaban, y él lo temía: o contra venecianos: porque si aquel ejército fuese creciendo, deliberaba entrarse en Nápoles, o irse a Alemania: y cuando la gente fuese para otro efecto, quería volverse a Roma.

Que el Gran Capitán instaba, en confederar a los Ursinos, y Coloneses. LXXVII.

Hacía todavía el Gran Capitán mucha instancia con Próspero, y Fabricio Colona de una parte, y con Bartolomé de Albiano, que era muy principal, y de gran valor entre los Ursinos, y con los de aquella parcialidad, para que se conformasen en amistad: y el de Albiano, y los Ursinos que estaban con él, daban muestras de querer perseverar en ella. Pero los Coloneses lo sentían extrañamente: y públicamente afirmaban, que no podían buenamente sufrir que aquéllos se engrandeciesen, ni se les diese tanta conduta, y estimación: pues no eran de los principales Ursinos: y que tuviesen compañías de cuatrocientos hombres de armas, y doscientos caballos ligeros: y que allende desto Bartolomé de Albiano recibiese sueldo para cuatrocientos infantes: y que el señor Próspero no tuviese conduta sino de cien hombres de armas, y de cincuenta ballesteros, y Fabricio de cincuenta lanzas, y otros tantos ballesteros. Tuvo en esto consideración el Gran Capitán, que no había otros Ursinos, sino aquéllos a quien él señaló estas plazas: y que Juan Jordán, que se tenía por la cabeza de aquel bando, era de tan poco valor, que no se debía estimar en mucho: y que Coloneses, allende que fueron restituidos en sus estados, así en los del reino, como en los que tenían en las tierras de la Iglesia, recibieron dobladas mercedes: y entendía que no se debían perder los de aquella parte Ursina: mayormente que los Coloneses se pusieron en el tiempo de la mayor necesidad, y furia de la guerra, en demandar la gratificación por tales términos, que estando en el Garellano, el Próspero se quiso ir en tiempo, que si lo hiciera, se perdería harto más de lo que se les pudo dar: y por esta causa sacaron lo que quisieron señalar, y pedir: aunque sobreseía el Gran Capitán de entregarles alguna parte: y ellos se tenían por mal contentos dello: señaladamente el Próspero, que era tan hecho a su modo, y tan altivo, que cuando no se hacía lo que él quería absolutamente, no aprovechaba medio con él: y quería hacer lo de todos, sin otro respeto, sino como a él convenía. Por esta su condición, como el Gran Capitán no concurría con él a su satisfacción, siempre se mostró mal contento, y con desgrado: y se determinó de venir a España como dicho es: y después que se fue resfriando la plática de la concordia con el rey de Francia, sobre la restitución del rey don Fadrique, como el Próspero era el que más deseaba, que aquello se efetuase, se confirmó más en su descontentamiento. Por venir con más reputación, procuró con el Papa, que se le diese cargo de ser medianero en alguno de sus negocios con el Rey Católico: y porque no pudo salir con ello trataba, que pues el Papa había de enviar su nuncio a España, nombrase a Cosme de Pacis obispo de Arezo, que era florentino, y gran su amigo, y familiar: pero el rey no quiso dar lugar, que aquél viniese: y estando en San Juan de Luz, el Papa le mandó detener allí, porque el rey no le quería admitir por su nuncio. Hizo el Próspero mucha instancia con el rey, para que fuese admitido: y afirmaba, que más venía para ofrecer al rey a Florencia, y tomar con él asiento, para que se pusiese debajo de su protección, que por otro negocio: mas después que el Papa supo, que el rey no quería permitir, que Cosme de Pacis viniese por nuncio a sus reinos, porque entendió, que era de los principales, por quien se gobernaba el estado de

Florenzia, y ser muy francés de afición, procuró que el Próspero fuese a Roma. Tenía con él muy secreta inteligencia: y según el mismo Próspero lo refirió al Gran Capitán, cuando venía a España, procuró el Papa de persuadirle que no viniese: y quiso saber dél, en caso que tuviese alguna diferencia con el rey de España, si le seguiría: y estrechándole en grande manera, que le declarase lo que haría, respondió, que si le agraviasen contra razón, ellos no le faltarían: y si Su Santidad pensase hacer algún agravio al rey, no podrían dejar de servirle por mucha obligación que le tenían: y decía, que el Papa cubiertamente en todo lo que podría, ofendería al rey: y con gran porfía estrechaba las pláticas de llamar al duque de Lorena, como a legítimo sucesor del reino: por poner mayor confusión y revuelta en él. Publicaba también el Próspero, que en lo del rey don Fadrique mostraba el Papa, que no le pesaría de su restitución: y le certificó, que el rey de Francia tenía gran voluntad que se le restituyese el reino: pero que el Rey Católico no lo había gana, aunque lo mostraba querer: y por esta causa el Papa hacía fingidamente demostración de no desearlo: no embargante que el rey de Francia le dio facultad, que si se pusiese este negocio en sus manos, declarase libremente en favor del rey don Fadrique. En suma el fin del Próspero era, según el Gran Capitán entendía, que si llegado a España se moviese la plática de restituir en el reino al rey don Fadrique, de encaminarla por todos modos, y medios que él pudiese: y si la guerra se continuase, pretendía sacar del rey mayor conduta, que la que se dio a Bartolomé de Albiano, y a los Ursinos, y con mayor estado: y para esto estimar su servicio, y persona, lo más aventajado que pudiese. En caso que se concluyese lo de la paz con Francia, pensaba de la misma suerte asentar sus cosas con el Rey Católico a todo su provecho: y si no se hiciese como él quería, volverse con fin de concertarse con el rey de Francia, o con el Papa, o con la señoría de Venecia: que era lo que él procuró siempre: y que quedase Fabricio Colona con los florentinos: adonde pusieron entonces a Marco Antonio Colona su sobrino. Andaba el Próspero tan indeterminado, y dudoso en sí, hasta en las muestras exteriores, que el día que se hizo el parlamento en la ciudad de Nápoles, cuando todos los barones, y universidades del reino prestaron homenajes al rey, él no le quiso hacer: y siendo llamado respondió, que no tenía aún asentadas sus cosas: y pasaron entre él, y Fabricio algunas razones no muy honestas, por que le reprehendió dello. Tenían Próspero, y Fabricio tanta emulación entre sí, siendo primos hermanos, que fueron las dos más señaladas personas, que hubo en sus tiempos en Italia, que aunque para conservarse, y contra sus enemigos, o para ganar de otros eran una misma cosa, en lo secreto se querían tan mal, que peor no podía ser: y en tanta envidia estaba el uno del otro, que no podía ser mayor. El Próspero siempre quería alguna ventaja del otro: y por una vía, o por otra se la hicieron los reyes pasados: y por esta causa el Gran Capitán, aunque le estimaba todo lo que merecía su valor, y prefirió su persona a todos los italianos, no le daba lugar, para que se desmandase tan soberbiamente, ni con tanta arrogancia: y fue de parecer, que el rey los sostuviese contentos en su servicio: y se procurase, que se conservasen en buena concordia con Bartolomé de Albiano, y con los Ursinos: y que por favorecer más a los unos, no se perdiesen los del bando contrario.

De la guerra que se hizo en el reino al príncipe de Rossano, y a los otros barones anjovinos. LXXVIII.

Estaba aún en este tiempo el príncipe de Rossano en su porfía, sin querer reducirse a la obediencia del rey, con las fuerzas que le quedaban en Calabria: y Gómez de Solís continuaba el cerco que tenía sobre Rossano con trescientos españoles, sin la gente que le seguía de aquella tierra: y se hacía guerra contra los lugares que se tenían por el príncipe. En este medio una compañía de soldados, cuyo capitán era Martín Ruiz de Olasso, que estaba alojada en Turturela, que es una villa en el Principado, a los confines de Calabria, salió por mandato del Gran Capitán a juntarse con los que estaban sobre Rossano: y en el camino los villanos de aquella comarca, que es muy fragosa, y de gran montaña, y los del valle que se dice el Chelento, que es de muy áspero terreno, se juntaron hasta en número de tres mil: y salieron a ciertos pasos: y prendieron, y mataron la mayor parte de la compañía. Con esta nueva se publicó en Nápoles, que se puso en armas toda aquella tierra, apellidando el nombre de Francia: y por ser aquéllos de los vasallos más aficionados del príncipe de Salerno, y del conde de Capacho, dio el Gran Capitán crédito a todo aquel desconcierto: y hubo alguna alteración en el pueblo, porque quiso proveerlo, y castigarlo luego: y a la hora mandó que partiesen las galeras, y llevasen gente, y artillería a Policastro, que está muy vecina de aquella tierra: pero no pudieron así presto partir, que aprovecharse: y llegó primero la gente que fue por tierra: porque luego mandó partir al regente de Nápoles: y al gobernador de la provincia, con los jueces de la vicaría: para que procediesen judicialmente, como contra culpados en otros insultos, y no como rebeldes: y mandó aperebrar la gente de guerra, por si el atrevimiento pasase adelante: para mayor castigo, si se pusiesen en resistencia, o perseverasen en tomar la voz, y apellido de Francia. Cuando el regente, y el gobernador llegaron, hallaron tanta obediencia, cuanta quisieron recibir: y pareció que aquel alboroto no fue tan desordenado, que intentasen alguna rebelión: y así ceso la ida del Gran Capitán: y fue preso el barón de Limonate, que antes deste insulto había sido perdonado, y asegurado, cuando se rindió el conde de Capacho. Deteníanse aún con todo esto Rossano, Santa Severina, Oyra, y Conversano: y estaban en tanta necesidad, y aprieto, que cada día se esperaba que se rendirían: y como fuese enviado por el Gran Capitán a tierra de Otranto Hernando de Quesada, sucedió que por liviandad, y desvarío de uno de sus hijos, queriendo convertir todas las cosas en su propia utilidad, y usando de obras, que causaron diferencia, y enemistad grande entre italianos, y españoles, se movió una contienda entre los soldados, y los vecinos de Lecce, que era lo que más se procuraba de excusar. Desto se movió gran quistión entre los villanos de San Pedro Inglatina, y los soldados que allí se alojaban: y vinieron a las armas, y quedaron algunos muertos de ambas partes. Entonces porque Hernando de Quesada no hizo la provisión que debiera, según su cargo, envió allá el Gran Capitán a Alonso de Carvajal con todo el poder que convenía, para no ir él en persona: y quedóse él para dar asiento en la gente que estaba en tierra de Labor: y también se detuvo, porque le pareció que sería inconveniente, para las cosas de Calabria, Principado, y Abruzo, pasar entonces a Apulia. Determinó

en esta sazón por las novedades que podían resultar en el reino, de enviar al duque de Valentinois a España: y cometió a don Antonio de Cardona, y a Lezcano, que le trujesen: y aunque el rey al principio no mostró holgarse que fuese admitido, dio muy gran prisa que le enviase: porque esperaba aprovecharse de su persona para más cosas teniéndole preso, que estando en su libertad. Con la gente que fue de refresco a Gómez de Solís, se fue estrechando el cerco de Rossano: y porque la ciudad era muy fuerte, y por ninguna parte la podía batir la artillería, por donde hubiese lugar de combatirla, se defendieron tanto tiempo: hasta que los de dentro fueron constreñidos por hambre a pedir partido: y comoquiera que los soldados no querían admitir ninguna condición, sino para hacer del lugar a su modo, y hubo entre los mismos capitanes gran contrariedad, teniendo algunos respeto a su codicia, pero Gómez de Solís tuvo tal forma, que sin que los soldados entendiesen qué se trataba, asentó con ellos de recibirlos a partido que alzarían las banderas de España, y le entregarían una torre, que era la fortaleza: y se compusieron en quince mil ducados para la paga de los soldados. Fueron presos dentro los principales barones que sustentaron después de vencidos la opinión, y parte de Francia, que eran el príncipe de Rossano, que trabajó, y porfió tanto por defenderse en aquel estado, el conde de Nicastro, los barones de Marzano, y Cavalonga, Alonso Caraciolo, Escipión Morano, y Luis de Sanseverino, que sustentaron tanto su parte en aquella provincia, por culpa del conde Ayelo, que los dejó extenderse de tal manera, que ocuparon casi un tercio de Calabria: y fue necesario enviar allá a Gómez de Solís. Húbose este caballero en aquella guerra de tan gran capitán contra estos barones, que por su gran esfuerzo, y diligencia, y buena maña, se remató la guerra con tanto honor. Con la necesidad que padecían los soldados, fue algo más fatigada aquella provincia: y por esta causa, y porque tenían queja los naturales della, que el conde de Ayelo tenía más respeto a su propio interese, y de sus yernos, que al bien público, envió el Gran Capitán por gobernador a don Hugo de Moncada prior de Santa Eufemia: porque le tenía por muy valiente, y buen caballero: y siendo persona tan generosa, y tan ejercitado en la guerra, pareció que fuese preferido a muchos naturales, y nuestros. Tras esto luego se entregaron los otros lugares, que se tenían por el príncipe de Rossano: y el postrero se puso de tratar de partido el lugar de Santa Severina para rendirse. Antes desto estaba concertado con el señor de Aubeni, Vicencio Carafa, que se llamaba conde de Gruteria, que está en Calabria: y siendo don Hugo avisado desto, y que trataba de levantar otro día las banderas de Francia, salió con su gente, y llegó en amaneciendo a las puertas de Castelvetro, donde el conde estaba: y por la parte que don Hugo tenía dentro no osó, ni pudo defenderse la entrada: y apoderáronse los nuestros del lugar, y del castillo de suerte, que el conde no pudiese intentar alguna novedad contra el servicio del rey, como lo tenía pensado. Túvole el Gran Capitán algún respeto, por ser de aquella casa, y yerno del conde de Arena: aunque se cometieron por él hartos excesos: y se usurpó el título de conde en aquel estado, no le teniendo de ninguno de los reyes pasados. En el Principado, y Basilicata había muy pocos pueblos de la Corona real, y lo más era de los barones: pero porque estuviese debajo de mejor gobierno, proveyólo el Gran Capitán desta manera: que en el Principado puso a Segismundo de Sangro, que solía ser antes gobernador de aquella provincia: y sirvió muy bien en la

guerra pasada: y en Basilicata quedó Pedro de Paz, que era tenido por todos en gran estimación, y se señaló mucho en la guerra entre todos los capitanes. Residía en Abruzzo el duque de Termens: y quedó en Capitanata, y en el condado de Molisi fray Leonardo de Prato, que tuvo a Tarento: y con ellos tenían los pueblos mucho contentamiento: porque ambos eran tales, y tan justos, y ajenos de toda codicia, que fueron gran ejemplo a los nuestros, y a los mismos naturales del reino. Estuvo en tierra de Bari, y Otranto, con dos auditores Hernando de Quesada, que era entonces conocido por de menos codicia: y tuvo siempre consigo gente de guerra por razón de los lugares marítimos: y también porque se tuvo mucho recelo, que el conde de Alexano traía alguna plática de rebelarse, y hacer levantar a Lecce con todo lo que pudiese de aquella provincia: y para este fin tuvo muy secreta inteligencia con Luis de Arsi, y con los de Conversano, y Oyra: por sostenerlos en su opinión. Tenía este capitán muy buen estado en aquella tierra: y fue el primero que se rebeló en ella contra el rey, y la sustentó en su rebelión, hasta que fue reducida por las armas: pero como sucedió el alboroto de la gente de la tierra por el mal gobierno de Hernando de Quesada, envióse allá por gobernador Alonso de Carvajal, para que se entendiese en pacificarla: y en perseguir a los rebeldes. Entonces ordenó el Gran Capitán, que Quesada dejase la gente de su compañía a Pedro de Paz, que estaba sobre Conversano: y que don Antonio de Cardona, que se llamaba ya marqués de la Padula, quedase en el gobierno de aquellas provincias: y Conversano se tomó por combate: y Alonso de Carvajal se señaló mucho en la expugnación dél: y antes, y después se gobernó con gran destreza, y valor en todo lo que le fue encargado. En esta sazón, a instancia del Papa volvió a enviar el Gran Capitán a Gonzalo de Mirafuentes, que se detenía en el castillo de Forli, sin querer entregarlo: y fue enviado a esto Gonzalo de Aller, con letras suyas, y del duque de Valentinois: en que le exhortaban, que se entregase aquella fuerza al Papa, como el rey lo mandaba: por cuyo medio, y obra el alcaide entregó el castillo. Estaban las cosas del reino en más asiento: aunque siempre las gentes dél estaba, o con la esperanza de la restitución del rey don Fadrique, por la concordia que se tomaría con el rey de Francia, o de la ida del rey Luis a la empresa del reino: y por ninguna parte parecía sustentarse tanto, como por la residencia del Gran Capitán: que así en la obra, como en el consejo prevenía maravillosamente a todos los peligros: y a las invenciones, y tramas de los rebeldes: mas ninguna cosa le ponía tanto cuidado, como entretener a los Coloneses, que no llegasen a rompimiento con los Ursinos: y si ser pudiese se conformasen. Aunque cuanto más procuraba que se atendiese a conservar la amistad, y concordia, que se trató entre ellos, y por la parte de Bartolomé de Albiano, y de todo aquel bando, se dio siempre muestra de querer perseverar en ella, los Coloneses tentaron algunas cosas, por si pudieran hacerles daño: no embargante que como el Gran Capitán determinadamente les dijo, que el rey sería dello muy mal contento, se detuvieron algo: pero después con la mano del Papa trataban de ofenderles, y dañarles en cuanto podían. Por este camino intentaron de meter la parcialidad, que estaba fuera, en Viterbo, Perugia, y Civita del Castelo: lo cual se estorbó hasta este tiempo por Bartolomé de Albiano: y llegaron las cosas a tanto rompimiento entre ellos, que no se podía excusar alguna gran novedad, o siniestro. Teniendo el rey aviso desto, habiendo llegado el Próspero a su corte, que residía en Medina

del Campo, adonde se le hizo gran recogimiento, y fiesta procuró con él, que aquellas dos casas se conservasen en buena amistad: entendiendo ser de las principales cosas que convenía tener asentadas en Italia: y sucedió en este medio un caso, que desbarató mucho este tratado: porque enviando Bartolomé de Albiano al Gran Capitán un caballero Ursino de los más principales que tenían conduta del rey, salieron a él algunos de caballo de los Sabelos, en tierra de la Iglesia, y le mataron. Eran aquéllos muy amigos del Próspero: y los más confederados con él: y que en todas las guerras pasadas siguieron al rey de Francia: y eran en esta sazón capitanes de la señoría de Florencia: mas no embargante esta novedad el Gran Capitán procuraba, que por esta causa no viniesen las cosas entre ellos en mayor rompimiento.

Que el tratado de la concordia entre los reyes de España, y Francia se rompió: y se despidieron Gralla, y Antonio Agustín embajadores del rey. LXXIX.

Lo que hacía más difícil la contienda entre el Rey Católico, y el rey de Francia, era lo que tocaba a la restitución de los estados de los barones anjovinos: porque el rey de Francia dio una escritura de su mano, sellada con su sello, a los príncipes de Salerno, Melfi, y Bisignano, y al marqués de Bitonto con juramento, y promesa de no hacer ningún apuntamiento de paz, cualquiera que se platicase, y moviese, sin que primero fuesen restituidos en sus tierras, y estados. Aunque ellos procuraron esto, en el mismo tiempo el príncipe de Salerno por su parte, y el conde de Conza, y el duque de Trageto, y el conde de Morcón su hermano requerían, y solicitaban al Gran Capitán, que los recibiese al servicio del rey: y ofrecían que le serían fieles súbditos, y servidores, queriéndolos admitir y restituir en sus estados: y él los remitió al rey. Tratándose desta materia, venía el Rey Católico en un medio: que se señalase término de seis años, y que dentro dél fuesen restituidos en sus estados: y era contento que en este medio se les acudiese con sus rentas para su sustentación: porque estuviesen fuera del reino todo el tiempo que no se consumase el matrimonio del infante don Carlos con Claudia: y en este medio el infante se trujese a España. Esta plática se puso tan adelante entre los reyes: que se llegó a tratar del seguro que se daría a los barones, para que fuesen pagados de sus rentas, durando aquel tiempo: y que en siendo cumplidos los seis años, serían restituidos en sus tierras, y castillos: y no se contentaban con solo el seguro del rey: y también le pidían del príncipe archiduque, pues se trataba que él tuviese aquel reino. Contradecían esto los barones: y decían, que el rey de Francia podría hacer sin ellos lo que quisiese: mas con su voluntad nunca se haría por dos años, ni por uno: y pues en todas las paces se suelen restituir los agraviados entre las partes, no se debía hacer con ellos menos, pues habían tanto servido al rey de Francia. Hubo otro artículo muy principal, y que no era menos importante que tocaba a lo que se pretendía, de sacar los españoles del reino: y altercóse mucho por las dos partes, como en negocio en que consistía tanta reputación, y provecho: y conformábase en aquella opinión con los franceses los embajadores del rey de romanos,

y del príncipe archiduque, que se hallaron al tratado de la concordia en Blois: y tenían por cosa muy justa, y razonable, que los españoles no quedasen con el gobierno: y estaba bien concorde en este punto el príncipe archiduque con el rey de Francia: y tenía gran recelo en esta coyuntura de romper con él, por no perder el ducado de Gueldres: y temía que no desbaratase el matrimonio del infante su hijo con Claudia, porque salían en vacío las esperanzas que tenía en la sucesión de Bretaña, y Milán. Desto se tenía muy gran duda, generalmente: y según la opinión de los más se entendía manifiestamente, que muriendo el rey de Francia, el duque de Angulema, que era el que sucedía en el reino, y se llamaba Francisco de Valois, no dejaría que Claudia casase con otro: ni consentirían en Francia que Bretaña, y Milán estando en su mano, se dividiesen: y a esto se inclinaba más la reina Ana madre de Claudia, que al casamiento del infante, que llamaban duque de Luxemburgo. Aunque todavía el rey Luis juzgaba de los medios que se le proponían para la concordia, que como no podía alzar la mano de la empresa del reino, sería menor la infamia de ser echado dél, cubriéndola con el medio del matrimonio de su hija con el infante: y parecía que llegaban las cosas a términos, que no era muy dificultoso hallar muchos expedientes: queriendo condescender a medios iguales, y justos. Quanto a la restitución que se platicó del rey don Fadrique en el reino, mediante el matrimonio del duque de Calabria su hijo con la reina doña Juana sobrina del rey, entendían los franceses que les sería muy vergonzoso partido, no solamente en dejar la empresa, pero mucho más en ceder, como se pedía, y renunciar los derechos que tenía el rey Luis, en personas que eran de la casa, nombre y armas del rey de Aragón: y el Rey Católico por otra parte mostraba que sería contento de poner estas diferencias en poder del Papa: y del colegio de cardenales. Pero el rey de Francia no quería, sino que sólo el Papa lo determinase: excusándose con decir, que eran muchos los cardenales españoles, y personas de quien él, ni nadie debía fiar cosa alguna: y que él no tenía sino al cardenal de Albret, que eran francés, pero mal letrado. Con esto parecía al Rey Católico, que se puso de su parte lo del apuntamiento, quanto a lo que tocaba al matrimonio del infante su nieto en términos iguales, y justos: y que en lo de la restitución del rey don Fadrique, se hacía asimismo lo que se debía: porque rehusar el rey de Francia el partido del rey don Fadrique, con decir que sería con su deshonor, y mengua, era muy al revés: pues teniendo él pacíficamente el reino, lo dejaba: y desistía de un tan notorio derecho, como el que tenía, por haber paz con él: y que desto resultaba gran alabanza, y gloria a la casa de Francia. Que harto mayor vergüenza le sería a él, que no se concluyese el matrimonio de su sobrina, habiendo sido ya reina de aquel reino, que no al rey de Francia en que no se hiciese el de Germana de Foix: porque hacía muy grande instancia, que casase con el duque de Calabria: y menos sería cosa razonable, que un negocio tan arduo, y grande, se dejase en sola determinación, y sentencia del Sumo Pontífice: sin que interviniese en ello su colegio, con quien se solían resolver, y decidir semejantes negocios: porque si a sospechas personales se hubiese de tener respeto, y consideración, también él pudiera alegar, que el papa era genovés: y todos sus parientes eran súbditos, y criados del rey de Francia: y que el mayor número de cardenales era de la nación italiana. Juntamente con esta justificación dieron a entender Gralla, y Antonio Agustín ante los nuncios del Papa, que por la toma

de Venosa, no se pudo romper la tregua: pues cuando se asentó concertaron, que todo aquel reino estuviese debajo de la obediencia del Rey Católico. Entretanto que se porfiaba en los medios de la concordia, y se trataba della por estos embajadores con los del rey de romanos, y del príncipe archiduque, hacían los de España instancia, que no se asentase, ni concluyese lo de la amistad del rey de romanos, y del príncipe: sin que juntamente se concluyese lo de aquel estado, que era tan importante para todo lo universal de la cristiandad: y estuviesen entre sí muy unidos, y conformes: porque de aquella suerte aventajarían mejor su partido. Estando las cosas en este apuntamiento, sucedió una novedad, que lo desbarató todo: y fue por esta causa. Salió el almirante don Bernardo de Vilamarín del puerto de Nápoles con seis galeras: y discurrió por la playa romana, en seguimiento de algunas galeras, y fustas de genoveses, que hacían mucho daño por las costas del reino: y con este color traía orden de favorecer las cosas de Pisa, sin que se recibiese por agravio de los florentinos: y por tener el tiempo contrario, y no poder dar ningún socorro a los pisanos, prosiguió su viaje para venir a Cataluña. Pensaron los florentinos sojuzgar a Pisa, más presto de lo que pudieron: aunque la tenían en muy gran estrecho: y no estaba en más para perderse, de cuanto les quitasen el río: y el Gran Capitán no cesaba de procurar su remedio, en todo lo que podía, sin más declararse: juzgando, que si en el trabajo que padecían los pisanos, no se les daba algún socorro, no servirían al rey en la necesidad que se le ofreciese en el reino. También se iba entreteniendo la plática de procurar, que la señoría de Génova saliese de la sujeción de franceses, y tomase las armas: aunque se desbarató en gran parte, por la muerte de Bautista Fregoso, que era el principal de aquel linaje: que lo procuraba: pero sus hijos, y Octaviano su sobrino, que quedaban por cabeza de la casa, estaban ciertos para servir al rey: y conformarse en esta opinión con los Adornos. Esta plática se fue siempre entreteniendo por el Gran Capitán: porque tenía por cierta la vuelta de los franceses a Italia, para hacer la guerra en el reino: considerando, que sería bastante causa, para que los franceses volviesen la cabeza a su propia casa. Luego se publicó en la corte del rey de Francia, que se alzaron en Pisa las banderas de España, después que llegaron a su playa las galeras del almirante, y otras fustas: y que el Gran Capitán les envió socorro de infantería: y que en Génova se movió un terrible alboroto: y fueron muertos algunos franceses: y por estas nuevas recibió el rey de Francia grande alteración: aunque la quiso disimular: y se determinó de romper del todo el tratado de la concordia. Otro día después que llegó esta nueva, estando con el rey Gralla, y Antonio Agustín, en presencia del legado, y del señor de Albret, y del almirante, y del señor de Naverts, el obispo de Albi, y otros muchos barones, el canceller dijo a los embajadores, que el Cristianísimo Rey recibió mucho placer con su ida estando en Lyon: y mucho más porque entendió, que iban con medios de paz: y que en el tiempo que se detuvieron en su corte, se movieron dos medios, para que se pudiese conseguir. Que el uno era, que se restituyese el reino al rey don Fadrique: y que éste, porque lo quería el rey de España, con el casamiento de su sobrina, pareció al rey de Francia no ser medio igual: pues no era razón que el Cristianísimo Rey que tenía la investidura de Nápoles, y de la mitad del reino, renunciase su derecho en sobrino, y sobrina del Rey Católico: y pareciera cosa más justificada permitirlo, casando el duque don Fernando, con

alguna parienta del Rey Cristianísimo. No pareciendo ser aquel medio igual, se trató de otro: que fue el matrimonio que estaba tratado entre Claudia, y el duque de Luxemburgo: y que en esto se propusieron dos cosas muy desiguales: la una de gobernar españoles aquel reino, pues muriendo Claudia sin hijo, volvía la mitad dél al rey de Francia: y aquello no se podría hacer tan fácilmente, si estuviese en poder de tal gente, que sabían muy bien defender lo propio, y lo que no lo era. La otra desigualdad, era en la forma que se debía tener, para que los barones del reino fuesen restituidos en sus estados: y por no darse tal orden como esto se cumpliese, no se quiso aceptar aquel medio: señaladamente por lo que el Rey Cristianísimo les tenía ofrecido. Que de nuevo el Rey Católico tornaba a hacer instancia en lo del matrimonio de su sobrina con el duque don Fernando: y pedía, que con aquella condición se restituyese el reino al rey don Fadrique: y que bien podían ellos que lo movían, conjeturar la respuesta, siendo tan injusto, y desigual lo que pedía: cuánto más, que sería muy cargoso a la conciencia, que casasen tía, y sobrino: declarándose tener gran duda, que el rey, y reina de España lo quisiesen de veras: sino que andaban en esta plática con doblez, por enemistar los franceses con el archiduque, y con el emperador su padre. Por estas razones, considerando finalmente, que ningún partido honesto, ni justo se pudo concluir, era contento el rey de Francia dejar aquella diferencia del reino, para que se determinase por el Papa: pues era el supremo, y señor directo: y que tampoco se quiso aceptar: y pues así era, el rey se descargaba para con Dios, y las gentes: ante aquellos caballeros que allí estaban. A esto se respondió por el embajador Gralla, que conociendo el rey su señor, que de los medios que se proponían para la concordia, era el mejor, y más llano camino, que se restituyese el reino al rey don Fadrique, los envió a procurararlo en su nombre: y porque no se quiso aceptar por el rey de Francia, se trató del otro medio que se movió en Roma por el cardenal de Ruán, y por el cardenal de Santacruz: que era entregarlo al príncipe archiduque, con medio del matrimonio de Claudia con el infante su hijo: y mucho menos se pudo concluir, por las condiciones con que se pedía: que no parecía ser a fin de conservar la amistad, sino para romperla por otros caminos. Que por esta causa perseveraba el rey su señor, en que se aceptase el medio de la restitución del reino: y venía en ello, por lo que se concernía al bien universal: lo que no hiciera otro ningún príncipe del mundo, pues se había ganado con tantos gastos, y derramamiento de sangre por sus antecesores, con tan justos títulos. Porque dar aquel reino, que otra vez se había conquistado por él, y poseyéndole pacíficamente, era virtud de raro ejemplo, y no vista jamás: posponiéndose tanta honra, y provecho. A lo que decía el canceller, que era cosa grave, que el Cristianísimo Rey renunciase el derecho que tenía en príncipes extraños, que no haría mucho en ello: pues el rey de España renunciaba a los suyos, y la posesión que era el todo: y que no sería renunciarlo en la casa de Aragón, pues el rey don Fadrique estaba tan lejos de poder suceder en ella. Cuanto al escrúpulo del dispensarse en matrimonio de tía, y sobrino se respondió, que bien sabía el rey de Francia, que no era cosa nueva dispensarse en semejantes matrimonios entre príncipes: y menos lo parecería, haciéndose por justas causas: y a lo de la justificación de remitirlo todo a la determinación del Papa, se respondió, que el rey sería contento que lo determinase juntamente con el colegio, según se suelen, y

deben determinar otros negocios tan arduos como aquél, que no se ofrecía mayor en la cristiandad. El rey de Francia no se quiso satisfacer con ninguna destas excusas: y mandó despedir a los embajadores honestamente: diciendo, que la tregua era larga, y durando el término della, se podrían ofrecer otros medios: y por ventura Nuestro Señor ordenaría de manera, que antes que se feneciese, los dos estuviesen en buena amistad, y concordia: lo que después se siguió por bien extraño camino. Con esto los embajadores se despidieron dél, y de la reina de Francia, y del legado: y el rey se tuvo por muy servido en haber acabado por su medio lo de la tregua, pues con ella quedaba alguna esperanza, que se efetuaría la paz. Otro día visitaron al rey don Fadrique, que estaba enfermo de quartana allí en Blois: adonde era ido por las pláticas que se movieron entre estos príncipes de su restitución: y le dijeron, que podía conocer notoriamente el deseo, y voluntad que el rey tenía, que volviese a ser restituido en el reino: y que los franceses le llevaban engañado en cuanto le prometían: y él les respondió, que entendía bien quién era causa de la burla, y engaño: y que él siempre tuvo firme esperanza en el Rey Católico, pues era de su sangre: y le suplicaba quisiese perseverar en la voluntad, y afición que mostraba, a que fuese restituido en su casa: pues en aquélla se sustentaba su trabajosa vida, en tanta afrenta de la Corona real de Aragón: y salieron de la corte a veintiséis de agosto. Con la justificación destes medios, quedó al rey gran satisfacción: considerando, que vino a tomar las armas, siendo provocado: y contra su voluntad prosiguió la guerra: porque a no haber sucedido aquella contienda, con un príncipe tan poderoso, no se conociera así: ni quedara memoria de su prudencia, y grande valor, como se conoció en la conquista y defensa de un tal reino: pues aunque se ganó con tanta fatiga, y peligro, no le hubiera menos haciendo la guerra contra los moros, como estaba puesto en hacerla. Entendíase esto así comúnmente por todos: porque dado que la guerra de África era voluntaria, no se debía desechar lo que la necesidad traía sin culpa: pues por defender lo propio, no se tenía por menos justa la guerra con cristianos, que por conquistar lo ajeno, aunque fuese de infieles.

Que los venecianos trataron de impedir la navegación que hacían los portugueses a la Especería: y de la paz que se movió por el Gran Turco con el Rey Católico. LXXX.

En este tiempo los venecianos, con color de la guerra del turco, y estando con recelo della, y de los lugares que tenían en Apulia, los proveyeron de más gente: y ponían en orden algunas galeras. Juntamente con esto tenían tanto temor del duque de Valentinois, que no les parecía que estaban seguros dél: hasta que supieron que don Antonio de Cardona, y Lezcano le traían a España. Porque después que el castillo de Forli se entregó al Papa por Gonzalo de Mirafuentes, con orden, y mandamiento del Gran Capitán, y el cardenal de San Jorge trataba de entregar a Imola, todo el fin, y pensamiento del Papa se convertía en procurar de haber a Faenza, y Arimino: y todo lo demás que venecianos tomaron después de la muerte del papa Alejandro, que era de la Iglesia. Por este temor,

aun así preso como estaba el duque, y despojado de poder, y sin ninguna esperanza de ser restituido en nada, le temían: y aunque aquello era el principal delito que ellos le agravaban en su voluntad, deseaban, que fuese punido por los otros: y decían al embajador Lorenzo Suárez de Figueroa en sus consejos, que sería mucha alabanza del rey de España, que una persona de tantos males, fuese castigada por su mandado: y que había sido parte de su buena fortuna, venir aquél a purgar sus pecados en su poder: pues a ningún otro príncipe parecieron tan mal sus obras. Estaban con este temor las voluntades muy dañadas entre ellos, y el Papa: y aunque el Papa los amenazaba, y ellos temían, pero por vías muy exquisitas trataban de ponerle en alguna necesidad por medio de los Ursinos. Entonces se descubrió por parte de la señoría al embajador, con demostración de grande afición, y amistad que tenía a las cosas del rey, cierta inteligencia que se llevaba en el reino con el turco: a cuya causa se redujo el consejo de su república, con los que ellos llaman cabos de diez: como lo suelen hacer por cosas de mucha importancia, y en que conviene usar de gran secreto: y comunicáronlo con el embajador en gran puridad. El aviso era por una carta escrita en letra albanesa, por la mujer de Scanderbeg a un Sanjaco, que era capitán de la Belona: instando, y solicitando, que el Gran Turco le enviase un hijo desta señora, que estaba en Constantinopla, con alguna gente de guerra: y ofrecía, que si se le enviaba, les entregaría luego tres lugares que tenía en el reino: y daría orden, que se les diesen otros tres a la marina, de donde se podrían apoderar de Apulia, por la disposición en que estaban las cosas del reino. Para en seguridad desto les prometía de poner en rehenes otro hijo, que se llamaba don Hernando, y una hija: y en recompensa dello pedía, que el Gran Turco le mandase restituir las tierras del déspota su padre, que estaban en poder de turcos. Pero lo deste aviso no se atribuía por el embajador a su virtud, ni a la afición que mostraban tener a las cosas de España: porque allende que les corría en ello peligro, e interés particular, por los lugares que tenían en la costa de Apulia, estaban en esta sazón en diversas necesidades: y tenía el Gran Turco junta su armada a la Belona. También estaban en grande congoja de otra novedad: porque querían, que la causa della fuese secreta, no siendo posible: y era pedirles el turco el Alexio: que es un lugar muy fuerte con dos castillos en la costa de Dalmacia, que le importaba mucho: y para ellos fuera gran pérdida: y sobre ello tuvieron diversos consejos, en que se dispuso el negocio: y procuraban de convertirlo en dinero: por ser cosa que se podía hacer con menos alteración: y no preciaban ningún interese: tan gran ansia tenían por conservarse en buena paz con el turco. No era este miedo tanto, porque temiesen el daño que los turcos les harían, cuanto por el que recelaban recibir de los príncipes cristianos, si los viesen en tal necesidad: o por lo que dejarían de obrar ellos en las necesidades ajenas: y en fin se entendió, que harían todo aquello que el turco quisiese: porque no es el trato de venecianos, para poderse dar de ellos otro juicio. Allende desta fatiga en que estaban, padecían grande necesidad, y carestía de trigo: y procuraron, que por parte del duque de Ferrara, y del estado de Bolonia se viniese a suplicar al rey, juntamente con ellos se les diese licencia, para que sacasen trigo de Sicilia: y por esta causa el duque de Ferrara, y Juan de Bentivolla daban grandes descargos de las cosas pasadas, en que se tuvo el rey por ofendido dellos en la guerra del reino: y echaban la culpa

dellas a la necesidad: señalando ofertas generales para en lo venidero, según la costumbre de Italia, cuando han menester a otro. Había tanta abundancia en Sicilia, que por los factores de Pau Tolosa famoso mercader catalán de aquel tiempo, que residía en Nápoles, se llevaba así en almoneda el trigo de la isla por toda Italia, como si él lo hubiera sembrado: y pareció a los ministros del rey, crecer el precio a las tratadas, según el tiempo lo requería: y que éstas se diesen limitadamente a sus aliados, y servidores: porque cuando los otros las hubiesen, fuesen en más estimadas. Pero una de las cosas, de que mayor sentimiento tuvieron los venecianos en este tiempo era, que su negociación, y trato de la Especería, con que tanto se enriquecía aquella señoría, iba cesando por la navegación que hacían los portugueses a la India: porque con ella paraba la suya, y les quitaban todo el provecho: y antes desto las galeazas de la señoría, que navegaban por nuestro mar la vía de Levante, sacaban toda la ganancia de aquella mercadería, y la repartían por toda la cristiandad. Siéndoles esto tan perjudicial, trataron antes de concertarse con el rey don Manuel, por medio de un judío llamado Habravel: y como no se pudo efectuar la concordia en negocio de que resultaba de tanta utilidad, acordaron de enviar todavía sus galeazas a Levante, por disimular más su quiebra: y con mucho secreto enviaron al soldán un embajador, con grandes invenciones, para que se quitase a los portugueses el comercio, y navegación que hacían a la Especería: y maestros de artillería: y para que labrasen navíos: y el soldán los remitiese al rey de Calicut. También le proveyeron de gran copia de metal: y tuvieron mucha confianza, que con esto se (impediría por aquella parte el comercio, y contratación que comenzaron a frecuentar los portugueses por el mar Océano en la India Oriental: y deseaban cualquier ocasión, para que el Rey Católico se interpusiese entre ellos: pero disimulóse por él acordadamente este negocio. No dejaré de hacer mención de una respuesta que dio Lorenzo Suárez al rey desde Venecia, siendo consultado cerca desto, por negocio de tanta importancia: porque queriendo el rey entender de su embajador lo que le parecía desta diferencia, era tan cortesano, y prudente, que no pudiera responder mejor, si entendiera la contienda que después se movió entre castellanos y portugueses, sobre la misma querrela: y respondió por estas palabras. «Bien es que todos tengan necesidad: que venecianos son lo que sabemos, y Portugal quien yo sé: y aunque al presente los muden de condición los príncipes que en él reinan, yo soy tan amigo de mi naturaleza, que siendo en mi mano, que los portugueses alcancen tanto beneficio, me parecería decir lo que solía responder un caballero anciano de Badajoz, que se llamaba Arias Mosquera. Porque aquél, siendo la gente de allí muy enojosa, y pleités, como la ciudad tenía muy espacioso muro, y era de poco pueblo, tratando algunos caballeros, que debía buscar forma para poblarla, les dijo dejaldos, que aun con éstos que son apenas podemos». De donde se puede comprehender bien lo que en este caso se sintiera, si se entendiera entonces la razón, y derecho que se ha pretendido por parte de los reinos de Castilla a lo desta navegación, y conquista de las islas de la Especería, sobre que han resultado entre castellanos, y portugueses tantos debates, y diferencias: pues siendo la contienda entre venecianos, y portugueses, el Rey Católico disimulaba, y su embajador se declaraba de tal manera. Había tenido el Gran Capitán, el tiempo que estuvo en Barleta, secreta inteligencia con el Sanjaco de la Belona, por medio de un Juan de Agüero, con color de concertar

tregua con los turcos, por causa del comercio: y era con fin de tener cierta noticia de las cosas del Imperio Turquesco: y después estando con su campo en el Garellano, le envió salvoconduto con Rafael de los Falcones barón de la Roca, para que se pudiese enviar al reino, con quien se tratase de la concordia. Vino entonces a Nápoles un turco, que se llamaba Hanneza Vaivoda: y de parte del Sanjaco refirió, que el Gran Señor deseaba tener buena paz, y amistad con el Rey de España: y el Gran Capitán le respondió, que sin orden, y consulta del rey, no vendría a admitir la paz: pero que se podría tratar por algún tiempo limitado, con algunas condiciones, y calidades, que fuesen honestas: y después envió a la Belona a Juan Miguel de Soler, para entretener esta plática: ofreciendo de otorgar tregua por dos, o tres años, con inclusión de los súbditos, y amigos, y confederados por mar, y por tierra. Entonces fue avisado el Gran Capitán, que se daban los turcos mucha prisa a salir con veintidós galeras, y diez galeazas, y doce fustas que tenían en la Voyosa: y que vinieron allí cuatro mil zapas, para embarcarse en ellas: y temían, que eran para venir a hacer daño en las costas de Sicilia, y Apulia: y lo más cierto se publicó, que era con fin de juntarse con la otra armada que tenían en Gallipoli. Tuvo el Gran Capitán su consejo con los principales por quien se gobernaban las cosas de la mar, que tenían noticia de aquella tierra: y pareció, que se les podía echar a fondo parte de aquella armada, o quemárselas con solas dos naos, y dos galeras: y ofreciéndose esta ocasión, envió allá con dos naos, y tres fustas a Pedro Navarro, y a Diego de Vera: y porque el almirante Vilamarín era venido a España con sus galeras, escribió al visorey de Sicilia, que de las que allá estaban, enviase las dos a Pedro Navarro: pero no se pudo así poner en efeto como se platicaba.

De la confederación, y liga, que se asentó por el rey de romanos, y el príncipe archiduque su hijo con el rey de Francia en Blois: y de la que el mismo día se concertó entre el Papa, rey de romanos, y el rey de Francia, para cobrar los estados que les pertenecían: y tenía ocupados la señoría de Venecia. LXXXI.

Una de las principales causas por que fueron despididos de Francia los embajadores del rey era, porque se entendió, que ponían grande impedimento en la concordia que se movió entre el rey de romanos, y el príncipe archiduque, y el rey Luis: conociendo el Rey Católico, que sería muy perjudicial para todas sus empresas. Pero venecianos la temían mucho más: por el tratado que entre sí movieron estos príncipes, de se confederar en una muy estrecha liga, para repartirse todo el estado que ellos se habían usurpado en Lombardía: teniendo dello noticia, por aviso de los embajadores, que la señoría tenía en Francia. Tuvo el príncipe archiduque tanta gana, que se efetuase esta concordia, que aun en la diferencia del reino ofrecía mucho más de parte del rey, sin sabiduría suya, de lo que se le había cometido: y esto era, que muriendo Claudia sin hijos, volviese la mitad del reino al rey de Francia: lo que nunca se admitió por los embajadores del rey: y solamente se apuntó, que en aquel caso tornase el rey de Francia a cobrar el derecho que le podía competir en el reino. No pasaron muchos días después que Gralla, y Antonio Agustín se vinieron, que los embajadores del rey de

romanos, que eran Filiberto Natureli preboste de Utrecht, y Cipriano de Saratayn canceller de Tirol, y Juan de Luxemburgo señor de Vila, primer camarero del archiduque, con el preboste atrebatense, que fueron enviados por el príncipe a Francia, concertaron en su nombre cierta confederación, y liga con el rey Luis: que ellos llamaban verdadera, e indisoluble amistad por sí, y sus sucesores: que era de amigo de amigo, y de enemigo de enemigo. Concertóse con estas condiciones: que el rey de romanos no intentase, ni emprendiese cosa alguna en el ducado de Milán, ni en los estados, y señoríos de Italia, que eran confederados del rey de Francia: y se nombraban los duques de Saboya, y Ferrara, y los marqueses de Mantua, y Monferrat, y las señorías de Florencia, Siena, y Luca: y Alberto de Carpi, y Juan Pedro de Gonzaga: y se contentase con la superioridad que reconocían al Imperio. En caso que conviniese al rey de romanos pasar a Italia, por el ducado de Milán, o por tierras del rey de Francia, él le ofrecía de darle paso libre, y seguro: y que le mandaría acompañar a sus lugartenientes: y con esto perdonaba, y remitía el rey de romanos todos los daños, e injurias, que estos señores, y estados de Italia cometieron contra el Imperio, siendo aliados del rey de Francia, desde el tiempo que el rey Carlos pasó los Alpes hasta aquel día: y los absolvía de las penas en que incurrieron por razón de los feudos que tenían, por contemplación del rey de Francia: y por su respeto los recibía en su favor, y buena gracia: y debajo del amparo del Sacro Imperio. Declaróse otra cosa, que se les permitía, que pudiesen quedar en confederación, y liga que tenían con el rey de Francia, conforme al tenor del asiento, y tratado, que se concertó en Trento entre el rey de romanos, y el cardenal de Ruán: y en virtud dél, estos príncipes, y potentados habían de ser fieles, y obedientes al emperador: y si de allí adelante, en lo que tocase al Imperio, o a la persona del rey de romanos, cometiesen algún eceso, o fuesen rebeldes, pudiesen ser castigados, según las leyes, y costumbres del Imperio, sin que el rey de Francia por esta causa lo impidiese. Quanto a la investidura del ducado de Milán, que el rey Luis procuró con gran negociación, para sí, y sus hijos varones, fue acordado en este asiento de Blois, que se diese dentro de tres meses: y en defeto de sus hijos para Claudia su hija: y al duque de Luxemburgo su esposo juntamente: y si ella muriese, se concediese a la hija segunda del rey Luis llamada Reynera, y casase con el duque, o con otro hijo del archiduque: y faltando éstos, y no dejando hijos, fuese de los que sucediesen en el reino de Francia. Por esta investidura, con tales condiciones como éstas se obligaba el rey de Francia de dar al emperador doscientos mil francos: y declaróse, que en caso que muriesen el duque de Luxemburgo, y Claudia, y sus herederos, si no se diese la investidura a los que sucediesen en el reino de Francia, se restituyese aquella suma. Ofreció el rey Luis, que en lo que tocaba al reino de Nápoles, de allí adelante no trataría de ningún apuntamiento con los reyes de España, ni con el rey don Fadrique de Aragón, sino con voluntad, y consentimiento del rey de romanos: y en caso que el rey, y la reina no quisiesen concluir la paz, y concordia con el rey de Francia, el rey de romanos no les había de dar favor ni ayuda contra él: antes se declararía buen amigo, y aliado suyo. Obligábase el rey de Francia por esta concordia, a dar a los hijos de Luis Sforza, postrer duque de Milán algunas tierras, y estado en su reino, siempre que fuesen allá, y residiesen en él: y quanto a los desterrados del ducado de Milán, los perdonaba, y

restituía en sus bienes, y permitía volver en su gracia, cumpliendo ellos lo que le habían ofrecido: exceptando a Galeazo, y Alejandro Sforza: y algunos parientes, y servidores, y capitanes del duque Luis, que no se consentía que entrasen en Milán, ni en otro estado que el rey tuviese en Italia: y ofrecía demandar, que les acudiesen con sus rentas. Señalaron término de cuatro meses, para que el rey, y reina de España, pudiesen entrar en esta amistad, y liga: con condición, que renunciasen el reino de Nápoles, en cuanto les podía pertenecer, al duque de Luxemburgo su nieto: y también el rey de Francia en aquel caso, cedía su parte a Claudia: y declaraban, que la administración, y gobierno dél, le tuviese el príncipe archiduque, hasta que fuese consumado el matrimonio. Nombraron por conservadores desta liga al Imperio, y príncipes de Alemania: y reserváronse, que pudiesen las partes nombrar sus confederados dentro de tres meses: y por la del rey de romanos, y del archiduque nombraron luego al Papa. Esta confederación, y liga se concertó, y asentó en Blois, a veintidós del mes de septiembre deste año, y sin nombrarse por el rey de romanos, ni por su hijo, el Rey Católico en ella, como su confederado: y dióse ya desde entonces por el archiduque al rey su suegro, no solamente causa de descontentamiento, y desgrado, pero de enemistad, con una tan siniestra confederación como ésta lo fue: asentando una tal concordia, y liga con su enemigo, y disponiendo del derecho del reino que no era suyo, tan absolutamente, como si fuera lo de Borgoña, o el condado de Tirol: y fundóse más en esta queja, la discordia que pocos meses después se declaró entre ellos: y la razón que el rey tuvo de asegurar lo mejor que pudo su partido, con cualquier agravio, y menoscabo de su reino, como lo hizo. Pero el rey de romanos se excusaba diciendo, que el Rey Católico hizo sin él la tregua con el rey de Francia, cuando estaba la guerra en el mayor furor de la ejecución: y de ninguna de sus cosas le daba parte: en lo cual se descubría más el modo, y gobierno, que el rey de romanos tenía en sus cosas: pues no solamente las que él había de hacer, las sabía todo el mundo antes: y en las que menos le convenían, y todos tenían por malas, anticipaba la publicación, por abonarse primero. Por esto le tuvo el rey, conociendo su condición, por un peligroso pariente, y amigo: porque su principal estudio, y cuidado era, buscarle defectos, pensando encubrir los suyos: y determinóse de pasar con él, como con un hombre enfermo, pues no se podía hacer más: mayormente pareciendo, que en ventura del príncipe archiduque su hijo, le había de suceder todo como quisiese. Porque ¿quién no había de esperar, que llegase a lo sumo del poder humano, un príncipe que hacía tan poco caso de ser sucesor de los reinos de España, y que no pudiese ser otra cosa? Fue esta concordia en muchas maneras muy perjudicial al rey: porque luego la señoría de Venecia, y los potentados de Italia comenzaron a recelar, que si en los cuatro meses que le señalaron de tiempo, para entrar en aquella liga, no aceptase lo que el rey de Francia quería, el otro aceptaría lo que él quisiese: y para que venecianos se confederasen con el rey, dio a entender la señoría, que tenía por muy liviano lo que hacían con el rey de romanos, y su hijo: y que todos sus fines se enderezaban contra ellos: y no teniendo los venecianos por muy ajeno el temor de aquella liga, estimaron en mucho la oferta que se les hizo de parte del rey. Puesto que para poder salvarse, todo su artificio consistía en mostrarse ser neutrales en las diferencias destes príncipes: y cuando más no pudiesen, declinarse a la parte del Rey

Católico: temiendo nuevas necesidades, y mayores peligros por los otros vecinos: y por esta causa por parte del rey se les descubrían más, como efeto que había de resultar de aquella liga. Era también con esto gran torcedor, para que ellos se declarasen antes, lo que tocaba a la persona del duque de Valentinois: y aunque el rey dijo al embajador que residía en España, que el duque estaba, adonde fenecería sus días, y por parte del duque de Venecia se respondió con harta lisonja diciendo, que aquél había venido a pagar en su poder, como de príncipe, que era más digno de darle la pena, que no pudo recibir del Papa, por no lo ser, pero no se dejaba de darles a entender por terceras personas, para que estuviesen con mayor temor, que podrían mover al rey, lástima de la mujer del duque, y algún respeto del rey de Navarra su cuñado, para librarlo: porque recelase más su libertad: pues los de Arimino, y Faenza, y lo otro de Romaña sospiraban por ella: y la prisión, y ausencia le daban tanta reputación en toda Italia, que como quiera que él estuviese, no dejaban venecianos de estar con grande recelo dél. Fue otra negociación muy señalada, que se tuvo muy secreta, y se firmó el mismo día que se asentó la concordia entre el rey de romanos, y el príncipe archiduque, y el rey de Francia: que se confederaron, y renovaron una indisoluble unión, como ellos decían, entre sí, el príncipe, emperador, y rey de Francia: por exhortación, y amonestación del Papa: para que unidos con sus ánimos, y fuerzas, pudiesen reprimir, y resistir al furor de los turcos: y para defender los derechos de la Iglesia más fácilmente: y para cobrar las ciudades, y tierras, que les pertenecían: que se detenían tiránicamente, por la señoría de Venecia. Para esta concordia nombró el Papa por sus embajadores a Carlos de Carreto marqués del Final, electo obispo tebano, y a Pedro Fillolo obispo de Sistarico: y concurrieron con ellos Filiberto Natureli preboste de Tragecto, y Cipriano de Seretayn canceller de Tirol, embajadores del rey de romanos: y en la corte del rey de Francia vinieron en asentar esta concordia. Que vistas las injurias, y ofensas por aquella señoría cometidas, contra el patrimonio de la Iglesia, y contra el Imperio, y la ínclita casa de Austria, y contra los reyes de Francia sus predecesores, como duques de Milán, en gran daño, y deshonra, y afrenta suya, ocupando diversas provincias, y grandes ciudades, y pueblos, por restituir, y satisfacer a tantos daños, e injurias, el Papa, y estos príncipes, hasta el primero de mayo siguiente del año de 1505, con las armas comunes de todos, acometiesen hostilmente aquella señoría, dentro de su señoría: con suficientes ejércitos. Declaróse, que no desistiesen de hacer la guerra, hasta que la sede apostólica hubiese cobrado a Ravena, Servia, Faenza, y Arimino: y sus territorios: y otros lugares de Imola, y Cesena, con el puerto de Cesena: y todo lo demás que era del estado, y derecho de la Iglesia: y el rey de romanos cobrase a Rovereto, Verona, Padua, Vicentia, Treviso, y Foro Julio con sus tierras: que tenían los venecianos usurpadas en Italia, y en tierra firme, del Imperio: y de los príncipes de la casa de Austria: y también cobrase el rey de Francia la ciudad de Brescia, y todo el Bressano: y a Crema, y su término: y Bérgamo, y Cremona con sus condados: y a Geradada: y las otras cosas, que en el tiempo antiguo fueron del estado de Milán. Cuando uno destos príncipes hubiese cobrado lo que le pertenecía, quedaba obligado a asistir a los otros, para que cobrasen lo suyo: y eran tenidos de socorrerse los unos ejércitos a los otros: y quedó declarado, que el duque de Ferrara, y el marqués de Mantua, y florentinos pudiesen entrar en esta liga: para cobrar lo

que otros les tuviesen ocupado: conque contribuyesen en los gastos de la guerra: como pareciese al Papa, emperador, y rey de Francia. Era con condición, que tomasen debajo de su protección a Guido de Montefeltro duque de Urbino: y a Francisco María de la Robera prefeto de Roma, y sus estado. No podían concertarse con la señoría, sino en conformidad de todos: ni en paz, ni en tregua: y quedaba a cargo de todos, de procurar, que Ladislao rey de Hungría entrase en esta confederación: y persuadirle, o inducirle, a que cobrase, lo que indebidamente le tenían ocupado: y dentro de tres meses habían de nombrar sus confederados, y adherentes: y fuesen obligados a admitirlos en la liga con sus estados: exceptando a los venecianos, y a sus súbditos: y no podían ser recibidos en ella: y todos habían de concurrir con sus fuerzas, para resistir al turco, si fuese traído por venecianos en su defensa. Esta confederación se aprobó, y juró por el rey de Francia en Blois, a los veintidós del mes de septiembre deste año: y por el Papa a veinte del mes de diciembre siguiente: y fue en ello de gran consideración, que tampoco se hizo mención en ella del Rey Católico: y que el rey de Francia no le estimaba por agraviado, en lo que venecianos tenían usurpado en el reino: siendo aquello en la provincia de Apulia, que por la partición pertenecía al rey: y aunque estos príncipes eran tan poderosos para esta empresa, y otra muy mayor, pasó mucho tiempo antes que pusiesen la mano en ella: hasta que entró el rey por su parte, a poner también en cobro lo que le pertenecía: y la causa fue la general mudanza que hubo en las cosas: por la muerte de la Reina Católica.

Que el rey trató de confederarse en nueva liga con el rey de Inglaterra: y de la muerte del rey don Fadrique. LXXXII.

Cuando el Rey Católico vio, que el rey de romanos, y el príncipe archiduque hicieron sin él su confederación, y liga, y con tanto perjuicio suyo, trató en esta sazón, allende de procurar se concluyese el matrimonio de la princesa de Gales su hija, con Enrique, que era el príncipe sucesor del reino de Inglaterra, asentar más estrecha amistad, y liga con los ingleses. Estaba el rey Enrique muy codicioso de romper la guerra contra el rey de Francia por Boulogne: puesto que tenía muy encubierto el odio: porque en este mismo tiempo el conde de Suffolk, que era su capital enemigo, se hallaba en poder del duque de Gueldres: y le hizo detener en un castillo, y procuraba haberle a su mano, por trato que se traía con el duque: y por otra parte trabajaba de haber otro hermano suyo que estaba en Alemania, por medio del Rey Católico: mas el rey de Francia instaba con gran artificio en persuadirle a nueva concordia: y que casase el príncipe de Gales con una hermana del señor de Angulema: aunque el matrimonio del príncipe estaba ya concertado con la princesa doña Catalina. Estaba en Tours el rey don Fadrique, adonde se volvió de Blois enfermo: habiéndole allí sobrevenido cuatro ceciones de quartana: y tenía esperanza de algún remedio en sus cosas de parte del rey: y con este fin había enviado a España a Lucas Russo su secretario, de quien hacía muy gran confianza: y éste hizo al rey muy larga relación de todo lo pasado en Francia, después que el rey don Fadrique se

vino a aquel reino: y representó, con cuán poca honestidad se hablaba en Francia del rey, y reina de España, y en muchas partes de Italia, de la mudanza que parecía haberse hecho, en lo de la restitución del rey don Fadrique a su reino: y la buena disposición que declaraban los franceses, en beneficio de aquel príncipe, cuando libremente los embajadores del rey lo propusiesen al rey de Francia. Después de diversas pláticas, que aquel secretario tuvo sobre ello con el rey, le respondieron concluyendo, que jamás habían mudado del parecer en aquello que primero habían deliberado, de querer le restituir el reino: y que perseveraban en el mismo deseo en que estaban cuando enviaron a Miguel Juan Gralla, y a Antonio Agustín sus embajadores al rey de Francia: y certificaban de parte del rey, y de la reina, a Lucas Russo, que si los franceses tenían aquella buena voluntad, de la cual decía el rey don Fadrique ser informado, presto estaría en su reino: porque de parte del rey, y de la reina: no faltaría hacer toda cosa que fuese al propósito, y beneficio de aquella restitución. Ofrecían, que para este efeto querían escribir a sus embajadores con gran calor, y al rey de Francia, y al legado declarándoles, que su voluntad estaba firme en restituirle el reino libremente: sin pedir fuerzas, ni dinero, ni cosa del mundo: salvo que el matrimonio del duque de Calabria, con la reina doña Juana, sobrina del rey se hiciese: y cometieron a sus embajadores, que antes de hablar con el rey, ni con el legado lo consultasen, y comunicasen todo con el mismo rey don Fadrique: y lo encaminasen por su orden, y parecer. Con estas promesas, y ofrecimientos, envió el rey don Fadrique a saber de los embajadores Gralla, y Agustín, qué comisión tenían en esto: y ellos le declararon ser la misma que el rey había ofrecido en Medina del Campo a su secretario Lucas Russo: y desto se alegró en gran manera el rey don Fadrique: y deliberó partirse luego a la corte del rey de Francia, para valerse de los privados del rey Luis. Por orden del rey don Fadrique hablaron los embajadores del rey con el cardenal de Ruán en presencia del canceller, y de Roberteto: proponiendo lo que decían tener en comisión de parte de sus príncipes: y después el mismo rey le pidió, que entrase en esta plática: y hallóle muy recatado, y sobre sí, mostrando, que dudaba que el rey, y reina en este negocio anduviesen con doblez: y que no era ésta su voluntad: mas declarando que lo hacía, por enemistar a franceses con el archiduque, y con el emperador su padre: y no le podían persuadir, que el rey, y reina de España caminasen sencillamente: ni como decía, con buen juego: y que no pensaban jamás de venir en la restitución. Finalmente un sábado, a 24 de agosto mandó el rey de Francia llamar a los embajadores del rey de España: y en presencia del legado, y del cardenal de Narbona, y otros de su consejo, como dicho es, el canceller refirió, que habiendo el Rey Cristianísimo deseado hacer la paz con los reyes de España, por el sosiego, y beneficio de la cristiandad, se interpusieron algunas pláticas con los mismos embajadores para este efeto: y volviendo el rey, y reina de España a la plática de la restitución del rey don Fadrique, propusieron sus embajadores, que querían hacer el matrimonio del duque de Calabria, con la reina doña Juana su sobrina, lo que no satisfacía al rey de Francia: así porque aquel matrimonio era muy prohibido entre personas tan conjuntas, como por consideración, que por aquel camino toda la honra, y provecho sería del rey, y reina de España, restituyéndose el reino a príncipe de la casa de Aragón: y haciéndose el matrimonio entre ellos mismos. Daban también a entender, que la paz que se

había asentado por medio del príncipe archiduque, no habría efeto: por las condiciones que se proponían por el rey, y reina de España: que al rey de Francia no parecían honestas: y por esto le parecía al rey de Francia, que los embajadores se debían venir a consultarlo con sus príncipes: y aquel día se despidieron del rey de Francia, y de la reina, y legado, y otro día del rey don Fadrique que perseverando en sus vanas esperanzas, habló con el legado: y se declaró, que conociendo él por cierto, que las pláticas del rey, y reina de España, en lo de la restitución, eran a efeto de engañarle a él, y a ellos, no quisieron atender más al negocio, más de despedir los embajadores: y certificar al rey, y a la reina, que entendían su ficción: y no deliberaban más dar lugar a que los engañasen: pero ofrecía que siempre que en efeto quisiesen hacer algo en beneficio suyo, en que conociesen que de veras querían la restitución, vendrían allá en ella de buena voluntad: porque la deseaban pareciéndoles, que era en beneficio suyo. Con esto se volvió el rey don Fadrique de Blois a Tours cuartanario: de donde en fin del mes de agosto persistía en dar a entender, que el rey, y reina de España por su benignidad, y por haber hecho tanta demostración de la buena voluntad, y propósito suyo, cuanto al beneficio de su restitución, no desistirían, ni faltarían de encaminarlo a buen fin: según la intención, y deseo suyo: y con esta suplicación envió de Tours, un caballero de su casa llamado Juan Barraca, que con Lucas Russo había entendido en Francia, y postreramente en España en lo de la restitución: negocio tan pesado, y nunca visto: porque aunque era tan reciente la memoria haber restituido el rey Carlos de Francia los condados de Rosellón, y Cerdaña, bien entendían las gentes, que nunca aquello se pusiera en ejecución por descargo de su conciencia, ni de la del rey su padre: y se consideraba por todos, cuántas dificultades se habían de proponer para que un príncipe tan grande, y poderoso como el rey de España restituyese un reino riquísimo, y tantas veces conquistado por príncipes de su casa: y en cuya conservación estaba la defensa de Sicilia. Fuese agravando la dolencia del rey don Fadrique, con el dolor, y grave pasión, y sentimiento de su caída, y destierro: y vio que salía en vacío el tratado de la concordia, que se puso tan adelante con el medio que él fuese restituido en su reino, de que tuvo gran confianza. Pareció perseguir tanto a este príncipe su desastrada suerte, y ventura, que en la casa a donde moraba se encendió fuego de tal manera, y tan repentinamente, que por gran maravilla escaparon dél él, y la reina, y sus hijos desnudos: y desta alteración se le agravó más la dolencia: y sintiéndose muy fatigado de aquella enfermedad, y al fin de sus días, ninguna cosa le dio más pena, que conjeturar que dejaba en aquel triste, y pobre estado, un tal heredero, que no se le daría mucho, por lo que tocaba a su persona, ni por lo de sus servidores, de permanecer en él. Por esta causa determinó de escribir al duque don Fernando su hijo una carta: que por parecerme, por muchos respetos, muy notable, y digna que dondequiera se lea, por la cuenta que se da en ella del estado, en que aquel príncipe pensaba tener sus cosas, me pareció muy conviniente ponerla en este lugar.

«Duque hijo carísimo. La indisposición en que agora me hallo es causa, que no pueda escribirte de mi mano tan largo como yo querría: mas para mayor satisfacción mía me he esforzado, de escribir estos renglones. Tú vees por cuánta desgracia estamos fuera de nuestra casa, sin culpa

nuestra: y como quiera que por lo que se ha tratado estos días pasados, se esperaba, que presto se conseguiría aquello que deseamos, vemos que no han sucedido las cosas, según era nuestra confianza: por donde se puede juzgar, que nuestra adversidad no tiene fin. Pues a Nuestro Señor así le place, es necesario sufrirlo con fortaleza de ánimo: y con paciencia: y esperar principalmente en su clemencia, que no suele desamparar la justicia. Mas por otra parte conviene que nos ayudemos en todo aquello que nos fuere posible: porque allende de lo que por mi persona se podría obrar con todo ingenio, y diligencia, cuanto ello bastase en beneficio de nuestras cosas, es muy necesario que por tu parte te gobiernes de tal suerte, y te ejercites con tanto valor, y hagas tal vida, que quienquiera tenga en ti tal esperanza, cual se puede desear de quién tú eres. En esta parte te querría escribir muy largo: pero pues no da lugar a ello mi dolencia, que me tiene ya al cabo de mis días, diré solamente la suma de lo que se me ofrece, en esta materia: para que te trates, y gobiernes como quien eres, en esa baja condición, a que te ha reducido la Fortuna, y no tu merecimiento. Primeramente debes considerar, que nuestro estado no se puede cobrar sin mucha fatiga, e industria: ni volver a él, sin grandes, y muy peligrosos medios: y que por esto te conviene principalmente huir el ocio, y reposo: y no estar sujeto a satisfacer a los placeres, y apetitos, que la mocedad te podría poner delante. Por esto te debes esforzar de dar a entender, que todo tu pensamiento, y cuidado se emplea, en ensayar tu persona, a poder soportar todo trabajo, y fatiga: huyendo sobre todas las otras cosas, aquel vergonzoso nombre, que se suele reprochar a los de nuestra sangre, de esguazadores: porque si esto a un príncipe, que está en paz, y reposo, se puede imputar a infamia, a ti, que estás fuera de tu casa, sería grande blasco: y no serviría de otro efecto, sino para dar a entender a los extranjeros, y a nuestros vasallos, y servidores, que te has consolado del estado en que agora te hallas: abajando, y acivilando tu misma persona: lo que no sería sin grandísima infamia tuya: y sin desesperación de tantos que te aman, y desean nuestro remedio. Por esta causa, y por huir tan mal renombre, atenderás con diligencia a las cosas honestas, y virtuosas: huyendo todo género de regalo, y pasatiempo: y especialmente debes usar todo ejercicio de armas: usándolas lo más que permitido te fuere: y de tal modo, que se conozca, que no solamente lo haces por ejercitar tu persona, y ensayarla, mas que las usas con afición: y por la inclinación que naturalmente tienes de seguir las: pues ninguna cosa te puede dar mayor estimación, ni más reputación. No dejes el estudio de las letras por cosa alguna: pues allende que te serán recreación del destierro, y recogimiento en tu soledad, conoces bien cuánto son las armas de mayor estima, y de cuánta gloria te pueden ser ocasión, juntándose con las letras. Con esto debes procurar de ser amado de toda calidad de gentes: siendo grato, y afable, cuanto se permite a tu dignidad: teniendo siempre respeto al tiempo, y lugar: y a las personas con quien tratares: y porque una de las principales cosas que hace amar, y estimar, y reverenciar a los príncipes, y grandes señores, es la liberalidad, huye todo género de avaricia, y codicia: mostrando cuanto pudieres, que tu mayor contentamiento es hacer mercedes, y beneficios. Para mejor emplearte en esta virtud, acuérdate que ninguna cosa hizo tanto daño al rey don Alfonso mi hermano, después que sucedió en el reino, que ser habido, en el tiempo que fue duque de Calabria, por codicioso, y miserable. Debes considerar muy bien todas estas cosas,

de que yo te aviso con amor de padre: y como aquél que deseo sobre cuantos son en el mundo, el honor, y grandeza tuya: y revolver en tu memoria otras muchas, que yo no puedo escribir: y si me amas, y te es cara mi vida, y deseas obedecerme, como creo que lo deseas, trabaja por seguir mi consejo con todo tu pensamiento, haz que yo pueda entender, que tus obras han de ser tales, porque yo deba alegrarme: certificándote, que cuando lo contrario hicieses, ésta sería la mayor de todas las otras angustias, y adversidades mías».

Falleció el rey don Fadrique en aquella villa de Tours, a nueve del mes de noviembre: y estaba en aquella sazón el duque de Calabria su hijo en Medina del Campo: y al tiempo que llegó la nueva de la muerte del rey su padre: y mandó el rey que fuese el Próspero a decírsela, de su parte, y a consolarle. Quedaron de aquel príncipe otros cuatro hijos, que tuvo de la reina su mujer: y fueron las infantas doña Isabel, y doña Julia: y los infantes don Alonso, y don César de Aragón. El duque envió a suplicar con el Próspero al rey, que tuviese memoria de la reina su madre: que se hallaba en tan miserable estado: sola, y con cuatro hijos: y en poder de crueles enemigos del nombre, y casa de Aragón: y que no esperaba librarse de aquel captiverio, sino por la bondad, y misericordia del rey.

Que venecianos se entretuvieron sin declararse, ni confederarse con el Rey Católico. LXXXIII.

Con la muerte del rey don Fadrique pareció que se confirmaría más la concordia de Blois, entre las casas de Austria, y Francia: y era en coyuntura que el conde palatino, y los príncipes de Alemania que le seguían, estaban en campo contra la gente del rey de romanos: pero trataban de reducirse: y que los ejércitos se retrujesen: y mandó el rey de romanos que se juntasen los príncipes, y ciudades del Imperio a tener su dieta: para que se diese orden, que pasase a Italia a coronarse. Con esto se fue dilatando la confirmación de aquella concordia, y liga de Blois: y el Papa estaba por esta causa con mucho descontentamiento: porque ninguna cosa deseaba más, que ver aquellos príncipes en guerra con venecianos. En este medio Lorenzo Suárez de Figueroa hacía grande instancia en persuadir a los que gobernaban aquella señoría, que lo principal de aquella liga se encaminaba, a procurar su perdición: y comunicándole las cartas que les escribía el embajador que tenían en Alemania, les dijo así. Que le placía mucho que su embajador no les avisase tan claramente de lo que se decía por tantas partes, que el tratado de Blois se efetuó más principalmente contra aquella señoría: y contra su estado: porque señalar el rey de Francia de dar en dote a su hija el reino de Nápoles con el infante don Carlos, le debía por ello gracias al Rey Católico su agüelo: pues ofrecía a su sucesor aquello de que solamente le quedaba el título: que lo demás todo era suyo: y para aquel a quien el rey de Francia ofrecía el nombre, y título que le quedaba. Así que aquello no sería causa de disensión entre ellos: antes de nueva amistad, y concordia: pues se le debían por ello gracias. Mas en lo que

tocaba a los otros capítulos de lo que se prometía hacer con el Papa, así por el rey de Francia, como por el de romanos, era de parecer que si en algo les podía empecer, debían justificar su derecho: porque no pareciese que se les levantaban enemigos como contra ofensores, y agraviadores de la Iglesia: y le dijese claramente su voluntad: y lo que les parecía se debía hacer: pues era notorio que lo de aquella concordia pasaba adelante. Que según sus señales no podía ser sino en Gran perjuicio de aquella señoría, como lo daban a entender manifiestamente los capítulos: pues en la mayor contrariedad que amenazaban contra el Rey Católico, era en aquel artículo que decía, que el rey de Francia hubiese la otra parte del reino, que afirmaba pertenecerle: y esto para que la hubiese el que había de suceder en los reinos de España. De manera que ya podían entender si era aquello en beneficio suyo: y así poseyendo él enteramente el reino, no se podía en diferencia con nadie, si le quisiese ofrecer la parte: y mucho menos con quien le prometía con ella el ducado de Milán. Que en lo que se trataba de la restitución de lo de la Iglesia, le parecía punto a que se debía tener mucha consideración: porque no les pudiese agraviar: ni sobre aquel nombre resultase disensión: pues era cierto que se podía entender de lo antiguo, como de lo moderno. También que en cambio desto sacase del Papa la investidura del reino así para mujer, como para varón, tampoco podía entender que fuese perjudicial para el Rey Católico: pues todo redundaba en aumento de su sucesor. Entrar el rey de romanos poderoso en Italia, aunque fuese debajo de nombre de su coronación, teniendo ellos por enemigo al que se la había de dar, y no por amigo al que la recibía, debían considerar lo que dello les podría suceder: y lo remediasen, según lo entendiesen: buscando amigos: pues ya podían advertir, que la confederación que tenían con Francia, en que se fundaban tanto, y la preferían en todos sus negocios, en esta nueva concordia quedaba disuelta: pues se declaraba que la de Blois se guardase: no obstante cualquier otra confederación. Consideróse muy sobre pensado lo que se dijo por el embajador: y aunque remitieron la respuesta para consultarla primero entre sí, y comunicarla, estrechó más el negocio para que sobre todo concluyesen: y de más de lo propuesto, los advirtió, que recibiesen aquellas palabras, como de hombre, que la afición que les tenía, le hacía exceder en algo a lo que debía decir: y díjoles. «Ya entendéis cuál es el intento del rey, y reina de España mis señores, en todo aquello que toca a la religión: y hasta agora Sus Altezas no saben que esta concordia se encamine sino en detrimento de vuestro estado: y no por cosa particular del Papa: y también sabéis lo que os he prometido en su nombre. Creedme, y sobre aquella oferta hace lo que habéis de hacer: pues entendéis que os cumple, sin esperar que se desmenuce más la causa desta concordia: pues ya conocéis cuán ajeno es de la condición de Sus Altezas, querer ayudar a defender lo ocupado a la Iglesia. Porque os convendrá, o restituirlo, o engañarlos: ofreciéndoo a su amistad debajo de aquel apellido de hacerse esta liga en ofensa del bien universal: y de la quietud, y sosiego de la cristiandad, como ellos lo temen: y cuando una vez tuviéredes alguna oferta, que os ayudaran a defender, es acabado para en todo. De otra manera no sé cómo seríades respondidos, particularizándose el negocio: y teniendo vosotros determinado que se defiendan contra la Iglesia Faenza, y Arimino». Sinificaban todos en sus semblantes, y meneos, que no tenían por livianas aquellas palabras: y el

duque las agradeció mucho: y dijo, que era verdad lo que decía: que consiguiéndose el efeto del matrimonio, no era más perjudicial al rey, que al rey de Francia: pero que era grave de comportar a la condición, y grandeza, del rey, y reina de España, los términos de tal negociación como aquella: y que era mucho de considerar, que concertándose por el príncipe, la deseaban. Que también era fuerte cosa, que por mano ajena les ofreciese lo que el rey tenía por suyo: y que se anticipase a dar entonces, habiéndose de dar en lo por venir. Pero a esto satisfacía el embajador, diciendo: que de la negociación hecha por el príncipe, él no la sabía: y si en ella se contenía, que se le entregase Claudia con tal dote, no entendía por qué aquello no se debiese aceptar por el Rey Católico su suegro. Que no era tan grave, entregar por sus manos el reino que se tomó por fuerza al rey de Francia, ayudándole Italia a defenderle, y que le diese en sus días al que después lo había de heredar: y que era cosa muy honesta, y justa, que lo gozase con una tal compañía, como era la hija del rey de Francia. Finalmente concluyó, diciendo: que aquellas eran palabras que se olvidaban presto: y que la verdadera amistad consistía en tener por propia la necesidad del amigo: y que así lo sería en el remedio. Tuvieron sobre esto su consejo: y altercóse en él dos días sin poder resolverse: y la respuesta fue, poner más dilaciones, hasta entender lo que les escribirían de Alemania: y mostraban que efetuándose lo de la concordia, estaban aparejados para juntarse con el rey, para una buena paz de cristianos: y en daño de los enemigos de la fe: y para la conservación de sus estados. Estando en esta contienda, se notificó a la señoría, que iba un embajador del rey de Francia: y que estaba ya en Milán: y era el mismo Jano Láscaris, de quien en lo de arriba se hace mención: y desde que entró por las tierras de la señoría, no se hizo con él ningún cumplimiento, según se acostumbra con los embajadores de los reyes, que son sus confederados: y acordadamente le mandaron aposentar en la plaza de S. Polo, en una casa que estaba infamada como morada de los embajadores de los reyes de Nápoles don Alfonso, y don Fernando, y don Fadrique: porque nunca salían della, sino siendo echados del reino sus príncipes. Otro día después que Láscaris explicó su embajada, envió la señoría por Lorenzo Suárez: y le sinificaron, que atendido que en ninguna cosa no entendían faltar a la amistad del rey de España, le notificaban, que el embajador de Francia les hizo un largo preámbulo en nombre de su príncipe, excusándole de haber pasado tanto tiempo que no residía allí embajador suyo: y que era la culpa del que postramente estuvo allá, que se vino sin su licencia: y que no quedara sin castigo, si no tuviera memoria de los servicios que dél había recibido. Que tras esto les dio cuenta de la concordia que había asentado con el rey de romanos, y con el archiduque su hijo: y les certificaba, que no era sino por bien de la cristiandad: y sin perjuicio de ninguno: y él iba a residir allí en nombre de su rey: y para saneallos de la sospecha que tenían. Decían asimismo, que para ganallos con ofrecelles algo, por la sospecha que el rey de Francia tenía, que el rey de romanos no confirmaría la concordia, les dijo con muy dulces palabras, que el rey deseaba mucho, que no tuviesen ninguna contención con el Papa: y que mirasen que cualquier manera de remedio que en ello se pudiese poner, para que el negocio estuviese bien a las partes, se debía preferir. A esta embajada, según ellos decían a Lorenzo Suárez, se respondió en suma, que aquel feudo de Arimino, y Faenza, que el Papa codiciaba tanto, estaba mejor

en poder de la señoría, para beneficio de la Iglesia, que en otro ninguno: pues sería mejor pagado, y más perpetuo. Mas no embargante esta indeterminación de venecianos, siempre se procuraba por parte del rey, tener prendada aquella señoría con ofrecimientos, y buenas obras: porque deliberando el rey de Francia perseverar en su porfía, de conquistar por las armas el reino de Nápoles, se le pudiese hacer contradicción, y repunta en lo de Milán: pues no era mayor su derecho en lo de aquel estado, que el que tenía el rey en lo del reino. Esta publicación daba mucha autoridad al rey de romanos: porque puesto que se daba esperanza a la señoría de Venecia, que les cabría su parte en el repartimiento de lo de Lombardía, eran los venecianos muy aborrecidos en aquel estado: y al rey de romanos mirábanle como a señor: y allende de su derecho, tenía en su poder los hijos de Luis Sforza. Con esto, porque venecianos tenían gran confianza, que no se confirmaría por el rey de romanos la concordia, Lorenzo Suárez los desengañaba, diciendo, que el presupuesto del Rey Católico era: tener aquello por muy asentado: y que con esta determinación acordaba de proveer sus cosas, para en caso que aquellos príncipes se moviesen en perjuicio dellos: y ayudadlos como a sus aliados: pues en lo que podía tocar a él, sus mismos contrarios hacían su cuenta: y se declaraban, que el reino de Nápoles recayese en la corona de España. Que cuando el rey de Francia intentase de impedirlo, también se entendería en movelle concordia por lo de Lombardía: y con otro fin más justo que sería el suyo: pues de aquel estado no quería el Rey Católico ninguna parte, sino ayudar que lo cobrase cuyo era: y que con su favor recibiese aquel beneficio: y venecianos hubiesen dello las gracias en pago de darles el otro vecino: y quitarles el que entonces tenían. Recibieron desto tanto gusto, que no pudieron disimular el contentamiento: y comenzaron a dar por ello grandes alabanzas al Rey Católico: hasta encumbrarle en el cielo. No era tan cierta la oferta que se les hacía de parte del rey, que no se procediese en ella con gran tiento, y artificio: porque estaba muy entendido, que el día que se juntase con ellos, perdía al Papa: y aunque en toda Italia se tenía por enemigo del rey, pero no quería dar lugar, que se extendiese más por la mudanza de los tiempos, y de los negocios. También por parte de la señoría se caminaba muy atentadamente, como es su costumbre, cuando tratan entre dos príncipes tan poderosos: y como dudaban que la concordia no habría efeto, porque no pudiesen ser estrechados sobre la restitución de lo que tenían en Romaña, querían dilatar de confederarse con el Rey Católico, conservándose en su indiferencia, como medianeros. Movíanse más a perseverar en ser neutrales, porque en este tiempo se publicó, que la Reina Católica no podía vivir muchos días: y por su muerte se esperaba que resultarían mayores novedades. Estando desta manera tan inciertos, y dudosos, y temiendo la señoría por diversas partes mayores daños, y peligros que los presentes, hicieron secretamente su liga el Papa, y el rey de romanos, y el de Francia para cobrar los estados, y tierras que tenían usurpadas a la Iglesia, y al Imperio, y a la casa de Austria, y al estado de Milán: de donde se siguió que estuvo después muy cerca aquella señoría de perderlo todo: juntándose con estos príncipes en su empresa el Rey Católico.

De la muerte de la Reina Católica: y de lo que dejó proveído cerca de la gobernación de los reinos de Castilla, y León: y que se alzaron los pendones reales por la princesa doña Juana. LXXXIII.

En este año se padeció generalmente grande esterilidad, y hambre por toda Italia, y España, y en otros reinos: y el día de Viernes Santo hubo en Castilla, y en el Andalucía grandes terremotos: señaladamente en Sevilla, y Carmona: y se abrieron los cruceros de diversas iglesias, y de grandes fortalezas, y edificios: y se cayeron muchos lienzos de los muros, y torres. Fue tan repentino el espanto, y terror que causó en las gentes, que caían de su estado, como personas sin ningún sentido: y murieron muchos de las ruinas de las casas, y lugares públicos: y el daño que se recibió en algunos lugares, que están a las riberas de Guadalquivir fue grande: especialmente desde Alcalá del Río arriba: así como en Santillana, y Tocina. Luego se siguió la esterilidad, y pestilencia en la mayor parte de España: y en los meses de noviembre, y diciembre, y en la entrada del año siguiente, se continuaron tan grandes aguas, que se perdió lo sembrado: y se padeció terrible hambre mucho tiempo. Muchos días antes vivía la Reina Católica muy doliente de una enfermedad gravísima, y muy larga: y no le hallaban los físicos ningún remedio. Sintióse muy fatigada della, y que su mal iba en aumento, daba gran prisa al príncipe archiduque, para que luego viniese a España con la princesa su mujer: e hizo sobre esto muy grande instancia Gutierre Gómez de Fuensalida, que residía por embajador en Flandes en nombre del rey, y suyo: y el príncipe se excusaba con la guerra que le había movido por este tiempo el duque de Gueldres: y decía, que aunque lo de España fuese tan gran cosa, aquello que allá tenía era su verdadero patrimonio: y que no lo debía dejar perder: y estaba con harto recelo, que el rey de Inglaterra ayudaba a su enemigo, por haber al duque de Suffolk, que estaba en poder del de Gueldres: y decía, que hacer tregua con él, le sería muy vergonzoso. Procuró el príncipe por esta causa, y por poner en algún cuidado al rey de Inglaterra, de haber a su poder un hermano del duque de Suffolk, que estaba en Colonia en poder de los gobernadores de aquella ciudad: y teníanle en su guarda, por los gastos que hicieron él, y el duque su hermano: y envió a pagar aquella cantidad que debían. Esto era con fin de darle tanto favor por la mar, que fuese parte para causar alguna nueva alteración en Inglaterra: y revolver aquel reino: y poner en cuidado, y contienda dentro dél al rey Enrique por la sucesión. Con estos fines se excusaba el príncipe: y puso dilación en lo de su venida: y la reina no vivió después muchos días. Tuvo esta ciudad aviso por carta del rey, que falleció la reina, a veintiséis de noviembre deste año, en aquella villa de Medina del Campo, a las doce horas de medio día: y aunque las honras de sus exequias se ordenaron con el aparato, y pompa que se pudieran celebrar, si fuera reina, y señora natural destos reinos, y les tuviera tanto amor, y afición como a los suyos, era con una alegría, y contentamiento muy universal de los pueblos: con esperanza, que a cabo de tan largo tiempo, gozarían de la residencia de su príncipe en su propio reino: y que estimaría en más reinar en él después de tantas fatigas, y trabajos, en una segura, y muy confirmada paz, que gobernar los de Castilla, o en compañía de la reina su hija, con el seso, y juicio tal cual Dios le dio: o del rey don Felipe su yerno, si había de ser gobernado por los suyos: o en contradicción, y bando de

los grandes, que tan deseosos estaban de ver nuevo gobierno en el estado. Mas en aquellos reinos fue llorada su muerte con general dolor, y sentimiento, no solamente de sus súbditos, y naturales, pero comúnmente de todos quantos entendían, que ella fue tal, que la menor de las alabanzas que se le podían dar era, haber sido la más excelente, y valerosa mujer que hubo, no sólo en sus tiempos, pero en muchos siglos. Esta cristianísima reina, tuvo muy gran cuenta con las cosas sagradas, y con el aumento de nuestra santa fe católica: y puso en ello tanto estudio, y cuidado, que se aventajó sobre todos quantos reinaron en la cristiandad. Tras esto atendió sumamente a la conservación de la autoridad, y preeminencia real, y de la justicia, y del patrimonio de su Corona: y por esta causa revocó en su testamento algunas donaciones de ciudades, y villas que el rey su marido, y ella concedieron a los principios de su reinado: declarando que no fue de su libre voluntad: cuando ellos tuvieron tanta necesidad de los suyos, por los peligros y trances en que se vieron: y mandáronlas unir con la Corona real. Certificaba que la merced, que hicieron a don Andrés de Cabrera, y a doña Beatriz de Bovadilla su mujer, del marquesado de Moya, procedió de su voluntad: y la hicieron por la lealtad, con que los sirvieron: para haber de cobrar la sucesión de aquellos reinos: según era notorio en ellos: en lo cual a ellos, y a sus sucesores, y a todos aquellos reinos hicieron grande, y señalado servicio. Hubo una declaración que fue causa que no faltase, porque desear mayor mudanza en las cosas, de lo que amenazaba la muerte de la reina: que en lo que tocaba a algunas rentas que muchos grandes, y caballeros habían llevado con usurpación, y tiranía, sin haberles hecho merced dellas, a lo cual habían dado lugar las turbaciones, y guerras pasadas, declaró la reina, que su voluntad era, que por la permisión, y tolerancia pasada, no pudiesen adquirir posesión, ni derecho a ellas: y por descargo de su conciencia, no contenta de haberlo declarado así por su testamento, les prohibió por ley de premática, a los que las llevaban, y a sus sucesores, que las pudiesen llevar: teniendo principal respeto a la conservación, y aumento de la Corona real. Instituyó por universal heredera de los reinos, y señoríos de Castilla, y León a la princesa doña Juana su hija: y mandó que se le hiciese pleito homenaje por todos los alcaldes de los alcázares, y fortalezas, y tenencias de las ciudades, y villas de aquellos reinos, según el fuero, y costumbre de España. Porque por las leyes, y ordenanzas de Castilla estaba dispuesto, que las alcaldías, y gobernaciones, y los oficios que tienen anexa jurisdicción, y los cargos principales del reino, y los regimientos de pueblos, no se diesen a extranjeros, ordenó, y mandó, que de allí adelante se diesen a naturales: por excusar los inconvenientes, y desórdenes que se podían seguir, si la princesa, y el príncipe su marido, no se conformasen con las leyes, y costumbres de la tierra. Declaró, que estando la princesa, y el príncipe ausentes, no se llamasen cortes: ni los procuradores que suelen a ellas ayuntarse: y considerando el defeto, e impedimento, que había en la persona de la princesa, de que se tenía tanta noticia por las cosas pasadas, de que en esta obra se hace alguna mención, proveyó al remedio dello, por estas palabras. Que si al tiempo que ella falleciese, no estuviese la princesa su hija en estos reinos, o después que viniese a ellos, le conviniese en algún tiempo ausentarse, o estando presente no quisiese, o no pudiese entender en la gobernación, convenía en cualquier caso destos, que la gobernación

dellos estuviere demanera, que fuese regidos, y gobernados en paz: y la justicia se administrase como debía. Teniendo con esto consideración, que los procuradores del reino en las cortes que se tuvieron en la ciudad de Toledo, en el año de 1502, y después se continuaron en la villa de Madrid, y se concluyeron en Alcalá de Henares, pidieron en nombre del reino, que se mandase proveer a esto, ofreciendo que estaban aparejados de obedecer lo que se ordenase, precediendo esta deliberación, y habiéndose comunicado con algunos prelados, y grandes, pareció que en cualquier destos casos, el rey don Fernando debía regir, y gobernar aquellos reinos por la princesa su hija. Por tanto proveyendo a la paz, y sosiego, y a la buena administración de la justicia, acatando la grandeza, y excelencia del rey, y a la mucha experiencia que tenía del gobierno de aquellos reinos, en cualquier de aquellos casos mandaba, que fuesen por él gobernados, y regidos: y tuviese la administración dellos por la princesa, hasta que el infante don Carlos su nieto, hijo primogénito del príncipe archiduque fuese de edad legítima para gobernarlos: y tuviese, a lo menos, veinte años cumplidos. Pero algunos afirmaban, que antes de venir la reina en esto, recibió juramento del rey, que no se casaría: y que así lo prometió. También dispuso, que allende de la administración de los maestrazgos, que el rey había de tener por su vida, llevase en cada un año la mitad de lo que rentasen las islas, y tierra firme que estaba descubierta: y de todos los provechos que de allí resultasen, sacadas las costas que se hiciesen: así en la defensa, como en la administración de la justicia: y más diez cuentos, situados en las alcabalas de los maestrazgos. Esto se dejaba al rey, teniendo consideración que el reino de Granada, que se conquistó con tanto trabajo, y gasto, quedaba incorporado en la Corona de Castilla: y las islas de Canarias, y todas las otras, que estaban por descubrir en la tierra firme de la India Occidental: pues era justo, que en tan grandes conquistas, y reinos fuese el rey que lo había conquistado, servido en algo. En lo que tocaba a la sucesión de aquellos reinos, se conformó con la ley de partida: declarando, que los nietos, o nietas fuesen preferidos a los tíos hermanos del padre: y nombró por testamentarios al rey, y al arzobispo de Toledo, y a don Diego de Deza obispo de Palencia, Antonio de Fonseca, y a Juan Velázquez contadores mayores: y a Juan López de Lezarrega su secretario. Fue llevado el cuerpo a la ciudad de Granada, para que se enterrase en la capilla real que se mandó fundar en la iglesia mayor de aquella ciudad: y por no estar labrada, se depositó en la Alhambra. No embargante esta disposición de la reina, luego que ella falleció, estuvo el rey harto dudoso consigo mismo, por la diversidad de pareceres que había cerca del camino que él debía seguir: y lo que es más de maravillar, se le representaban razones, para que se tuviese por legítimo sucesor de aquellos reinos: pues descendía por línea de varones de la casa real de Castilla: y hubo personas señaladas de aquellos reinos, que le aconsejaban, que pues tenía tanta razón, y justicia para usar, y gozar de todo, por su propio derecho, no entrase por el camino de la administración, o curaduría de la persona de su hija, que era incierto, y sospechoso. Que pues ya tenía tan declarada su intención, y deseo de preferir a todo lo ál, el bien de aquellos reinos, y en aquello debía emplear su persona, y estado, lo emprendiese de veras: y como se debía hacer: y tomase el camino real, y dejase los otros senderos, y caminos torcidos. Era materia que hiciera vacilar a cualquier príncipe: y mucho más considerando con cuánta

fatiga, y trabajo se aseguró la posesión de aquellos reinos por él: y que se sustentó con su valor por las armas, y se acabó la conquista del reino de Granada tan gloriosamente, que ninguno se podía tener por más legítimo sucesor: y era causa de grande turbación, y escándalo ver, que en un punto volvían las cosas a tal extremo, que quedase el rey en aquellos reinos, como de prestado. Parecía a éstos, que aquello no sería muy difícil al rey: porque tenía muy ganada la voluntad de los pueblos: que generalmente tuvieron gran concepto de su valor en todo el tiempo pasado: y para que se fuese continuando siempre le aconsejaban que templase, y mandase mitigar algunas cosas, que hasta entonces parecían graves, y duras de comportar: que se cumplían más con temor, que de voluntad: como eran las cobranzas de las penas fiscales, que de poco tiempo atrás se cobraban como pechos ordinarios: y las alcaldías del adelantado, que se introdujeron nuevamente: de que se quejaban: especialmente los grandes, que les cohechaban los vasallos, sin provecho alguno de los pueblos. También le decían que suspendiese la ejecución de algunas premáticas, que se tenían por muchos por muy duras, y ásperas: y afirmaban que al cabo su yerno holgaría desto: pues por el mismo camino se aseguraba la sucesión del infante don Carlos en ambas coronas de Castilla, y Aragón, con lo de Nápoles, y Sicilia: y si lo contradijese, lo ponía todo en aventura. Mas el rey, siguiendo el ejemplo del rey don Fernando su agüelo, no tuvo por seguro este consejo: allende que era muy deshonesto: y parecióle ser más conforme a razón, y justicia, que se guardase lo que la reina dejaba ordenado en su testamento: y con su gran prudencia entendió ser más seguro camino para poder prevalecer en España, y fuera della, con la misma autoridad, y poderío que antes: mayormente persuadiéndose, que mucho más le pertenecía en Castilla como a padre de la reina su hija, que no tuvo como marido de la Reina Católica: y lo que era más de estimar, que lo que tenía como padre, le pertenecía por derecho: y lo de marido con voluntad de la Reina Católica: y no más de lo que ella quería. Con esta resolución muy determinada, el mismo día que falleció la reina, habiéndose armado un cadahalco en la plaza de aquella villa, salió a la tarde contra el parecer de muchos, acompañado de todos los grandes: y mandó alzar los pendones reales por la reina doña Juana su hija, como reina propietaria de los reinos de Castilla, y León: y al rey don Felipe como a su marido: y allí se quitó el título de rey de Castilla: a cabo de treinta años que lo tenía con mayor reputación, y majestad, que ninguno de los reyes sus antecesores. Alzó los pendones en su presencia don Fadrique de Toledo duque de Alba, con la cerimonia que se acostumbra: y algunos grandes, y caballeros juraron, y recibieron al rey por gobernador, y administrador de aquellos reinos, por virtud del testamento. Aquel mismo día se escribieron cartas en nombre del rey a todas las ciudades, y villas de aquellos reinos, declarando lo que la reina había ordenado en su testamento, que el rey tuviese la administración, y gobierno dellos por la reina doña Juana su hija, conforme a lo que los procuradores de cortes le suplicaron en aquellas cortes de Toledo, que se continuaron, y acabaron en las villas de Madrid, y Alcalá de Henares en el año de 503: y mandaba a los gobernadores, y corregidores, que después de celebradas las exequias de la reina que eran obligados, alzasen pendones por la serenísima reina doña Juana su hija, como por reina, y señora de aquellos reinos, y señoríos: y en cuanto al ejercicio de la jurisdicción,

se mandaba, que los gobernadores, y corregidores tuviesen las varas de justicia, y usasen della ellos, y sus oficiales: y los concejos, y regidores los tuviesen por tales: porque como administrador, y gobernador que era de aquellos reinos les daba todo su poder cumplido. Hacíanse de allí adelante los pregones, y todas las provisiones de justicia en nombre de sola la reina doña Juana su hija, como reina, y señora propietaria: y no del rey don Felipe su marido: y esto era con fundamento que había de jurar primero a los del reino lo que se les debía guardar por ser extranjero: y señaladamente querían, que se hiciese juramento, que no se pondrían en los consejos, y audiencias, ni en las tenencias, y cargos de gobierno sino castellanos, como lo disponía la ley. Alzáronse de diferente manera los pendones reales por todas las ciudades, y villas de aquellos reinos, a donde se acostumbra hacer aquella solenidad en nombre de sola la reina doña Juana, sin nombrar al rey su marido. Tras esto envió luego el rey a Flandes don Juan de Fonseca, que fue promovido a la iglesia de Palencia: porque don Diego de Deza lo fue a la de Sevilla: para que visitase a la reina su hija, y al rey su marido: y mandó, que se convocasen a cortes en la ciudad de Toro, todas las ciudades, y villas, que se suelen juntar en ellas: y el llamamiento se despachó en nombre de la reina doña Juana: y las cartas se firmaron por el rey como administrador, y gobernador de aquellos reinos: y en fin del mes de noviembre se partió para el monesterio de la Mejorada de la orden de S. Jerónimo: y fue con él, el arzobispo de Toledo. Por la muerte desta princesa, se dejó de vestir jerga por luto, como lo ordenó en su testamento: y así no la vistió el rey: y se ha usado después aquel hábito de tan extraño duelo.

IMPRIMIÓSE LA HISTORIA DEL REY
don Fernando el Católico, de las empresas, y ligas de Italia,
por mandado de los señores diputados del reino de Aragón:
y acabáronse de imprimir los cinco libros primeros,
en la muy insigne ciudad de Zaragoza:
en la oficina de Domingo de Portonariis, y Ursino
impresor de la Sacra, Real, y Católica Majestad: y del reino de Aragón:
a trece días del mes de enero.
Año M.D.LXXX.